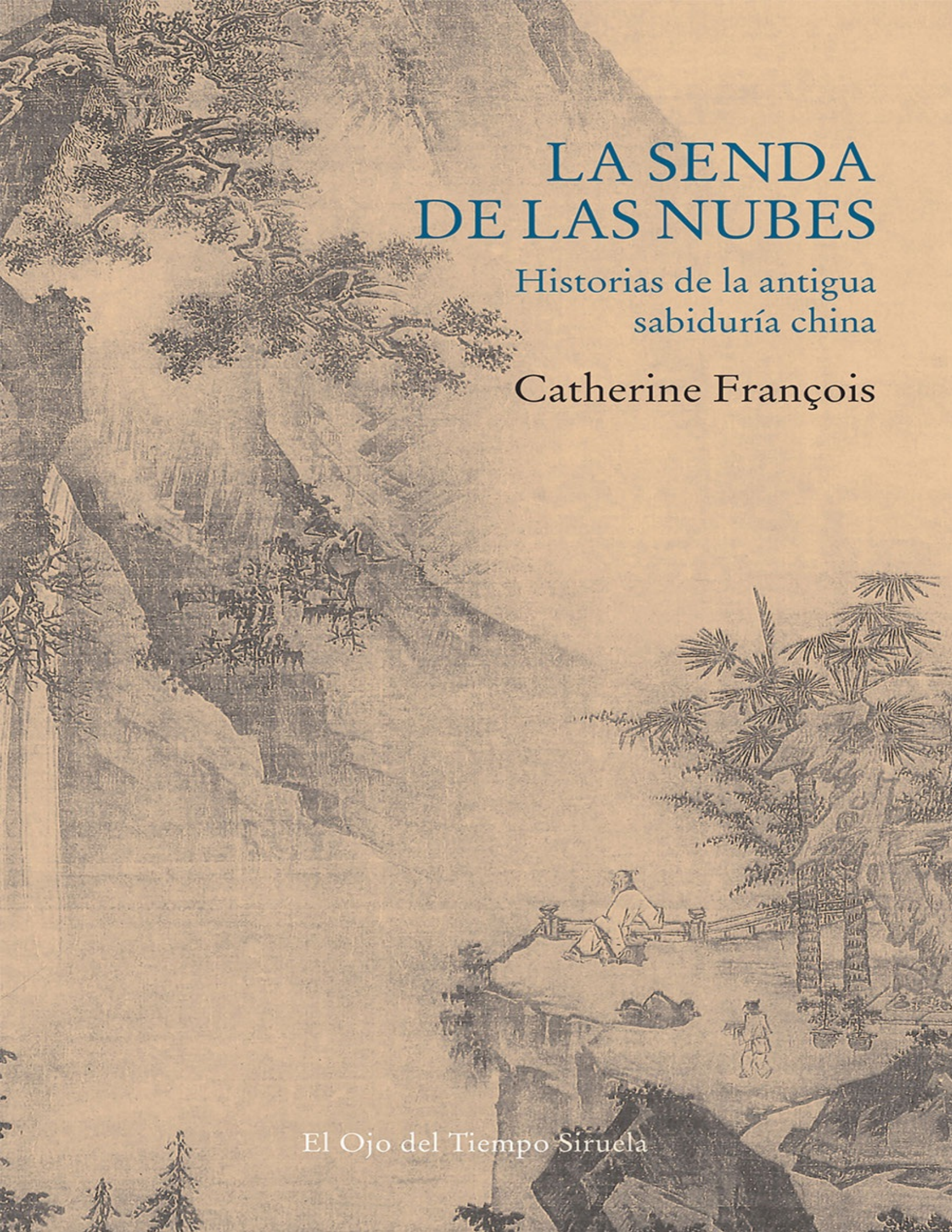

# LA SENDA DE LAS NUBES

## Historias de la antigua sabiduría china

Catherine François

El Ojo del Tiempo Siruela

*Catherine François*

# LA SENDA DE LAS NUBES

Historias de la antigua sabiduría china

Traducción del francés de
Santiago Auserón y Jenaro Talens

Siruela

El Ojo del Tiempo

Edición en formato digital: marzo de 2021

# Título original: La voie des nuages

# En cubierta: Scholar looking at a waterfall,

de Zhong Li (Dinastía Ming)

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Catherine François, 2021

c/o Indent Literary Agency www.indentagency.com

© De la traducción, Santiago Auserón y Jenaro Talens

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18708-00-8

ISBN: 978-84-18708-00-8

Conversión a formato digital: María Belloso

# Índice

VIDA DE CONFUCIO

I

II

III

IV

V

**HISTORIA DEL GRAN SECRETARIO SIMA QIAN**

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

**LOS SIETE SABIOS DEL BOSQUE DE BAMBÚ**

I. SHAN TAO ENCUENTRA A SUS COMPAÑEROS

II. XIANG XIU VISITA A XI KANG

III. RUAN JI Y LOS LAZOS DE LA AMISTAD

IV. EL BOSQUE DE BAMBÚ

V. LA MÚSICA DEL TAO

VI. EL DÍA DE LOS ESPÍRITUS

VII. LA AMENAZA

VIII. SHAN TAO RELATA EL PROCESO

IX. XIANG XIU VISITA LA PRISIÓN

X. RUAN JI LLORA LA MUERTE DE SU AMIGO

**HAN SHAN, LA MONTAÑA FRÍA**

I

II

III

IV

V

**Índice de personajes**

*Para Santiago Auserón*

# VIDA DE CONFUCIO

# I

Taishan, el Monte Soberano, el que se ve desde lejos, se eleva hacia el cielo por encima de los hombres, imponente, silencioso, todopoderoso. Desde que el Cielo y la Tierra se separaron, domina las cumbres que se extienden hasta el mar y el tiempo no tiene poder sobre él.

Del Este nació la vida con los seres tumultuosos, discordantes, que deben su luz y sus formas al Taishan, el Gran Antepasado que siempre ha gobernado sobre el Oriente. Todas las miradas se vuelven a su alta cima y él, como benefactor, transmite a la multitud de los hombres la influencia del Cielo, su fuerza generadora y su voluntad; allá abajo, les asegura el orden y la paz a través de la alternancia de los ciclos y la estabilidad de la Tierra.

Después de dar a luz a los hombres es preciso alimentarlos y una vez reunidos es forzoso guiarlos, pues solo entonces serán dichosos y conocerán la paz. En la ladera de la montaña, la cueva de las Nubes Blancas exhala vapores que van a dar contra la roca, se juntan en menos tiempo del que se necesita para girar la mano y en dos días esparcen su lluvia por todo el reino.

Cuando el soberano derrama su benévola virtud sobre su pueblo, es útil a los hombres y obedece al Cielo; al proveer a sus necesidades a través de la distribución de bienes, sirve a los hombres y obedece a la Tierra. En la cima del Taishan, el humo de los sacrificios ofrecidos a los Espíritus se eleva hacia el Cielo y los Espíritus se inclinan sobre la Tierra. La montaña a la que los reyes de la antigüedad ascendían para contemplar sus dominios, en la que invocaban al Emperador del Cielo, tiene por nombre Taishan, el Monte Soberano.

Hubo un tiempo en que la virtud del príncipe de Lu se extendía a todos sus

dominios, la tierra entonces era próspera y la conducta del pueblo, irreprochable. Los caballos negros de crines blancas pastaban en la llanura cerca del mar del Este, cuando eran enganchados a los carros no perdían su fuerza. Los pensamientos del príncipe Xi lo alcanzaban todo, pensaba en los caballos y los caballos se volvían altos y robustos. Cerca de la frontera norte, los caballos rojos con manchas blancas en el cuerpo se reproducían en abundancia. El príncipe nunca se fatigaba, su mente se concentraba en los caballos y los caballos echaban a correr a la primera orden. En Lu, los caballos grises de Qufu abrevaban en el río Si. Eran vigorosos y estaban bien adiestrados. El corazón del príncipe era recto y su juicio perspicaz, soltaba las riendas de sus caballos y los caballos no se desviaban.

En tiempos del príncipe Xi gobernar era sencillo. El soberano seguía la Senda prescrita por el Cielo y el pueblo le obedecía sin tener que someterse. El príncipe era justo y benévolo con todos y todos le imitaban espontáneamente. Cuando ofrecía un banquete a los oficiales, cada uno ocupaba su lugar según su rango y edad sin exceder su derecho. Los bailarines, con plumas de garza en sus manos, acudían prestos y en buen orden. Como pájaros saltaban y se posaban con gracia en el suelo, el son de los tambores estaba bien afinado. Los invitados comenzaban a danzar, juntos se regocijaban y reinaba la armonía. Después de pasar el día bebiendo y comiendo, todos dedicaban un elogio al príncipe y expresaban su lealtad con canciones, el porvenir de Lu estaba asegurado. Por la tarde, cuando los pájaros danzantes se retiraban, los tambores eran custodiados y los oficiales regresaban a sus casas sin haber cometido ningún exceso. La noche aún no había caído, la ceremonia tocaba a su fin, los rituales habían sido respetados, la paz en Lu reinaría durante mucho tiempo.

Estos eran los rituales y cantos de los Antiguos transmitidos en el Libro de las Odas.

Zhou Gong, hermano del primer rey de la dinastía Zhou, había recibido el principado de Lu como feudo hacía casi quinientos años. El príncipe Xi era su descendiente y cada otoño, rodeado de sus ministros, le ofrecía un solemne sacrificio en el templo de los Antepasados. Un buey blanco que nunca había

conocido el yugo era inmolado. La carne del animal, el cerdo picado y las salsas aromatizadas se servían en vasijas redondas o cuadradas, los licores llenaban las copas adornadas con relieves que parecían ojos dorados. En el vasto recinto resonaban los tambores, las flautas y las cítaras durante las danzas rituales. A lo largo de la ceremonia cada cual hacía lo que es debido con cuidado y respeto. El príncipe honraba las cualidades de su antepasado y compartía su prestigio. Los rituales y la música que le habían sido transmitidos por sus padres nunca fueron alterados, el principado de Lu era considerado por todos los demás como un estado bien ordenado y servía de ejemplo a todo el imperio.

«El Taishan toca el cielo, el principado de Lu lo contempla», decía el Libro de las Odas.

El príncipe Xi tenía como consejero a su tío Ji You, que le ayudaba en los asuntos de gobierno. Antes de que este naciera, su padre consultó las estrellas para conocer el futuro del niño. El astrólogo declaró: «Vuestro hijo tomará el nombre de You y será el sostén del principado. Su muerte se llevará con ella la prosperidad de Lu».

Desde hacía mucho tiempo el antiguo prestigio de la dinastía Zhou se había debilitado y el emperador, que reinaba en Luoyang sobre el País del Centro, no podía competir con la fuerza de sus vasallos. En aquellos días, al norte de Lu, el temible príncipe de Qi imponía su voluntad a los demás. Al oeste, el todopoderoso estado de Jin, más allá del cual se hallaba el territorio de los bárbaros, amenazaba ya con reemplazarlo a la cabeza de la confederación. Al sur, el territorio de Chu tenía la fuerza de un joven dragón que extendía sus anillos más allá del río Yangzi.

Según la costumbre heredada de las dinastías del pasado, un pequeño principado se ponía al servicio de otro mayor y recibía protección a cambio de fidelidad. La alianza, sellada por un juramento y consagrada por los rituales, garantizaba la bondad de los poderosos y la lealtad de los más débiles. El pequeño principado de Lu trataba de no ofender a los estados vecinos, sosteniendo al mismo tiempo su prestigio. El príncipe Xi tenía la esperanza de recuperar algún día el territorio que había poseído su ascendiente el príncipe Zhou Gong. Después de cada

victoria, celebraba su triunfo en el templo de los Antepasados. La gloria que había adquirido, como una luz que ilumina todo a su alrededor, se proyectaba sobre el antepasado Zhou Gong y había de beneficiar a los descendientes del príncipe Xi.

Cuando el consejero Ji You murió, su hijo Ji Wenzi asistió con lealtad al príncipe Xi, a su sucesor el príncipe Wen y luego al príncipe Xuan, que accedió al poder tras haber consentido el asesinato de sus hermanastros, los herederos legítimos. Después de este crimen, el prestigio de los príncipes de Lu declinó en beneficio de la familia Ji y nunca más recobró su antiguo esplendor. Ji Wenzi, por su parte, había servido a tres príncipes y no había acumulado riquezas. Cuando murió, sus mujeres no vestían ropa de seda y no había oro ni jade en su morada. La gente de Lu decía: «Ji Wenzi era un consejero desinteresado y fiel».

Tales eran los rituales y hechos transmitidos por los autores de los anales de Lu en las crónicas llamadas Primaveras y Otoños. El tiempo podía transcurrir, el pasado no sería olvidado.

El viento más potente, cuando llega al límite de sus fuerzas, no puede levantar una pluma de ganso. Los ritos eran para los Antiguos la expresión de lo justo y lo natural, pero cuando su poder dejó de ser comprendido, el prestigio de los soberanos se desvaneció con ellos, la virtud dejó de ser eficiente y ya no pudo sostener su autoridad. Para gobernar, el poder tuvo que desplegar su fuerza y el valor hacer ostentación de sus armas. Hacía tiempo que los reyes de la dinastía Zhou, rodeados de ambiciosos y poderosos vasallos, solo gobernaban el templo de sus Antepasados. Los príncipes continuaban rindiéndoles pleitesía, pero los más poderosos aseguraban su protección en lugar de obedecerlos.

En el país de Lu, setenta y cinco años después de la muerte del príncipe Xi, la familia Ji, en otro tiempo devota y leal, se había vuelto influyente y mantenía al nuevo príncipe bajo tutela. El prestigio de sus primeros gobernantes ya no aseguraba la protección del pequeño principado, que seguía amenazado por estados más poderosos. Si no era respetuoso con el estado de Qi, Qi se mostraba amenazante. Si se acercaba a Chu, Jin mostraba su descontento y si se aliaba con Jin, Chu se irritaba. Para sellar el tratado de paz, se sacrificaba un buey como antaño y con su sangre los aliados se mojaban los labios al prestar juramento,

pero las palabras y la sangre habían perdido su valor hacía mucho tiempo. Los rituales y las buenas maneras habían garantizado la paz durante siglos, pero cuando las tradiciones no se preservan falta el respeto, los gestos ya no son eficaces y ya no tienen al Cielo de su parte. Un príncipe podía engañar a otro, pero ¿podría engañar al Cielo?

En aquella época de turbulencias y tensiones, en Qufu, la capital de Lu, nació Confucio.

# II

Qufu estaba bordeada al sur por el río Si y al norte por la colina llamada Ni, cuya cumbre hundida en su centro tenía forma de cuenco para ofrendas que recogía el agua del cielo. Shu Lianghe, que había sido gobernador de la ciudad, a los sesenta y cuatro años todavía no tenía un hijo digno de presidir el culto de los Antepasados cuando él mismo muriese. Por su linaje pertenecía a la familia real de la segunda dinastía Yin, antaño derrocada por el primer rey de la dinastía Zhou. De este glorioso pasado había heredado una valentía y una estatura por encima de lo común, pero no riqueza alguna. Para asegurar su descendencia, tomó a una joven, llamada Zheng Zai, como tercera esposa. Después de su unión, la joven mujer subió a la cima de la colina Ni que dominaba Qufu y ofreció animales y plantas en sacrificio para que los Espíritus le permitieran engendrar un hijo varón. En el vigésimo segundo año del príncipe Xiang de Lu, cerca del solsticio de invierno, dio a luz a un niño cuyo cráneo tenía la forma de la colina Ni. Su padre le puso el nombre de Kong Ni, más tarde todos lo llamaron maestro Kong.

Confucio de niño amaba los juegos silenciosos. Sobre un altar colocaba vasijas y, con gestos lentos, ofrecía sacrificios a Espíritus de los que no sabía nada. En sus manos, recipientes de terracota vacíos y deslucidos parecían por sí mismos ofrendas solemnes. Luego estudió aplicadamente los rituales que constituyen la continuidad y la fuerza de los reinos. Las ceremonias heredadas de las últimas dinastías enseñaban a actuar sin exceso ni parsimonia. Durante los encuentros entre soberanos, la música llenaba el corazón de sentimientos nobles y los rituales les daban la forma justa, las actitudes y los sentimientos concordaban, nada se hacía en vano y nada quedaba oculto.

A Confucio le gustaba decir: «Cuando cada instrumento entrega su sonido más puro la música se vuelve armoniosa».

Al alcanzar la edad adulta, entró al servicio de la todopoderosa familia del ministro Ji para proveer a sus propias necesidades. Había adquirido un vasto conocimiento de los textos antiguos y pronto se vio rodeado de algunos

discípulos. Entre los más asiduos estaban Zigong y Ran Qiu, que iban a ocupar un puesto en el gobierno. Zilu, el más impetuoso de ellos, prefería los asuntos militares, mientras que el joven Zixia, recién salido de la adolescencia, ponía todo su interés en los rituales, y el joven Yan Hui, endeble y sin recursos materiales, consagraba todo su tiempo al estudio.

Una tarde que sus discípulos se habían reunido en el patio de su casa, Confucio les dirigió estas palabras:

—No penséis, mis jóvenes amigos, que nací sabio. El Cielo me ha concedido aptitudes como a todos los demás, pero debo mi conocimiento al estudio de los Antiguos. En este mundo turbulento, ellos son el único camino que me inspira confianza.

Zixia, sentado a su lado, comentó:

—La transmisión del pasado nos remonta a un tiempo en el que todo sucedía por vez primera, cuando la pureza de un gesto, de una palabra, los hacía efectivos. A veces me sorprende que el hombre todavía pueda tener ese poder.

Confucio, viendo a su discípulo vacilar, continuó:

—Lo que más admiramos es ver alzarse el sol cada mañana con nuevo brillo. El tiempo no ha disminuido su ardor ni su espontaneidad. Tal es el poder del ritual que ha llegado hasta nosotros, por arriba toca el Cielo y por debajo se extiende a todos los hombres. Olvidar la tradición nos haría semejantes a animales que conocen el sol pero ignoran el tiempo.

Después de un momento de reflexión, Zixia insistió:

—¿Es posible conocer un pasado tan lejano?

—Los reyes de antaño guiaban a su pueblo con ayuda de los rituales. Estas reglas de comportamiento, como el cordel tendido para la línea recta, son la justa medida del buen gobierno. La dinastía Yin los heredó de la dinastía precedente y nuestra dinastía Zhou se inspiró en la tradición de los Yin. Sabemos por los textos lo que fueron y lo que ha cambiado, pero una cosa es cierta: el tiempo no puede detenerse ni lo que es recto por naturaleza puede ser torcido. Los Antiguos cantaban estos versos del Libro de las Odas: «Las hojas muertas, las hojas

cantaban estos versos del Libro de las Odas: «Las hojas muertas, las hojas marchitas, el viento se las lleva. Vosotros que sois como nuestros padres, iniciad el canto, nosotros lo acabaremos con vosotros». Oyendo esto, sabemos de lo que es capaz el hombre.

Frente a ellos, Ran Qiu, el de buenos modales, intervino:

—Los reyes de la antigüedad sabían gobernar y ganarse al pueblo. ¿Su sabiduría provenía de un pasado más antiguo o de ellos mismos?

El Maestro dijo:

—Del pasado tomaban lo que reconocían en sí mismos. Como cualquier buen maestro, sabían hacer de lo viejo algo nuevo. ¿Acaso las grandes leyes que gobiernan el mundo no logran siempre su objetivo? El soberano solo puede llevar a buen término su tarea si tiene el Cielo de su lado, obedecer la voluntad del Cielo, eso es lo que llamamos caminar por la Senda, seguir el Tao.

Yan Hui, con su voz infantil, se dirigió a él:

—Conocerse a sí mismo y perfeccionarse, ¿no es seguir la voluntad del Cielo al que uno debe su naturaleza? Quien da a su vida un sentido armonioso y coherente, se lo da a toda la humanidad.

—Tú lo has dicho, Hui. El Cielo cumple su naturaleza en la altura, la Tierra en la profundidad, el infinito en la extensión. El hombre, en la virtud de la humanidad.

Preguntó Zigong, un poco mayor que Yan Hui:

—Maestro, ¿qué es un hombre íntegro?

—Responderte sería poner un límite a lo que no lo tiene. Se dice que la virtud de los primeros Sabios Emperadores era tan grande que su pueblo no podía nombrarla. Tal vez consistiese en hacer humana a la humanidad, tal vez en caminar por la tierra y tender hacia el Cielo.

Todos callaron y después de un rato Ran Qiu preguntó:

—¿Cómo podemos saberlo?

Confucio salió de su ensoñación y retomó en un tono suave y lento:

—Tal vez se trate de ir hasta el fondo de uno mismo sin ignorar el mundo, tal vez se trate de servir a los demás sin traicionar los principios propios.

Zixia a su vez insistió:

—¿Cómo conseguirlo?

Confucio bajó la cabeza y contempló el rostro tenso de su discípulo:

—Ir siempre hacia delante, perseverar, perseverar, perseverar sin cansarse jamás. La tarea de convertirse en un verdadero hombre solo termina con la vida.

Zigong, en tono grave, preguntó:

—¿Existe una sola palabra que pueda servir como principio para toda la vida?

—Benevolencia. Trata a los demás como te gustaría que te tratasen, es una regla de vida de la que todos obtienen lo suyo. La humanidad no existe fuera del hombre, pero un hombre sin humanidad no vale más que un buey o un perro.

Yan Hui, atento, no perdía una palabra del Maestro:

—Conocer el bien es la meta del hombre íntegro, practicarlo es su deber. ¿Cómo podríamos progresar sin la enseñanza de los Antiguos?

—Lo mejor sería prescindir de maestro. El verdadero sabio hace el bien sin tener que estudiar, la virtud es para él lo natural. Tras él vienen los estudiosos que la descubren en los textos y la practican por convicción. En cuanto a los que actúan con desatino y sin querer aprender o corregirse, no merecen que nos ocupemos de ellos. Yo escucho atentamente todo lo que se dice y observo lo que se hace para sacar lo mejor de todo ello. Este es el segundo grado de conocimiento.

Zigong, el más brillante de todos los discípulos, exclamó:

—Para mí, el Libro de las Odas contiene lecciones de elocuencia y cortesía que no pueden ser igualadas. ¿No son la poesía y los buenos modales indispensables para el buen gobernante?

—No me has entendido. Aunque pudieras recitar de memoria los trescientos poemas del Libro de las Odas, ¿crees que eso sería suficiente? Imagínate que ocupas un cargo y no puedes cumplir con tu deber o que, enviado en misión a

otro país, no puedes resolver un problema por ti mismo, ¿para qué te serviría tanta erudición? ¿Sabes lo que es estudiar? Es aprender con temor de no llegar nunca a la meta y de perder en cualquier momento lo que ya se ha adquirido.

Zigong bajó la cabeza y, después de un silencio, prosiguió en tono más suave:

—Maestro, ¿qué soy yo en vuestra opinión?

—Un cuenco.

—¿Un cuenco?

—Un cuenco, sí, una de esas hermosas vasijas decoradas con gemas que se usan en los rituales.

Como Zigong parecía contrito, Confucio, sonriente, se apresuró a añadir:

—No te preocupes, amigo mío. Yo mismo, a la hora de estudiar los textos antiguos, no soy peor que los demás, pero alcanzar la virtud perfecta, la virtud que se extiende a todos los seres humanos, es algo que aún no he conseguido, y tiendo a ello con todas mis fuerzas sin descanso.

Preguntó entonces Ran Qiu:

—Maestro, un día Zigong y yo seremos llamados para entrar al servicio del primer ministro Ji. ¿Qué pensáis de él?

—¿Podemos llamar ministro a un hombre que tiene más poder que su príncipe y que practica los rituales vestido como un rey?

—Cuando se trata de ofrecer un sacrificio a sus Antepasados, se muestra generoso, multiplica las ofrendas y emplea a un gran número de músicos. Cuando preside una asamblea de oficiales, la ceremonia exhibe toda la magnificencia del poder. ¿No es eso gobernar según los rituales?

Confucio, tratando de controlar el tono de su voz, gritó:

—¡Rituales, rituales! ¿Qué? ¿El brillo del jade y de la seda? ¿Es la música el sonar de campanas y tambores? Hoy en día los cargos están ocupados por gente sin escrúpulos, las ceremonias se celebran sin recogimiento y la justicia cede paso a los privilegios. ¡Qué espectáculo tan lamentable!

paso a los privilegios. ¡Qué espectáculo tan lamentable!

Zixia, conocedor del ritual, se apresuró a intervenir:

—Si el vestido es más rico que las cualidades del corazón, ¿dónde está la sinceridad?

—Ver cómo el rojo degenera en escarlata y la música ritual en virtuosismo, ¡qué ruina! La austeridad en las ceremonias vale más que el esplendor, el que hace más de lo necesario para alzarse por encima de su rango es como un ladrón que trepa un alto muro para apoderarse del bien ajeno.

Preguntó Zigong:

—Maestro, ¿qué diríais de un hombre pobre que renunciase a la adulación y de un hombre rico que no mostrase orgullo?

—No está mal, pero sería mejor para un pobre encontrar la felicidad sin tratar de enriquecerse y para un rico, ser de carácter humilde y sobrio en sus modales.

—¿No es eso lo que significa este verso: «Modelar y pulir; cortar y limar»?

—¡Ah, Zigong, ahora puedo hablar contigo del Libro de las Odas! Te he mostrado un solo aspecto y tú has descubierto lo esencial. Los rituales de los Antiguos eran como ellos, sobrios y equilibrados. Para los más sabios, perfeccionarse en el silencio se llamaba música sin sonido, mantener una conducta irreprochable era una suerte de ritual sin formas. La gente de nuestro tiempo se considera más evolucionada, pero yo me apego a la práctica de los Antiguos.

Confucio permaneció inmóvil durante un largo rato, con la cabeza erguida, en la postura de quien medita o se avergüenza de haber dicho demasiado. Sus discípulos lo imitaron, ninguno se atrevió a seguir interrogándolo. De pronto se escucharon los vigorosos sonidos de una cítara, poco después apareció Zilu con su instrumento a la espalda. Confucio giró la cabeza:

—¿Qué hace aquí la cítara de Zilu?

Zilu, de cuerpo robusto, se detuvo al pie de la escalera:

—Estaba tocando una melodía que aprendí en el principado de Qi.

—¿Sabes siquiera para qué sirve la música?

—Este aire de guerra incita al valor, imita el ardor de los soldados dispuestos a morir por una buena causa.

El rostro de Confucio se iluminó con una leve sonrisa:

—Podemos estar seguros de que este no morirá en su cama.

Zixia no pudo ocultar su irritación:

—La música verdaderamente poderosa une a los hombres y templa las pasiones. Los rituales guerreros no tienen cabida aquí.

El joven Zilu se había convertido en el centro de atención. Posando la cítara en el suelo, dijo:

—El Maestro acostumbra a decir que la bondad, la sabiduría y la valentía son las tres cualidades del hombre íntegro. Yo me esfuerzo por ser valiente.

Zigong le respondió de inmediato:

—El que entra en la Senda por el nivel más bajo no debería mostrar tanto orgullo.

Confucio dirigió a Zigong una mirada irónica:

—¡Hombre afortunado! Sin nada más que aprender, te sobra tiempo para criticar a los demás. Digamos que Zilu ha llegado al porche pero aún no ha entrado en la morada del Maestro. En nuestros días es muy raro encontrar a una persona que tenga al mismo tiempo la sabiduría y el valor de ponerla en práctica. Debería alegrarme, pese a todo, de que todavía contemos con hombres audaces como él para empujarnos hacia delante y con escrupulosos como tú para mostrarnos lo que debemos evitar.

Zilu, animado por estas palabras, añadió:

—El Cielo ha hecho de Lu un pequeño principado que se ve obligado a rendir homenaje al más fuerte y a llegar a compromisos, pero no podemos aceptarlo todo bajo pena de convertirnos en un territorio anexionado. En estas condiciones, ¿no debería un hombre íntegro valorar el coraje por encima de

todo?

Habiendo recuperado la seriedad, contestó el Maestro:

—Lo que el Cielo pone por encima de todo es la rectitud. Sin ella, la valentía empujará a los poderosos a la rebelión y a los pobres al latrocinio. No se espera que el buen arquero atraviese el blanco, sino que envíe la flecha al centro, tal es la regla establecida por los Antiguos. Lo que importa no es la fuerza, sino la justeza del gesto.

Después de un silencio, continuó en tono afable:

—Sois jóvenes y vuestro talento no ha sido reconocido aún. Haced caso omiso de mi edad y habladme sin miedo. Si tuvierais un cargo en el Estado, ¿qué haríais?

Zilu avanzó hacia ellos mientras hablaba:

—Me veo en medio de un ejército listo para entrar en combate: guiaría sus movimientos por medio de la bandera blanca decorada con el signo de la luna y la bandera roja con el signo del sol, a mi alrededor el sonido del tambor se elevaría hacia el cielo y haría temblar el suelo. Obtendría la victoria y así podría conquistar nuevas tierras.

—¡Eso podría llamarse valentía! —dijo Confucio con una sonrisa—. ¿Y tú, Zigong?

—Yo, frente a los ejércitos de Lu y de Qi a punto de luchar, los convencería con un discurso ponderado para que llegasen a un acuerdo de paz.

—¡Eso sería elocuencia! ¿Y tú, Yan Hui?

—Lo que yo haría no se puede considerar una hazaña. Ayudaría a mi soberano a educar al pueblo y a observar las reglas como lo hicieron los reyes de la antigüedad. No necesitaban armas para protegerse ni palabras para expresar sus sentimientos. A través de los rituales y de la música mostraban un afecto sincero y una lealtad mutua mejor de lo que lo hubiera hecho un largo discurso.

Confucio los miró uno tras otro, triunfante:

—Esta, amigos míos, es la Senda de los Antiguos.

—Esta, amigos míos, es la Senda de los Antiguos.

Cuando Confucio tenía treinta y cinco años, una disputa entre el príncipe Zhao de Lu y el ministro Ji Pingzi degeneró en una guerra que hizo peligrar el gobierno del país. Los oficiales del príncipe le aconsejaron que no se enfrentara a su ministro. «La familia Ji —decían— siempre contribuyó a la prosperidad de sus soberanos, el principado de Lu le debe mucho. Además, tiene muchos partidarios que podrían volverse en contra vuestra». Sin embargo, el príncipe Zhao envió sus tropas contra Ji Pingzi, pero fue derrotado y obligado a refugiarse en el país vecino de Qi. Por lealtad a su príncipe, Confucio lo siguió al exilio y abandonó la ciudad de Qufu. El príncipe Jing de Qi fue a la guerra contra Lu y se apoderó de parte de su territorio para asentar allí al príncipe Zhao. Se estaba preparando para llevarlo de vuelta a Lu cuando sus oficiales le aconsejaron que no hiciera nada al respecto: «Todos aquellos que quisieron ayudar al príncipe Zhao a ocupar su lugar, ya fuesen de Lu o de Qi, murieron de muerte no natural. Parece que el Cielo no apoya su regreso, quizá el príncipe haya cometido una falta contra sus Antepasados». El príncipe Jing abandonó su proyecto y Zhao buscó asilo en el país de Jin, donde murió un año después. En Lu, su hermano menor se convirtió en el nuevo soberano del principado bajo el nombre de príncipe Ding.

En el quinto año del príncipe Ding, Ji Pingzi murió y le sucedió su hijo Ji Huanzi. Su autoridad creció y pronto se convirtió en el auténtico dueño de Lu. Poco después, un pariente del príncipe Ding entrevistó al cronista mayor de Lu para averiguar el destino de la familia Ji. El historiador respondió con estas palabras: «El estudio del pasado nos muestra que no está a punto de desaparecer. Hace ciento cuarenta años, su antepasado Ji You fue nombrado gran oficial por el príncipe Xi, gracias a él Lu prosperó. Con su descendiente Ji Wenzi el prestigio de la familia no disminuyó, mientras que la virtud de los príncipes a los que servía declinaba sin cesar. Hace más de cien años que el pueblo de Lu no ha conocido a un gobernante digno de ese nombre, ¿cómo puede un príncipe retener el poder en esas condiciones? El príncipe Ding debe tener cuidado al elegir a sus ministros y saber que uno no puede gobernar tomando prestado el prestigio de otros».

Durante su estancia en el principado de Qi, Confucio se mantuvo fiel a sus principios. Su conducta impecable y su conocimiento de los rituales y de la

principios. Su conducta impecable y su conocimiento de los rituales y de la historia de las antiguas dinastías le valieron la admiración del príncipe Jing. El soberano tenía la intención de ofrecerle tierras en patrimonio, pero su fiel consejero le advirtió: «Los letrados saben cómo manejar el lenguaje y los principios con gran habilidad. Además, son arrogantes y no aceptan más opiniones que las suyas propias. Su interés por los detalles del protocolo los lleva a la dispersión y la controversia. Los veréis yendo de un país a otro para jactarse ante los soberanos de sus enseñanzas como si fueran mercancías, pero para gobernar un Estado se necesita algo más. No pueden servir de modelo ni ser útiles para educar al pueblo. Desde que la dinastía Zhou comenzó a decaer, en los rituales se perciben lagunas y Confucio se ha convertido en maestro de ceremonias. Nos dice cómo subir y bajar escaleras, cómo caminar, inclinarnos, guardar silencio o hablar. Se necesitarían años de estudios sobre los rituales para cumplir con sus exigencias. Si tenéis la intención de ofrecerle un puesto para reformar las costumbres de nuestro país, por el bien de nuestro pueblo os ruego que renunciéis». En consecuencia, el príncipe Jing dejó de consultar a Confucio sobre temas importantes. Le dijo: «Mientras os quedéis aquí, seréis honrado, pero no puedo ofreceros un puesto como el del ministro Ji en Lu, soy demasiado viejo para cambiar mi comportamiento». El Maestro decidió entonces volver a Lu. A su regreso fue nombrado consejero del príncipe Ding.

Un día, mientras estaba en compañía del príncipe, este le preguntó:

—¿Existe una sola máxima que pueda hacer grande a un país?

Confucio le respondió:

—No, señor, una sola máxima no puede tener este poder, ni lo tendría toda una doctrina. Para los Sabios Emperadores que reinaron antes de la primera dinastía gobernar era fácil, solo tenían que seguir su naturaleza. Sin embargo, en nuestros días se oye decir: «Ser un buen soberano es difícil, ser ministro no resulta fácil tampoco». Quien comprenda que gobernar es una tarea difícil siempre y cuando no gobierne sobre su propio corazón, estará muy cerca de encontrar la máxima que hace grande un país.

El príncipe Ding lo interrogó de nuevo:

—Dime si hay una sola máxima que pueda arruinar un país.

—Una sola máxima no tiene este poder. Sin embargo, dicen: «No encuentro alegría en gobernar, excepto cuando veo que nadie se atreve a contradecirme»

alegría en gobernar, excepto cuando veo que nadie se atreve a contradecirme». Si las decisiones del soberano son justas, es normal que nadie se oponga a ellas, pero si no lo son, esta declaración de un soberano bien podría arruinar un país.

Después de un silencio, el príncipe de Lu continuó:

—¿Cómo debo guiar a mi gente y cómo deben servirme?

—Cumplir con las reglas y mantener la humildad es la manera más justa de gobernar a vuestra gente. Los rituales guían a los hombres como las leyes naturales gobiernan el mundo, distinguen y unen lo que es diferente, son la fuente del orden y de la cordialidad. Los hombres tienen capacidades diferentes, pero cada uno lleva dentro de sí la virtud de la humanidad: ella es la que hace al soberano generoso y honorable, al siervo, fiel y respetable; ella es la que resplandece en los ritos y se escucha en la música de las grandes ceremonias. En cuanto a mostrar lealtad al soberano, es fácil y se hace de manera natural si el soberano gobierna como debe.

En el décimo año del príncipe Ding, Lu hizo las paces con el principado de Qi. Dos meses después, un mensajero de Qi fue enviado para invitar a Ding a asistir a una reunión amistosa en Jiagu, cerca del Taishan. El gran oficial de Qi le dijo a su príncipe Jing: «Desde que el príncipe de Lu tiene la ayuda de Confucio, se ha convertido en un peligro para nuestro país. Propongo eliminarlo». Una vez que Jing hubo dado su consentimiento, el oficial expuso en estos términos el plan que había concebido: «Confucio es un hombre sabio, conoce bien los rituales pero no aprecia el coraje. Iremos a la reunión desarmados, durante la ceremonia invitaremos a los habitantes de la región a bailar, la gente de Lu no desconfiará de estos toscos pastores que fácilmente rodearán al príncipe y lo secuestrarán. Entonces podréis ocupar el primer lugar a la cabeza de los otros estados». El príncipe de Qi aceptó. Cuando el príncipe Ding se disponía a asistir a la reunión, Confucio, previendo una desgracia, le advirtió: «En la antigüedad, el príncipe que abandonaba su territorio iba acompañado por sus oficiales en sus carros de guerra. Os aconsejo que sigáis esta regla». El príncipe Ding siguió su consejo.

Según la costumbre, se construyó para la ocasión una explanada de tierra de tres escalones que solo podían ocupar los príncipes. Tras los saludos rituales al pie de la explanada, los dos príncipes se cedieron el paso uno a otro, subieron al montículo y se ofrecieron vino mutuamente. Luego un oficial de Qi propuso hacer sonar la música de los Cuatro Puntos Cardinales. Una multitud de

hacer sonar la música de los Cuatro Puntos Cardinales. Una multitud de bailarines apareció entonces, gritando al son de los tambores. Portando unos flautas y plumas, blandiendo otros lanzas y espadas, formaron un círculo alrededor del príncipe de Lu. Confucio, que había estado observando desde el principio los detalles de la ceremonia, subió dos escalones del terraplén, levantó los brazos y dijo: «Nuestros dos señores se han reunido para establecer un pacto de amistad, ¿qué hacen aquí la música bárbara y las armas? Pido a los oficiales de Qi que expulsen a esta gente». Confucio bajó los escalones, los bailarines permanecieron donde estaban y nadie hizo un gesto. Todos los ojos estaban puestos en el príncipe Jing. Este, avergonzado, agitó su bandera y los bailarines se retiraron. El oficial de Qi propuso entonces que se interpretara la música de palacio. Cantores, bufones grotescos y enanos gesticulantes vinieron dando vueltas hasta rodear de nuevo al príncipe Ding. Confucio subió rápidamente hasta el segundo escalón y dijo: «Es un crimen contra la rectitud y la buena fe que personas de esta clase perturben la reunión de los señores, ¡pido que se dé una orden y que se haga cumplir la ley!». El temeroso príncipe Jing se dio cuenta de que había quebrantado las reglas y roto su juramento. Ordenó que los enanos fueran ejecutados y sus miembros dispersados. De regreso, llamó a sus oficiales y les mostró su cólera: «En Lu Confucio enseña al príncipe el respeto a sus semejantes por medio del ritual, mientras que vosotros me empujáis a comportarme como un bárbaro, un ignorante y un tonto que le da la espalda al Cielo. ¿Cómo puedo reclamar ahora un derecho de supremacía sobre los otros principados?». Un oficial se adelantó y dijo: «El hombre honesto que ha cometido una falta la corrige con hechos, los cobardes se contentan con palabras». El príncipe Jing ordenó que los territorios que habían sido conquistados fueran devueltos a Lu. Como resultado, Confucio, que entonces tenía cincuenta y un años, fue encargado por el príncipe Ding de controlar la justicia. La primera medida que tomó fue la destrucción de los muros que rodeaban el palacio del ministro Ji Huanzi. Le dijo al príncipe: «La norma es que un ministro no debe tener una residencia fortificada más grande que la de su soberano. Es mi deber ordenar la demolición de sus muros, Zilu se encargará de ello».

Cuando Confucio hablaba de justicia durante un juicio, usaba un lenguaje común que todo el mundo podía entender. Ante el príncipe tomaba un aire grave, ante los ministros se mostraba digno y franco, y en presencia de simples oficiales adoptaba una actitud firme y cordial. Hasta en su propia casa, su atención jamás se relajaba. Comía y bebía sin exceso. Su vestimenta carecía de adornos, la

manga derecha de su túnica era más corta que la izquierda para facilitar las tareas, pues nunca se entregaba al ocio. Cuando dormía, su cuerpo no se parecía en nada al de un hombre muerto, se mantenía flexible y distendido. Se puede decir que a los vestidos que llevaba añadía el porte de un sabio, que a la actitud del sabio le acompañaba el discurso de un sabio y que bajo su discurso dejaba ver los principios de un sabio.

Meng Wubo, sobrino del ministro Ji Huanzi, que buscaba hombres de valía para su servicio, preguntó a Confucio:

—En vuestra opinión, ¿es Zilu un gran sabio?

Confucio le respondió sin dudarlo:

—Eso no lo sé.

—¿Acaso no es virtuoso?

—Lo único que puedo decir de él es que sería capaz de levantar un gran ejército y entrenar soldados para el combate, pero no sé si tiene la virtud que lo convertiría en un hombre íntegro.

—¿Crees que la tiene Ran Qiu?

—Ran Qiu es cordial y respetuoso, posee cierto talento para organizar a los hombres, pero no hay evidencia de que haya alcanzado la sabiduría.

Meng Wubo insistió:

—¿Es mejor Zixia que los otros?

—Es cuidadoso y diligente. En la corte de un príncipe sabría respetar los rituales y recibir dignamente invitados de alto rango, pero si es el más virtuoso, lo ignoro.

Luego, después de un silencio, añadió el Maestro:

—También está Yan Hui. Habla poco y nunca me contradice, tiene su propia manera de poner en práctica lo que le he enseñado. Os parecerá un idiota, pero

puede que sea el mejor de todos.

Poco después, Zilu, a quien Meng Wubo había informado de las palabras de Confucio, se dirigió al Maestro, que estaba en compañía de Yan Hui, y le preguntó:

—¿Qué debe hacer un hombre para convertirse en un verdadero sabio?

Confucio le respondió con una sonrisa:

—Primero debe convertirse en un verdadero hombre. Imagina a alguien que supiera perfeccionar sus cualidades naturales y que tuviera el coraje de ponerlas en práctica para mejorar a los demás, alguien que amase la justicia y el respeto, porque para él fuesen cosas naturales, y que siguiera su camino sin desviarse ni pensar en la meta: ese podría ser considerado como un hombre completo. En estos días no pedimos tanto. Cualquiera que renunciase a la riqueza antes que traicionar sus principios, que pudiera llegar incluso a sacrificar su vida por ellos y que no olvidase ninguna de las promesas hechas durante su vida, también podría ser considerado un hombre íntegro. Pero ¿dónde está ese hombre?

Tras un momento de silencio, añadió:

—Y ahora, decidme, ¿a qué aspiráis vosotros?

Zilu se apresuró a responder:

—Podría compartir caballos, carros y abrigos de ricas pieles con mis amigos y no quejarme si me los devuelven en mal estado.

Yan Hui dijo a su vez:

—Me gustaría perfeccionar mis cualidades y no hacer alarde de ellas ni mencionar mis buenas acciones, eso es lo que estoy buscando.

—¿Y vos, Maestro?

—¿Yo? Quisiera llevar consuelo a los ancianos, inspirar confianza a mis amigos y afecto a los jóvenes.

Zilu le miró con admiración y dijo:

—Después de tantos años sois ahora ministro de Justicia, ¿no es esta una ocasión para regocijarse?

Confucio respondió en tono serio:

—Si tuviera algo de lo que regocijarme, sería de que tal posición me permitiese demostrar mi humildad a todos. Para instruir un proceso no soy ni mejor ni peor que otro, sería mucho más dichoso si no hubiera proceso alguno. ¿Pero es esto posible? Mientras el príncipe dé muestras de cobardía, el primer ministro de orgullo y sus oficiales de falsedad, el pueblo no tendrá moralidad. Nos llevaría cien años de gobierno ejemplar poner fin al crimen y a la pena capital, no creo que pueda disponer de tanto tiempo.

Yan Hui, levantando su pálido rostro hacia él, le preguntó:

—Maestro, siempre os veo vestido sobriamente, ¿por qué lleváis esos colgantes de jade en el cinturón?

—Me gusta el jade porque se parece a la virtud. Como la bondad, es pulido y suave al tacto, sus vetas finas y compactas lo hacen tan sólido como puede serlo la inteligencia, tiene ángulos pero no hiere y en esto se asemeja a la justicia. Si se golpea, se partirá sin deshacerse, al igual que el valor. Y como la sinceridad, su transparencia no oculta sus defectos y sus defectos no disminuyen su valor.

Mientras Confucio estuvo a cargo del cumplimiento de las reglas, la gente de Lu experimentó la paz. Tres meses después de su nombramiento, los comerciantes de ganado dejaron de especular, en los caminos nadie tomó lo que no le pertenecía y los extranjeros que vinieron a Lu fueron calurosamente acogidos. Un año más tarde Confucio se había convertido en modelo para otros principados.

Cuando los ministros del país de Qi se enteraron de que las costumbres habían cambiado en Lu, se inquietaron y advirtieron a su príncipe: «Si Confucio continúa administrando justicia, el poder de Lu seguirá creciendo y nada le impedirá reclamar la hegemonía. El principado de Qi, siendo el más cercano, será el primero en ser anexionado. Debemos evitarlo». Se decidió entonces enviar al príncipe Ding ochenta bailarinas de extraordinaria belleza conocedoras de la música. El príncipe de Lu las recibió con placer y nunca se cansaba de su compañía. Durante tres días se suspendieron las audiencias en palacio. Zilu le

compañía. Durante tres días se suspendieron las audiencias en palacio. Zilu le preguntó entonces a Confucio: «A causa de estas mujeres ni el príncipe ni el ministro Ji Huanzi se hacen cargo del gobierno. Maestro, ¿no es hora de partir?». Confucio suspiró: «¿Nunca he de ver a alguien atraído por la virtud con la misma fuerza con que lo atraen las mujeres? He conocido hombres de corazón recto que siguieron su camino sin importar lo que ocurriese en el país, pero los mejores son los que permanecen en su puesto mientras pueden hacerlo sin renunciar a sus principios, y cuando eso ya no es posible, huyen, guardando su talento para otras ocasiones».

En compañía de algunos discípulos, Confucio abandonó entonces la capital. Después de pasar por la puerta de Qufu, se dio la vuelta y entonó esta canción:

La boca de estas mujeres está causando mi ruina,

la belleza de estas mujeres me empuja a emprender la huida.

Dejo el país que me vio nacer

para vagar por la tierra hasta mi muerte.

A la edad de cincuenta y seis años, Confucio abandonó el país de Lu y comenzó un viaje que iba a durar catorce años.

# III

Confucio, con la mirada vuelta hacia el oeste, habló a sus discípulos: «Hoy en día ningún país puede garantizar que no será atacado por su vecino. Los príncipes de Lu y de Wei tienen por antepasado común al buen rey Wen, que dio origen a la dinastía Zhou, y ambos países son como hermanos. Así que iremos a Wei».

Cuando alcanzaron la pequeña ciudad de Kuang, en la frontera con Wei, fueron detenidos por los habitantes, quienes creyeron reconocer en ellos al intendente rebelde del ministro Ji Huanzi y su tropa, que habían atacado la ciudad. Confucio fue arrestado y retenido en cautiverio. Sus discípulos llegaron a temer que fuera ejecutado. Confucio los reconfortó así:

—Hijos míos, tened confianza y considerad esto: si la sabiduría de los Antiguos Soberanos hubiera sido llamada a desaparecer, no me habría guiado hasta ahora. Lo que yo os enseño siempre ha existido, no soy el creador sino el transmisor. Si nadie ha podido destruirlo, ¿qué tengo que temer de esta gente?

Los discípulos consiguieron que lo liberasen. Yan Hui, que había permanecido oculto, se les unió un poco más tarde. Confucio se acercó a él y estrechando las manos de su discípulo entre las suyas, le dijo:

—Yan Hui, ¡pensé que habías muerto!

Yan Hui, con lágrimas en los ojos y una sonrisa, contestó:

—Maestro, sabiendo que estáis vivo, ¿cómo me atrevería a morir?

Llegado a la capital del pequeño principado de Wei, Confucio se sorprendió al encontrar una ciudad tan poblada. Ran Qiu, que conducía su carro, le preguntó:

—Una vez que la población ha aumentado, ¿qué podemos hacer para mejorar su situación?

—Debemos proporcionarle recursos.

—Y cuando a la gente no le falta nada, ¿qué podemos hacer por ellos?

—Necesitan ser educados. Tú, que un día serás llamado a servir a los poderosos, debes saber esto: si un gobernante instruyera a su pueblo en la sabiduría, al cabo de siete años el pueblo podría vivir con dignidad aunque tuviera que ir a la guerra, pero llevarlo a la lucha sin haberlo entrenado en la virtud sería conducirlo a su ruina. La sabiduría que hace que un hombre sea digno de ese nombre es lo que el pueblo necesita más que el agua y el fuego. Puedes morir cruzando el agua o el fuego, pero nunca he visto morir a nadie por seguir el camino de la virtud.

Ran Qiu, siempre deseoso de aprender, le preguntó de nuevo:

—Maestro, esa virtud de la que el pueblo no puede prescindir, ¿en qué se diferencia de la de los grandes oficiales que están por encima de él?

—Los hombres tienen una misma naturaleza y solo por la práctica se diferencian. Que la virtud de la humanidad adquiera un sentido absoluto y una forma perfecta es deber de todos. La pobreza y la humillación no son cosas envidiables, pero valen más que traicionarse a uno mismo. En cuanto a las riquezas y los honores, son cosas que todos desean, pero es mejor renunciar a ellas que obtenerlas mediante acciones injustas.

El príncipe Ling conocía bien la reputación de Confucio y lo acogió cordialmente, aunque su moralidad iba en contra de los principios de su huésped. Un día que el príncipe salía, hizo subir en su carro a un eunuco y a su concubina Nanzi, sospechosa de mantener relaciones incestuosas con su hermano. Confucio fue invitado a formar parte del cortejo para seguir al príncipe hasta la plaza del mercado. El Maestro, indignado al verse en tan mala compañía, decidió marcharse. Dijo a sus discípulos: «El carro que porta la insignia del príncipe es más valioso que los que van en él. Si el príncipe no se comporta como tal y no respeta las reglas, ¿cómo voy a seguirlo?».

Confucio se despidió entonces del príncipe Ling tras haber pasado diez meses en Wei y se dirigió a Zheng, un pequeño estado vecino, para luego ir al principado de Chen. Cuando llegaron a la puerta del Este de la capital de Zheng, Zigong se dio cuenta de que su maestro no estaba con ellos y empezó a buscarlo. Un comerciante de la ciudad se le acercó y le comentó: «Hay un anciano extraño

allí. Tiene la frente de un hombre sabio, la apariencia de un juez y la talla de un soberano de antaño. Ahí está, solo, indeciso como un perro en casa de un hombre muerto». Cuando Zigong se reunió con su maestro, le transmitió estas palabras. Confucio dijo riendo: «Ese buen hombre no debería fiarse de las apariencias. Sin embargo, decir que parezco un perro en busca de su amo es del todo correcto».

En el principado de Lu, durante el decimocuarto otoño de su reinado murió el príncipe Ding. Llegada la primavera, le sucedió el príncipe Ai.

Al pasar por el país de Song, Confucio y sus discípulos se vieron obligados a huir de los soldados enviados contra ellos por el ministro de la Guerra de ese principado, quien temía que la influencia del Maestro provocara su destitución. Viendo a sus compañeros sumidos en la tristeza, Confucio quiso distraerlos y preguntó:

—Si quisiera viajar por mar, ¿quién me seguiría? ¿Zilu tal vez?

Zilu asintió con entusiasmo:

—Podéis contar conmigo, Maestro, estaría dispuesto a construir una barca con mis propias manos.

—Ah, Zilu, me superas en valentía, pero si tuvieras un poco más de juicio no necesitarías barca.

Zixia entonces intervino:

—¿Qué debemos hacer en las circunstancias adversas? ¿Es mejor escapar o luchar por nuestros principios?

El Maestro, sin abandonar su tono amistoso, respondió con voz lenta y convencida:

—He conocido hombres lo suficientemente modestos como para retirarse de la vida pública, otros lo suficientemente valientes como para enfrentarse a la muerte, pero pocos que sepan mantenerse en su lugar, rectos y firmes,

imperturbables tanto en la felicidad como en la desgracia. El sabio es un sabio, no es ni un cobarde ni un héroe, simplemente se adapta a las circunstancias que se le imponen. Si posee riquezas y honores, actúa como corresponde a un hombre afortunado. Si se encuentra en peligro, actúa como un hombre en aprietos. Pase lo que pase, se mantiene sereno y dichoso porque no necesita nada, posee en su interior un tesoro que nadie puede arrebatarle.

Zigong, siempre dispuesto a resolver problemas, preguntó:

—¿Es todo lo que hace falta saber para enfrentarse al peligro?

Confucio, mirándolos uno a uno, dijo:

—¿Creéis que os estoy ocultando algo? No, no me guardo nada. Todo lo que he aprendido lo enseño. Todo lo que enseño lo pongo en práctica y lo comparto con vosotros.

Ran Qiu suspiró:

—Vuestra sabiduría es admirable, pero temo no tener fuerzas suficientes para aplicarla.

—Hay hombres llenos de buenas intenciones que siguen la Senda y caen exhaustos a mitad de camino, tú te impones límites antes incluso de empezar. Escucha esto: aquel a quien el Cielo ha dotado de buenas cualidades al nacer llega a su meta sin esfuerzo, pero yo no soy uno de ellos. Procuro desarrollar mis cualidades y corregir mis defectos. Lo que no sé me esfuerzo por aprenderlo. Lo que he aprendido no lo abandono y hago todo lo que puedo para ponerlo en práctica. Aquello que los mejores consiguen de inmediato intento adquirirlo diez veces, veinte veces si es preciso, hasta que pueda lograrlo. Cuantas veces caigo, otras tantas me levanto. Ah, Qiu, la perfección es un pesado fardo que el sabio arrastra toda su vida y el camino es largo, créeme. Alcanzar la virtud de la humanidad es una empresa ardua, pero para aquel cuya naturaleza es ser sabio no hay nada más fácil. Por eso los Antiguos decían: para el hombre que la lleva en el corazón la perfección es tan ligera como una pluma, pero aquellos que quieren adquirirla apenas tienen fuerza para levantarla.

Zilu, exaltado por este discurso, profirió:

—¡Ponedme a prueba! Estoy dispuesto a ir hasta el límite de mis fuerzas y a

morir si es necesario en el camino de la perfección.

Confucio le reprendió suavemente:

—Tu ardor prendería fuego a la montaña y secaría los ríos. Terminarías con toda la caza y con los peces en un día. ¿No ves que al sobrepasar los límites dejas atrás lo esencial?

—¿Qué es lo esencial, Maestro, y cómo alcanzarlo?

—Es lo que te permite llegar a lo más lejano, a lo más alto, a lo más profundo sin tener que moverte. Esta fuerza serena se adquiere adaptándose al cambio sin cambiar uno mismo.

Yan Hui, el de mirada profunda, exclamó:

—¡Qué grande es la Senda del Maestro!, cuanto más la considero, más elevada me parece. Cuanto más trato de entenderla, más honda resulta ser y cuando pienso que la veo delante, la tengo detrás de mí. El Maestro nos guía pacientemente, él me ha empujado a estudiar, si ahora quisiese renunciar a todo esto no podría hacerlo. Cuando me siento exhausto veo de nuevo algo frente a mí, como una montaña que me atrae y que no podría escalar sin ayuda.

Confucio lo contempló por un momento en silencio y dijo en voz baja:

—Lo que acabas de describir, Hui, esa virtud genuina que a la vez te empuja y te parece lejana, es la naturaleza misma de la virtud humana que cada uno de nosotros posee. El deber de todo hombre es perfeccionarla, una tarea que solo termina con la vida. En su más alto grado, alcanza el Cielo y la Tierra, es aquello hacia lo que tendemos, pero no creas que es inaccesible, pues podemos tender hacia ella porque está ya en nosotros. Debes saber una cosa: no es la Senda lo que engrandece al hombre, sino el hombre el que engrandece la Senda.

Después de pasar tres años en Chen, Confucio, cansado de asistir a los incesantes ataques que este país tenía que soportar por parte de los grandes principados de Chu y de Jin, decidió regresar a Wei.

De camino a Wei, Zilu preguntó a Confucio:

—Si el príncipe Ling os encarga el gobierno, ¿cuál será vuestra primera medida?

Sin desviar sus ojos del horizonte, Confucio le contestó:

—Una rectificación de los nombres.

—¿Estáis seguro de eso? Me parece que hay muchas otras cosas por hacer antes.

—¡Qué testarudo eres! Cuando uno no sabe de lo que está hablando, es mejor que calle. El lenguaje es una cosa seria de la que no se debe abusar, su función fue regulada por los Antiguos Soberanos para distinguir entre lo verdadero y lo falso. Mientras las palabras conserven su verdadero significado, la gente puede entenderse, pero en cuanto signifiquen algo distinto a la realidad, todo en el gobierno será confuso. Mientras los títulos estén de acuerdo con el talento de cada uno, ningún hombre de valía quedará sin empleo y ningún cargo carecerá de hombres competentes. El soberano actuará entonces como soberano, el ministro como ministro, el padre como padre y el hijo como hijo, todos harán honor a su nombre. Si los nombres y las cosas no concuerdan, las palabras no corresponden a los actos, las promesas no se cumplen y la gente ya no sabe dónde poner el pie. Cuando el discurso y el corazón del hombre se alejan uno de otro, la sabiduría misma se convierte en un tejido precioso que todo el mundo admira sin que nadie sepa lo que hay debajo.

Al enterarse de la llegada de Confucio, el príncipe Ling se regocijó y dejó la capital para reunirse con él. Lo recibió como invitado distinguido, pero en los meses siguientes no le confió cargo alguno. Confucio se lamentaba: «Si un soberano me aceptara a su servicio, en un año podría hacer algo y después de tres años alcanzaría mis fines».

Mientras aún estaba en Wei, Confucio recibió un mensaje de un ministro del poderoso principado de Jin invitándolo a unirse a él. El Maestro estaba dispuesto a aceptar su invitación, pero Zilu exclamó:

—Ese hombre de Jin se acaba de rebelar contra el gran oficial Zhao Jianzi. Nos habéis enseñado que el sabio prefiere retirarse antes que servir a un mal señor.

—¿Qué estás diciendo? ¿Soy acaso una calabaza que se cuelga de una viga del techo para adornar la casa? Nunca he negado mi enseñanza a nadie. Puede que ese ministro no sea perfecto, pero si me da un empleo sabría poner al principado

ese ministro no sea perfecto, pero si me da un empleo sabría poner al principado de Jin en la Senda de los Antiguos Soberanos. Por preservar mi pureza, ¿debo dejar de hacer lo que creo que es justo?

Zilu, con un gesto de impotencia, replicó:

—Sin embargo, durante años hemos estado deambulando de un país a otro sin encontrar una función que os convenga. ¿Cómo explicáis esto?

—Ah, Zilu, ¿crees que las cosas siempre están de un lado o de otro? Los que se retiraron del mundo lo hicieron porque creían que ese era su deber. Otros, por la misma razón, perecieron en el empeño sin renunciar a sus exigencias. Pero ¿tenían otra opción? Piensa un poco, ¿crees que se preguntaron cuál era la mejor manera de actuar? El que tiene sentido de la rectitud no necesita razonamientos para actuar correctamente, sino que lo hace de manera espontánea. Lo que no es posible en ciertas ocasiones no es imposible en otras, no hay regla que valga, cada cual lo hace a su manera, ya ves, esto es algo que un maestro no puede enseñar a su discípulo.

—Y vos, Maestro, ¿de qué lado os situáis?

—Yo abordo la realidad sin idea previa y sin pretensiones, sin obstinación ni egoísmo. No me inclino ni de un lado ni de otro, me adhiero al Camino del Medio, eso es lo que se llama rectitud. Es lo que te permite escapar siempre para permanecer siempre en tu puesto.

El tiempo pasaba para Confucio en vano. Ocioso, se sentía como un león enjaulado. Un día, mientras contemplaba el río Amarillo en compañía de sus discípulos, dijo en tono pensativo: «Todo pasa como esta agua, nada se detiene ni de día ni de noche. Mirad, a cada obstáculo el agua responde como un eco, desciende o se eleva sin temor, recta o sinuosa, sigue su propio camino y su virtud nunca se agota».

Contemplando el vasto territorio de Jin que se extendía desde la otra orilla hacia el oeste, Confucio sintió deseos de dirigirse allí. Si su sentido de la justicia le impedía finalmente servir al rebelde, siempre podría ofrecer su ayuda a Zhao Jianzi, que acababa de convertirse en primer ministro. Sin embargo, algún tiempo después, un mensajero de Jin anunció que dos grandes oficiales, que tenían reputación de sabios, habían sido ejecutados por Zhao Jianzi.

De pie, frente al río Amarillo, Confucio dijo con un suspiro:

—No me será permitido cruzar este hermoso río, este gran río a orillas del cual soñaba, tal es la voluntad del Cielo.

Zilu se acercó y preguntó vivamente:

—¿Por qué no podemos ir a Jin?

—En tanto Zhao Jianzi necesitó a estos dos hombres para acceder al gobierno, se sirvió de ellos. Una vez que consiguió lo que quería, los mató. Si voy con él ya sé lo que me espera.

Volviéndose hacia sus discípulos, prosiguió con voz tranquila:

—Esto es lo que oído decir: cuando el pescador deseca el estanque para atrapar a los peces, el dragón que envía la lluvia sobre la tierra se retira. Cuando el cazador vuelca el nido para coger los huevos, el fénix de buen agüero no se aproxima. ¿Veis? Si las bestias saben evitar a los que actúan en contra de la justicia, ¿cómo podría el sabio que ve a sus semejantes destruidos no hacer lo mismo?

Zigong lo intentó a su vez:

—Supongamos que poseéis un tesoro, ¿preferiríais mantenerlo fuera de la vista de todos o venderlo para que otros lo aprovechen?

—Lo vendería, por supuesto, lo vendería, pero aún no he encontrado a nadie que esté dispuesto a pagar el precio que exijo.

Zixia, hombre sagaz que siempre estaba dispuesto a arreglar las cosas, preguntó:

—¿Por qué no enseñáis a Zhao Jianzi la Senda de los Antiguos Soberanos?

—No enseñar el Tao al que es capaz de comprenderlo es sacrificar a un hombre, pero hablar de ello a quien no está listo para aceptarlo es echar a perder las palabras. Tengo tanto respeto por las palabras como por los hombres, de modo que no haré nada al respecto.

Yan Hui se dirigió tímidamente al Maestro:

—Este río profundo que se agita como un ser laborioso puede atraernos, pero ¿recordáis la serena fuerza del Taishan que permanece inalterable en el país de Lu?

Confucio lanzó una mirada pensativa al ruidoso río y dijo:

—El hombre culto que valora el conocimiento ama el agua, pero el que ya no busca nada preferirá la montaña. El inteligente que brilla en cualquier dominio será como este río, dichoso y libre en toda circunstancia. Mas el que no tiene nada que demostrar vivirá plenamente sin esfuerzo ni deseo, permanecerá íntegro y firme mientras lo sean las montañas.

Confucio dio la espalda al río, nunca iría al principado de Jin.

En Wei, el Maestro nunca dejó de hacer música. Una noche, mientras se encontraba solo y golpeaba las piedras sonoras, un habitante de la montaña que pasaba ante su puerta dejó en el suelo la canasta que llevaba al hombro y se detuvo para escucharlo. Después de un rato, exclamó: «Suena como el lamento de un hombre solitario y obstinado, en una habitación vacía al margen del mundo. ¡Pobre loco! Si nadie le comprende, ¿por qué insiste tanto? Dicen los sabios: “Cuando el río va crecido, el viajero lo atraviesa vestido; cuando está bajo, se levanta la ropa”». Confucio entonces se volvió hacia él y le interpeló: «Has encontrado la dicha. La vida es más fácil así, ¿no es cierto? ¿Por qué preocuparse?».

Una mañana, al final del invierno, el príncipe Ling convocó al Maestro y le ordenó:

—Habladme de la guerra.

Confucio se inclinó para responder:

—Puedo hablaros de rituales y de música, de la guerra no sé nada.

—Un maestro al que se considera sabio debe saber lo que hace poderoso a un soberano.

—Claro que lo sé. Un soberano no puede elevarse por encima de los demás sin ayuda del Cielo y no puede mantener su primacía sin la confianza del pueblo. Tener al Cielo de tu lado es respetar los grandes principios que gobiernan el mundo, no exceder nunca tus derechos ni descuidar tu deber. Si actuáis de este modo, el respeto del pueblo vendrá por sí solo.

El príncipe Ling asintió con una mirada pensativa:

—Todo esto es muy hermoso y digno de los antiguos reyes. En el pasado, tal era la forma de gobernar, pero hoy en día los principados guerrean unos contra otros. El país de Wei está amenazado por todas partes y yo, que soy un anciano, necesito saber cómo se mantiene la estabilidad de un Estado.

—Eso también lo sé. Usar la fuerza contra un país vecino lo obliga a responder con armas: quien así actúa guerrea contra sí mismo. Aumentar el territorio poniendo en riesgo la vida del pueblo es convertir la fuerza en debilidad. El gobierno de los Antiguos Soberanos era bueno porque ellos mismos eran rectos, confiando en los rituales y en la música seguían la Senda del Cielo. Si libráis una batalla podéis conseguir a lo sumo una victoria pasajera, pero cuando yo hago una ofrenda o me adapto a lo que es justo, obtengo los favores del Cielo.

El príncipe Ling miraba por la ventana, había dejado de escuchar a Confucio desde hacía un rato. Afuera se oía un rumor, primero fue un ruido apagado y luego gritos cada vez más apremiantes. En lo alto del cielo, lejos de los hombres, las grullas salvajes cruzaban el país de Wei hacia el este. Confucio permaneció callado. Agachando la cabeza, esperó a que el príncipe le diera permiso para retirarse.

Al día siguiente el Maestro decidió marcharse. Cuando ya estaba de pie en su carro, los oficiales de Wei intentaron detenerlo. Confucio, sin renunciar a su calma, les dijo: «El pájaro puede elegir el árbol, pero ¿se ha visto alguna vez al árbol elegir el pájaro?».

A punto de cruzar la frontera de Wei, el jefe de la guardia se dirigió a los discípulos de Confucio: «Los sabios escasean hoy en día, unos se ocultan, otros huyen, pero de todos los que han pasado por aquí no hay ninguno que haya rechazado encontrarse conmigo». Los discípulos le presentaron al Maestro y aguardaron en la puerta de la ciudad. Al final de la entrevista, el oficial se acercó y les dijo: «Amigos, os quejáis de que vuestro maestro esté sin empleo, ¿puede

ser de otro modo? Nuestra época ha perdido la Senda y solo escucha el imperioso sonido de los tambores, el Cielo le ha dado a vuestro maestro una voz bien diferente, la cual hará que los hombres vuelvan al camino de la razón».

Poco después de la partida de Confucio murió Ling, el príncipe de Wei.

# IV

En el principado de Lu, durante el tercer año del príncipe Ai, el ministro Ji Huanzi cayó enfermo. Una tarde que era portado por sus hombres cerca de las murallas de Qufu, levantó la vista hacia las fortificaciones de la capital y se lamentó: «Este país podría haber sido grande si no hubiera ofendido a Confucio, pero preferí la compañía de las mujeres a la del sabio y el canto de las bailarinas a la música que nos hace mejores». De regreso al palacio, llamó a su hijo Ji Kangzi y le dijo: «Mi vida termina con remordimiento. Tú que vas a sucederme tienes el poder para corregir mis errores: no pretendas gobernar sin apoyo, llama a Confucio».

Unos días después, Ji Huanzi murió y su hijo quiso llamar a Confucio, pero sus oficiales le advirtieron: «En el pasado vuestro padre tomó al Maestro a su servicio y no pudo retenerlo, por ello apareció ante todos los demás gobernantes como una persona incapaz. Si lo traéis sin poder satisfacerlo de nuevo, el prestigio de vuestra familia se verá reducido una vez más. Eso no os conviene». Ji Kangzi se quedó pensativo y les preguntó: «¿A quién puedo recurrir?». Los oficiales, de mutuo acuerdo, respondieron: «Llamemos a Ran Qiu».

Los mensajeros de Ji Kangzi fueron enviados en busca de Ran Qiu, que acompañaba a Confucio de camino hacia el pequeño principado de Chen. El Maestro miró a su discípulo con el orgullo de un padre que presenta a su hijo:

—Si el ministro se toma la molestia de llamarlo desde tan lejos no es por un asunto menor, sino para emplearlo ciertamente en asuntos de importancia.

Ran Qiu, emocionado, se acercó a él:

—Maestro, ningún cargo es más valioso para mí que conducir vuestro carro, pero como el Cielo quiere que sirva al ministro, decidme cuál es la mejor manera de hacerlo.

Confucio lo miró con solemne ternura y le dijo:

—Sirve a tu señor tanto como a la justicia, pero si tienes que escoger, escoge la justicia.

justicia.

Los discípulos a su alrededor murmuraban. Después de mirar a Ran Qiu, Confucio pareció arrepentirse de sus palabras y añadió:

—Para ello se necesitaría un coraje supremo, probablemente nunca conoceré al que pudiera hacerlo, me contentaría con encontrar a un hombre que fuera constante en sus principios. Pero en un mundo donde la nada pretende ser algo, el Vacío se da a sí mismo el nombre de Plenitud y el ministro toma la apariencia del príncipe, ¿dónde encontrar a un hombre semejante?

Viendo que Ran Qiu se resistía a separarse de él, Confucio siguió diciendo:

—Solo has de exigirte mucho a ti mismo y poco a los demás, ser digno de confianza y fiel a tu palabra, así te ganarás el respeto de tus semejantes, incluso de los bárbaros del norte o del sur; pero si pretendieses imponer tus ideas a los demás sin ponerlas en práctica tú mismo, en tu propia aldea no hallarías el respeto de nadie. El que no inspira confianza es como un carro sin tiro, que no puede ir muy lejos.

Zilu, el impetuoso, intervino al momento:

—Tan pronto como aprenda una lección, ¿debo intentar ponerla en práctica sin demora?

—¿No tienes a tu padre y a tus hermanos mayores para aconsejarte? ¿Por qué ibas a actuar con ligereza?

Ran Qiu y los mensajeros emprendieron el camino hacia Lu. Confucio contempló el carro que se alejaba y susurró:

—¡Tengo que volver a casa, tengo que hacerlo! Allí mis muchachos, y ahora Ran Qiu, tienen nobles aspiraciones y están llenos de buena voluntad. Pero ¿serán capaces de servir sin perder su integridad?

El humilde Yan Hui le preguntó:

—Maestro, ¿cómo no guardar nada para uno mismo sin perder algo? ¿Cómo mantenerse en la cumbre sin caer?

—Eso se logra a través de la humildad y de la firmeza, de la constancia y de la

rectitud. Sabes, Hui, el Libro de las Odas contiene trescientos poemas y una sola idea: no desviarse nunca. Alcanzar la plenitud sin desbordarse es lo que los Antiguos llamaban el Camino del Medio.

Zilu, que había escuchado el anhelo de su maestro, se apresuró hasta alcanzar a Ran Qiu para decirle: «Si tienes poder para ello, haz que nuestro maestro sea llamado de vuelta a Lu».

Mientras tanto, Zixia se acercó a Confucio y lo interrogó:

—Maestro, cuando Zilu os preguntó si debía aplicar de inmediato una regla que acabamos de aprender le dijisteis que no se apresurara, y a Ran Qiu le aconsejasteis lo contrario, ¿por qué?

—Qiu es lento, por eso lo empujé. Zilu tiene energía para dos, es preciso retenerlo.

—¿Cuál de las dos actitudes es preferible?

—Exceder los límites vale tan poco como no alcanzar la meta. Tú que conoces el ritual, tómalo como modelo y conténtate con seguir las reglas. Estas sirven a los hombres sin premura ni lentitud excesiva, como hacen el sol y la luna, y les enseñan la medida justa. Saludar a tu señor con demasiada frecuencia es adulación, no hacerlo en absoluto es arrogancia. Antaño, la actitud reflejaba el sentimiento sincero y por ello los gestos tenían poder, pero hoy en día parece que los ojos ignoran lo que hace el cuerpo y que los pies no siguen la dirección de los ojos.

Confucio y sus discípulos pronto reanudaron su viaje igual que pájaros siguiendo al sol, unidos por el mismo instinto. Cuando se establecieron en el pequeño principado de Cai, cruzaron la frontera del país de Chu y se dirigieron a la ciudad de She. Zilu, después de haber transmitido sus respetos al gobernador de la ciudad, volvió junto a Confucio y le dijo que el gran oficial deseaba conocerlo.

—Quería saber qué clase de persona sois.

—¿Puedo saber yo qué le dijiste?

—No contesté, cualquier cosa que dijese habría sido una mentira.

El Maestro sacudió la cabeza entre risas:

—¡Ah, Zilu, crees que me estás ennobleciendo y me rebajas! Podrías haber dicho simplemente que soy un hombre que ama tanto el estudio que se le olvida comer y que el más mínimo progreso me hace tan feliz que no me siento envejecer, esa es la verdad.

Al día siguiente Confucio visitó al gobernador de She, que se apresuró a interrogarlo:

—¿En qué se reconoce un buen gobierno?

—Al observar las costumbres del pueblo conocemos la calidad de sus gobernantes. Cuando la gente está contenta con su país y los forasteros acuden en gran número, podemos decir que el soberano es bueno.

El gobernador mostró su aprobación y prosiguió:

—En mi país encontrarás hombres de rectitud ejemplar. Hubo un joven cuyo padre había robado una oveja y testificó en su contra.

—En mi país ocurre algo diferente, el hijo defiende a su padre y el padre protege al hijo. Para nosotros, el afecto y la lealtad hacia nuestros padres es la mayor expresión de rectitud.

En el camino de She a Cai, dos campesinos que se llamaban a sí mismos Largo Reposo y Profundo Retiro estaban arando sus campos cuando Confucio y sus discípulos llegaron en busca de un medio para cruzar el río. El Maestro envió a Zilu a preguntarles dónde estaba el vado. Largo Reposo le preguntó:

—¿Quién es este gran hombre que va de pie en el carro?

—Es el maestro Confucio.

—¿Confucio, el hombre de Lu?

—El mismo.

El campesino le dio la espalda, murmurando:

—Si es él, con el tiempo que ha estado vagando de aquí para allá, debe saber dónde está el vado.

Zilu se acercó entonces al otro labrador que estaba trabajando un poco más lejos. Profundo Retiro lo miró de arriba abajo y le preguntó quién era. Zilu respondió que era discípulo de Confucio. El viejo emitió un gruñido mientras señalaba el río:

—El imperio se parece a ese torrente tumultuoso que arrastra todo a la deriva. ¿Quién puede cambiar el curso de las cosas? En vez de seguir al que huye de un país a otro, harías bien en retirarte lejos de todo. Con prisas no vas a encontrar reposo ni podrás mejorar la realidad oponiéndote a ella.

Luego se dio la vuelta y comenzó a cubrir las semillas que había sembrado.

Zilu volvió junto al Maestro y le contó lo que habían dicho los dos hombres. Confucio suspiró, una sombra cruzó su rostro:

—Que el imperio se ha sumido en el caos no necesito que nadie me lo recuerde, lo sé desde hace tiempo. Si la razón y la justicia gobernaran este mundo, no pretendería cambiarlo. ¿Esos qué quieren, que me retire a las montañas? ¡No puedo contentarme con la compañía de fieras y pájaros! ¿Con quién puedo compartir mi vida, aprender y colaborar sino con mis semejantes?

Zixia, indignado, exclamó:

—¡Ah, esta buena gente! Su trabajo no debe ser despreciado, pero el nuestro es el estudio y si seguimos su camino corremos el riesgo de enfangarnos.

Confucio se irguió y continuó:

—¿Debemos renunciar a la cultura y a los rituales? ¿Qué ganaría el hombre si ignorase el pasado, cubriese a su padre y a su madre con simple tierra y viviese continuamente en el temor a sus vecinos? Rechazar un cargo, ¿a quién beneficia?

Zilu replicó de inmediato:

—¿Y por qué no aceptasteis un cargo en el Gobierno cuando os lo ofrecieron?

¿Y por qué no aceptasteis un cargo en el Gobierno cuando os lo ofrecieron?

—No es necesario ocupar un cargo para cumplir una función. Amar a los padres, respetar al soberano, ser leal a los amigos, ¿no es eso cumplir con la tarea humana y participar de alguna manera en el gobierno? Quien se comporta de este modo puede caminar por tierra firme, mirar al cielo y considerar el presente sin miedo al futuro. Mirad al príncipe Jing de Qi, sus cuadras contenían mil carros de guerra, pero el día de su muerte su pueblo no pudo nombrar una sola virtud que pudiese honrarlo.

Luego, tras un breve silencio, continuó:

—Vuestra preocupación no debe ser que se ignoren vuestras cualidades, sino más bien no desarrollarlas día tras día.

Después de estas palabras, todos permanecieron en silencio y regresaron hacia Cai.

En aquella época el pequeño país de Chen sufría los ataques de Wu, el poderoso principado del sur que luchaba desde hacía diez años para arrebatarle la hegemonía al príncipe de Jin. El príncipe de Chu, que vino con sus ejércitos a defenderlo, estaba acampado no lejos de la ciudad de She. Cuando supo que Confucio estaba en la región, envió un mensajero con presentes para que lo invitara a reunirse con él. Los grandes oficiales de los principados de Chen y de Cai, sabiendo que el Maestro y sus discípulos estaban a punto de visitar al señor de Chu para darle las gracias como era de costumbre, se aliaron para impedir que lo hicieran, por temor a que su influencia pudiera aumentar el poder de Chu. Enviaron soldados a su encuentro y los rodearon en un lugar desierto e inhóspito sin darles oportunidad de abastecerse de provisiones. Sin embargo, el Maestro no se dejó alterar y no cesó de conversar, de recitar versos y de cantar acompañado de su cítara.

Al final del séptimo día, Yan Hui cayó enfermo y sus compañeros, hambrientos, eran presa del desánimo. Zilu se dirigió entonces a Confucio en tono iracundo:

—¿Cómo es posible que nosotros, que seguimos vuestras enseñanzas, hayamos caído tan bajo? ¿Por qué esforzarse en ser virtuosos si nuestro maestro se ve reducido a la miseria?

Confucio le echó una mirada divertida y replicó:

—¿Quién dijo que la sabiduría salva al hombre de la miseria? Simplemente le permite mantener la calma cuando las dificultades se presentan.

—Sufrir en silencio y despreciar las riquezas, ¿es esa toda la virtud del sabio?

Confucio, sacudiéndose el polvo de la ropa, contestó:

—Ser rico o pobre depende de las circunstancias, pero mantenerse íntegro o volverse indigno depende solo de ti. Si fuera posible hacer dinero sin perder la integridad no me importaría convertirme en lacayo, de ser preciso, pero como es imposible, me apego a la sabiduría, que es lo que prefiero.

El Maestro contempló a sus discípulos demacrados y exhaustos. La desesperación marcaba sus rostros aún más que el hambre y la sed. Después de un momento, continuó diciendo:

—¿Pensáis acaso que he estudiado y aprendido mucho?

Zigong se sorprendió:

—¿Es que no es cierto?

—No. Seguí el único principio que da sentido a todo lo demás, con ese hilo he tejido toda mi vida.

Yan Hui, que ya no tenía fuerzas para tenerse en pie, sonrió al escuchar la voz del Maestro:

—Esa parcela de humanidad que vive en cada uno de nosotros es el principio que ordena silenciosamente toda nuestra vida, ¿no es así?

A su lado, Zixia, a pesar de su fuerte constitución, parecía aún más debilitado:

—En el estudio de los rituales y de los textos antiguos me esfuerzo por seguir los pasos del Maestro, pero su enseñanza acerca de la naturaleza humana y de la Senda del Cielo me resulta incomprensible.

Confucio fue a sentarse a su lado y comentó:

—Olvida tu hambre y escucha esto. El Cielo, que está en el origen de todas las cosas, no tiene forma ni fin. Como está desprovisto de apariencia, su realidad se nos escapa. Él sostiene el mundo, creemos que está inmóvil porque no cambia, su naturaleza es la rectitud y la continuidad. En la tierra su actividad se manifiesta por la apariencia y el curso que toman las cosas. Las circunstancias nos parecen múltiples porque varían constantemente, pero son la forma de un único principio llamado destino. Yo mismo sé muy poco sobre la voluntad del Cielo, pero sobre la naturaleza humana puedo hablar.

Todos levantaron la vista y redoblaron su atención.

—El hombre se distingue de las bestias por su humanidad. Esta virtud que nos une nos distingue a unos de otros desde el momento en que la ponemos en práctica. Desarrollar día tras día las cualidades que el Cielo nos ha dado es nuestro deber para con nosotros mismos. Permanecer fiel a tu naturaleza en cada una de tus acciones se llama rectitud. Haz lo que tu corazón te dicta y no te perderás. Por eso decimos: cada hombre tiene su manera de andar, para todas ellas hay una sola Senda.

El Maestro guardó silencio. Parecía que había agotado todas las palabras. Después de un tiempo, tomó su cítara y se puso a cantar estos versos del Libro de las Odas:

¿Somos acaso tigres?

¿Somos rinocerontes

viviendo en lo profundo del desierto?

Todos escuchaban la antigua canción y se dejaban invadir de nuevo por la tristeza. Confucio los miró de uno en uno y dijo:

—¿Creéis que hemos llegado hasta aquí porque he seguido un camino equivocado?

Zilu, sin su habitual vehemencia, susurró:

—Tal vez no somos lo suficientemente sabios, tal vez por eso la gente ignora vuestras enseñanzas.

—Debes saber que el reconocimiento público nunca ha sido una señal de virtud.

Luego, volviéndose hacia Zigong, preguntó el Maestro:

—Y tú, ¿crees que mis principios están equivocados?

—Creo que son muy sabios pero excesivos para el resto de los hombres. Si queréis que os sigan, deberíais moderarlos.

—Tú no pretendes ayudar a tus semejantes, quieres complacerlos. Deberías ser un poco más ambicioso.

Después, dirigiéndose a Yan Hui:

—Dime, Hui, ¿tengo que cambiar mi forma de hacer las cosas o tentar mi suerte con tigres y rinocerontes?

—Maestro, vuestra Senda es ciertamente inaccesible para los hombres ordinarios, pero debéis persistir. No importa que sea rechazada, eso prueba que está fuera de lo común, las generaciones futuras sabrán reconocer en vos a un gran sabio. Si no nos esforzáramos por ser virtuosos, sería vergonzoso por nuestra parte, pero si poseemos la sabiduría y nadie nos emplea, la vergüenza recae sobre los gobernantes.

Confucio le lanzó una mirada de triunfo:

—Ah, Hui, ¡si fueras poderoso, me pondría a tu servicio! En efecto, en un país donde se honra la virtud uno debe sentirse culpable por ser miserable y verse excluido, pero donde no se la honra lo que debe avergonzarnos es aceptar cargos y honores. Tú y yo somos los únicos que pensamos así.

Zilu se levantó, repentinamente reconfortado:

—Y si estuvierais a la cabeza de todo un ejército, ¿a quién tomaríais para ayudaros?

Confucio lo miró y se rio:

—A una persona que fuese capaz de matar un tigre con sus propias manos o de arrojarse al agua para cruzar un gran río, a un hombre valiente dispuesto como tú a morir sin pestañear, no lo querría. Tomaría más bien a un hombre cauteloso que prefiriese alcanzar la victoria sin tener que pelear.

Al final del octavo día el Maestro encargó a Zigong, hábil negociador, que fuese a pedir ayuda al príncipe de Chu. Poco después los soldados enviados por el príncipe vinieron a liberar a Confucio y a sus discípulos, quienes pudieron reanudar su viaje a Chu.

El príncipe de Chu tenía la intención de invitar a Confucio a quedarse con él, pero su consejero le dijo: «Señor, ninguno de nuestros emisarios es más hábil que Zigong, ninguno de vuestros consejeros es más sabio que Yan Hui y ningún señor de la guerra más valiente que Zilu. Todos siguen las enseñanzas de Confucio. Si los tomáis a vuestro servicio, el poder del Maestro no dejará de crecer, predicará la moderación y hará imposible cualquier nueva conquista, no veo en ello beneficio alguno para Chu». El príncipe renunció a su proyecto y dejó que sus huéspedes se marcharan.

# V

En el país de Lu, el gran ministro Ji Kangzi celebraba la victoria de sus ejércitos que acababan de rechazar los ataques de Qi. Hizo llamar a Ran Qiu y lo felicitó por esta victoria:

—¿Esa capacidad de dirigir los ejércitos es natural en ti o proviene del estudio?

—La adquirí junto al maestro Confucio. Su enseñanza es como un árbol que arraiga profundamente en la vida, el talento militar es solo la punta de la rama.

Ji Kangzi permaneció pensativo y luego añadió:

—¿Qué clase de persona es el maestro Confucio?

—Si gobernara guiaría sin violencia a los hombres de acuerdo con las leyes naturales, su gloria se extendería a los cuatro puntos cardinales de la tierra. Si se le encarga una pequeña función, la cumplirá perfectamente y no sacará beneficio de ello. Sin empleo alguno, se contenta con vivir según sus ideas y su gloria alcanza el Cielo. En todo momento se comporta de manera que sus acciones estén de acuerdo con sus principios y que sus palabras estén en armonía con sus acciones.

—¿Con quién estudió tu maestro?

—Como sabéis, la Senda de los reyes de las primeras dinastías se ha transmitido hasta llegar a nosotros. Los sabios conocen sus grandes principios, las personas más sencillas siguen aplicando algunas de sus reglas. En todo el territorio comprendido entre los dos grandes ríos no hay nadie que no guarde en su interior un fragmento de esa antigua sabiduría. ¿Cómo podía el Maestro haberla ignorado? Su mérito no es haber profundizado en ella, sino ser su ejemplo más perfecto.

—Quiero a ese hombre a mi lado. ¿Es posible traerlo?

—Mi maestro no busca el poder a cualquier precio. Si tenéis la intención de llamarlo, no le pongáis límites estrechos como lo haríais con un sirviente

llamarlo, no le pongáis límites estrechos como lo haríais con un sirviente ordinario. De lo contrario, no vendrá.

El ministro Ji Kangzi envió a tres oficiales cargados de regalos para Confucio. El Maestro, que entonces tenía sesenta y ocho años, regresó a su país natal después de catorce años de ausencia.

En el camino a Qufu, la capital de Lu, un viejo habitante de la montaña, discípulo de Laozi, interpeló a Confucio:

—Eh, amigo, has vuelto, ¿por qué tantas idas y venidas? Pareces el pájaro que revolotea de aquí para allá. ¿Es para exhibir ante todos tu talento de orador?

Confucio giró la cabeza y lo miró solemnemente:

—No está en mi naturaleza hacer discursos vacíos. Lo que más me irrita, ¿sabes?, es tratar con mentes obstinadas.

En cuanto desapareció el viejo ermitaño, Confucio suspiró:

—¡Cómo me gustaría poder prescindir de las palabras!

Zigong lo escuchó sorprendido:

—No veo para qué puede servir un pensamiento que no se exprese. Si no hablaseis, ¿qué podríamos transmitir a las generaciones futuras?

—¿Acaso habla el Cielo? Los hombres se multiplican y prosperan, las estaciones se suceden y nunca hemos oído hablar al Cielo. Los Antiguos también eran reacios a hablar, preferían actuar con prontitud y sus enseñanzas eran comprendidas por todos.

Entonces el fiel Zixia le preguntó:

—Maestro, ¿cuál sería el comportamiento apropiado en toda circunstancia?

—La moderación es preferible a cualquier exceso. Sigo estas sencillas reglas: en presencia de mis mayores y de mis superiores soy respetuoso como si caminase bajo un gran árbol. Ante mis semejantes hablo con moderación como si estuviera junto a un amigo dormido, y cuando estoy solo permanezco alerta como si

junto a un amigo dormido, y cuando estoy solo permanezco alerta como si alguien me estuviera observando.

Yan Hui, levantando la cabeza con esfuerzo, se dirigió al Maestro:

—Sentado a solas y en silencio, yo borro todo pensamiento.

Confucio miró con compasión la expresión de sufrimiento de su rostro coronado de cabello blanco.

—¿Qué quieres decir, amigo?

—Olvidar mi cuerpo, cerrar mis sentidos a lo que pudiera perturbarme, eliminar la clarividencia y unirme a lo que no tiene forma, eso es lo que significa para mí imitar la Senda del Cielo.

La cara de Confucio se iluminó:

—¡Eres un verdadero sabio! Unirse con aquello que no tiene forma es abrazar todo el universo.

El ministro Ji Kangzi, siguiendo el ejemplo de su padre, había acaparado todo el poder en el país de Lu. Sin embargo, poco después de su llegada, Confucio fue a rendir homenaje en primer lugar al príncipe Ai, respetando el protocolo de la corte. Una vez en palacio, se inclinó ante su soberano como si se avergonzara de parecer más alto que él y solo se levantó de nuevo cuando el príncipe le hubo dirigido la palabra.

—Me gustan tus modales —dijo el príncipe—, me recuerdan quién soy. Tengo muchos sirvientes que me sirven poco y un ministro que quiere librarme de la dura tarea de gobernar.

Confucio le dijo con voz lenta y solemne, como si le faltaran las palabras:

—Sois, mi señor, descendiente del príncipe Zhou Gong, hermano del rey Wu, primer Antepasado de la dinastía Zhou, a quien solo vos y el emperador podéis ofrecer el Gran Sacrificio.

—¿Así que conoces el significado del sacrificio a Zhou Gong?

—No puedo conocerlo. Zhou Gong es vuestro Antepasado, mi virtud pertenece a otro linaje, pero para quien lo conoce gobernar debería ser tan fácil como girar la palma de su mano hacia el cielo.

El príncipe Ai lo miró con semblante triste:

—¿Crees que no respeto al Espíritu de mi Antepasado?

—Señor, los Espíritus son algo muy misterioso. Si alzamos los ojos no los vemos, si escuchamos atentamente no los oímos, pero son ellos los que nos hacen ser un cadáver en vida o un modelo de virtud eterna cuando morimos.

—Me ayudarás más si me dices cómo puedo atraerme la estima de mi pueblo.

—Si dais un cargo a los que aman la justicia y despedís a los corruptos, satisfaréis al pueblo; pero si permitís gobernar a los ambiciosos y a la gente honesta dejáis sin empleo, el pueblo os dará la espalda. Un gobernante empieza por respetarse a sí mismo, su respeto remonta luego hacia sus Antepasados, se proyecta sobre sus hijos y se extiende de forma natural a todas las criaturas: tal es la conducta del hombre sabio. Un soberano que no actuase como hombre sabio no merecería ese nombre, ni siquiera sería digno de gobernar su casa.

—Has viajado por muchos países, ¿has visto a un solo soberano actuar de esa manera?

—No, mi señor. En nuestros días los gobernantes son arrogantes y perezosos, solo piensan en acumular riqueza y en satisfacer sus deseos. Agotan la fuerza de su pueblo y los recursos del país, descuidan su deber y no dudan en violar las reglas para aumentar su poder. En el pasado los soberanos imitaban a los mejores de sus Antepasados, ahora se imitan unos a otros.

El príncipe Ai, contrariado, lo despidió con un gesto de la cabeza.

A pesar de su avanzada edad, el Maestro no había perdido su fuerte complexión y mantenía un aspecto grave o sereno, según las circunstancias. Aunque no desempeñase ninguna función en el Gobierno de Lu, no permanecía ocioso. En el curso de sus viajes, Confucio había observado que la soberanía del emperador, así como la de sus vasallos los príncipes, estaba en pleno declive frente a ministros ambiciosos e intrigantes. Decidió entonces reunir los documentos

ministros ambiciosos e intrigantes. Decidió entonces reunir los documentos antiguos que trataban del ritual de las Tres Primeras Dinastías, precisó el rol de las ceremonias que con demasiada frecuencia se descuidaban y ordenó los trescientos cantos del Libro de las Odas para que sirviesen de guía a los soberanos, a los ministros y a los grandes oficiales de las generaciones futuras. Él mismo ensayaba estas canciones con su cítara y fijaba sus escalas. Zixia, que veneraba la moralidad de las Odas más que ningún otro, recibió esta obra en depósito y fue encargado de su enseñanza. La música ritual debía mostrar la perfecta armonía de los diferentes instrumentos puestos al servicio de un destino común, de una misma aspiración, generosa y continua, a la armonía y el respeto de cada uno.

En su morada, el Maestro trabajaba incansablemente, aunque sin agitación, permitiéndose interrumpir su trabajo solo cuando una invitación de Ji Kangzi le obligaba a ir a palacio.

Cierto día el ministro lo convocó para consultarle sobre los remedios que podrían restaurar el orden en el país:

—Adquiristeis reputación de hombre sabio en tiempos de mi padre, los ancianos de Lu os veneran y los jóvenes os toman como ejemplo. Decidme qué significa gobernar.

Confucio se inclinó como debía ante un ministro y respondió con un tono seguro y cortés:

—Lo propio de un gobierno, señor, es mejorar a la gente.

—¿Significa eso que debo favorecer a la gente honesta y condenar a muerte a los que no quieran enmendarse?

—No hay necesidad de matar para gobernar. Si castigáis a los culpables la gente se abstendrá de obrar mal, pero no sabrá lo que es el bien. Adoptad más bien una conducta irreprochable y nadie se atreverá a salirse del camino correcto. La virtud es más poderosa que la espada: no tiene bordes afilados, pero la gente se somete a ella como la hierba al viento.

—¿Creéis que eso es suficiente para deshacerse de los ladrones que abundan en el país?

—Aseguraos de que a la gente no le falte nada y no seáis codicioso vos mismo, la gente dejará de robar aunque fuese recompensada por ello. Cada vez que he llegado a un país, no he tenido más que observar las costumbres de la gente para conocer la moral de quienes los gobernaban.

Ji Kangzi, en tono seco, continuó:

—Entre vuestros discípulos, ¿hay alguno que siga vuestros principios?

Incapaz de ocultar su emoción, dijo el Maestro:

—Estaba Yan Hui, pero lamentablemente murió demasiado joven. Ese día pensé que el Cielo quería mi perdición. Solo él sabía cómo llevar su humanidad a la perfección. Nunca cometió dos veces el mismo error y, cuando se enfadaba, era contra sí mismo, nunca contra los demás. Lo veía progresar día a día, ¿qué habría logrado si la muerte no lo hubiese detenido? Por eso respeto a los más jóvenes, aunque sean imperfectos me digo que quizá algún día lleguen al punto donde nos ha llevado tanto esfuerzo, mientras que un hombre que ha cumplido cuarenta o cincuenta años sin haber demostrado ningún talento ya no merece nuestra estima.

El ministro se levantó para disimular su irritación. En adelante no se le dio ningún cargo a Confucio.

Deseando comentar la situación de Lu, el Maestro invitó a Ran Qiu a visitarlo. Ran Qiu llegó con retraso y el Maestro se lo hizo notar. El discípulo respondió:

—El ministro Ji me convocó con Zilu, quería departir con nosotros sobre un asunto relacionado con el gobierno del país, eso es lo que me ha retrasado.

—Aunque no ejerzo ningún cargo, sé quién es el soberano de este país. Te has equivocado de palacio, esa es la verdad.

Ran Qiu evitó la mirada del Maestro y prosiguió:

—El ministro está a punto de lanzar una expedición contra el territorio de Zhuanyu.

Confucio lo miró con severidad:

—Zhuanyu es nuestro vasallo, los primeros reyes de la dinastía Zhou le concedieron los mismos privilegios que a nuestro país. ¿Por qué ese ataque? En cualquier caso, la decisión depende del príncipe y no del ministro. ¿Qué tienes que responder a eso?

—Ni yo ni Zilu estamos de acuerdo, pero debemos obedecer a nuestro señor.

—Qiu, escucha lo que decían los Antiguos: «El que pueda servir, que asuma su deber, pero si es incapaz de ello, que se retire». ¿Vuestro señor es un ciego que pierde su camino y vosotros sois incapaces de guiarlo? ¿Se cae y no lo ayudáis a levantarse? ¿Para qué servís, entonces?

—El señor de Zhuanyu es poderoso y representa una amenaza para las posesiones del ministro. Si este no actúa a tiempo, sus descendientes podrían estar en peligro.

—Tomas prestados los argumentos de otro para justificar tu cobardía. Además, ese razonamiento no se sostiene. Cuando uno es poderoso y el pueblo se rebela, se le convence para que vuelva al orden por medios pacíficos. La verdadera amenaza para nuestro país, has de saberlo, no es el poder de Zhuanyu, sino el propio ministro. Un individuo que decide la paz o la guerra y hace sacrificios al Taishan como si fuera un rey, ¿de qué no ha de ser capaz? ¿Cree que el Taishan no sabe distinguir entre la ley y la usurpación? Para los Espíritus, la ascensión del ministro Ji hasta el altar de las ofrendas no tiene más valor que la de un vulgar campesino que lleva su rebaño a pacer en la cima de la montaña. ¿Tampoco podéis hacer nada contra estos excesos?

—No, Maestro, no podemos hacer nada.

El día en que el Maestro se enteró de que Ran Qiu pretendía recaudar nuevos impuestos en nombre del ministro, le dijo a Zigong:

—¿No veré a nadie en Lu que pueda actuar de acuerdo con la justicia? ¡El ministro es más rico de lo que Zhou Gong era y va a agotar los recursos del país! No, Qiu ya no es mi discípulo, proclámalo en voz alta en la plaza pública: Ran Qiu no es mi discípulo.

Como Zigong no respondía nada, el Maestro dijo con voz más suave:

—Nadie sigue la Senda, nadie me conoce. No culpo a los hombres, ni siquiera al Cielo, solo él sabe lo que valgo. Ni en Lu ni en cualquier otro lugar veo signos favorables y los que aparecen me indican que es el final para mí.

Zigong exclamó:

—¡Cómo podéis decir tal cosa!

—Hace mucho tiempo que no sueño con el príncipe Zhou Gong. Creí que podría alcanzar la sabiduría que ahuyenta las dudas y el valor que disipa los temores, pero no he logrado ninguna de estas dos cosas. Lo que más lamento es no dejar detrás de mí una conducta ejemplar. No veo que nadie ponga en práctica la Senda que he enseñado, ¿qué dejaré a la posteridad?

Para completar su tarea e instruir a las generaciones futuras Confucio ordenó Primaveras y Otoños, los antiguos anales de Lu que recogían los principales acontecimientos del imperio durante la dinastía Zhou, hasta el decimocuarto año del príncipe Ai. En estas crónicas, que abarcaban setecientos años, los soberanos buenos y malos, los ministros capaces y los criminales fueron señalados por el Maestro y sometidos al juicio de la posteridad para que sirvieran de ejemplo a los gobernantes del mañana. Una vez terminada su obra, Confucio se la presentó a sus discípulos: «La Senda de los Antiguos es como la voluntad del Cielo, solo puede conocerse en sus manifestaciones, por eso he ilustrado sus principios con hechos reales, denunciando los crímenes y alabando las virtudes tanto de los hombres ilustres como de los simples súbditos. Primaveras y Otoños servirá para darme a conocer, por este trabajo seré honrado por algunos y odiado por otros».

Los discípulos pronto se dispersaron. Zilu y Zixia se fueron a servir al príncipe de Wei. Zigong se quedó en Lu, donde se distinguió por su talento como orador y por sus grandes habilidades diplomáticas.

Un gran prefecto de Lu fue a visitar a Zigong y le informó de que los oficiales lo consideraban superior a Confucio. Zigong le dirigió una sonrisa llena de compasión:

—Os explicaré la diferencia. Consideradme como el muro de un recinto de mediano tamaño que deja ver la belleza del edificio que se encuentra en su interior. Comparadlo ahora con una muralla del tamaño de tres hombres ordinarios que escondiese un espléndido templo de los Antepasados y magníficos palacios que nadie pudiera ver, a menos que encontrase la entrada de la muralla. ¿Qué hay de extraño en el hecho de que los oficiales no puedan ver los talentos de mi maestro?

—Lo que ven es a un hombre que huyó de su país y que ningún otro soberano pudo mantener a su servicio. Su actitud inflexible no puede servir de modelo.

—Unas pocas palabras son suficientes para distinguir a una persona sagaz de un ignorante, así que es mejor medir las palabras. Las vuestras no podrían disminuir la reputación del maestro Confucio. Él es el sol y la luna, podéis darle la espalda o denigrarlo, pero no podréis reducir su esplendor. Igual que el Taishan, toca el cielo; cualquier otro sabio a su lado es como una colina fácil de escalar. Pretender igualar a tal Maestro sería querer alcanzar el cielo con una escalera de mano.

El gran prefecto le contradijo:

—Es la modestia la que habla por tu boca. Lo que está fuera del alcance de los demás se ha transformado en ti en cualidades tangibles que benefician a todos.

—Si mi maestro hubiera estado al frente de un país, su devoción se habría extendido a todos los seres, pensaría en su gente y a la gente no le faltaría nada. Sería justo y amable con todos, y el pueblo le obedecería sin necesidad de que se lo ordenase. Venerado durante su vida, sería llorado después de su muerte. Tal hombre no puede ser comparado con ningún otro.

Así hablaba Zigong de su maestro.

Cuatro años después del regreso de Confucio, Zilu murió en el principado de Wei mientras servía a Kong Kui, nieto del difunto príncipe Ling. Cuando Kong Kui fue atacado por su tío, Zilu acudió a defenderlo. Allí encontró a Zigao, otro discípulo de Confucio que estaba disponiéndose para huir. Zilu se negó a seguirlo y dijo: «Kong Kui me ha dado un cargo, no lo abandonaré». Se dirigió al lugar donde su señor estaba encerrado y desafió a sus enemigos. El tío de

Kong Kui no se atrevió a enfrentarse a Zilu y envió contra él a dos oficiales armados que le atravesaron con sus lanzas. Durante la lucha, Zilu perdió su sombrero, lo recogió y dijo: «Un hombre de bien no deja caer su tocado al suelo cuando muere». Se puso de nuevo el sombrero en la cabeza y expiró.

Cuando Confucio conoció la noticia de la muerte de Zilu, dijo en voz baja: «Zigao volverá, pero nunca volveré a ver a Zilu». El Maestro lloró por su discípulo en medio de su patio, recibiendo de rodillas a los que habían venido a consolarlo, como hace un padre cuando se le muere un hijo.

Un año después, llegado el verano, Confucio cayó gravemente enfermo. Una mañana, Zigong vino a verlo y lo encontró ante la puerta de su casa, apoyado en su bastón, mirando hacia el sol naciente. Confucio le dijo suavemente:

—Zigong, ¿por qué has tardado tanto?

—No es demasiado tarde. Maestro, permitidme pronunciar para vos la alabanza de los muertos.

Confucio le sonrió:

—¿Existe una oración semejante, que haga felices a los muertos?

—Existe y conviene rezarla. Se enumeran las buenas obras del difunto y se le implora la protección de los Espíritus.

—La conozco desde hace mucho tiempo, esta oración es mi vida. Cuando era joven me apliqué al estudio, a los treinta años estaba firmemente decidido a llevar a la práctica esas enseñanzas, a los cuarenta ya no tenía duda alguna. A los cincuenta conocía las leyes del Cielo, a los sesenta percibía el sentido profundo de las cosas, y cuando llegué a los setenta pude hacer lo que me gustaba sin infringir regla alguna.

Dejó su bastón contra la pared y comenzó a cantar a media voz:

El Taishan se desploma,

la viga superior se quiebra

la viga superior se quiebra,

el sabio se desvanece.

Zigong se lamentó:

—Si el Taishan se derrumba, ¿hacia dónde voy a levantar los ojos? Si la viga se rompe, ¿quién me sostendrá? Una vez que el sabio desaparezca no tendré ejemplo que seguir.

—He transmitido lo que he aprendido, pero ningún soberano se ha servido de ello. Pronto formaré parte de los muertos. Anoche soñé que mi ataúd era transportado al templo de los Antepasados y recibía las ofrendas según la antigua costumbre de los Yin. Cuando entraba en el templo, la gente de la primera dinastía de Xia trataba al difunto como al señor de la casa, ahora lo tratamos como a un huésped. La segunda dinastía Yin lo consideraba como a un ser intermedio. Así es como quiero que me consideren, ¿acaso no soy descendiente de los príncipes de Yin?

Zigong permaneció pensativo y luego, mirando a su maestro con ternura, preguntó:

—Maestro, ¿los muertos todavía tienen sentimientos?

—Si yo afirmara eso, serías capaz de seguirme a la tumba, pero si dijera lo contrario, los hijos impíos dejarían a sus padres sin sepultura. Tratar a los muertos como si ya no existieran sería carecer de afecto por ellos, cosa que nunca he hecho, pero tratarlos como seres vivos sería absurdo. Tal vez sean, en efecto, seres intermedios.

—¿Sabéis lo que es la muerte?

—Nadie sabe lo que es la vida, ¿cómo saber lo que es la muerte?

—¿Por qué decían los Antiguos acerca del sabio: «Incluso después de su muerte, su cuerpo no se deshace en podredumbre»?

—Cuando dejas atrás una vida que beneficia a otros, se la arrebatas a la muerte. Perfeccionar lo que se ha recibido y transmitirlo a las generaciones posteriores es

el regalo más precioso que el hombre puede ofrecer a sus semejantes.

Siete días después, en el decimosexto año del príncipe Ai, Confucio murió a la edad de setenta y tres años. Durante el elogio fúnebre del Maestro, el príncipe Ai pronunció estas palabras: «El Cielo misericordioso no ha tenido piedad de mí, se ha llevado al viejo sabio que podía haberme ayudado a llevar mi carga, me deja en las tinieblas y en la aflicción, a mí, el Hombre Único. Sumido en la tristeza, me lamento. ¡Oh, venerable Maestro, ya no tengo a nadie que me sirva de ejemplo!».

Después de escuchar estas palabras, Zigong comentó: «La virtud del príncipe es muy endeble, no hay necesidad de recurrir a la adivinación para predecir que no morirá en Lu, sino en el exilio. El Maestro decía que no hacer lo que conviene es ceguera y decir más de lo preciso, un abuso. Hacer el elogio de una persona a su muerte, cuando no se la supo emplear en vida, va en contra de los ritos; llamarse a sí mismo Hombre Único, como si fuera el emperador, va en contra de las normas. El príncipe Ai ha cometido las dos faltas».

Confucio fue enterrado al norte de Qufu, cerca del río Se. Los numerosos discípulos que vinieron de todas partes a rendirle homenaje llevaron luto durante tres años y luego se dispersaron. Los más hábiles se convirtieron en maestros o en ministros, otros se pusieron al servicio de oficiales influyentes, los demás se retiraron y nunca más se oyó hablar de ellos. Solo Zigong permaneció en una cabaña cerca de la tumba durante otros tres años, como si no pudiera alejarse de su maestro. Pasado ese tiempo, se marchó. Más tarde, la gente de Lu y algunos discípulos se fueron estableciendo al pie del túmulo y formaron el pueblo llamado Kong.

Cada año los príncipes de Lu venían a ofrecer sacrificios sobre la tumba de Confucio y cuando los emperadores atravesaban el país nunca dejaban de ofrendar un toro, un carnero y un cerdo, como se suele hacer para obtener el favor de los Espíritus.

Muchos príncipes gozaron en su día de gran fama y recibieron todos los honores, pero tras su muerte fueron olvidados. Tiempo después de la desaparición de Confucio, emperadores, príncipes y vasallos, así como todos aquellos que en el país tenían el deseo de aprender, lo consideraban su Maestro. Durante su vida

país tenían el deseo de aprender, lo consideraban su Maestro. Durante su vida sirvió al pueblo y obedeció al Cielo, y aunque nunca hubiera ejercido el poder, fue venerado por las generaciones posteriores como un verdadero rey.

El tiempo puede pasar, su enseñanza no será olvidada.

# HISTORIA DEL GRAN SECRETARIO

# SIMA QIAN

# I

En el año cincuenta del emperador Wu de la dinastía Han, yo, el gran secretario Sima Qian, doy fin a la redacción de mi obra Memorias del historiador. Todo lo que merece ser recordado del pasado, desde los orígenes hasta nuestros días, ha sido concienzudamente transcrito. Lo que me queda por escribir es la historia de mi propia vida. Después de lo cual, liberado de toda carga, podré mirar a mis semejantes sin sentir que la vergüenza me corroe el corazón.

Bajo las dos primeras dinastías Xia y Yin, mis antepasados ocuparon el puesto de oficial a cargo del calendario y de los archivos. Durante la tercera dinastía Zhou, dejaron Luoyang, capital del imperio, y se trasladaron al estado de Qin, donde fueron nombrados jefes del ejército, función que transmitieron de padres a hijos. Siete generaciones más tarde, durante la dinastía Han, en Chang'an, su descendiente Sima Tan recibió a su vez el cargo de gran secretario y astrólogo encargado del calendario al servicio del emperador Wu. Cinco años antes, el gran secretario Sima Tan había engendrado un hijo llamado Qian.

Vine al mundo en el lugar llamado la Puerta del Dragón, entre la montaña Longmen y el río Amarillo, al norte de las antiguas capitales Chang'an y Luoyang, donde los huesos de diez mil generaciones se hallan reunidos bajo tierra. A los diez años de edad podía recitar los clásicos redactados en escritura antigua. Al cumplir veinte emprendí un viaje de varios años a través del imperio para perfeccionar mi educación. Visité en el este la tumba de Confucio, allá en el país de Lu, y pude comprobar que el pensamiento del Maestro permanecía vivo en las costumbres. Al sur, navegué por el río Yangzi y por sus principales afluentes, que me llevaron hasta el mar. Luego me dirigí a la frontera norte y vi la gran muralla que antaño construyó el reino de Qin para protegerse de los nómadas xiongnu. A mi regreso fui nombrado subsecretario y, en el trigésimo año del emperador Wu, me enviaron al suroeste para ayudar a pacificar los territorios conquistados a los bárbaros. Cuando llegué a Chang'an para hacer mi informe, mi padre, el gran secretario, que estaba gravemente enfermo, me mandó llamar.

En la noche del solsticio de invierno del año treinta y uno del emperador Wu, me hallaba velando a la cabecera de la cama de mi padre. Fuera, el mundo estaba

sumido en una inmensa oscuridad. La estación fría llegaba a su culminación y preparaba, sin que fuera visible todavía, su propio declive. Un día estaba a punto de nacer y otro no había desaparecido por completo. Alzando la cabeza no podía percibirse el cielo, bajando la mirada no podía verse el suelo. Poniendo su mano sobre la mía, el gran secretario, con voz débil, me dijo:

—En el pasado, el curso regular de los astros y sus anomalías fueron debidamente registrados por nuestros ancestros, junto con la historia de los hombres leales y rebeldes. Pero la redacción de los anales les fue retirada luego a los astrólogos. Después de todo este tiempo, siendo gran secretario, quise reanudar la tradición de nuestra familia y transcribir la historia del país. ¿Terminará conmigo el linaje de los historiadores? Los hombres eminentes que sirvieron de ejemplo han desaparecido, por lo que yo me he aplicado a transmitir sus hechos y sus gestas, pero voy a morir sin haber podido completar mi trabajo. ¿Me perdonarán los tiempos venideros?

En las palabras de mi padre sentí el aliento de los siglos pasados y en su silencio, la sombra de los Antiguos.

Un momento después, el gran secretario prosiguió:

—Los padres que te dan la vida te transmiten el saber, del hijo depende si lo acepta o lo ignora. Yo he sembrado la tierra, ¿permitirá mi hijo que la cosecha se desperdicie? ¿Para qué sirve la vida si no posees el saber? ¿Para qué sirve el saber si no lo pones en práctica? Dejar tu nombre a la posteridad con el fin de hacer ilustres a tu padre y a tu madre es devolverles mejorada la parte de vida que te han dado. Restituir el mérito a tus antepasados y compartirlo con tus descendientes, eso es amar en verdad la vida.

Para calmar la inquietud que lo atormentaba, le dije entre lágrimas:

—Ignoro si seré capaz, pero te prometo que no escatimaré esfuerzos para completar el trabajo que has emprendido.

Con los ojos cerrados, añadió mi padre:

—Lo que hace a un hombre digno de ese nombre empieza por el respeto que muestra hacia el pasado, tiene como medio su deber hacia los demás y como fin supremo lo que se debe a sí mismo. ¡No lo olvides nunca!

A estas palabras siguió un profundo silencio sin límites conocidos. En el cielo todavía cubierto de tinieblas, el pequeño rayo de luz que estaba a punto de elevarse sobre el horizonte contemplaba en suspenso el abismo que se abría ante él. En aquel momento sentí el peso de la aflicción que doblaba mi espalda y cerraba mis párpados. Del silencio de las raíces estaba a punto de emerger el primer aliento de vida; como si saliera del caos, el día se abría camino.

En aquella hora me encontraba con una inmensa tarea por el simple hecho de estar vivo. Mi deber era transmitir a los demás la enseñanza que había recibido. Ese deber sería mi destino. Así se perpetuaba la tradición, pasando de la voz moribunda a la que da vida a los hechos del pasado. Era una deuda eterna heredada de generación en generación, una promesa que debería sostener. ¿No dijo el maestro Confucio: «El que no se haya entregado por completo puede hacerlo a la muerte de su padre»? Eso es lo que tenía que recordar.

Había leído en el Libro de las Odas que Yao y Shun, los Sabios Emperadores de los primeros tiempos, compartían de inmediato con sus vasallos los frutos que la estación les daba y no guardaban nada para ellos. Tenían en su poder todo lo que está bajo el cielo, pero no acaparaban las riquezas. Yao y Shun no habían fundado una dinastía, sin embargo su fama fue tan duradera que ha sobrevivido hasta nuestros días. Dejé que mi mente flotase por aquel tiempo de plenitud anterior al pasado. Me sentía conmovido por la majestuosa grandeza de aquellos Sabios Emperadores que habían reinado tal como habían vivido, sin forzar ni retener lo que fluye de modo natural. Sentados en el centro de sus dominios, con el cuerpo cubierto por un simple vestido de pliegues inmóviles, habían conseguido controlar sus pasiones. Como su corazón estaba en paz, la serenidad reinaba en sus hogares. Con su dominio bien gobernado, la concordia se extendía espontáneamente a las familias de los alrededores y así poco a poco conquistaba todo el imperio. Después de ellos, los reyes que fundaron las tres primeras dinastías gobernaron sin necesidad de leyes. En aquel tiempo todo seguía un orden natural, cada cual desempeñaba sus tareas sin esfuerzo desmedido. Gobernar era entonces una tarea sencilla. Recordaba a Tang, señor de los Yin, cuya vida he relatado siguiendo los viejos archivos.

Tang era vasallo del último rey de la primera dinastía Xia. No acumulaba riquezas y sin embargo su poder aumentaba día a día. No era ambicioso, pero siguiendo sus inclinaciones naturales se ganó la confianza del pueblo. Un día que había salido a la llanura, Tang vio a unos cazadores que tendían redes hacia los cuatro puntos cardinales diciendo estas palabras: «¡Que los pájaros de los cuatro rincones del mundo se arrojen a nuestras redes!». Tang exclamó: «¡Pero así atraparíais hasta el último!». Quitó entonces tres de las cuatro redes y dirigió a los pájaros la oración siguiente: «Si queréis ir a la derecha, id a la derecha. Si queréis ir a la izquierda, id a la izquierda. Que los que estén cansados de la vida se precipiten en mi red». Cuando los demás señores se enteraron de ello, reconocieron que su virtud se extendía a todas las criaturas y se inclinaron ante la profunda humanidad de Tang. Abandonaron al rey de los Xia y se sometieron a él. Tang se convirtió entonces en el primer rey de la dinastía Yin, bajo el nombre de Tang el Victorioso. A lo largo de su vida mantuvo el lugar prominente y supo ser respetuoso. Recibió dones, pero permaneció sobrio, fue vencedor y no obtuvo gloria de ello. Se puede decir que Tang fue favorito del Cielo.

Sentí que se me encogía el corazón. Al considerar ejemplos de esta clase los hombres pueden establecer reglas de conducta para el presente. Desde que existen archivos, generación tras generación, los soberanos no han cesado de interrogar a los astros. Cuando Confucio, en el principado de Lu, comentó Primaveras y Otoños, señaló los prodigios aparecidos en el cielo, pero no les dio explicación. Los que son dueños de su propio destino no lo habrían necesitado y los ignorantes no lo habrían entendido. «Dueños de su destino». Estas palabras se quedaron en mi mente como las nieblas detenidas por la cima de una montaña, que tardan en disiparse.

¿Habían sido los primeros soberanos dueños de su destino? En aquel tiempo bastaba con que el soberano adoptara una conducta ejemplar para que el país estuviera en paz. La sensatez a la vista de todos imponía respeto y el pueblo la imitaba sin ser forzado por la ley. Durante la tercera dinastía Zhou, sin embargo, la sensatez fue cediendo paso a la política. Los actos dejaron de coincidir con las palabras, los rituales y la música ya no eran comprendidos. Los príncipes más poderosos luchaban unos con otros por la hegemonía, pero sus éxitos no perduraban más allá de su vida. No poseían la perfección de los Sabios Emperadores, mas como supieron rodearse de buenos consejeros, fueron ilustres en su tiempo y los autores de los anales exaltaron sus nombres. Tal fue el caso

del príncipe Mu del estado de Qin.

Durante el mandato del decimoctavo emperador de la dinastía Zhou, el estado de Jin sufrió una gran sequía. Se enviaron emisarios al poderoso príncipe Mu, que gobernaba en el país de Qin, para pedirle grano. Su consejero tomó entonces la palabra: «La escasez y la abundancia se presentan en alternancia. Es un deber no acaparar la riqueza y ayudar a los que carecen de ella. No podemos negarnos a darles una parte de nuestro cereal. El príncipe de Jin se portó mal con nosotros, pero ¿qué culpa tiene su pueblo?». El ministro de Qin añadió: «Los bienes recibidos del Cielo no deben permanecer siempre en las mismas manos. La decisión se impone por sí misma, ¿para qué tanto discurso?». El príncipe Mu ordenó entonces que un doble cargamento de grano fuera enviado en carros y en barcos hacia Jin.

Las estrellas que habían velado toda la noche a la cabecera de mi padre se habían apagado poco a poco. Una suave claridad surgida de lo más profundo de la noche venía a transformar el mundo. Pensaba en el futuro, en los días de primavera, cuando los animales que dormían en el fondo de las madrigueras estirarían sus extremidades y las semillas se abrirían a la luz, cuando la gran alegría de la tierra haría acudir a todo aquel capaz de moverse. Me puse a pensar de nuevo en el señor de Qin. Al recordar a aquel príncipe, me estremecí. Cuando los antiguos reyes iban a morir, se cuidaban de favorecer a los mejores de sus súbditos para que su ejemplo pudiera servir a las generaciones venideras. Sin embargo, el príncipe Mu, que durante su vida fue generoso, designó a setenta y siete personas ilustres para que lo acompañaran a la tumba. Creía que el sacrificio de los mejores hombres del reino perpetuaría su prestigio más allá de la muerte. Este no fue el caso, porque el poder de Qin desapareció con él. ¿Por qué lo que había empezado bien acabó tan mal?

# II

Tres años después de la muerte de mi padre, fui nombrado a mi vez gran secretario y astrólogo a cargo del calendario. Este puesto me permitió acceder a los archivos del pasado y a los documentos oficiales conservados en las cámaras de piedra y en las arcas de metal del palacio. No hubo uno solo de los escritos que habían escapado a los incendios que no se pusiera a disposición del gran secretario. El cargo heredado de mi padre me situaba entre el pasado y las generaciones por venir, que se alimentarían de los hechos que yo había prometido transmitir. Yo sería el hijo que da a su padre el nombre de padre y el que el hijo necesita para ser hijo. Esto es lo que tendría que recordar toda mi vida.

Durante los años siguientes reuní parte del material necesario para escribir la historia que me había propuesto relatar. Aprovechando las misiones fuera de la capital, visité las ruinas y los campos de batalla. Conocí a los letrados que me informaron de los hechos notorios de su región, hablé con la gente del pueblo y recogí las tradiciones orales, a veces contradictorias, conservando solo las que coincidían con los antiguos escritos. Para las épocas más alejadas, buscando el testimonio silencioso de la tierra visité el Taishan, la Montaña Sagrada del Este, cuya majestuosa fuerza me recordaba la voluntad inmutable de los Sabios Soberanos. Sobre esa montaña los reyes habían celebrado los sacrificios Feng Shan para agradecer al Cielo y a la Tierra su sostén, y habían pedido la prosperidad para sus súbditos. Igual que ella, habían reinado sobre el país atrayendo todas las miradas y habían distribuido favores, haciendo lo que el Cielo esperaba de ellos sin necesidad de ninguna hazaña.

A la edad de cuarenta años empecé a escribir el relato de los acontecimientos que abarcarían todos los tiempos conocidos, desde la época de los Sabios Soberanos hasta nuestros días. Fui juntando en mi red tradiciones dispersas y casi olvidadas por todos, me esforcé por anotar el nacimiento de cada dinastía, su ascenso así como su fin, la prosperidad y la ruina de los reinos, queriendo dejar constancia del esplendor igual que de la decadencia. Antes de empezar a escribir, primero consideraba los hechos que iba a presentar en su conjunto, rodeándolos de silencio con objeto de comprender su alcance. Iba a transcribir lo que ya se había consumado, a copiar lo que se había dicho, dejando que los

que ya se había consumado, a copiar lo que se había dicho, dejando que los hechos hablaran por sí mismos.

Los acontecimientos son como campanas, el contemplarlas y describirlas no indica nada acerca de su sonoridad. Los hechos que iba a relatar debían seguir vibrando mucho tiempo después de la muerte de aquellos que los habían presenciado.

Durante el reinado del último soberano de la dinastía Yin, el señor Wen, del territorio de Zhou, tuvo que sufrir el maltrato que el rey infligía a sus vasallos. Con ayuda de su sabio consejero Lü Shang, Wen gobernaba su dominio con justicia y sus tierras prosperaban. Siguiendo la senda de los Sabios Soberanos, prefería la serenidad al manejo de las armas. Los habitantes de los estados vecinos acudían a él para resolver sus disputas, pero tan pronto como entraban en su dominio, viendo el buen entendimiento que reinaba entre sus habitantes, volvían sobre sus pasos contritos y reconciliados. Aunque no hubiera hecho nada memorable, Wen atraía a los mejores hombres del reino. Boyi y su hermano menor Shuqi, señores de los lejanos territorios del Este, se enteraron de que Wen protegía a los ancianos y vinieron a rendirle tributo. Wen ya tenía de su lado a más de la mitad del reino y, sin embargo, permaneció fiel a su soberano. Cuando murió, su hijo Wu le sucedió, apoyado por su hermano menor, Zhou Gong, y asistido por el fiel Lü Shang. La conducta impecable de Wu le valió el reconocimiento de otros señores que gradualmente abandonaron al rey. Comentaban entre ellos: «El señor Wu tiene ciertamente la ayuda del Cielo». Privado de apoyo, el cruel soberano de los Yin era como un toro sin cuernos. Durante la gran asamblea de vasallos, Wu tomó la palabra y habló de esta manera: «El señor Wen, mi padre, quiso reformar la realeza pero no tuvo tiempo de terminar su tarea. Yo, que soy su heredero, me siento indigno de continuar su obra, pero como depositario de la gloria de mis antepasados y sacando fuerzas de su fuerza, debo intentarlo».

Poco después, con ayuda de su hermano Zhou Gong, Wu reunió un ejército de varios miles de soldados al mando de Lü Shang y atacó al ejército del rey. Justo antes de la batalla, Wu habló así a sus soldados: «¡Valientes guerreros, no vayáis a la batalla pensando que no tenéis nada que temer, pensad bien al contrario que podríais ser derrotados! ¡Reunid vuestras fuerzas y cumplid vuestra misión por el bien de las generaciones futuras! En cuanto a mí, si obtengo la victoria sobre un rey indigno, no se lo deberé al poder de mis armas, sino a la virtud de mi padre Wen. Y si pierdo esta batalla, atribuid el fracaso no a un defecto de mi

padre Wen. Y si pierdo esta batalla, atribuid el fracaso no a un defecto de mi padre, sino a mi propia debilidad». Los señores que habían venido a la cabeza de sus tropas le aclamaron con una sola voz. Entonces Wu exclamó: «Nuestro rey manda un ejército de diez mil soldados en el que hay tantos sentimientos como hombres, ¡el mío cuenta con la mitad de ellos, pero solo tiene un corazón!».

El rey de la dinastía Yin, derrotado por las tropas de Wu, se dio muerte. Para celebrar su victoria, Wu compuso un canto de guerra en el que las notas variadas se sucedían como perlas ensartadas, la danza que lo acompañaba mostraba el talento de cada cual y la voluntad común. El señor Boyi y su hermano Shuqi, no obstante, permanecieron leales a la dinastía Yin y se negaron a servir al que había combatido y derrotado a su rey. Ambos se retiraron al monte Shouyang y se dejaron morir de hambre.

Cuando Wu se convirtió en el primer rey de la dinastía Zhou, repartió los feudos y las tareas entre sus fieles. Lü Shang recibió el territorio de Qi, Zhou Gong obtuvo el país de Lu, mientras que a sus hermanos mayores les ordenó ir a pacificar los territorios más lejanos. Luego los caballos fueron puestos en libertad y nunca más fueron enganchados a un carro, los escudos y las lanzas fueron envueltos en pieles de tigre y no se volvieron a usar. En las asambleas, los manjares y las bebidas circulaban en abundancia, los vasallos se juntaban en torno al rey Wu tan numerosos como los ciervos en el llano. Cuando el soberano de los Zhou murió, su hijo Cheng aún era un niño. Su tío Zhou Gong lo protegió frente a los otros hermanos del rey que reclamaban la sucesión. Zhou Gong asumió el poder sin tomar el título de rey hasta que Cheng tuvo edad suficiente para gobernar. Esta fue la historia del ilustre Wen y de su hijo, Wu el Guerrero, tal como la encontré en los archivos antiguos del reino.

Al abordar el relato del reinado de Cheng, segundo rey de la dinastía Zhou, imaginé el tormento del joven soberano. Cheng llegó al poder como un hombre que ha de cruzar un gran río sin saber lo que va a encontrar al otro lado. ¿Permitiría el Cielo que su gobierno fuera sensato? ¿Decidiría que su reinado fuese feliz o desdichado? ¿Se iba a mantener la dinastía siglo tras siglo sin que la memoria de Wen y de Wu desapareciera?

Cheng se hallaba a la cabeza del imperio, pero en vez de regocijarse se sentía preso por el temor y no podía conciliar el sueño. El ministro Lü Shang le dijo:

preso por el temor y no podía conciliar el sueño. El ministro Lu Shang le dijo:

—Cuando el sol ha cedido su poder a la noche, ¿por qué no dormís vos, noble rey?

—Es mi deber seguir las lecciones de mis predecesores y obedecer a mi destino. ¡Qué difícil es la tarea! ¿Quién sabe lo que quiere el Cielo? Mi abuelo Wen poseía la moderación de los Sabios Soberanos y sin embargo no llegó a gobernar el país. Mi padre tomó las armas, expulsó a su rey y no obstante fue recompensado. Mi tío Zhou Gong ha actuado en la sombra, para protegerme hizo ejecutar a sus propios hermanos y su reputación no se ha visto empañada. Yo, que soy joven, ¿cómo sabría distinguir la conducta adecuada?

—Señor, vuestros parientes actuaron de manera diferente, pero los tres tenían el mismo propósito: restaurar la senda abierta por los Sabios Soberanos. Wen lo hizo con gentileza y misericordia. Desde el principio tuvo una visión clara de la obra que debía realizar, y sin cambiar sus hábitos atrajo a la gente hacia su entorno. El rey Wu completó la tarea que su padre había iniciado. Su victoria aumentó el prestigio de Wen. Se lanzó a conquistar el territorio, pero la guerra que libró, en lugar de arruinar el reino, le trajo paz y estabilidad. Vuestro tío Zhou Gong se entregó a la tarea de consolidar la joven dinastía. Fiel a los principios de su padre, tomó a su cargo el patrimonio que Wu el Guerrero había dejado y lo hizo prosperar. Aseguró vuestra educación, gobernó sin ponerse en primer plano, pero en su contención no hubo cobardía alguna, pues denunció los vicios y castigó a los culpables. Se puede decir que el príncipe Zhou tenía todas las cualidades de un hombre sabio. Respetó el pasado, actuó en el presente y garantizó la continuidad. Nunca olvidéis esto: el poder es un favor concedido por el Cielo, no es fácil conservarlo. Todo depende de vos, sed inflexible con vos mismo y clemente con los demás. En cuanto al resto, dejadlo en manos del Cielo, el hombre no tiene poder sobre todo.

En el primer año, el rey Cheng compuso una oda en la que expresaba su tristeza ante las dificultades a las que se enfrentaba su pueblo. Todos los días, al amanecer, ordenaba que fuera interpretado en su presencia este canto que le servía de advertencia y reprimenda. Quienes lo escuchaban se sentían inclinados a hacer el bien y se sorprendían de que una música pacífica pudiese inspirar ardor en sus corazones.

Los primeros reyes de la dinastía Zhou se dieron el título de Hijos del Cielo. Habían seguido la senda de los buenos soberanos, pero nada se adquiere para siempre. El respeto y la prudencia que habían guiado su conducta se convirtieron

siempre. El respeto y la prudencia que habían guiado su conducta se convirtieron en codicia y orgullo entre sus descendientes. La lluvia beneficiosa se convirtió en fuente de agua helada. Los sacrificios Feng Shan en el Taishan dejaron de celebrarse, los nuevos emperadores se sintieron indignos de ese ritual que imploraba la aprobación del Cielo. Durante el reinado de Jing, el vigésimo quinto emperador de los Zhou, parecía que no quedara nada del prestigio de sus antepasados, el virtuoso Wen y su hijo el rey Wu. Chang Hong, gran astrólogo y consejero del emperador Ling, conocía las señales y el poder del Yin y del Yang, poseía la ciencia de los números que gobiernan el curso de los astros y convocan a los Espíritus, pero no pudo evitar el debilitamiento de la realeza ni prever que sería ejecutado por su soberano. La dinastía estaba enferma desde el corazón hasta las extremidades. Parecía que el Cielo hubiese decidido su final después de haberla favorecido.

En el Libro de las Odas, los letrados descontentos dejaron testimonio del declive de la dinastía Zhou: «El emperador escucha el consejo de sus ministros y, sin embargo, el malestar aumenta. Los hombres de valía caminan hoy contra el viento, abatidos y exhaustos. Si los altos cargos no son ocupados por buenos oficiales, todos seremos devorados por las olas.

»Las salas de palacio están llenas de riquezas y, sin embargo, el país está sumido en la miseria. Los ciervos en lo profundo del bosque se desplazan en manada y de nada carecen. En la corte, los oficiales privan al pueblo de sus recursos con encarnizamiento, como si temieran que les faltase tiempo para conseguirlo.

»Los vientos fuertes siguen su camino a través de los grandes valles donde nada los detiene. El hombre de corazón generoso sigue la Senda luminosa, el vil se precipita por caminos tenebrosos. El buen soberano consulta los sentimientos del pueblo, el rey indigno no sigue más que su propia idea.

»El sabio ve los peligros que se avecinan, el insensato se acuesta feliz. Oh, amigo, ¿es el autor de este poema un ignorante? Como un cazador, a veces alcanzo al pájaro en pleno vuelo. Vengo con este canto para salvarte del peligro».

# III

Los reinados se suceden y a las épocas florecientes siempre han seguido largos años de desorden. La guerra y la paz se alternan, el respeto por los principios y por los valores que mantienen vivos los reinos se asemejan al aliento de un cuerpo sano que se agota poco a poco antes de volver a cobrar vida. En el mar las crestas de las olas se elevan y luego se desploman, en el cielo la luna llena decrece antes de hundirse en la oscuridad. Si siempre ha sido así, ¿cómo podemos sorprendernos por esta alternancia en los asuntos humanos?

Setecientos años después de la muerte del rey Wu, los príncipes, al margen de su soberano, no cesaban de guerrear entre sí. Los más fuertes sembraron el terror por todo el territorio y se otorgaron a sí mismos el derecho a la hegemonía. Los más débiles buscaban aliados lejanos para defenderse de sus vecinos. Los carros se enfrentaban en los campos de batalla, los soldados no se quitaban el uniforme ni de día ni de noche. Así era el tiempo llamado de los Reinos Combatientes.

Los oficiales incapaces ocupaban altos cargos y los sabios se quedaban sin empleo. La posición de los hombres ya no correspondía a su naturaleza, la organización del imperio ya no estaba en armonía con el orden de las cosas. Los sabios de todos los tiempos han dicho que la felicidad y la desgracia vienen del hombre, por eso yo, el gran secretario, decidí incluir en mi obra la vida de Confucio y la enseñanza de los Maestros que sirvieron para fundar las Seis Escuelas.

En el tiempo de los Reinos Combatientes nació el hombre al que llamaban Laozi, el Viejo Maestro. Laozi ejercía el cargo de astrólogo guardián de los archivos en el país de Chu. No tuvo padre conocido.

Me detuve a pensar en lo que acababa de escribir, en lo que estaba a punto de transmitir. El pasado puede ser tan incierto como el futuro. Me había prometido no retener el conocimiento ni ocultar mi ignorancia y dejar un espacio en blanco en mi texto en caso de duda, como hicieron los autores de los anales de la antigüedad. Me disponía a hablar de un hombre sin origen, un Maestro oscuro al

que era difícil presentar como un ser ordinario. A Laozi se le atribuían una identidad y unos hechos que hoy nadie puede probar o desmentir. Decidí entonces fusionar las diferentes tradiciones en una sola corriente, porque tomar partido por una u otra habría sido falsear los únicos testimonios que hasta mí habían llegado. Lo único cierto era que el maestro Lao había adquirido un gran conocimiento y que, en soledad, meditaba sobre la mejor manera de escapar de los conflictos a los que los hombres de su tiempo se veían abocados.

Se cuenta que un día Confucio vino a verle para preguntarle sobre los rituales practicados por el antiguo señor Wen y su hijo el rey Wu, antepasados de la dinastía Zhou. Laozi respondió con estas palabras: «Buscas en los escritos lo que es inexpresable y en aquellos que murieron hace mucho lo que es eterno. Lo eterno no puede morir, así es el mundo; lo perecedero no puede durar más allá de su forma, por lo que los hombres desaparecen uno tras otro. El sabio, en cambio, no se aferra a la vida ni corre tras su fin, su enseñanza es su propia existencia y se lleva a cabo sin necesidad de palabras. Cuando las circunstancias se lo permiten, acompaña el curso de las cosas sin desviarse de su camino; cuando le son contrarias, se deja llevar por la vida, vagando aquí y allá como una hoja seca. Ocupar su lugar en cada momento y no asentarse en ninguna parte, en eso consiste el no-hacer del sabio. Confundido en medio de la multitud, imperceptible en vida, conseguirá escapar de los hombres y de la muerte. Sin deseo, sin arrepentimiento, así es como uno se mantiene entero. Abrirse al vacío abre todos los caminos, tal es el no-ser del sabio. No intentes parecer inteligente, sé como el agua que siempre fluye hacia abajo, como el hombre desnudo al que nadie puede despojar. Querer poseer el conocimiento es desposeerse de uno mismo, esto es todo lo que sé».

Confucio esperó sin saber qué decir. Laozi se había dormido. Entonces regresó junto a sus discípulos y sin poder ocultar su asombro, les dijo: «Acabo de ver y oír algo muy raro de encontrar. Un pájaro que vuela muy alto se atrapa utilizando una flecha. Un ciervo que corre a gran velocidad se captura con ayuda de los perros. Un pez que se esconde en las profundidades se pesca con anzuelo. Pero no sabría cómo coger un dragón que cabalga sobre las nubes sin orgullo y se deja llevar por el viento sin deseo. Hoy he visto al dragón».

Nuevamente sentí la necesidad de detenerme a evaluar las palabras del maestro Lao, que Confucio había recogido como gotas de lluvia en el hueco de su mano. Sin deseos, me preguntaba, ¿qué es el hombre? Por la ventana abierta entraba el murmullo de los árboles, parecido al correr del agua, un murmullo que devuelve a quien lo escucha a su propio silencio.

Durante muchos años Laozi siguió el Tao, la Senda eterna, lejos de los hombres y de toda enseñanza. No se le conoce maestro alguno y no tuvo discípulos. ¿No era acaso, en efecto, como ese dragón que evoluciona con las nubes, sin raíces ni ataduras? Un buen día el maestro Lao abandonó el país de Chu y se dirigió al Oeste, hacia el paso de Hankou. El guardia fronterizo lo vio acercarse, y reconociéndolo como a un hombre sabio que huía del país, le dijo: «Puesto que el vuestro es un viaje sin retorno, os pido que me dejéis vuestras enseñanzas para que no se pierdan». Se cuenta que el Maestro le dictó entonces un texto de cinco mil caracteres dividido en dos partes, El Tao y sus Virtudes. Cuando hubo acabado, reanudó su viaje hacia el Oeste. El mundo, para él, había dejado de existir. Más allá del Paso se perdió su pista, nadie supo lo que fue de él. El propio maestro Confucio había dicho que la Senda por sí misma no lleva a ninguna parte, cada uno toma el camino que le conviene y actúa de acuerdo con su naturaleza. Todo lo que yo podría añadir es que, desde el momento en que cruzó el Paso, el Viejo Maestro, sin padre conocido ni tumba que pudiese ser honrada, se había convertido en viejo para siempre. Como se ignoraba cuándo había muerto, la gente con poca instrucción afirmaba que no había muerto.

Laozi enseñaba lo que no podía ser dicho, Confucio puso en práctica lo que no se podía enseñar. Ambos ejemplos son una lección para los que saben. En nuestros días, los que siguen el Tao del Viejo Maestro lo sitúan por encima del de los Letrados. Los Letrados, por el contrario, piensan que el camino de Confucio es mejor que el de Laozi. Siendo los principios de las dos escuelas tan diferentes, les resulta difícil ponerse de acuerdo a la hora de gobernar. Mi padre, Sima Tan, formado en la Escuela del Tao, se había dado cuenta de que los alumnos de las Seis Escuelas, mal guiados por sus maestros, no podían identificar los aspectos esenciales de sus estudios. Para remediarlo, expuso en un tratado los argumentos de los principales métodos que buscaban mejorar a los hombres. En él afirmaba que los taoístas se adaptan al cambio y evitan ponerse en primer plano, su proceder no es inusual pero su éxito no es el de la gente común. Los partidarios de la Escuela del Yin y del Yang se dejaron guiar por el curso de los astros y por la alternancia de las fuerzas opuestas. Los Letrados, siguiendo a Confucio, afirman que la buena conducta del soberano sirve para corregir la de sus súbditos, mientras que la Escuela de los Legistas prefiere para ese fin la aplicación estricta de las leyes. Cada uno detenta una pequeña parte de la verdad, decía Sima Tan, lo que hace pensar que el mundo persigue un único objetivo por caminos diferentes.

Más próximo a Laozi estaba Zhuangzi. Según su enseñanza, la mejor manera de hacer el bien es la que cada uno considera más natural. El maestro Zhuang vivió en la época del trigésimo primer emperador de los Zhou. Era originario del poblado de Meng, en el territorio de Song, cerca del estado de Chu. Su pensamiento provenía de la enseñanza de Laozi, él la extendió y la diversificó sin aportar nada nuevo. Como un río que desborda sus orillas, su discurso tomaba mil direcciones en una profusión de imágenes, de proverbios y de cuentos. Con pocas palabras, el Viejo Maestro concentró su atención en el Vacío del Tao sin empequeñecerlo; el maestro Zhuang, con su exuberante palabra, lo presentó en multitud de formas sin colmarlo jamás. Usó su habilidad de contador de historias para mostrar conductas extravagantes que difícilmente se aplican al gobierno de un Estado. Sus escritos quizá puedan transformar en sabios a los ignorantes, pero no conseguirán hacer reyes de los sabios. Esta es, me parece, la enseñanza del maestro Zhuang. Dejó para la posteridad un texto de cien mil caracteres. Esta obra contiene el capítulo titulado Zhi el Bandido. En este relato, en el que toma por blanco de sus críticas al maestro Confucio, argumenta que si se eliminasen los modelos cada uno podría seguir su propio camino sin cometer errores, por lo que las disputas se acabarían por sí solas. Pero la gente prefiere correr detrás de lo que no conoce antes que poner en práctica lo que ya sabe.

Según contaba Zhuangzi, Confucio tenía un amigo cuyo hermano era conocido por sus muchos delitos; lo llamaban Zhi el Bandido. El Maestro se las arregló para concertar una entrevista con él, no lejos del Taishan, con intención de convencerlo para que cambiara su conducta y volviera al camino recto. Una vez en presencia de Zhi, Confucio le prometió riquezas y honores si accedía a ponerse del lado de los hombres de bien. Zhi entonces montó en cólera y respondió así: «¿Por quién me tomas? Solo un patán puede corregirse por interés o dejarse convencer con palabras. En los tiempos de los Sabios Soberanos el pueblo vivía en paz, ellos mismos no necesitaban actuar para gobernar bien o para hacer que las cosas sucedieran. Pero en la época de las Tres Dinastías, Tang expulsó a su soberano y Wu empujó al último rey de los Yin a quitarse la vida, lo que les permitió alzarse por encima de todos. Desde entonces, los fuertes siempre han oprimido a los débiles, pero son esos héroes los que tú tomas por modelo. Con tu lengua perversa conviertes el crimen en virtud, pretendes reformar las costumbres y dominar a la gente. ¿No mereces que te llamen Confucio el Bandido? Has sido expulsado de todas partes, perseguido y atacado,

estuviste a punto de morir de hambre y te vanaglorias de ello. Boyi y su hermano Shuqi, a quienes consideras virtuosos, rechazaron los honores que les ofreció el rey Wu y se dejaron morir de hambre como perros en las montañas simplemente para ganarse una reputación. Enseñaste a Zilu a preferir una muerte gloriosa a la vida, que es el bien más preciado. Escucha bien esto: quien no busca satisfacer sus deseos y no cuida de su vida ignora cuál es el verdadero camino. El tuyo es dañino y estúpido, es hipócrita y nunca ha servido para nada. No es así como desarrollaremos las cualidades que tenemos en nosotros mismos. Eso es todo, vete, no quiero oír nada más de ti».

Confucio lo saludó y se alejó a toda prisa. Subió a su carro aturdido, con la cara tan pálida como ceniza muerta. De regreso a la capital de Lu, encontró a su amigo. Este le preguntó si había logrado corregir a su hermano. Confucio, turbado, le dijo: «Fui a controlar al tigre, quise trenzar sus bigotes y escapé por poco de sus colmillos».

# IV

En el curso de mis viajes llegué hasta los territorios del sur que habían pertenecido al reino de Chu, cuyos habitantes hablaban un dialecto parecido al grito de los pájaros. Los bárbaros miao, antiguos pobladores de aquel país, sabían comunicarse con los Espíritus de los bosques y de los ríos y cabalgar sobre las nubes para llegar hasta las Tierras Lejanas, limpias de todo polvo, donde el cuerpo escapa a la corrupción. En la llanura que ocupa el centro del imperio, nuestros tambores y nuestras piedras sonoras acompañaban los rituales venerados por Confucio, mientras que las canciones de Chu decían imitar el aliento de la tierra, y allí la flauta tenía la voz femenina de los Espíritus que entran en el cuerpo y transportan el alma lejos. Aquel país de montañas brumosas, de aguas sinuosas y pantanos donde todo predispone al silencio y a la meditación, a la nostalgia y al vagabundeo, había acogido a Laozi y a Zhuangzi, los sabios adeptos del Tao.

El país de Chu había sido rico y poderoso, pero al final de la época de los Reinos Combatientes fue invadido y anexionado por los ejércitos del primer emperador de la dinastía Qin, que acabó por unificar los reinos. A orillas del río Miluo yo había contemplado, con el corazón lleno de emoción, las aguas de profunda memoria que conservaban el recuerdo del noble Qu Yuan, ministro del rey Huai de Chu. Cuando leí sus poemas impregnados de tristeza y de melancolía, me invadió la piedad a causa su determinación. Para mostrar a los hombres su decepción y la injusticia de la que fue víctima, escribió el Lisao. En este largo poema Qu Yuan cantó el elogio de los antiguos reyes Tang y Wu, y aludiendo a las costumbres de su tiempo, describió la decadencia de las reglas del buen gobierno. Llegado a la región de Changsha, no pude contener las lágrimas al contemplar el lugar donde se había ahogado. Más tarde quise rendirle homenaje intercalando, junto a los hombres valientes que habían defendido la tierra de sus padres, la vida de este poeta con el fin de evitar que cayese en el olvido.

Bajo el reinado del trigésimo tercer soberano de los Zhou, en la época de los Reinos Combatientes, el territorio de Qin no cesaba de expandirse en perjuicio de otros estados. Qu Yuan pertenecía por su ascendencia a la familia de los reyes

de Chu. A la edad de veinte años se convirtió en consejero del rey Huai, quien lo apreciaba por sus vastos conocimientos. Pese a su corta edad, poseía una profunda sabiduría, una voluntad inquebrantable y un gran discernimiento en los asuntos de gobierno. Tales cualidades pronto despertaron los celos del primer ministro, que no cesaba de calumniarle ante su soberano. Este tuvo por ciertas las falsas palabras y acabó por apartar a Qu Yuan. El joven consejero, incapaz de defenderse, se afligió al comprobar que su señor no era capaz de distinguir entre lo verdadero y lo falso y que los buenos consejos no eran escuchados.

Qu Yuan seguía los pasos de los primeros reyes de las Tres Dinastías, no era de los que hablan bien y actúan mal. Siempre había sido leal a su rey, pero hombres indignos se interpusieron entre ellos y habían de causar la ruina de Chu. Ser honesto y convertirse en sospechoso, ser sincero y verse difamado, ¿quién soportaría algo así? Para denunciar esta injusticia Qu Yuan escribió estos versos:

Cada uno escoge su deseo, yo escojo la virtud,

mi corazón no seguirá nunca otra senda.

Podéis descuartizarme, entero seguiré.

Son muchos los que nacen en tiempo equivocado.

Los buenos soberanos Tang y Wu se fueron,

¡cómo duele su ausencia, qué lejos están ya!

Moderaré mi ira, reprimiré el rencor.

Consuélate, corazón mío, sé tenaz y constante.

Ante el horror del mundo, no inclinaré nunca la cabeza.

Al transcribir este poema sentí el alcance de mi tarea, sabía que los versos son la palabra del hombre llevada a la perfección. El Libro de las Odas es la expresión anónima y venerable del pasado más lejano. Qu Yuan fue el primero en poner en sus escritos la esperanza y el rencor que habían marcado su vida, se le reconocía

como reconocemos una flor por su perfume.

Como la sombra amenazante del reino de Qin seguía creciendo, la mayoría de los estados se aliaron para defenderse de él. Poco después de la caída en desgracia de Qu Yuan, el rey de Qin quiso atacar el estado de Qi, pero temía que el rey de Chu acudiera en su auxilio, tal como lo exigía el pacto de alianza. De modo que envió a su primer ministro Zhangyi cargado de regalos y promesas para el rey Huai: «Si os comprometéis a romper vuestra amistad con el reino de Qi, mi señor se compromete a entregaros dos ciudades y sus tierras aledañas». Cuando Qu Yuan se enteró de los términos del tratado, se apresuró a advertir al rey Huai: «¿Conviene violar nuestro juramento? Después de eso, ¿quién se atreverá a buscar nuestra amistad y quién nos protegerá cuando estemos en peligro?». El rey no escuchó la recomendación de Qu Yuan y dejó que Zhangyi partiera con la promesa de no intervenir. Cuando los enviados de Chu llegaron a Qin para tomar posesión de las dos ciudades, Zhangyi se burló de ellos y les entregó dos puñados de tierra. El rey Huai, furioso, preparó entonces un gran ejército para atacar Qin y ordenó a Qu Yuan que acudiera al rey de Qi para convencerlo de que se uniera a él. Antes de salir, Qu Yuan instó al rey a aguardar su regreso y a no lanzarse solo contra su poderoso enemigo. Sin embargo, el rey cedió una vez más a la presión de su primer ministro. Atacó Qin sin esperar a los refuerzos de Qi y sufrió una gran derrota que provocó la pérdida de varios miles de soldados y de una parte de su territorio. No evitar el peligro cuando es posible, ¿acaso no es dejar escapar la fortuna? Tomar la iniciativa cuando es mejor esperar, ¿acaso no es aferrarse a la desgracia?

Al año siguiente el rey Huai logró entrar en el territorio de Qin con todas sus tropas. Al saberlo, el reino de Wei aprovechó la oportunidad para invadir Chu. El rey Huai se vio obligado a regresar precipitadamente. Durante años tuvo que enfrentarse a los ataques de los que habían sido sus aliados y el rey de Qi, recordando el mal comportamiento que había tenido con él, no acudió a defenderlo. Cuando el nuevo rey de Qin accedió al poder, aparentó reconciliarse con el rey Huai y lo invitó a visitar el territorio de Qin para sellar una alianza. Qu Yuan adivinó la trampa que se escondía bajo sus buenas palabras, pero Zilan, el hijo menor del rey, lo acusó de traición e invocando el bien del país empujó a su padre a aceptar la invitación. El rey Huai se dirigió a Qin, pero cuando llegó al lugar convenido fue hecho prisionero y murió sin haber podido regresar a su reino.

¿Podía haberse evitado ese error? Los soberanos, ya sean insensatos o sagaces, virtuosos o indignos, buscarán siempre consejeros perspicaces y leales. Sin

virtuosos o indignos, buscarán siempre consejeros perspicaces y leales. Sin embargo, los reinos son destruidos uno tras otro, los gobernantes son asesinados y muy pocos consiguen evitarlo. La razón es que se da el nombre de fidelidad a lo que no lo es, y quienes son prudentes y devotos son llamados traidores por sus gobernantes. Confucio había advertido hacía mucho tiempo que las palabras habían perdido su significado y que si no nos esforzábamos en restaurar el valor de las palabras, los hombres y los reinos no podrían escapar de la ruina. Hay mucha sabiduría en eso. Doscientos años más tarde, Qu Yuan, siguiendo al Maestro, lamentaba este estado de cosas: «Han cambiado lo blanco por lo negro, han abatido lo eminente y exaltado lo más bajo. El fénix es enjaulado y las aves de corral se alzan por el aire. Las joyas y las piedras se mezclan en el mismo plato de la balanza».

El rey Huai no supo distinguir las trampas de los buenos consejos, lo que le costó la pérdida de seis provincias, la aniquilación de parte de su ejército, su propia muerte en un país extranjero y ser considerado como un loco por las generaciones posteriores. Tal es el destino de quienes no saben reconocer a los hombres valiosos. Cuando Qing Xiang, el hijo mayor del rey Huai, sucedió a su padre, su hermano Zilan fue nombrado primer ministro. A pesar de los malos tratos que el rey le infligía y de las calumnias de Zilan, Qu Yuan no cesó de denunciar las verdaderas intenciones del rey de Qin y de advertir a su soberano del riesgo de perder la vida. El rey Qing Xiang, irritado por sus palabras, acabó por condenarle al exilio. Qu Yuan se dirigió entonces hacia el sur sin apresurarse. Cuando llegó a la región del río Yangzi, subió a lo alto de una colina y miró en dirección a su ciudad natal. La ladera de la colina descendía en suave pendiente, sin embargo su mente se sintió presa de vértigo. Viendo que los árboles se secan y las flores se marchitan podemos temer el declive de la belleza, la alteración de los sentimientos nobles y el fin de un reino próspero. ¿Cómo pueden los soberanos no cambiar su actitud cuando la desgracia los amenaza por todas partes? Algún tiempo después, Qu Yuan supo que el rey de Qin había invadido el territorio de Chu y destruido su capital.

Solo al sufrir la ruina de su país toma uno conciencia de lo que es la ruina, solo en presencia de la muerte entiende uno lo que es la muerte. Se dice que la aniquilación de su país deja en el hombre un remordimiento que nunca podrá ser borrado. Esto puede aplicarse a Qu Yuan. Solitario y lejos de todos, deambuló en medio de las marismas con el cabello suelto y la mirada perdida. Su cuerpo había adelgazado, pero no se había separado de su espada. Nada podría entristecerle más que no haber podido salvar a su país. Cerca del embarcadero, un pescador lo reconoció como a un personaje noble y le preguntó qué lo había

conducido a aquel estado. Qu Yuan le respondió:

—Nuestro siglo está en plena confusión. Los hombres andan ebrios, solo yo estoy sobrio. Por eso me han apartado.

El pescador le dijo:

—¿Y por eso los cortesanos son honrados en palacio mientras vos vagáis tambaleándoos como un sediento a lo largo del río? Escuchad esto, señor: un sabio nunca es derrotado. Preserva sus principios y no se deja atrapar en las redes de este mundo. Cambia su manera de andar según el terreno que encuentra. Si su época no está dispuesta a escucharle, si el tiempo es un río fangoso, él sigue la corriente y cabalga sobre las olas. Si la gente anda ebria y ha perdido la cabeza, bebe con ellos y esconde su tesoro en lo más profundo del pecho.

—¿Quién querría profanar su espíritu en este mundo enfangado? El que ama el agua clara no va a revolcarse en el barro. ¿Me aconsejas que me sume a la corriente? ¡Pues bien, me zambulliré en el río, mejor terminar en el vientre de un pez y desaparecer para siempre que tolerar que la blancura radiante se vea manchada por la suciedad de los hombres!

Qu Yuan huyó de los pantanos. Se deshizo de la impureza que lo rodeaba y dejó la corrupción atrás. No permitió que el polvo de este mundo lo manchase, tomó una piedra en sus brazos y se arrojó al río Miluo. Resplandeciente en el fango, permaneció impecable hasta el final. Se puede decir que Qu Yuan tenía el corazón de los hombres de antaño, prefirió desaparecer antes que ocupar en la tierra un lugar que no era el suyo.

A orillas del río Miluo, yo miraba cómo las hojas llevadas por el viento caían al agua y se alejaban cual barcas sin timonel. Aprovechar la corriente para seguir la propia naturaleza, ¿no es eso lo que llamamos ir en la dirección correcta?

Voy a mi última morada,

el día ha huido, ya se acerca la noche.

Sonrío a la desgracia, ¿para qué llorar?

Todo encuentra su fin en la muerte sublime.

Tras su muerte, algunos poetas imitaron su estilo, pero nadie se atrevió a oponerse abiertamente al rey Qing Xiang. El territorio de Chu, debilitado, no pudo evitar ser devorado por el reino de Qin, más poderoso después de cada conquista.

# V

A lo largo de los siglos percibimos en el destino de los hombres buenos o malos una ley que, permaneciendo inmutable, los hace alzarse o precipitarse en la desgracia como un eje en torno al cual gira el mundo. Cuando una época alcanza su punto álgido comienza a declinar, imitando los movimientos del dragón que se agacha y se levanta para avanzar. Si considero las conductas de los hombres del pasado, compruebo que los tiempos han cambiado. Quien quiera tener éxito en lo que emprende debe adaptarse a las costumbres de su tiempo, no puede permitirse confundir el pasado con el presente. El gobierno de la primera dinastía Xia se había apoyado en la buena fe. Cuando la sinceridad se pervirtió, la gente del pueblo se volvió amanerada. Por eso Tang, el primer rey de la dinastía Yin, dando muestras de consideración se impuso fácilmente. Cuando la consideración de los soberanos Yin degeneró, la gente se volvió arrogante. El rey Wu, de la tercera dinastía Zhou, no tuvo entonces dificultad para imponerse porque promovió el orden dando muestras de bondad. Cuando la cordialidad de sus descendientes fue llevada al extremo, el pueblo se volvió distante. La insensibilidad podía remediarse con buena fe, pero la nueva dinastía Qin, en lugar de adoptarla, no hizo más que empeorar la situación al mostrarse cruel e injusta. Para entender las razones del éxito y del fracaso en los asuntos humanos me propuse describir en detalle el origen, el ascenso y la caída de esa dinastía que había logrado unificar todo el país tras el largo desgarramiento de los Reinos Combatientes.

Al final de la dinastía Zhou, el estado de Qin ocupaba al oeste un vasto territorio cerca de los bárbaros, en los confines del imperio. Estaba protegido al norte por las montañas y al sur por el río Yangzi. Al este tenía el paso de Hankou como frontera y al estado de Wei por vecino. Estudiando los anales de Qin pude ver que su poder se remontaba a la época del rey Xiao y de su ministro Gongsun Yang, que gobernaron durante la época del trigésimo segundo emperador Zhou, razón por la cual conté la vida de estos dos hombres.

Gongsun Yang era tutor de los hijos del primer ministro del estado de Wei. En su juventud había estudiado el método de los Legistas que enseñaban a gobernar

al pueblo por medio de leyes estrictas. Cuando el primer ministro enfermó, se dirigió al rey: «Tengo a mi servicio a un erudito llamado Gongsun Yang, es joven pero tiene un talento fuera de lo común. Os aconsejo que lo nombréis ministro después de mi muerte, podréis sacar de él un gran provecho. Si no le dais un cargo haced que lo maten. No le permitáis salir del país». El rey de Wei, sin embargo, ignoró su consejo. Por otro lado, cuando Gongsun Yang se enteró de que el rey Xiao del estado de Qin estaba buscando sabios para restaurar la grandeza que tuvo su país en época de su antepasado el poderoso señor Mu, que había ganado el título de hegemónico, dejó Wei y se dirigió a Qin. Durante la primera audiencia que el rey le concedió, Gongsun Yang le instruyó acerca de la Senda de los Sabios Soberanos. Pero en medio de su exposición se dio cuenta de que el soberano se había dormido. Cinco días más tarde, volvió a obtener una entrevista en la que explicó los principios de los primeros reyes de las Tres Dinastías. Xiao le escuchó, pero poco a poco fue perdiendo el interés y finalmente le despidió con un gesto de cansancio. Para el rey de Qin, estas formas de ganar fama requerían demasiado tiempo. ¿Quién podría pasar treinta, cuarenta o cien años perfeccionándose con la esperanza de convertirse algún día en soberano del imperio? No podía esperar tanto tiempo, para él un buen soberano debía ser capaz de hacer su nombre inolvidable en vida. Gongsun Yang, sin embargo, no renunció a hacerse escuchar y durante la tercera reunión el rey permaneció atento hasta el final de su discurso, con la cabeza inclinada hacia él hasta tocar su hombro para no perderse ni una sola de sus palabras. Cuando se le preguntó a Gongsun Yang qué le había dicho al rey ese día, respondió: «Le he mostrado que para dominar a los demás no es necesario fortalecerse a sí mismo, sino fortalecer el Estado. Quedó totalmente satisfecho. Creo que el rey Xiao será capaz de hacerlo, aunque esté lejos de igualar la virtud de los primeros reyes Tang y Wu».

El rey Xiao tomó a Gongsun Yang a su servicio. Le permitió reformar las leyes e imponer un estricto código de castigos y recompensas. El reino de Qin se hizo cada vez más próspero. Cuando dispuso de un ejército poderoso, Gongsun Yang aconsejó atacar al estado de Wei, que él mismo había dejado veinte años antes. Los ejércitos de Wei sufrieron una gran derrota. Su rey tuvo que ceder parte de los territorios al oeste del río Amarillo y se arrepintió de no haber seguido el consejo de su primer ministro en el pasado. Desde entonces, el reino de Wei declinó y nunca más volvió a levantarse.

El poder del reino de Qin fue en aumento durante casi cincuenta años, mientras el de los emperadores Zhou continuaba en declive: el Cielo que les había dado su

apoyo parecía haberles abandonado. Al final de su reinado, el trigésimo cuarto y último emperador de la dinastía tuvo que construir murallas para protegerse de sus vasallos y ofrecer un don al rey de Qin, el más poderoso entre ellos, para asegurarse su favor. Sin embargo, las murallas imperiales que habían desafiado al Cielo retornaron a la tierra y nadie pudo enderezar lo que caía por su propio peso. Lo que había excedido su medida no podía durar, lo que había llegado al límite de sus fuerzas no podía avanzar más.

Si consideramos de cerca el gobierno de los señores de Qin a lo largo de la historia, vemos que su sentido de la bondad y de la justicia era inferior al del rey más cruel de la época y que sus tropas no igualaban a las de los estados más pequeños del Centro. Sin embargo, cien años después de la muerte del rey Xiao, su descendiente Zheng logró dominar todos los reinos uno por uno y poner fin a la dinastía Zhou. ¿Cómo fue posible? Parecía que Qin hubiera recibido la ayuda del Cielo. En más de una ocasión me he preguntado sobre el significado que esta apreciación podría tener para el destino de los hombres. Antes de proseguir, la sopesé como evalúa un herrero su trabajo apuntando con la lanza que acaba de forjar a un enemigo imaginario. Yo había leído en los primeros anales que el Cielo no tiene favoritos, que solo favorece la rectitud. Los hechos y las palabras de los Antiguos coinciden en esto: «El que va contra el Tao muere antes de su hora, el que lo respeta revive a cada momento». En cuanto a mí, llegué a la conclusión de que quien quiera controlar el mundo debe apoyarse en el curso natural de las cosas. Si monta el dragón acoplándose con él todo lo consigue, pero si pretende imponerle su ritmo y dirigirlo hacia un fin terminará en el suelo. El destino de Zheng ilustra perfectamente lo que acabo de decir.

Zheng, convertido en rey de Qin, se basó en los preceptos de la Escuela de los Legistas y gobernó con el rigor de un padre iracundo, eliminando a los valientes que se le oponían y encerrando el imperio bajo la red de su ley. Las recompensas y los castigos se multiplicaron y a partir de entonces los hombres actuaron solo por interés y no buscaron ser mejores. Corregir a su pueblo de esta manera, ¿no es querer apagar un incendio con un manojo de paja? Después de once años de gobierno, el mal se extendió por todas partes. Todo el mundo sabe que basta con ver la moralidad del pueblo para conocer la de sus gobernantes. Confucio había dicho que un Estado a punto de sucumbir multiplica los castigos. ¿No sabía el rey que matar a los culpables en lugar de educarlos es la mayor falta de un

gobernante? Los tiranos, dijo el Maestro, imponen las leyes para que hagan lo que ellos son incapaces de lograr por sí mismos. ¡Qué sabio era Confucio!

En el año veintiséis de su reinado, tras derrotar al reino de Qi, el último que aún se le resistía, el rey de Qin se convirtió en amo absoluto del imperio. Para unirse al linaje de los Sabios Soberanos tomó el título de Qin Shi Huangdi, Primer Emperador Soberano de la dinastía Qin. Las murallas que separaban los reinos fueron demolidas, los rebeldes exterminados y las armas confiscadas. Entonces no hubo nadie en el imperio que no fuera obediente y sumiso. Ocho años después, sin embargo, su ministro le dirigió este discurso: «La ley del emperador penetra en todas partes, el país ha sido pacificado y prospera, pero los letrados toman el pasado como modelo para denigrar el presente, se discuten las órdenes del emperador y sus debates provocan confusión en las mentes del pueblo. Es mejor poner fin a todo esto. Propongo que los anales de todos los reinos, con excepción de los de Qin, sean destruidos junto con el Libro de las Odas y los escritos de las Cien Escuelas». El emperador aprobó este consejo y ordenó que se quemaran todos los documentos antiguos, así como a todos los letrados que se opusiesen a ello. ¡Qué gran pérdida para el historiador! Sin embargo, me consuela pensar que, aunque muchos archivos de la antigüedad se hayan perdido, los hechos que relataban dieron lugar a otros hechos que, a su vez, dieron forma a los acontecimientos que han llegado hasta mí. Sin un pasado, ¿cómo puede haber presente?

Desobedeciendo las órdenes de Shi Huangdi, Kong Fu, octavo descendiente de Confucio, escondió, como hicieron muchos otros letrados, el Libro de las Odas entre las paredes de su casa. Todos los amigos del conocimiento memorizaron los escritos de los antiguos Maestros para salvarlos de la destrucción. En el país de Lu, los que estudiaban nunca dejaron de comentar en secreto las palabras de los Antiguos y de interpretar las melodías que habían aprendido de sus padres. Durante todo este tiempo, el sonido de las cítaras no se interrumpió y las canciones fueron preservadas del olvido.

En el curso de los viajes que siguieron a su ascensión al poder, Shi Huangdi visitó el Taishan y llegó hasta el mar, el único imperio que no conoce la muerte. Desde la orilla, contempló las olas que desde siempre se levantan y rompen con indiferencia. Los lugareños contaban que en medio del mar del Este estaba la isla Penglai, morada de los Inmortales. En los tiempos de los Reinos Combatientes, los reyes de Yan y de Qi habían enviado navegantes en busca de la planta que mantiene alejada a la muerte. A su regreso, algunos informaron de que el monte Penglai se les apareció desde lejos como una nube y de que, cuando se acercaron

a él, pareció hundirse en el mar. Otros afirmaron que habían estado a punto de abordar la isla de los Inmortales, pero que a cada intento un fuerte viento los había rechazado. Se decía que no estaba muy alejada, pero que no le gustaban los hombres. Después de varias tentativas, nadie ha podido alcanzarla y no hay un solo soberano que no haya soñado con ir a ella.

El emperador temía tanto la muerte que nunca hablaba de ella, pero le seguía atormentando. Astrólogos, alquimistas y otros magos de Yan, de los que a Shi Huangdi le gustaba rodearse desde el comienzo de su reinado, le persuadieron para que organizara a su vez una expedición para conseguir la famosa droga que evita la muerte. Tras una primera travesía infructuosa, el alquimista Xu Fu contó que había encontrado un Espíritu en medio del mar cerrándole el paso. La divinidad le había asegurado que, si el emperador le entregaba tres mil muchachos y muchachas, semillas y un cargamento de objetos manufacturados, le dejaría el camino libre. Shi Huangdi accedió y se preparó un segundo viaje. Xu Fu se embarcó con las ofrendas prometidas, pero encontró, se dice, una tierra acogedora, allí se convirtió en rey y nunca más regresó.

Los alquimistas maestro Lu y maestro Hou, por su parte, afirmaron ser capaces de elaborar un elixir para prolongar la vida del emperador. Sin embargo, después de varios fracasos, sintieron temor y unieron fuerzas para preparar la fuga. «El emperador ha recibido del Cielo una naturaleza violenta, eliminó a los reyes uno tras otro y se apoderó de sus tierras, se dijeron. Se cree igual a los antiguos reyes del pasado. Ha concedido gran poder a los funcionarios judiciales para castigar el más mínimo reproche, de modo que ningún ministro se atreve a ser fiel al soberano hasta el final por temor a ser castigado. Los trescientos astrólogos prefieren mentir antes que advertir de los peligros que amenazan al imperio. Bajo tales condiciones, no tenemos ningún deseo de prolongar la existencia de Shi Huangdi. Para escapar al destino de todo ser humano tienes que ser un verdadero hombre, pero el emperador es solo un tirano». Después de eso, huyeron. El emperador, furioso, los hizo buscar y aprovechó la oportunidad para matar a varios cientos de letrados.

Shi Huangdi, sin embargo, no renunció a convertirse en Inmortal. Llegado a la cumbre de su poder, aunque estaba lejos de igualar la virtud de los primeros reyes, restableció los sacrificios Feng Shan, que habían sido interrumpidos durante varios cientos de años. Yendo en contra de los antiguos rituales, los letrados confucianos fueron sustituidos por brujos y el Cielo fue invocado para que diese larga vida a la dinastía Qin. Durante el ascenso al Taishan, el

emperador fue sorprendido por una violenta tormenta y tuvo que detenerse a mitad de camino. ¿No era esa la señal de que no tenía la virtud requerida para aquel rito triunfal?

El primer emperador de la dinastía Qin esperaba que, gracias a su posición inexpugnable entre los desfiladeros y con ayuda del Cielo, sus descendientes reinasen durante mil años, pero en la tercera generación desaparecieron. Si su hijo y el hijo de su hijo hubieran gobernado imitando la sabiduría de los primeros reyes, ningún ejército, por muy poderoso que fuese, podría haber conseguido que su poder se tambaleara. Pero a la muerte de Shi Huangdi bastó con que Chen She, un rústico nacido en una familia donde se usaba una cuerda como gozne de la puerta, que no tenía la sabiduría de Tang ni la habilidad de Wu, se colocase a la cabeza de un centenar de vagabundos armados con palos para que el éxito y el fracaso cambiasen de bando. Cuando Chen She se declaró rey de Chu, Kong Fu y los letrados de Lu acudieron a él y le rogaron que los tomara a su servicio. ¿Por qué sucedió esto? Porque odiaban al primer emperador de la dinastía Qin por haber quemado los textos antiguos y esperaban que Chen los vengase apartando a su heredero del poder. Chen She y Kong Fu encontraron la muerte en los combates que siguieron. Un año después, el incendio se había extendido por todo el imperio. Se alzaron jefes de bandas en las cuatro regiones del país, ninguna conspiración los unió al principio, pero sus tropas se agruparon bajo el mando de Xiang Yu, un joven soldado del ejército de Chu sin ninguna instrucción.

Estaba oscureciendo y dejé mi pincel. El sentimiento de inquietud que me invadió en ese momento pareció fundirse con la sombra que me rodeaba. ¿Debía relatar la vida de aquel hombre? ¿Tenía Xiang Yu su lugar junto a los emperadores y los héroes que habían dejado atrás una vida ejemplar? Al día siguiente, después de cumplir con mis obligaciones en palacio, volví a mi tarea con energía renovada.

A Xiang Yu no le gustaba el estudio, pero su espíritu de lucha era asombroso. Tras obtener una gran victoria sobre los ejércitos del segundo emperador de la dinastía Qin, los nobles de todos los territorios se sumaron a su entorno. Durante la asamblea que celebraba su triunfo, no hubo nadie que no avanzase hacia él de rodillas, nadie se atrevió a alzar los ojos para mirarlo. Xiang Yu puso entonces a un descendiente de la familia real a la cabeza del estado de Chu y él mismo hizo

un descendiente de la familia real a la cabeza del estado de Chu y el mismo hizo el reparto de recompensas. A su lado luchaba Liu Bang, un joven campesino que lo había acompañado en la conquista del país. El nuevo rey de Chu quiso enviar tropas para atacar Xiangyang, la capital del emperador de los Qin, y declaró que el primero que lograse apoderarse de ella sería nombrado soberano del país que se extendía entre los desfiladeros. Sus consejeros le advirtieron: «Xiang Yu es impetuoso y cruel, por dondequiera que pasa siembra la ruina y la destrucción. Sería mejor enviar a un hombre que se apoye en la justicia. Liu Bang es generoso y digno de tal cargo, enviadlo hacia el Oeste». El rey de Chu siguió su consejo y encargó a Liu Bang atacar Xiangyang. Después de tres años de reinado, el segundo emperador Qin se había quitado la vida y su sobrino le sucedió. Al cabo de poco más de un mes, su capital cayó en manos de Liu Bang, que tomó al joven emperador bajo su protección. Cuando Xiang Yu se enteró de que Liu Bang se había apoderado de Xiangyang, una cólera terrible se adueñó de él y se dirigió a la capital de Qin. Llegado al paso de Hankou, tuvo que luchar contra los soldados de Liu Bang que lo defendían. Nada pudo entonces retenerlo ni aplacar su furia. Entró en Xiangyang, se apoderó de sus riquezas antes de destruirla y matar al último emperador de Qin. Liu Bang, atemorizado, tuvo que someterse. Xiang Yu tomó el título de rey de Chu del Oeste y distribuyó los territorios conquistados entre sus aliados. Liu Bang recibió en último lugar el pequeño principado de Han.

Miraba los archivos apilados frente a mí mientras reflexionaba. Todas las dinastías precedentes fueron en su origen benéficas y respetuosas, pero con el tiempo su prestigio disminuía y acababan por verse despojadas del imperio. La dinastía Zhou, aunque debilitada después de casi mil años de reinado, todavía se mantuvo durante siglos. La dinastía Qin, en la plenitud de su poder, se derrumbó de repente. Shi Huangdi conocía los medios para conquistar un imperio, pero sus descendientes, débiles e indecisos, no supieron conservarlo. Quisieron seguir su ejemplo, declararon la guerra a la paz, yendo en contra de su naturaleza y de la época en que les había tocado vivir.

Durante varios años, los ejércitos de Xiang Yu y de Liu Bang, príncipe de Han, se enfrentaron como dos dragones erguidos el uno contra el otro. Los dos hombres luchaban desde hacía tiempo sin que el destino favoreciese a uno u otro. Los guerreros combatían hasta el agotamiento en la batalla, mientras que

las mujeres y los niños se veían obligados a trabajar duro en los campos. Xiang Yu fue entonces al encuentro de Liu Bang y le habló en estos términos: «Si el imperio está sumido en la desolación es por culpa nuestra. Quiero luchar contigo en combate singular para designar a un vencedor y ahorrar sufrimientos a nuestros soldados». Liu Bang respondió: «Con la inteligencia podría derrotarte, pero por la fuerza sería incapaz de hacerlo». En consecuencia, se decidió que los guerreros más hábiles de cada bando lucharían uno a uno en su lugar. El mejor arquero a caballo del príncipe de Han mató sucesivamente a los tres guerreros Chu que habían venido a provocarle. Xiang Yu, furioso, se vistió su armadura y montó su excelente caballo llamado Zhui. Con una lanza de tres puntas, cabalgó hacia el arquero desafiándole a gritos, con los ojos lanzando rayos. El guerrero de Han sintió temblar su mano y, presa del pánico, huyó hacia su campamento. Después de aquello, los dos jefes llegaron a un acuerdo y se repartieron el imperio. Sin embargo, parece que no estaba a su alcance tolerarse mutuamente. Xiang Yu, fuerte y arrogante, había sido colmado por el Cielo, pero lo que permanece lleno sin que nada le sea sustraído termina por desbordarse. Liu Bang, por el contrario, dotado de paciencia y de modestia, logró convencer a los señores de los otros reinos para que se le unieran. Cuatro años más tarde, en Gaixia, Xiang Yu, acompañado por su favorita Yu y por una tropa de hombres agotados, se vio rodeado por el ejército del príncipe de Han. Una noche oyó a los soldados del campo contrario cantar un antiguo lamento del reino de Chu. En el otro extremo otra voz cantó estos versos de Qu Yuan:

Habían ido al combate, al combate sin retorno.

Valerosos en vida, yacen decapitados.

Su cuerpo halló la muerte, sobrevive su espíritu.

Una tras otra, las canciones de Chu se elevaron por todas partes. La tristeza de Xiang Yu era tal que esa noche no pudo dormir. Suspiró: «¿Ha conquistado Han todo el país de Chu?». Se levantó y comenzó a cantar estos versos que su destino le dictaba:

Mi fuerza arrancaba de raíz las montañas,

mi aliento un día recorría el mundo.

Los tiempos han cambiado, ya no avanza Zhui.

Y si Zhui ya no avanza, ¿qué haré yo?

¿Y qué será de ti, Yu, hermosa Yu?

El orgulloso guerrero no podía sofocar sus sollozos y sus soldados al oírlo se pusieron a llorar. Nadie se atrevía a levantar la cabeza para mirarlo. ¿No se dice que la música es enemiga de las falsas apariencias? A primera hora de la mañana, Xiang Yu consiguió pese a todo romper el círculo que lo encerraba y huir hacia el este. Caminó durante días con sus hombres por los pantanos. Cuando fue alcanzado por los soldados del príncipe de Han, solo le quedaban veintiocho jinetes. Dirigió este discurso a sus compañeros: «Han pasado ocho años desde que empecé la guerra, he librado más de setenta batallas, nunca he sido derrotado. Recibí el imperio no por herencia, sino porque luché día tras día, ¡y a este extremo me veo reducido! No he cometido, sin embargo, ninguna falta militar, es el Cielo el que quiere mi perdición. Pues bien, hoy combatiré en vuestro honor, aunque no haya más salida que la muerte». Xiang Yu luchó hasta que se encontró solo frente a los soldados de Han. Ninguno de ellos pudo abatirlo, murió porque él mismo se rebanó la garganta.

Mi mano se había detenido por sí misma como si necesitase recuperar el aliento. Levanté la vista y sentí que el frío de la noche penetraba en mi interior. La lluvia había empezado a caer, los árboles afuera gemían bajo el viento. «No he cometido ninguna falta, es el Cielo el que quiere mi perdición», repetí en voz baja. ¡Qué ceguera! La mano que sostenía el pincel se relajó. Dejé de trabajar y me dirigí hacia el lecho. Quien pretendiera proseguir su camino en una noche de tormenta sin más luz que una vela, ¿podía acusar al Cielo de querer perderle?

Al relatar las vidas de dinastías y feudos he podido comprobar que el Cielo parece favorecer a una familia antes de quitarle su ayuda. Por mucho que los hombres se esfuercen en una dirección o cambien de actitud a medio camino

hombres se estrellen en una dirección o cambien de actitud a medio camino, nada es seguro, no hay dirección buena o mala al comienzo, la dicha y la desgracia se entrelazan como fibras de una misma cuerda. Xiang Yu y los valentones que acompañaban a Liu Bang a veces habían seguido sus impulsos, a veces se habían desviado de ellos. Los mismos actos aportaban gloria o deshonor, a veces los fracasos amargos se convertían en ganancias, a veces una victoria acarreaba consecuencias nefastas. Es difícil encontrar una explicación satisfactoria para esto si uno se basa en las apariencias. Los más intrépidos ascienden y luego sucumben, solo unos pocos elegidos sobreviven sin tener más cualidades que los demás. Pensaba en Liu Bang, ese hombre indeciso que, en el mismo momento en que sus soldados lo proclamaban primer emperador Han, se preguntaba por qué el Cielo le entregaba el imperio y no se lo concedía a Xiang Yu. Sus compañeros eran también de origen humilde, no buscaban ser conocidos, pero su conducta transformaba a los que los conocían. Habían vivido al abrigo del error permaneciendo lo más cerca posible de las cosas, adaptándose al cambio sin perder de vista el objetivo que se habían fijado.

Fui a la aldea natal de Liu Bang, escuché las historias que contaban los ancianos. Visité las casas de sus compañeros de armas y aprendí mucho sobre aquellos tiempos pasados. ¡Qué diferente de todo lo que nos habían contado! Esos hombres que fueron carniceros, vendedores de seda o conductores de carros no se habían imaginado que un día, enganchados a la cola de un veloz semental, dejarían tras ellos sus nombres inscritos en los anales de Han y transmitirían los honores recibidos a sus hijos y a sus nietos.

# VI

Cinco años después de haber sido nombrado gran secretario, el emperador Wu me encargó ajustar el cálculo del curso de los astros y reformar el calendario junto con el astrólogo Hu Sui. La nueva era, llamada el Gran Comienzo, se inauguró el día del solsticio de invierno, que pasó a ser el primer día del undécimo mes. Una vez terminadas las ceremonias oficiales, el maestro Sui y yo pasamos parte de la noche conversando. Teniendo en cuenta las operaciones que nos habían llevado a establecer un nuevo cálculo de tiempo, le dije:

—Hace ocho años, en una noche de solsticio como esta, mi padre me dijo estas palabras: «Quinientos años después de la muerte de Zhou Gong nació Confucio, y desde la muerte del Maestro han pasado otros quinientos hasta hoy. Cuando yo desaparezca, ¿quién completará la historia de todos estos años?». Ahora comprenderéis, maestro Sui, lo mucho que significa para mí completar mi obra.

Hu Sui me preguntó:

—¿Sabéis por qué Confucio recopiló Primaveras y Otoños del principado de Lu?

—En un periodo en que el rey de la dinastía Zhou ya no era capaz de asegurar la paz —le dije—, el Maestro quiso restaurar los principios de la antigua realeza y, con ella, el acuerdo de los hombres con el mundo. Por ello ordenó y comentó los anales del principado de Lu y, ateniéndose a los acontecimientos ocurridos en todo el imperio a lo largo de doscientos cuarenta y dos años, puso en evidencia lo que era correcto y denunció las faltas sin ocultar nada, razón por la cual se convirtió en modelo de los sabios.

El astrólogo oficial asintió con la cabeza y, como yo conocía bien el asunto, desarrollé mi idea:

—En Primaveras y Otoños se mencionan treinta y seis casos de asesinato de soberanos, la aniquilación de cincuenta y dos estados e incontables señores desposeídos de sus tierras y convertidos en vagabundos. Todo esto podría haberse evitado con ayuda de la razón, porque ni el asesinato de un soberano por su ministro ni el de un padre por su hijo se deben a una circunstancia particular,

sino a un largo deterioro. Si buscamos la causa, la encontramos en el abandono de los principios.

Me miró con curiosidad:

—¿Los principios, decís?

—En todos esos casos podemos comprobar que los soberanos se han apartado de la realeza y que los hombres han perdido su humanidad. El que traiciona su naturaleza no puede sino desviarse. La mayoría, sin embargo, ve el error cuando ya no tiene solución, muy pocos se esfuerzan en evitarlo cuando todavía es posible.

—Gobernar no es fácil, decían los señores en tiempos de Confucio. Tampoco lo es gobernarse a uno mismo, se necesita mucho discernimiento para hacerlo.

—No se necesita tanto. El buen gobierno no requiere largas explicaciones. La única pregunta que debemos hacernos es si somos capaces de llevar a buen puerto nuestros principios. Nada es más fácil que evitar el daño antes de que ocurra. Cualquiera que observe el cambio mínimo que se produce en una situación es capaz de predecir su resultado. Un mínimo error en el comienzo puede alejarnos mil leguas de la meta. Para evitarlo, basta con percibir la evolución de las cosas y cambiar con ellas, preservar nuestra voluntad con la firmeza de las montañas y permanecer ágiles como el agua corriente en nuestras acciones, así es como uno se protege del peligro antes de que haya tomado forma. Actuar antes de actuar, ¿entendéis, maestro Sui?

Viendo que me miraba con incredulidad, apunté con el dedo hacia la ventana:

—La niebla cubre la tierra, el mundo en esta estación ofrece un rostro severo y misterioso. Es una noche muy oscura y muy larga, ¿no os parece? Quien saliese sin cubrirse para acelerar la llegada de la primavera sería el último de los locos. Y sin embargo, mientras conversamos, la nueva estación comienza a apuntar en el silencio y la oscuridad de esta noche helada. Nada la detendrá, no necesitamos ser astrólogos para saber que afuera el frío incuba el calor y que la semilla que germinará en primavera duerme ahora bajo la nieve.

El maestro Sui parecía haberme entendido y continué mi razonamiento:

—Considerad los acontecimientos de la dinastía anterior. ¿Sabéis por qué un simple aldeano vestido de tela se levantó en medio de los surcos para barrer a los

simple aldeano vestido de tela se levantó en medio de los surcos para barrer a los herederos del poderoso Shi Huangdi y por qué Liu Bang pudo reinar por encima de todos?

Hu Sui, sonriendo, contestó:

—Ponerse a todo el imperio en contra no es la mejor manera para un soberano de conservar la vida.

—Tenéis toda la razón. Los rebeldes no representan una gran amenaza en sí mismos. El mayor peligro para un reino es un corrimiento de tierra, no la caída de unas cuantas tejas. Cuando arriba el soberano no cumple con su deber como gobernante y abajo el pueblo está descontento de su suerte, un simple aldeano sin ejército ni conocimiento alguno puede convertirse en jefe rebelde. No tiene gran cosa que hacer, solo esperar a que el poderoso pierda el equilibrio. Recordad: Chen She desencadenó la revuelta, Xiang Yu aprovechó la oportunidad para aniquilar al último emperador Qin, y finalmente Liu Bang restableció la realeza y la paz al fundar la dinastía Han. En cinco años, la autoridad pasó a manos de tres hombres que no poseían un palmo de tierra propia. Desde el principio de los tiempos, nunca ha habido tanta precipitación en la sucesión de los gobernantes. Debe de haber una razón para eso.

—Es cierto. Habéis tocado aquí un punto esencial —me dijo.

Continué con ardor:

—En el pasado, los primeros reyes de las Tres Dinastías vacilaron durante mucho tiempo antes de aceptar el gobierno y, cuando cedieron, fue después de haber acumulado méritos durante años. Solo el sabio es apto para el gobierno y solo él es capaz de rechazar tal cargo, eso es lo que he aprendido. Pero lo que pasó después fue muy diferente.

—Liu Bang era un hombre justo —comentó Hu Sui—, merecía convertirse en el primer emperador Han. Xiang Yu era valiente y decidido, adquirió gloria considerable en su época. El mismo Cielo pareció dudar durante un tiempo antes de conceder su favor a uno u otro.

También yo me tomé un tiempo para pensar mi respuesta:

—La gloria del que no ve más allá de la punta de su pie no puede durar mucho. Xiang Yu ignoraba lo que mantiene a uno erguido y lo que le hace derrumbarse,

era constante en su fuerza, pero la fuerza misma tiene su momento. Pretendía galopar sobre un caballo agotado y vencer a todo un ejército él solo. Ni el señor Wen de Zhou ni su hijo menor Zhou Gong reinaron. En su renuncia mostraron una gran humanidad y su ejemplo ha atravesado los siglos. Como veis, maestro Sui, cada uno tiene las cualidades que el Cielo le ha dado, y si comparamos la naturaleza de los hombres, podemos decir que Xiang Yu, impetuoso e insaciable, fue como el pie que nos lleva lejos pero que acaba agotado, mientras que los primeros reyes fueron como el dedo que señala lo lejano sin tener que moverse.

—He oído decir —añadió Hu Sui— que la realeza se mantiene mientras sea apoyada por el Cielo. El Cielo es justo y favorece la virtud. Parece que hacer el bien aporta el éxito.

—Sí, pero ¿qué significa hacer el bien? Durante los Reinos Combatientes hubo gobernantes que supieron corregir los vicios pero no supieron preservar su vida. Hubo quienes gobernaron con justicia y, sin embargo, sus tierras fueron anexionadas por otros más maliciosos que ellos. Parece que ser virtuoso, solamente virtuoso, no es suficiente para triunfar.

—Me sorprendéis, maestro. Si conocéis las razones del éxito y del fracaso, os ruego que me las digáis.

Proseguí sin vacilar:

—En tiempos de mi padre, el general Li Guang, que luchaba contra los bárbaros xiongnu, no imponía ninguna disciplina a sus tropas y obtenía grandes logros. Su rival, por el contrario, trataba con dureza a sus soldados y la suerte también le sonreía. ¿El éxito, decís? ¡Quién sabe! Algunos hacen demasiado, otros no hacen lo suficiente, y a menudo un hombre que emprende un negocio fracasa en el momento mismo del triunfo.

Hu Sui me miró con asombro:

—Ahora me estáis confundiendo.

Le dije con una sonrisa:

—«No te entretengas allá donde tengas suerte», dijo Laozi. Volvemos siempre a las viejas sentencias, maestro Sui.

—Supongo que habréis meditado sobre el tema y que diréis más en vuestra obra.

—Compruebo que los fuertes se elevan durante un tiempo sobre los otros, pero solo los sabios permanecen en su senda. Llegar a la cima y pretender mantenerse en ella sin cambiar de posición es ignorar el hecho de que la plenitud se encuentra a veces arriba y a veces abajo.

—¿Queréis decir que es mejor no actuar?

—¿Cómo podría el que no actúa llevar a buen término una empresa? Ser sabio o no serlo depende de las cualidades con que el Cielo nos ha dotado, pero si las circunstancias no se presentan, el talento no puede manifestarse y no produce efecto. Actuar en el momento adecuado asegura el éxito de los asuntos humanos, y adaptarse a la alternancia sin flaquear significa mantener la rectitud del corazón. El maestro Confucio fue un sabio completo, pero las circunstancias no le permitieron ver consumadas sus acciones. Puede que lo lamentase, pero nunca acusó al Cielo de ser injusto.

—El Maestro no pudo encontrar un soberano capaz de emplearlo, pero el actual Hijo del Cielo es clarividente, vos mismo disfrutáis de una posición acorde con vuestros talentos y el pueblo está satisfecho. Estamos lejos de los errores que podían ser atribuidos a los emperadores Qin. ¿Qué os proponéis sacar a la luz en vuestra historia?

—He aprendido una cosa, maestro Sui —le dije—: el que conoce el pasado es dueño de las cosas por venir. Al principio todos actuamos para hacer el bien, pero si no tenemos en cuenta las lecciones del pasado corremos el riesgo de caer en el error y ser condenados por las generaciones futuras. Si permitiera que se perdiese la memoria de los hombres de este siglo que merecen ser conocidos, estaría en deuda con nuestro tiempo, y si omitiera los errores cometidos en el pasado, lo estaría con toda la humanidad.

# VII

Había estudiado los textos de los cronistas y observado la marcha de los astros que presiden los cambios en la historia, pero era muy difícil para mí hablar del destino. Conocer la disposición del Cielo y la acción de los hombres, ¿no es el conocimiento más elevado que se pueda alcanzar? Solo ese conocimiento permite conservar la vida y no morir prematuramente.

Zilu, el discípulo de Confucio, murió a causa de su valor; Yan Hui no tenía defectos y el Cielo se lo llevó antes de llegar a la vejez. Sin apegarse a la vida ni buscar la muerte, ambos habían hecho lo que creían justo según su naturaleza. Desaparecieron sin haber cometido falta alguna, por lo que su nombre sobrevivió y llegó hasta nosotros. El respeto a las leyes puede prolongar la vida, pero el cumplimiento de los principios salva el nombre del olvido.

El Maestro hizo poca mención del destino. Sabía que solo podría ser conocido profundizando las transformaciones que gobiernan el mundo. «En los asuntos humanos —decía—, el sabio no adopta una posición fija, se deja guiar por el principio de justicia, que no cambia». Tener apego a la vida y permanecer fiel a sus principios parecía ser la cosa más difícil de todas. ¿Era al menos posible mantenerse firme en el camino recto y atravesar las vicisitudes humanas sin perecer? Si solo hay un camino para el sabio, diez mil son las circunstancias y variantes que se presentan ante él. La unidad y la multiplicidad son el espíritu y el cuerpo cambiante del Tao. Para aquellos que están familiarizados con las enseñanzas del Maestro, está claro que uno solamente puede sobrevivir con dignidad ajustando sus acciones al orden natural de las cosas. ¿No acabábamos de ajustar el calendario al curso de los astros? Ajustar la conducta al curso de los acontecimientos sin alterar la naturaleza propia es ciertamente dominar el propio destino.

No era raro verme acariciando las tablillas de bambú que contenían las palabras de Confucio recogidas por sus discípulos. Las había consultado tantas veces que los cordones de cuero que las sujetaban se habían roto. Confucio era llamado Maestro de los Letrados, su enseñanza era conocida por todos los sabios, pero nadie se había esforzado por contar su vida como yo lo había hecho en el capítulo que le había dedicado.

Terminado el trabajo del día, salí al patio en sombra y miré al cielo en el que resonaban gritos. De nuevo este año, como un ejército invencible detrás de su jefe, las grullas salvajes se dirigían hacia el sur impulsadas por un mismo afán. Como una flecha que atraviesa el aire sin desviarse, llegarían al antiguo reino de Chu en diez días, quizá en quince. Con ellas venían los años y de la misma forma se iban. Los hombres, alzados y sacudidos por numerosos torbellinos, sin saber qué partido tomar, ¿eran acaso más sabios que aquellas aves migratorias que, dejándose llevar por el viento, trazaban caminos donde no los había y recorrían varias leguas con unos pocos aleteos?

Siguiendo la lección de Confucio, quería mostrar cómo los hombres habían logrado llevar a cabo sus asuntos de diferentes maneras, para que las generaciones futuras pudieran elegir las que más les conviniesen. Los Legistas habían condenado a los confucianos, cuyas enseñanzas pervertían las leyes, del mismo modo que a los justicieros que deambulaban por los caminos y desafiaban a la autoridad. Muchos letrados, sin embargo, recibieron honores y sus conocimientos les valieron el puesto de ministros, nadie lo duda hoy en día, pero ¿quién se acuerda de aquellos bandidos amantes de la justicia? No actuaban siempre conforme a la ley, pero sus palabras eran sinceras y su corazón, recto. No dudaban en sacrificar su vida para ayudar a los que estaban en dificultades sin buscar la gloria a toda costa. ¿No merecían ser llamados eminentes? Su conducta ilustraba lo que otros enseñaban, así que me impuse el deber de contar sus vidas junto a las de los reyes, los grandes ministros y las familias nobles.

En el capítulo titulado Vida de los asesinos, había incluido la biografía de Nie Zheng. Sus acciones no habían cambiado el curso de la historia, pero su nombre se había conservado hasta mucho después de que su cuerpo hubiese desaparecido.

Nie Zheng era un joven aldeano de origen humilde que vivía en el estado de Wei en la época de los Reinos Combatientes. Durante una pelea, mató al hombre que lo había insultado y tuvo que huir de su pueblo natal con su madre y su hermana mayor. Se estableció en la aldea de Ji, en el estado de Qi, donde se convirtió en carnicero para mantener a su familia. Unos años más tarde, en el reino de Han, el gran oficial Yan Sui ofendió al todopoderoso primer ministro Xia Lei, tío del soberano de Han. Su odio mutuo, lejos de apagarse con el tiempo, no hizo sino crecer. Sabiendo que no estaría en paz hasta que Xia Lei muriese, Yan Sui huyó

y buscó en todas las ciudades por las que pasó un hombre capaz de matarle. Cuando llegó a Ji, oyó hablar de Nie Zheng, quien, igual que él, había huido para escapar de la venganza y cuya piedad filial era celebrada por todos. Para ponerse en contacto con él, Yan Sui lo invitó y le ofreció cien monedas de oro para su madre y una gran cantidad de dinero para la boda de su hermana. Nie Zheng rechazó el presente con estas palabras: «El Cielo me ha dado una madre anciana, y aunque soy pobre, no le faltará nada mientras yo pueda vender carne en el mercado. No puedo aceptar vuestro don». Pero Yan Sui insistió: «Tengo un enemigo poderoso. He oído que tienes sentido del honor, así que te regalo estas cien monedas de oro. No te estoy pidiendo nada a cambio, solo quiero tu amistad». Nie Zheng respondió: «Me he rebajado hasta el punto de convertirme en el último de los comerciantes por amor a mi madre. Mientras ella viva, no puedo servir a nadie más».

Finalmente la madre de Nie Zheng murió. Su hijo dejó pasar el tiempo del duelo y luego se dijo a sí mismo: «Soy un pobre comerciante, Yan Sui es un ministro que trataba con el rey de Han, hizo un largo viaje hasta aquí y buscó mi amistad. No soy nada comparado con él, pero me ofreció cien piezas de oro, lo que demuestra cuánto me estima. Su necesidad de venganza, durante tanto tiempo insatisfecha, le ha llevado a confiar en un humilde y oscuro labriego. ¿Cómo podría permanecer indiferente? Ahora que mi madre ya no está, tengo que servir al hombre que me aprecia». Fue donde se encontraba Yan Sui y le preguntó qué podía hacer para ayudarlo. Yan Sui le contestó con estas palabras: «Mi enemigo es Xia Lei, ministro de Han. Se rodea de muchos soldados y su casa está bien guardada. Eres el único capaz de acabar con él, pongo a tu disposición carros y hombres armados». Nie Zheng rechazó la escolta que Yan Sui le ofrecía para no llamar la atención. Armado con un puñal, marchó solo hacia la capital de Han. Una vez llegado al palacio, entró en la habitación donde trabajaba Xia Lei. Ignorando a los guardias que lo rodeaban, sacó el arma de su manga y con ella golpeó de muerte al ministro. Los soldados se abalanzaron sobre él y lo redujeron, pero antes Nie Zheng tuvo tiempo de cortarse la cara con su cuchillo, arrancarse los ojos y abrirse el vientre.

El cuerpo del asesino fue expuesto en la plaza pública. El señor de Han ofreció mil monedas de oro a cualquiera que pudiera identificarlo, pero nadie pudo hacerlo. Hasta la hermana de Nie Zheng llegó la noticia del asesinato de Xia Lei. «Podría ser cosa de mi hermano —se dijo—, Yan Sui conocía su noble naturaleza». Se dirigió a la plaza del mercado de la capital y lloró delante del cuerpo de su hermano, al que había reconocido, gritando: «¡Es Nie Zheng, de la

aldea de Ji!». La gente le aconsejó que se callara: «¿No sabes que los parientes de los criminales son ajusticiados?». La muchacha les dijo entre lágrimas: «Nie Zheng lo sabía, se mutiló para ocultar su identidad y salvarme. Sirvió a nuestra madre hasta que murió y me dio de comer hasta que encontré un marido. Yan Sui le ofreció su amistad, sabía que un hombre íntegro debe estar dispuesto a dar su vida por un amigo que lo estima. ¿Cómo podía dejar que mi hermano muriera como un extraño y que su nombre cayera en el olvido?». Su dolor era tan profundo que la joven murió junto al cadáver de su hermano. Este hecho llegó a la gente de los países de Chu, de Qi y de Wei. Todos se maravillaron de la nobleza de Nie Zheng y de su hermana.

A mi alrededor todo permanecía tranquilo en la habitación, pero mi mente estaba agitada por mil pensamientos contradictorios. Yan Sui conocía bien a Nie Zheng, ¿pero Nie Zheng conocía bien a su hermana? ¿Habría entregado su vida por Yan Sui si hubiese sabido que ella preferiría morir antes que dejar su cuerpo sin nombre y sin sepultura? El historiador puede hacerse la pregunta, pero el que posee la rectitud del corazón actúa sin necesidad de cuestionar la naturaleza del bien y del mal. Es fácil alcanzar el conocimiento a través de la inteligencia, pero alcanzarlo a través del no-saber es lo más misterioso. La hermana de Nie Zheng, el mismo Nie Zheng, tan tosco como la piedra en la que cortaba la carne, se habían convertido en iguales al Cielo y a la Tierra, al trazar en la palma de su mano las figuras de lo justo y de lo injusto tan fácilmente como se puede distinguir lo blanco de lo negro.

Contemplé las tablillas de bambú que se apilaban en torno a mí y que contenían los archivos de los siglos pasados. Cuando consideramos la voluntad del Cielo, comprobamos que en el origen no tiene forma y que necesita acciones justas para manifestarse. Y cuando vemos la conducta ejemplar que los historiadores han considerado conveniente relatar nos damos cuenta de que, por muy diferentes que sean, obedecen a un impulso natural tan profundo como las raíces de la tierra.

Levanté la cabeza y escuché. Lo que en la agitación de mis pensamientos había tomado por silencio resultó ser un cúmulo de sonidos distantes y familiares. El canto de un pájaro, voces apenas perceptibles, el sonido de un carro alejándose, de todo eso estaba hecha la calma de aquella tarde. Convencido de que había percibido algo esencial, continué sin vacilar el capítulo sobre la vida de aquellos criminales de pasado oscuro a quienes el futuro había redimido. Guo Xie, un

hombre de nuestro tiempo, era uno de ellos.

Guo Xie era de baja estatura y tenía un temperamento muy fuerte. En su juventud solía mostrarse iracundo cuando se le contrariaba, más tarde llegó a matar a los que se atrevían a enfrentarse con él, pero del mismo modo podía arriesgar su vida por vengar a sus amigos o por dar refugio a malhechores en su casa. Siempre se hallaba envuelto en asuntos criminales, ya fuera desvalijando a los viajeros en los caminos, ya falsificando moneda o saqueando tumbas. Pese a todo, logró en cada trance escapar de la justicia con artimañas o porque se benefició de una amnistía que le salvó la vida. Cuando llegó a la edad adulta, cambió de comportamiento sin cambiar su modo de pensar, dando mucho y reclamando poco a cambio. Su mayor diversión era realizar acciones caballerescas sin jactarse nunca de las vidas que había salvado. La malevolencia lo enfurecía mucho, siempre estaba dispuesto a sacrificarse por lo que creía que era justo.

Un día su sobrino, durante una borrachera, quiso obligar a su compañero a vaciar su copa y, como el otro se negaba, le introdujo a la fuerza el vino en la garganta. El muchacho lo mató de una cuchillada y huyó. La hermana de Guo Xie, furiosa, exclamó: «¡Mi hermano venga a sus amigos, pero mirad cómo deja escapar al asesino de su sobrino!». Luego expuso el cuerpo de su hijo sin sepultura al borde del camino y aguardó la reacción de Guo Xie. El asesino, sabiendo que no podía escapar, fue en busca de Guo Xie y le contó lo que había ocurrido. Guo Xie escuchó atentamente y le dijo: «Hiciste bien en matarlo, se comportó mal». Lo dejó ir, declaró culpable a su sobrino y se encargó de incinerar su cuerpo.

Guo Xie nunca fue rico, pero todos lo respetaban. La gente desdichada se dirigía a él y los poderosos querían aprovecharse de su influencia. En el decimotercer año del emperador Wu de la dinastía Han, se ordenó a las familias ricas que se establecieran en Mouling, cerca de Chang’an, la capital del reino, con el fin de poblar la región. La familia de Guo Xie, demasiado pobre, estaba exenta, pero un oficial la inscribió en la lista. Otro sobrino de Guo Xie lo mató. Guo Xie fue arrestado y juzgado. Se demostró que no había cometido ningún delito desde la última amnistía. Sin embargo, un letrado de la corte, indignado, exclamó: «Este granuja ha cometido crímenes toda su vida, ¿cómo podemos decir que es inocente?». Días después, el letrado fue encontrado muerto con la lengua cortada. Guo Xie nunca supo quién lo había matado, pero fue acusado y después de una investigación fue absuelto de nuevo. El secretario imperial dijo: «Xie se

de una investigación fue absuelto de nuevo. El secretario imperial dijo: «Wei se ha apoderado de la justicia del imperio y mata a cualquiera que lo mire mal. Aunque no sea el autor de este crimen, es más culpable que si lo hubiera cometido. Debe ser condenado por traición y subversión». El secretario finalmente ganó la causa y Guo Xie fue ejecutado con toda su familia.

Conocí a Guo Xie, su aspecto era insignificante, no había nada en sus palabras que mereciera ser relatado, pero todos lo consideraban un hombre valiente. Desde el más noble hasta el más humilde, lo conocieran o no, todos lo admiraban y lo tomaban como ejemplo. Podemos decir que si Guo Xie había muerto sin razón, no había vivido en vano. Estos sabios, reyes, letrados o justicieros de aldea ahora desaparecidos son nuestro porvenir, cada uno a su manera hace humana a la humanidad. Más adelante habrá eruditos para estudiar todo esto.

«La verdadera nobleza de un hombre es su reputación, gracias a la cual se vuelve inmortal». Me tomé tiempo para meditar sobre aquella vieja sentencia apreciada por Confucio antes de pasar a describir los rituales que pretendían perpetuar las dinastías. Los reyes desde siempre han querido tener mucha descendencia para que su nombre no desapareciese y se cumplieran los sacrificios debidos, pero pronto dejaron de contentarse con pedir larga vida para su familia y buscaron preservarse ellos mismos de la muerte.

Había acompañado al emperador Wu en sus viajes por el país y había oído a los Espíritus manifestarse por boca de los adivinos en el curso de los sacrificios ofrecidos a los ríos y a las montañas. Tan pronto como el soberano mostró el deseo de prolongar su vida y ofreció grandes recompensas a los magos capaces de convertirlo en Inmortal, los aventureros de Qi y de Yan, que decían poseer recetas ocultas, acudieron a la corte en manada.

En el Tratado sobre los sacrificios Feng Shan, examiné las creencias de los adivinos de nuestro tiempo y sus oscuras prácticas comparándolas con las de la antigüedad, observando así el interior y el exterior para establecer un criterio que pudiera servir para iluminar a los hombres de los tiempos venideros.

Li Shaojun, que había vivido en la época de mi padre, era el alquimista más famoso de nuestro tiempo. Siempre había escondido su edad y se hacía pasar por

Inmortal. Decía que era capaz de producir oro y de convocar a los Espíritus. Su fortuna, en efecto, aumentaba día a día, ya que los cortesanos le ofrecían una gran cantidad de oro para obtener los secretos de su longevidad. Aconsejó al emperador que ofrendase sacrificios en el horno para transformar el polvo de cinabrio en oro amarillo. Los platos y tazas hechas de ese metal precioso, afirmaba, tenían el poder de proteger de la vejez y de entrar en contacto con los Inmortales del mar del Este, tras lo cual el emperador podría celebrar los sacrificios Feng Shan. Li Shaojun, sin embargo, cayó enfermo y murió. El emperador se negó a creer en su muerte. Pensando que se había convertido en Espíritu, continuó haciendo caso a sus prescripciones. Li Shaojun fue sin duda un alquimista notable. ¿Quién podría poner en duda la habilidad de un hombre que supo convertir sus errores en ganancias y convencer al emperador de que su fracaso era la prueba de su saber?

Poco antes de la muerte del gran secretario y astrólogo Sima Tan, el emperador decidió viajar hasta el Taishan para celebrar los sacrificios Feng Shan. Consultó a los letrados sobre los detalles del ritual que había sido olvidado, pero como no se ponían de acuerdo, el emperador los apartó. Mi padre, como conocedor de los rituales, formaba parte de la escolta, pero enfermó por el camino y tuvo que detenerse en Luoyang. Al sentir que sus fuerzas le abandonaban, me hizo llamar y lo cuidé hasta su muerte. Los sacrificios en el Taishan fueron organizados por los adivinos en los que el emperador había depositado toda su confianza. Contrariamente a la tradición, el soberano subió a la cumbre acompañado por un solo oficial y las peticiones dirigidas al Cielo en voz baja fueron inscritas en una tablilla de jade guardada en secreto. Unos días después, el oficial murió repentinamente. Conociendo el deseo del emperador, solo puedo pensar que el misterio que rodeó la ceremonia revela lo que él pretendía esconder. Pedir una larga vida para sí mismo, ¿era ese el propósito originario del antiguo rito real?

Después de hacer los sacrificios Feng Shan, el emperador Wu pensó que le sería posible reunirse con los Inmortales. Marineros experimentados fueron enviados tres veces en busca de la isla Penglai, pero ningún navío pudo encontrarla. Los adivinos afirmaron entonces ser capaces de atraer a los Inmortales hasta el emperador con invocaciones. Los Espíritus siempre se aparecían de noche, a condición de que el soberano permaneciese oculto tras una cortina, y cuando hablaban, sus discursos no revelaban nada que no fuese conocido por todos. Aquellos Inmortales, llamados Hombres Verdaderos, habían conseguido escapar de la muerte alimentándose de esencias puras y olvidando las exigencias del

de la muerte alimentándose de esencias puras y olvidando las exigencias del cuerpo y los deseos de la mente. No frecuentaban a los hombres comunes, prefiriendo la soledad de las montañas y de los pantanos. Parece, sin embargo, que no era esa la clase de Inmortal en la que el emperador pretendía convertirse.

En aquella época fue enviada una expedición al Oeste para encontrar aliados en la lucha contra los bárbaros xiongnu, los terribles nómadas del norte. Los territorios que se abrían ante el jefe del ejército parecían no tener fin. En su informe hacía mención de reinos desconocidos, pero muy prósperos, donde se hallaban la fuentes del río Amarillo y donde se criaban caballos cuyos flancos estaban perlados con gotas de sudor rojo como la sangre, tan rápidos y resistentes que parecían capaces de ascender al cielo de un salto. Desde entonces, los ojos del emperador nunca abandonaron el sol poniente. Aún más lejos, en el extremo oeste de la tierra, se elevaban los misteriosos montes Kunlun, a los que solo los Inmortales podían acceder.

# VIII

Año tras año continué la redacción de mis crónicas sin prestar atención a la vejez. Pensaba que solo la muerte podría detenerme y esta idea no hacía más que aumentar mi ardor. Había mantenido desde el principio una visión clara de lo que me proponía hacer. Así como el germen despliega las múltiples partes de la flor sin desviarse del plan inicial, el propósito de la obra tomaba forma en multitud de historias, biografías, tratados sobre temas importantes y reflexiones personales. No podía descuidar, sin embargo, los deberes cotidianos a los que mi cargo me obligaba. Desde hacía muchos años el emperador Wu había lanzado sus tropas contra los salvajes xiongnu, que dificultaban el avance de sus emisarios hacia los lejanos territorios de Occidente. Ante el emperador los oficiales evitaban hablar de derrota. Los jefes del ejército vencidos, temiendo la pena de muerte que se extendería a toda su familia, se suicidaban en el campo de batalla. Otros, incapaces de satisfacer las aspiraciones del soberano, preferían desertar y servir a sus enemigos antes que regresar con el rostro ensombrecido por la vergüenza. En el cuadragésimo primer año del emperador Wu, el jefe del ejército Li Ling, nieto del prestigioso general Li Guang, cuya biografía yo había escrito, se había rendido a los xiongnu después de ser derrotado en una sangrienta batalla. Ministros que nunca habían cruzado las fronteras del Oeste se unieron para difamar ante nuestro soberano al desdichado oficial. Li Ling siempre había mostrado un valor sin igual en la batalla, de modo que, cuando el emperador me llamó y me pidió mi opinión, lo defendí sin prever la desgracia que se desencadenaría. Con el fin de apaciguar la cólera del soberano, expuse los méritos de Li Ling. Viéndose rodeado, Li Ling había combatido sin pensar en su propia seguridad hasta que se quedó sin flechas, y aunque acabó derrotado, el número de enemigos abatidos era lo suficientemente grande como para que el imperio no se viera deshonrado. Cualquier otra salida era imposible y si aquel valiente soldado no se había suicidado, era con la esperanza de que una victoria redimiría más tarde su culpa y haría que los enemigos del imperio temieran el nombre de su soberano.

¿Cómo no recordé a tiempo lo que los antiguos decían? «Ay de las opiniones sinceras que no está permitido dar, pues se vuelven en contra de quien las pronuncia». El emperador juzgó mal mi intención, los propios jueces no entendieron mi pensamiento. Fui acusado de querer engañar al Hijo del Cielo

entendieron mi pensamiento. Fui acusado de querer engañar al Hijo del Cielo, luego encarcelado y condenado al más infame de los castigos. Al relatar las circunstancias que destrozaron mi vida, se me parte el corazón y las lágrimas brotan de mis ojos.

En el antiguo Libro de los Ritos había leído que a un gran oficial no se le condena a la mutilación. De todas las sanciones posibles, la castración es la peor. Cuando siente que el cuchillo muerde su carne, el culpable sabe que es demasiado tarde para arrepentirse, su dignidad está perdida para siempre. Debería haberse abstenido de comportarse mal o bien quitarse la vida en su calabozo antes de ser expuesto a tal humillación, esas eran las normas. No seguí ninguna de las dos. Al elegir la vida, deshonré a todo mi linaje. ¿Cómo podría en adelante inclinarme ante la tumba de mi padre?

Li Ling había empañado la gloria de su abuelo al someterse vivo a los xiongnu y yo, al rechazar la muerte, me convertí en el hazmerreír de todos. Se dice que mientras la rata está viva, tiene pellejo, y que el hombre que vive sin dignidad vale menos que una rata. El primer deber de cada cual es no deshonrar a sus antepasados ni a sí mismo, no menospreciar la dignidad humana ni las normas prescritas para todos. Yo, por el simple hecho de vivir, estoy violando de un solo golpe cada una de estas recomendaciones. Aunque el tiempo pase, mi envilecimiento nunca será olvidado, cada vez que pienso en ello un grito silencioso brota de mis entrañas. Los eunucos no cuentan entre los hombres. Este desprecio viene de lejos. Confucio, el más sabio de todos, dejó la tierra de Wei porque el rey invitó a un eunuco a montar en su carro. Condenado para siempre por todos a una espantosa soledad, únicamente podía pensar en refugiarme en las montañas en compañía de las fieras salvajes, ¿no era eso mejor que la vida vergonzosa que me esperaba en adelante?

El temor del maestro Confucio siempre fue no dejar tras de sí el recuerdo de una vida ejemplar. Lograr el objetivo que uno se había fijado y preservar a la vez la vida y el honor era una cosa admirable; perder la vida conservando la reputación tenía cierto mérito, pero seguir vivo y ver su nombre y el de sus antepasados arrastrados por el barro es, sin duda, la mayor desgracia que le puede acontecer al hombre de bien. Sin embargo, yo no podía dejar mi obra inacabada: elegí vivir en la infamia para que no muriera conmigo la memoria de aquellas personas ilustres cuya historia había prometido relatar. ¿Soy culpable? ¿Soy realmente culpable?

En el fondo de mi prisión, despojado de todo lo que hace a un hombre digno de

ese nombre, la duda no había cesado de corroerme. Cuándo inclinarse y cuándo rebelarse contra las reglas, eso es lo que mi padre no pudo enseñarme. Más tarde, apenas recuperado de la horrible herida, para aliviar el remordimiento que me perseguía traje a mi memoria las vidas de los personajes ilustres que había relatado. Qu Yuan se había hallado en una situación semejante mientras estaba en el exilio cerca del lago Dong Ting. Atormentado por las dudas que le asaltaban, ¿qué hizo? Se dirigió a un adivino que manipulaba unos tallos de aquilea y le hizo la siguiente pregunta: «¿Debo ser honesto y leal para preservar mi pureza, o debo seguir el uso común y someterme a las circunstancias? ¿Debo hablar con franqueza sin pensar en el peligro o mostrarme flexible y dócil como el tocino y el cuero? ¿Debo subir y bajar con las olas para preservar la vida, elevarme como el cisne por encima del barro, o compartir el pienso con patos y gallinas? ¿Qué camino elegir y qué camino rechazar?». El adivino posó los tallos de aquilea y respondió: «Imitar buenos hábitos no te hace mejor, quebrantar la ley no alterará tu naturaleza. La adivinación no puede aclarar lo que está claro, sigue tu camino y actúa según tus principios. Yo no puedo ayudarte en este asunto».

En las crónicas del pasado se encontraban hombres que prefirieron morir antes que vivir en la deshonra y sacrificaron su vida para que su nombre permaneciera para siempre sin tacha. Su desaparición los había vuelto inmortales. Yo mismo me había esforzado en todo momento por ser fiel a la tradición, estábamos ligados el uno a la otra como la sombra al cuerpo, pero ahora ella era el cuerpo y yo la sombra lista para fundirse en la oscuridad. El ejemplo de los hombres de bien surgía de la obra que estaba haciendo, dándole la apariencia de un reino amenazado por fuerzas que servían tanto a la vida como a la muerte. ¿Por qué, me preguntaba, un noble como Qu Yuan, que habría sido honrado por todos si hubiera elegido servir a otro señor, había elegido para sí semejante fin? Se dice que el Cielo no tiene favoritos, que solo favorece al hombre de bien. Si esto era así, ¿por qué fueron aniquilados tantos sabios que tuvieron una actitud impecable? Qu Yuan, que vivió fiel a sus principios hasta el final, ¿acaso no era un hombre de bien? Todos saben cuán grande era su bondad, hasta qué punto fue justa su conducta, y sin embargo se arrojó al río, abandonado por todos. No podía explicarme aquello. En el fondo de mi aflicción, llegué a dudar incluso que existiera la justicia celestial.

A veces un pensamiento me despertaba con un sobresalto en mitad de la noche. ¿Qué? ¿Habría pasado parte de mi vida transcribiendo las palabras de los sabios y no iba a ser capaz de responder a una situación adversa cuando se presentaba? ¿Para qué sirve la instrucción si no es para actuar correctamente? Pero el que ya

¿Para qué sirve la instrucción si no es para actuar correctamente? Pero el que ya no es un hombre completo, ¿cómo podría discurrir acerca de la virtud de la humanidad? Al negarme a morir, me había condenado a vivir en la ignominia, mi sola presencia en este mundo era una mancha a ojos de mis contemporáneos. Pretender mantenerse íntegro cuando uno ha sido mutilado solo es posible si uno entrega algo más que su propia vida. Con mi cuerpo degradado y mi nombre deshonrado, solo me quedaba la voluntad de mantenerme firme en el camino que me había trazado y completar la obra que había comenzado. Entre mis contemporáneos me sentía como un país en ruinas del que solo el centro permanecía indemne. De esa tierra amenazada yo era el príncipe cautivo que debía someterse para reinar.

Una vez liberado, en la soledad de mi habitación, me sentía indefenso y cuando salía me veía perdido en medio del espacio infinito. Cada vez que me cruzaba con un oficial con el que alguna vez había hablado, él desviaba la mirada sin saludarme. Yo bajaba entonces la cabeza y seguía mi camino. La vergüenza, la rabia, la determinación libraban batalla en mi interior, pero no permitía que nada aflorase. ¿Tenía que responder al daño que se me hacía con bondad? Confucio habría dicho: «¿Cómo responder entonces a la bondad? Con la rectitud se responde a un perjuicio y con la bondad se responde a la bondad». Sonriendo, caminaba con paso firme sin preguntarme si el oficial se habría vuelto para mirarme. Me acordaba de las últimas palabras de mi padre en su lecho de muerte: «El deber del hombre es transmitir los conocimientos que ha recibido del pasado, ser útil a los demás sin dejar de permanecer fiel a su naturaleza». Para el que lo consiguiera no había mayor alegría. Quien la hubiera sentido de mañana podría morir feliz esa misma noche. Puesto que la felicidad me había sido negada, elegiría esa alegría que cantaban los Antiguos. No la que dan y quitan las circunstancias, sino la que queda grabada para siempre en el corazón, lejos de los ojos de los hombres.

# IX

Cuando estuve completamente restablecido de la siniestra mutilación, el emperador Wu me llamó y me nombró gran oficial de palacio, un puesto reservado para los eunucos. Mi tarea era supervisar los informes y los decretos que afectaban a la administración del país. Cinco años más tarde, un adivino de la corte cercano al emperador acusó al príncipe heredero Li de querer matar a su padre por medio de una estatuilla embrujada que afirmaba haber descubierto en los apartamentos del soberano. Viendo que no podía convencer al emperador de su inocencia, el príncipe Li huyó al norte y se refugió en la comandancia gobernada por el oficial Shao Jing. Este le dio la bienvenida, aunque permaneció cautelosamente neutral. En el año cuarenta y nueve del emperador Wu, el príncipe Li y sus partidarios fueron ejecutados. El oficial Shao Jing, que había sido mi amigo, acusado de haber protegido al príncipe Li, vino a verme y me rogó que intercediera en su favor.

—Mi falta hacia el emperador —dijo— ha sido simplemente esperar a que la situación se aclarara. No tomé partido por el culpable ni fui en contra de la opinión del emperador, como vos tuvisteis el coraje de hacer en defensa de Li Ling. Ese lamentable asunto, que os ha atraído tanta desgracia, me ha enseñado lo que es la generosidad. ¿Puedo esperar una actitud similar hacia mí de alguien que sabe cómo apoyar a sus amigos?

Le contesté en un tono suave y firme:

—He sido fiel al emperador hasta el final, ese fue mi crimen, al parecer. Pero sabed una cosa, el jefe del ejército Li Ling y yo no estábamos unidos por la amistad. Vivíamos en el mismo palacio, pero no entrábamos ni salíamos por la misma puerta. Nunca hemos tomado una copa de vino juntos, aunque tuve la oportunidad de apreciar su actitud más de una vez. Era generoso con sus padres, leal a sus compañeros, humilde y desinteresado en toda ocasión. En muchas batallas lo hemos visto defender a su país y arriesgar su vida para salvar la de otros. ¿No es eso admirable? Lo que yo defendía no era a un amigo, era mucho más que eso.

—Poner la vida en peligro es propio del soldado, no hay gran mérito en ello.

Podríais haber alabado a Li Ling en vuestros escritos sin abandonar vuestro cuerpo en manos de los jueces.

—¿Pensáis que es aceptable exponer las conductas ejemplares como hago en mi libro y no defender a los valientes cuando son maltratados? Aquel día le respondí al emperador que si las pequeñas faltas tuvieran prioridad sobre las grandes obras, ya no habría héroes, sabios o reyes en este mundo.

—Todos los presentes deben haber pensado lo mismo, pero solo vos os atrevisteis a tomar la palabra. No siempre es bueno imitar a los héroes en todas las circunstancias, el propio maestro Confucio no pretendía realizar actos fuera de lo común. Por lo que a mí respecta, se me puede reprochar mi debilidad, pero no la audacia que impulsa al imprudente a destacar, y muy humildemente os ruego que me apoyéis ante mis jueces.

Conteniendo mi emoción, le contesté:

—Sé que hablar sin rodeos atrae sobre uno la desgracia, y el humilde oficial que fui se ha convertido en defensor de la justicia muy a su pesar, os lo aseguro. No pretendía nada más que ser leal al Hijo del Cielo y obedecer a mi conciencia. Si hubiera sido poderoso, podría haber escapado a la sanción pagando un rescate, pero solo soy el hijo de un simple astrólogo que en su día apenas se distinguía de los adivinos, y si tuve algunos amigos, todos ellos huyeron tan pronto como me vieron en apuros. Siempre ha sido así, el que se apodera de un broche es castigado con la muerte, el que se apodera de un reino es llamado señor. Ahora no valgo más que un sirviente de gineceo al que se mira con compasión o con desprecio. Dependiendo de con quién haya de tratar, inclino o vuelvo la cabeza para conformarme a la arrogancia y a la estupidez de la gente. ¿Cómo puedo ayudaros, Shao Jing, en el estado en que me encuentro?

El oficial me sonrió para ocultar sus reproches:

—Una vez cometida la falta, cualquiera habría optado por la decisión más honrosa para evitar esta situación. Al renunciar a una muerte honorable, habéis ido en contra de la norma. Adaptarse a las circunstancias es la humildad de los nobles y la nobleza de los más humildes.

—Nadie puede escapar a la muerte, pero la muerte de algunos es comparable a la caída del Taishan, mientras la de otros es tan leve como una pluma de ganso. Si hubiera acabado con mi vida, mi desaparición no habría sido más importante que

un pelo de buey cayendo bajo los cascos de un rebaño.

—La muerte que salva al hombre de la deshonra no es una muerte ordinaria. Demuestra a todos que uno es incapaz de vivir en la infamia, devuelve a la comunidad de los hombres de bien al que por su falta fue excluido de ella. Le hace reunirse con todos aquellos que han seguido esta tradición en el pasado y le reconcilia con el mundo de los vivos. No es una muerte ligera, señor, yo diría que es prodigiosa e insondable.

Le contesté con frialdad:

—¿Creéis que me eché atrás por cobardía? El más vil de los esclavos es capaz de darse muerte si no consigue lo que quiere, mientras que un hombre valiente puede pensar que es su deber permanecer vivo. Aunque no hubiera tenido otro deseo que el de vivir a toda costa, no podría haberme equivocado acerca de la conducta que había de seguir o había de evitar. No estoy hecho de madera o de piedra, verme arrojado al calabozo y vivir para siempre en la ignominia es para mí peor que la muerte. ¿Seríais capaz de soportar eso, Shao Jing?

—Yo me atengo a los hechos y a las actitudes. Conozco el fondo de vuestro pensamiento, pero no podéis ignorar las opiniones de vuestros contemporáneos. Un hombre de bien como vos se preocupará de dejar entre sus semejantes la marca de una vida ejemplar. ¿Qué reputación vais a tener? ¿Habéis pensado en eso?

—No pienso en otra cosa. Pero sabed que mis semejantes son aquellos que aún no han nacido, no mis contemporáneos. He aceptado vivir mutilado y arrastrado por el barro porque no había terminado de contar lo que había prometido transmitir y porque no quería dejar esta tierra hasta que mi talento literario hubiera terminado su desarrollo. Me lo debía a mí mismo, se lo debía a mi padre y a todos los que vendrán después de mí. Poner fin a mi vida habría sido retener lo que debe ser compartido. Recordad la respuesta del Maestro a los reproches de Zilu: «Para salvaguardar mi dignidad, ¿debía dejar de hacer lo que me parecía justo?».

—La indignidad no solo afecta a vuestra persona, sino que se extiende a vuestros antepasados y a todos vuestros descendientes. El honor, por otra parte, se reconoce en el acto honorable, no en las palabras.

—Si tuviera uno que morir antes de cumplir con su deber y sin haber demostrado

su talento, entonces ni Confucio sería llamado sabio ni el rey Tang sería un modelo de humanidad para nosotros. Yo estaba redactando la vida de unos héroes que, incluso después de morir, nunca dejaron de perfeccionar el destino de los hombres cuando me aconteció esa desgracia. Debía posponer mi muerte para que ellos vivieran eternamente, para asegurar su gloria tenía que perder la mía. ¿Se puede decir que me faltó generosidad?

—A esas ilustres personas, muertas por salvar su honor, ¿no es hacerles una ofensa el elegir otro camino? Ir en contra de la regla común es traicionar a la sociedad de los hombres de bien y los valores más nobles.

Lo miré con sonrisa indulgente:

—¿Las reglas solo tienen valor porque todos las siguen? Boyi y su hermano Shuqi se dejaron morir de hambre en lo profundo de un bosque para no traicionar sus principios, mientras que Confucio, por la misma razón, prefirió terminar su vida apaciblemente entre los suyos. Cuando el sabio actúa correctamente no es porque se vea obligado a hacerlo, y cuando rechaza las normas no es por negligencia. Lo que persigue es una meta más allá de sí mismo. Se dice que los principios son como campanas que, una vez forjadas, dan el sonido justo, mientras que las acciones son como una cítara que debe ser afinada antes de cada uso.

Shao Jing, con aire sombrío, insistió:

—El hombre no puede caminar sin dirección entre sus semejantes ni actuar sin mostrar sus intenciones. El acto ritual revela a los demás nuestra resolución sin que tengamos que explicarnos, la piedad filial se manifiesta por el cuidado que damos a nuestros padres y la amistad también debe ser demostrada, si no, no vale más que una piedra escondida bajo tierra.

—Si la piedad filial consistiera solo en alimentar a los padres, no sería diferente de lo que se hace con los animales. Lo más difícil, como veis, es entregarse con toda el alma. Respetar las reglas es estar conforme con los tiempos, lo reconozco, pero actuar de acuerdo con los principios propios es estar en armonía consigo mismo. No es exactamente la misma cosa. Un letrado como vos puede entenderlo, pero ¿cómo explicar esto a los hombres ordinarios?

El oficial respondió en tono sentencioso:

—Hemos recibido nuestras cualidades del Cielo, pero el uso que hacemos de ellas depende de nosotros. Si no se emiten sus notas, la música más sincera no puede hacerse escuchar. Dar a los sentimientos una expresión que pueda ser reconocida por todos es el propósito de la instrucción. Las reglas nos enseñan a manejar los instrumentos, pero el músico no puede tocar una cítara sin cuerdas.

—El músico hace que el instrumento sea musical, las cuerdas por sí solas no expresan ningún sentimiento. El instrumento no es el origen de la música. Las verdaderas reglas son las que salen del corazón como si las hubiera inventado él mismo, emanan de él con naturalidad, sin esfuerzo, de suerte que se diría que no ha tenido que aprenderlas, que ni siquiera tiene que cumplirlas. Estas son las verdaderas reglas. Esa música sin sonido que viene del corazón se llama alegría. Y eso, Shao Jing, no hay ninguna regla que lo enseñe.

# X

No pude evitar la ejecución de Shao Jing, condenado por no actuar con firmeza contra el príncipe Li. Debo admitir que una pena mayor me causó la condena de Kong Anguo, undécimo descendiente de Confucio, que fue ejecutado en el mismo caso por defender la inocencia del príncipe. Estas palabras de Confucio parecían dirigirse tanto a él como a mí: «La pobreza y la humillación son horribles para el hombre, pero quien hace lo que cree justo no tratará de evitarlas». Incluso hoy, no puedo evitar sonreír con lágrimas en los ojos. ¿Cómo podemos desesperar si conocemos las palabras del Maestro? Devolverían la vida a los muertos y harían que la carne volviera a crecer sobre los huesos pelados.

Mientras escribía la biografía de Confucio creía verlo tal como era. En el país de Lu había visitado su casa y el templo dedicado a él, había visto su carro y sus vestidos. Fui a su tumba, que estaba a la sombra de un bosquecillo de un centenar de árboles, todos de diferentes especies, traídos por los discípulos llegados de las cuatro esquinas del imperio. Permanecí allí en silencio, embargado por el respeto y la admiración. Dejar aquel lugar me partió el corazón. En el Libro de las Odas se dice: «Hacia la alta montaña alzo los ojos, avanzo por el camino sin fin». Aunque el hombre no pueda alcanzarla, su corazón nunca deja de tender hacia ella. Confucio fue venerado durante más de diez generaciones sin haber realizado ninguna proeza. ¿No merece que lo llamen gran sabio?

Nada más completar el capítulo dedicado a la vida del Maestro, salí al umbral de la puerta, dejándome invadir por los aromas del crepúsculo que parecían venir de un pasado lejano. El sol se inclinaba y de la tierra subía una dulzura nueva. El mundo basculaba imperceptiblemente hacia la oscuridad y nadie se sorprendía por ello. Los días y las noches pasaban trayendo a los hombres hambre y sueño, ímpetu o remordimiento. Con el equinoccio de otoño las viejas canciones habían celebrado el fin de los malos augurios, de los vicios y de la traición: «¡Los enemigos han huido, no volverán jamás!», cantaban. Yo sabía que el bien y el mal surgen el uno del otro, los seres y la nada se complementan, el antes y el después se suceden. Quien se funde con el orden de las cosas no experimenta dolor ni alegría, se entrega al no-hacer y, dejándose llevar por la corriente, renace en cada momento.

vendo en cada momento.

Cuando has caminado solo durante mucho tiempo y vuelves la cabeza, puedes ver el camino trazado por tus propios pasos, pero si en ese momento miras la tierra bajo tus pies, solo ves polvo y piedras esparcidas como si un niño las hubiera tirado allí por divertirse. Ahora que he llegado al umbral de la vejez, puedo considerar con calma el dolor y las dudas que me han acompañado durante todos estos años. Fui condenado por mis contemporáneos, las razones que me hicieron huir de la muerte no fueron comprendidas. Aquellos que podrían entenderme pertenecen al pasado más lejano y aquellos que me habrían aprobado aún no han nacido. El hombre que ha perdido el apoyo de su siglo está inevitablemente sujeto al juicio de la posteridad, solo después de su muerte la gente dirá definitivamente si tuvo razón o no. En mi historia no he dejado de señalar el mérito de los oficiales virtuosos o de la gente común injustamente condenada en su tiempo. Después de ser castigado, decidí relatar mi propia vida a continuación de todas las demás para que las generaciones por venir pudieran cambiar el juicio que se había pronunciado en mi contra. Al igual que Confucio, por mi obra sería conocido y por ella condenado o absuelto. El presente era un desierto donde no me era posible construir una vivienda, pero cuando todo ha desaparecido alrededor, el cielo entero se ofrece ante los ojos.

¿Quién sabe lo que hace que brote un nuevo ser, una obra nueva? Solo puede ser una fuerza que se abre al mundo, condensa sin retener y se despliega sin perder nada. Mi vida pudo haber comenzado el día en que mi padre me encargó que continuase la tarea que él dejó interrumpida al morir. Me sentí entonces como un niño pequeño que aprende a caminar, ahora me tocaba a mí cargarlo sobre mis hombros y hacerle contemplar el futuro.

Este que está a punto de terminar su gran historia no ha pretendido hacer de su vida y de sus escritos una obra original, sino volverlos útiles para el bien común. En doce Anales relativos a las primeras dinastías, nueve Tablas Cronológicas, ocho Tratados, treinta Crónicas de grandes familias y sesenta y nueve Biografías de personajes buenos y malos que tuvieron alguna influencia, he descrito la grandeza y la decadencia que alzaron y destruyeron reinos, he buscado una explicación del éxito de los hombres así como de sus fracasos y juzgado todo por los hechos vividos para arrojar luz sobre la relación entre el Cielo y los asuntos humanos. Si los historiadores se proponen más tarde remontarse a aquellos tiempos antiguos, podrán examinar lo que he escrito. Quedará una copia a disposición de los letrados de la capital y se depositará el original en un lugar secreto, para que pueda ser transmitido a los sabios que posteriormente lo

comprenderán y lo difundirán en las ciudades. Mi oprobio será entonces borrado, y aunque la humillación sufrida hubiese sido mil veces mayor, no sentiría el más mínimo remordimiento.

Estas son las Memorias del historiador, compuestas por ciento treinta capítulos y quinientos veintiséis mil quinientos caracteres.

# LOS SIETE SABIOS

# DEL BOSQUE DE BAMBÚ

# I

# SHAN TAO ENCUENTRA

# A SUS COMPAÑEROS

¿Puede el hombre influir en el curso de los acontecimientos? Si me asomo a la historia de nuestro país y de los hombres que ya no están, me siento hoy incapaz de responder a la pregunta que creía haber resuelto después de tantos años al servicio del poder.

Vine al mundo el decimosexto año del emperador Xian de la dinastía Han y con quince años fui testigo del final de aquella dinastía que cualquiera hubiera podido considerar eterna. Ante la debilidad de su soberano, los principales jefes militares lucharon entre sí hasta que el primer ministro Cao Cao se impuso en el norte para reinar en Wei, desde su capital Luoyang, y los señores de los territorios de Shu y de Wu se repartieron el sur. Dividido así en tres reinos rivales, el imperio tenía la forma de un trípode que amenazaba con volcarse en cualquier momento.

En todo tiempo ha habido dos clases de seres excepcionales: los sabios que se cultivan retirados del mundo y los héroes valientes que luchan en el campo de batalla para realizar la Gran Obra, que es la unificación del imperio. Cao Cao conocía bien a los hombres y supo encontrar hábiles consejeros entre los más humildes; necesitaba buenos estrategas, no hombres que se recluyen y son incapaces de desentrañar las intrigas que arruinan un partido. Él mismo pasaba sus noches estudiando a los clásicos, durante el día componía poemas sin soltar su lanza y más de una vez sus soldados lo vieron bailar sobre su caballo cantando una melodía que acababa de inventar. Bajo su gobierno, Wei se convirtió en el más poderoso de los tres reinos, y cuando sus compañeros le animaban a expulsar al emperador Xian y ocupar su lugar, respondía: «Si el Cielo me favorece, seré como Wen, el señor de Zhou, que permaneció fiel a su soberano toda su vida». El Cielo consintió y permitió que a su muerte su hijo Cao Pi terminara la obra de su padre, convirtiéndose en el primer soberano de la dinastía Cao Wei, como había hecho antaño el rey Wu, que inauguró la dinastía

dinastía Cao Wei, como había hecho antaño el rey Wu, que inauguró la dinastía Zhou y puso fin a una era caduca.

Todopoderoso en Wei, Cao Pi guerreó durante seis años sin conseguir someter a los reinos de Shu y de Wu. Cuando le sucedió su hijo mayor, Cao Rui, él y yo teníamos la misma edad, y con treinta y seis años lo vi morir, dejando a un niño demasiado pequeño para asumir la sucesión. El reino de Wei estaba amenazado en el sur por sus enemigos y los oponentes a la joven dinastía estaban en su propio seno: era necesario garantizar la seguridad de aquel y el poder de esta, así razonaba Cao Rui. En su lecho de muerte, confió los asuntos militares al gran oficial Sima Yi y el gobierno civil, así como la tutela de su hijo Cao Fang, a su sobrino Cao Shuang, amigo de muchos de los letrados de Luoyang. A partir de ese momento, el reino de Wei estuvo dotado de un brazo armado y de una cabeza pensante, pero nunca antes un cuerpo vivo había sufrido tal disensión entre dos de sus partes.

En época de Confucio el emperador ocupaba el centro del país, pero desde que los tres reinos se habían repartido el territorio, el soberano de Wei ya no era el Hombre Único, el Hijo del Cielo situado en el corazón del imperio. En esos tiempos turbulentos, la obediencia y el respeto debidos a los padres, y por extensión al rey, eran un deber que nos ligaba al pasado lejano, representaban la mayor virtud de humanidad que habíamos heredado de la dinastía Han y, a través de ella, de los principios de Confucio. Para el oficial Sima Yi y los letrados confucianos de la Escuela de los Nombres, cualquiera que diera prueba de piedad filial era apto para ocupar un puesto de confianza, y quienquiera que la despreciase ultrajaba tanto a las autoridades como los valores humanos. Pero no todos los estudiosos compartían este punto de vista. Los partidarios de la Escuela de los Misterios, reunidos en torno al primer ministro Cao Shuang, preferían debatir las cuestiones oscuras que interesaban tanto a Laozi como a Zhuangzi, y poner el acento en la unidad primitiva que vincula al hombre con la naturaleza. En las impulsiones de cada uno de nosotros veían la forma que adopta en cada instante la naturaleza celeste, que debe ser preservada de cualquier coerción. Mantener y alimentar en el cuerpo la potencia del aliento vital que recorre todas las cosas les parecía la única virtud que debía desarrollar el hombre de bien.

Mi padre pertenecía a la familia de la primera esposa del oficial Sima Yi, pero eso no le aportó riqueza ni prestigio alguno y durante toda su vida se conformó con el modesto cargo de gobernador de provincia. Crecí en Shanyang, no lejos de Luoyang, una pequeña ciudad convertida en centro de estudios taoístas que atrajo a los letrados de la capital, como mi amigo el erudito Xiang Xiu, quince

años más joven que yo, que pasaba su tiempo redactando largos tratados a los que yo prestaba poca atención. Partidarios ambos de Confucio y de la Escuela de los Nombres, pensábamos que a cada capacidad correspondía un cargo y que el deber de cada cual era perfeccionar sus cualidades para ponerlas al servicio de los demás.

Mientras mi padre ocupaba su puesto en el centro de la provincia, recibió en su oficina la visita de un joven que acababa de llegar a la región. Así es como a mis treinta y siete años conocí a Xi Kang. En medio de una multitud, cualquiera hubiese reconocido en aquel muchacho de diecinueve años a una persona de cualidades excepcionales. A primera vista, me pareció poseer toda la majestad de un dragón y la gracia de un fénix. Era alto y delgado, su expresión era serena y su aspecto elegante, aunque vestía sobriamente. Era una de esas pocas personas que son lo que parecen. Posteriormente llegué a la convicción de que si cada uno mostrase en el exterior lo que guarda en su interior, el mundo nos parecería más sencillo y ordenado. A pesar de su corta edad, Xi Kang ya expresaba con gran rigor las ideas de la Escuela de los Misterios defendidas por Cao Shuang. Poseía vastos conocimientos que había profundizado sin ayuda de ningún maestro. Me contó que, habiendo perdido a su padre a edad muy temprana, fue educado por su hermano mayor, que ocupaba un puesto en la Administración. Procedía de una prestigiosa familia de letrados y su tío paterno estaba a cargo de la educación de Cao Hui, una joven descendiente de Cao Cao.

Más tarde Xi Kang tuvo por amigos a los hermanos Lü, que vivían como él en Shanyang. Lü Xun, más o menos de su edad, era un hombre responsable y ambicioso que trabajaba para el gran oficial Sima Yi, mientras que su hermano menor, Lü An, rehuía los cargos y prefería estudiar a los clásicos de la Escuela de los Misterios por puro placer. Xi Kang congenió enseguida con este joven inteligente pero indisciplinado, más parecido a un sabio retirado en la montaña que al funcionario que se ve obligado a complacer a un superior. Sin embargo, viéndolos uno al lado del otro, parecía imposible que se llevaran bien, tan distinta era su apariencia. Lü An siempre iba vestido como un pobre diablo y su boca con las comisuras hacia arriba daba la impresión de que se reía constantemente de su infortunio. Xi Kang, con la sobria elegancia que lo caracterizaba, con sus labios cerrados pero sin dureza, parecía absorto en una eterna meditación de la que salía solo para dirigir una sonrisa llena de dulzura al amigo que lo miraba inquieto.

Dos años después de nuestro primer encuentro, Xi Kang contrajo matrimonio con Cao Hui. Desde el momento en que entró en la familia real su estatus

con Cao Hui. Desde el momento en que entró en la familia real su estatus cambió, pero no su modo de vida. Rechazó los cargos y los honores correspondientes a su rango, contentándose con el título de nobleza y con una modesta renta que le permitía mantener a sus dos hijos. En Luoyang tenía acceso al palacio, a la compañía de Sima Yi y de Cao Shuang, pudiendo así debatir con los dos jefes de gobierno sobre los temas que compartían los estudiosos de nuestro tiempo: ¿se debe juzgar a un individuo por su naturaleza o por sus capacidades? Mientras Cao Shuang pensaba, como los maestros taoístas y la mayoría de los letrados de la Escuela de los Misterios, que la moral y el deber no siempre van por el mismo camino, el venerable oficial Sima Yi, adepto de la Escuela de los Nombres, afirmaba que todo hombre tiene un talento, igual que cada cosa tiene su forma, y que basta con que el gobernante lo descubra y le dé utilidad para que el país esté bien gobernado. El joven Xi Kang, desmontando con su habitual serenidad la tesis del viejo confuciano, afirmaba que, puesto que el temperamento se ve a menudo contrariado por las obligaciones impuestas desde el exterior, vale más apartarse del mundo y dejar vía libre a su naturaleza. Estos debates no solo se celebraban en el palacio entre altos dignatarios, eran también el tema de las reuniones de letrados, como las conversaciones entre amigos que tenían lugar en plena naturaleza y en las que yo participaba junto a Xi Kang, Xiang Xiu y Liu Ling, Ruan Ji y su sobrino Ruan Xian, así como el joven Wang Rong. Tales fueron, contándome a mí, Shan Tao, los siete invitados que animaron el Bosque de Bambú con sus charlas apasionadas mientras el Cielo lo permitió. Poco inclinado a hablar, yo me contentaba con aprobar las ideas que pudieran encajar en la vida cotidiana y a negar todas aquellas que supusieran algún peligro.

Xiang Xiu, por el contrario, era un hábil orador que podría haber convencido a Zhuangzi de que el maestro Confucio, después de todo, era un hombre honesto. Pero la fuerza de convicción que mostraba al defender sus opiniones le faltaba para ponerlas en práctica. Admiraba a los seguidores de la Escuela de los Misterios como Xi Kang, quien entendía la vida a su manera, pero la compañía de sus semejantes le parecía a fin de cuentas el único hogar deseable y las palabras de Confucio su único horizonte, aunque para ello hubiese que sacar su enseñanza de los escritos y exponerla en plena naturaleza, en compañía de despreocupados taoístas, ebrios e irreverentes como Ruan Ji y Liu Ling, el bebedor de eternidad.

En medio de los debates, Liu Ling permanecía casi siempre cabizbajo y en silencio, en la actitud de quien medita largamente su respuesta. Hablaba poco, quizá no tenía necesidad de mostrar la claridad mental que le habían

proporcionado tantos años de embriaguez. Como los cereales que fermentan en grandes tinajas antes de dar vino, sus convicciones, si alguna vez tuvo más de una, se habían formado en un espacio comprendido entre su garganta y su vejiga. Afirmaba que la barriga llena como un odre, le gustase o no a Confucio, dejaba su mente libre para unirse con el Tao. Liu Ling trataba su cuerpo como un vulgar montón de tierra o un pedazo de madera en bruto, su aspecto hacía huir a cualquiera que lo juzgase por las apariencias. Sin embargo, era el hermano querido por todos nosotros, fiel compañero y ejemplo para todo hombre que aspirase a la sabiduría.

Viendo beber a Liu Ling junto a Ruan Ji, nos decíamos que solo una misma pasión podía unir a dos personas tan diferentes. Ruan Ji era varias cabezas más alto que Liu Ling y con su apariencia guerrera daba la impresión de que podía atravesarte con su espada sin que la más mínima emoción viniese a perturbar la belleza de sus rasgos. Sin embargo, nadie ignoraba que Ruan Ji era un erudito influyente que acababa de entrar al servicio del oficial Sima Yi, y eso a pesar suyo, porque era un confuciano tan ferviente que había llegado a detestar a aquellos que, como Sima Yi, lo eran solo superficialmente. Como no podía elegir a sus superiores ni servir de buen grado a los corruptos, a veces se encerraba con sus obras durante semanas o ensillaba su caballo y lo dejaba ir a su antojo, sin pensar en volver, durmiendo en el suelo, mientras todos lo buscaban sin conocer su paradero. Más de una vez sintió la tentación, igual que Confucio, de ir a vivir con los animales salvajes, pero después de pasar unos días en la montaña terminaba por regresar y por adaptarse lo mejor que podía a los salvajes que encontraba en la ciudad. Cuando la situación se hacía insoportable, corría a esconderse sumergiendo su cabeza en una cuba de vino y solo la retiraba una vez borracho, le gustase o no a Laozi.

Como salido de la misma cosecha que Ruan Ji era su sobrino Ruan Xian, que amaba el vino tanto como odiaba los buenos modales, y que animaba nuestros encuentros con su cítara, en la que destacaba, al igual que su tío. Ambos compartían casa en el barrio pobre de Luoyang, en el que eran huéspedes asiduos de una posada que dispensaba buen vino. La hermosa tabernera los trataba como a miembros de su propia familia, llegando incluso a levantarse en mitad de la noche para servirles.

Cuando Ruan Ji nos presentó a Wang Rong, un joven de familia noble, nos dijo que había encontrado aquella rara perla en el despacho de su padre, con quien él mismo había trabajado durante un tiempo. A la edad de quince años, Wang Rong ya era capaz de justificar el placer sensual y el estilo de vida espontáneo de los

ya era capaz de justificar el placer sensual y el estilo de vida espontáneo de los taoístas con argumentos ingeniosos. Wang Rong era veinticuatro años más joven que Ruan Ji y veintinueve años más joven que yo, pero su afición por el vino y su brillante conversación le hicieron encontrar su lugar en nuestras reuniones con toda naturalidad. Su gusto por el libertinaje, su sociabilidad y su falta de escrúpulos le auguraban un futuro brillante.

Cada uno de nosotros tenía sus virtudes. Xi Kang las tenía todas, excepto la de saber hacerse un lugar entre los hombres de su tiempo. Respondía con desdén a las ofertas, cerrando su boca y su portal a los enviados de palacio que venían con el encargo de proponérselas. Los Antiguos apreciaban a los que se hacen amigos desde el primer encuentro, tal fue nuestro caso. Yo no elegí a Xi Kang ni a Ruan Ji, a mi parecer los únicos capaces de ordenar ese mundo revuelto que amenazaba con engullirnos. Desde entonces, nunca he conocido a nadie como ellos.

En el curso de aquellos debates en los que se enfrentaba la personalidad de cada uno, Xi Kang siempre mantenía la calma. Por otra parte, la estupidez de la gente, la ignorancia o la vulgaridad nunca lograron alterarle. Parecía no lamentar nada, no codiciar nada. He llegado incluso a preguntarme si alguna vez había sido poseído por una pasión o por un deseo como los que te hacen ir al asalto de murallas, te empujan a buscar la fama o, simplemente, a satisfacer el cuerpo de la manera más natural. A esto él solía responder muy seriamente que el espíritu en el cuerpo es semejante al príncipe en su tierra. Cuando el espíritu es violento el cuerpo resulta trastornado, así como cuando un príncipe es licencioso su pueblo sufre las consecuencias. Puesto que el espíritu necesita al cuerpo para existir y las pasiones perturban el equilibrio vital, quien aspire a la sabiduría, sostenía mi amigo, no debe tratar de acelerar su fin. Él mismo se dedicaba a todo tipo de prácticas respiratorias y purificaba su cuerpo con plantas medicinales y ayunos. Evitar el más pequeño exceso para entregarse por completo al disfrute del Tao era lo que él llamaba «cultivar su naturaleza humana». Las cuestiones suscitadas por los textos de Laozi y de Zhuangzi no eran quizá el único punto común que nos unía. Teníamos caracteres diferentes, pero todos seguíamos la misma regla: no pisar la sombra de un amigo, actuar cada uno a su manera y, por lo demás, confiar en el destino.

La vida y el deber tenían un sentido distinto para los poderosos y para cada uno de nosotros. La Escuela de los Misterios ponía el acento en la continuidad y en el cambio incesante del Tao, que yo asimilaba a la fuente de la vida en todas sus formas, mientras que la Escuela de los Nombres, huyendo de la ambigüedad, se

apoyaba en las denominaciones y en la jerarquía que permitían distinguir deberes y funciones con objeto de gobernar a los hombres. Unos preferían, como los sabios taoístas de antaño, seguir siendo los mismos bajo apariencias diferentes, no hacer nada que los retuviese en un lugar, vivir en reclusión y tocar los límites del Cielo y de la Tierra. Los otros, cercanos a los Legistas, se preocupaban por los asuntos humanos y exigían que cada uno cumpliera con su tarea según el lugar que el Cielo le había otorgado. Igual que yo mismo, los confucianos Xiang Xiu, Wang Rong y Ruan Ji en menor medida ocupaban un puesto en la administración del reino, pero en la otra parte del grupo, la más pequeña y quizá la más admirable, Xi Kang, Liu Ling y Ruan Xian podían presumir de vivir para sí mismos. Después de tantos años me sigo preguntando: ¿es una falta esa indiferencia por el bien común? ¿Era prudente? Defender el punto de vista de una escuela significaba comprometerse, aun sin quererlo, con uno de los dos partidos que iban a luchar por el poder hasta que el otro fuese destruido. Yo no tuve que elegir, el destino me dio un puesto junto al gran oficial Sima Yi y después junto a sus hijos, me limité a servir con toda lealtad a los partidarios de la Escuela de los Nombres mientras bebía a la salud de los miembros de la Escuela de los Misterios.

Durante todo ese tiempo tuve ocasión de ver cómo hombres valiosos de ambas escuelas competían ferozmente en nombre de sus ideas. ¿Es tan importante luchar por sostener una posición, cuando el destino nos lleva de acá para allá como hojas muertas? Pero los poderosos pensaban de otro modo. La alta posición de Cao Shuang despertó su ambición, pretendió hacerse con todo el gobierno y terminó por apartar al viejo Sima Yi de cualquier decisión importante. Mientras los letrados de la corte sondeaban con Cao Shuang los misterios del Vacío a la luz de las antorchas y del vino que encendía sus mentes, el gran oficial Sima Yi tejía en soledad la telaraña en que se iban a precipitar aquellos a los que tanta lucidez cegaba. Conocedor de las lecciones de la historia que nos había transmitido Sima Qian, prestó oído a las quejas de los nobles feudales partidarios del confucianismo y, sin situarse en primer plano, esperó a que la tierra cediera bajo los pies de su rival. Recluido en su morada, sentado en una cama, decía sentirse enfermo e incapaz de gobernar, aunque deseoso de obrar por el bien del joven emperador Cao Fang, y acogía a todos aquellos que, molestos por las medidas y por las ideas de Cao Shuang, iban a contribuir a precipitar su caída.

La aniquilación del poderoso ministro fue un golpe maestro preparado por Sima Shi, el hijo mayor del viejo oficial. Eligió el día en que Cao Shuang, como cada

primer mes del invierno, iba a rendir tributo con todo su ejército a la tumba de su noble pariente Cao Cao para entrar con sus propias tropas en la capital y cerrar sus puertas. Sima Yi, repentinamente recuperado de los males que lo habían mantenido apartado durante los últimos meses, se presentó ante el joven emperador Cao Fang, le hizo firmar un edicto que denunciaba la incapacidad de Cao Shuang para gobernar en su nombre, condenaba su conducta, indigna de la familia real, y confirmaba su destitución. A su regreso Cao Shuang se vio obligado a tratar con los principales jefes militares bajo el mando de Sima Yi. Si Sima Yi quería el poder, podía cedérselo, dijo Cao Shuang, pues él lo había probado y tenía un sabor decepcionante. Se retiraría a las montañas y viviría feliz para siempre.

Al cabo de diez años de dominio presuntuoso, Cao Shuang fue encarcelado y ejecutado junto con sus hermanos. Más de uno pensó en aquel momento que el nombre de Cao había sido llevado por un héroe que supo conquistar el poder con valor e inteligencia y ahora sus descendientes se dejaban desposeer sin lucha de una autoridad que no merecían.

Cualquiera que contemple serenamente el pasado puede detectar una fuerza eficiente que nunca ha dejado de cambiar sin ocuparse del destino de los hombres ni de su moralidad. Sus alternancias parecen debidas a una necesidad que escapa tanto al clarividente como al poderoso. La situación se había vuelto insostenible porque el momento de su descomposición había llegado, el orden volvería sin ayuda de los sabios, me decía Xiang Xiu. Recuerdo que fue unos meses después de la muerte de Cao Shuang y de los letrados que lo habían apoyado, cuando vino a mi encuentro para mostrarme el ensayo que acababa de escribir sobre Zhuangzi. Yo le hablé de Xi Kang, a quien él aún no conocía en persona, y le aconsejé que fuera a visitarlo con una carta mía de presentación.

# II

# XIANG XIU VISITA A XI KANG

Escogí el primer día de primavera para visitar a Xi Kang con mi ensayo sobre Zhuangzi y la carta de recomendación de mi buen amigo Shan Tao. Me sentía exaltado, más de lo que debería estar un sabio, ante la idea de encontrarme frente a ese hombre reconocido por la calidad de sus escritos y por la profundidad de su pensamiento. Yo me acercaba a la treintena, Xi Kang acababa de cumplir veintiséis años. Vivía en una hermosa residencia en las afueras de Shanyang, en la ladera de una colina boscosa, no lejos del monte del Ciervo Blanco. Desde aquel lugar que dominaba las tierras circundantes, el mundo de abajo parecía más amplio y más sereno. El silencio que emanaba de la roca era inseparable del correr del agua, del balanceo de los bambúes al viento, del trinar de los pájaros que bebían del sol, de un surgimiento de sonidos en medio de un surgimiento de formas. La calma que se adivinaba detrás de los sonidos era como la luz del cielo filtrada por el ramaje, cuando tiñe el suelo de una suave claridad. Maravillado, admiraba lo que las estaciones, en alianza con la tierra, eran capaces de hacer sin nuestra intervención. Me detuve a mitad de camino para asimilar todo aquello, tan parecido a lo que había querido expresar en mi tratado. Cada cosa en el seno del bosque hacía lo que tenía que hacer, sin preocupación ni obligación alguna, sin cometer errores. Así era la naturaleza ajena al hombre, una fuerza que prosperaba por y para sí misma en multitud de disposiciones armoniosas.

La vida se manifestaba en mí como ese sol primaveral que no tenía necesidad de ayuda exterior para brillar y que al caer la noche desaparecería, de manera tan natural como se agota el viento cuando llega a su término. Los Sabios Soberanos habían imitado en sus costumbres el ejemplo de la naturaleza. ¿No era aquella armonía espontánea y eficaz una prueba de que nada ha sido creado en vano y de que toda criatura contribuye al orden del mundo? ¿Qué necesidad tenían de mente, de voluntad o de lección aprendida con esfuerzo esas criaturas dotadas de conocimiento al nacer, salidas del bosque, del agua y del aire? Acababa de sentirlo de golpe, casi sin darme cuenta, mientras que mi tratado, para llegar a la misma conclusión, me había costado meses de trabajo meticuloso. Reconfortado por este pensamiento, retomé el sendero de montaña que serpenteaba entre las

primeras flores del nuevo año. Basta con aplicar la misma ley a los asuntos humanos para alcanzar los objetivos, con dejarse llevar por el curso de los acontecimientos para asegurarse de ir en el sentido correcto, me dije a mí mismo. ¡Pero qué pocos son capaces de percibir el sentido de las cosas! En tiempos de crisis, el sabio se deja ir como una brizna de hierba arrastrada por el viento, había dicho Laozi. Pero los letrados de la Escuela de los Misterios, tras haber sido elevados a la altura de las nubes por el ministro Cao Shuang, habían sido arrojados al agua fangosa por Sima Yi. El mismo Cao Shuang, tras reinar en lugar del rey con alegre despreocupación, fue ejecutado con toda su familia como un criminal en los calabozos de su palacio. Igual que tantos otros letrados que habían perecido, Xi Kang había defendido la doctrina de los Misterios, pero la distancia que siempre mantuvo con Cao Shuang lo preservó del castigo. Yo conocía su fama sin haberlo visto jamás, mas aquel día, cuando escuché el sonido de su cítara, descubrí de golpe su esencia más pura.

De lejos me llegaba una serie de notas claras y tan apasionadas que quien las oyese no podía sino sentirse turbado hasta el punto de no poder seguir caminando. Me detuve y me puse a escuchar. Al principio percibí como el amplio murmullo de un mar encrespado por olas majestuosas que iban a fundirse unas con otras en una neblina de espuma. Vino luego una aceleración repentina de notas irregulares que golpeaban el oído con la fría determinación de una espada. Sin comprender ese cambio brusco, permanecí al acecho en la inmovilidad. La melodía entonces tomó la forma lenta de los sollozos. Las notas henchidas como lágrimas de cristal ascendían, vibrantes y fuertes, hasta alcanzar una altura vertiginosa. Unos dedos inhumanos parecían desgarrar el corazón de las nubes. Proseguí mi camino con la cabeza gacha, pensando en Cao Shuang, en sus compañeros y en sus voces ahora sofocadas bajo tierra.

La melodía que me había conducido hasta el jardín de Xi Kang era una música sabia que requería una gran técnica. Había, sin embargo, tanta pasión en ella que pocos hubieran podido imaginar que fuese tocada por aquel hombre esculpido como una estatua, sentado sobre una estera, con la cítara sobre su pierna derecha replegada y el rostro impasible inclinado sobre las cuerdas vibrantes. Cuando lo vi, me pareció tan hermoso a la vista como al oído. Parecía que el sonido emanaba de él y que sus dedos trenzaban la melodía de la que estaba hecho su propio cuerpo en aquel momento. Esa música era capaz de conmover al Cielo y a la Tierra, ¿cómo podía ese hombre suscitar tales pasiones y permanecer inmutable?

Cuando notó mi presencia, alzó la vista. Sus ojos se posaron en mí como se posa

Cuando notó mi presencia, alzó la vista. Sus ojos se posaron en mí como se posa un pájaro sobre el árbol después de un largo viaje. Leyó la carta de Shan Tao, me sonrió y me invitó a sentarme a su lado a la sombra de un viejo pruno. El aire era cálido en el final de la mañana, un olor a hierba fresca nos envolvía y calmó mi emoción al igual que el agua aclara el vino turbio. Xi Kang comenzó a limpiar una por una las cinco cuerdas de la cítara con un paño de seda verde. El cuerpo del instrumento estaba decorado con figuras pintadas, con inscripciones y con incrustaciones de cuerno de rinoceronte.

Me presentó su cítara, a la que había llamado Sonido de Pino al borde del Abismo:

—Esta compañera que veis abraza el vacío y hace que resuene, tiene un cuerpo armonioso y un alma celestial.

—Tiene el poder de llevaros de un extremo al otro —respondí—. Al oírla hace un instante, me sentí invadido primero por una gran ternura, luego vino un pasaje que me enardeció y el siguiente me inspiró una profunda tristeza. ¿Qué melodía es esta tan sorprendente?

—Es la antigua melodía de Guanglin san inspirada en la historia de Nie Zheng. Los primeros acordes que escuchasteis, que brotan en rica profusión y progresan como caballos en fila, representan el buen entendimiento que reina entre Nie Zheng y su hermana. Luego las notas se liberan con fuerza, poderosas como la determinación de acometer actos valientes: es cuando Nie Zheng mata para satisfacer la venganza de su amigo y se acuchilla el rostro para no ser reconocido. La parte final son los lamentos de la muchacha junto al cadáver de su hermano. Tras la aceleración y el dolor vienen los tonos suaves como el canto armonioso de una pareja de fénix que se regocijan en las nubes, se trata del reencuentro glorioso.

—Cuando los dedos siguen los movimientos del corazón, sabemos lo que siente el que toca —dije enardecido por esta nueva fraternidad.

Xi Kang me miró con cierta frialdad:

—Tocar para provocar sentimientos es lo más fácil, lo difícil es tocar para expresar lo que no tiene forma. La música me ayuda a vaciar mi mente de todas las cosas superfluas que todavía me atan a este mundo. He repetido esta melodía tantas veces que ya no necesita mi atención, toco para no sentir, para no pensar.

Luego, tras un breve silencio, prosiguió con voz suave y firme:

—Este olvido de sí mismo, ¿sabéis?, es la mejor manera que tiene el hombre de preservarse.

Miré con sorpresa sus ojos tranquilos como la superficie de un espejo sin poder contener mi exaltación.

—Los sentimientos nos han sido dados por la naturaleza, ¿es legítimo reprimirlos? Hace un momento, caminando sobre esta tierra llena de vida, sentía el empuje de la savia primaveral, el temblor de las hierbas bajo la brisa y la alegría de compartir este lugar con vos. Mis pasos entonces se volvieron más ligeros porque no guardaba nada dentro de mí que pudiese entorpecerme. Y luego, al escuchar vuestra música, primero vigorosa, luego apenada, logré mantener mi claridad de espíritu. ¿No os parece esto más natural que contemplar el vacío de nuestra alma sin conmovernos?

Xi Kang podía pasar largos ratos sin responder. Después de un silencio que me pareció insostenible, la cítara se hizo oír de nuevo. Xi Kang tiraba vigorosamente de cada cuerda con el pulgar de su mano derecha y el anular de la izquierda la presionaba con suavidad femenina. A nuestro alrededor los macizos de bambú temblaban. Quien así tocaba me pareció en ese momento ligero y grandioso como las nubes de verano cuyos vapores imitan las alas del fénix o los muros de un palacio resplandeciente. Pero ¿podía alguien contentarse con mirar su sombra, escuchar su silencio lejos de los hombres, en tanto afuera la desgracia se arrojaba sobre los mejores letrados y los devoraba como una bestia salvaje? Xi Kang, por su posición dentro de la familia real, estaba al corriente de los últimos acontecimientos. Cuando le hice partícipe de mi inquietud, apartó su instrumento y me contestó:

—Conocía a la mayoría de los que ahora yacen bajo tierra. Lamento lo ocurrido y temo que estos asesinatos no sean los últimos. Los Antiguos, por ser groseros y feos, hallaron la paz, no se esforzaban por parecer mejores que los demás. Hoy en día, los letrados buscan la gloria a costa de su vida.

Sumergido en un doloroso ensueño, parecía haberme olvidado. Mis ojos se volvieron entonces hacia la entrada de un pequeño pabellón que había en medio del jardín. Había dos versos grabados en él, uno a cada lado de la puerta:

La luna como guía, como amigo el bambú.

El viento por montura, por morada el vacío.

Sonreía por dentro cuando la voz aún lejana de Xi Kang me devolvió al hombre que tenía frente a mí, al anfitrión que parecía un extraño en su propia casa.

—Formo parte del clan Cao —dijo con voz suave—, pero prefiero tener el universo por morada y no verme confinado en una habitación de palacio. Si siento la necesidad de protegerme de mis propios sentimientos, ¡cuánto más debo hacerlo de los acontecimientos externos! Poner la propia vida en peligro, ¿no es acaso el mayor crimen que existe?

Me miró y pude ver que era capaz de experimentar tristeza.

—Una noche que no podía dormir —continuó—, me puse a tocar el aire de Guanglin san y la antigua melodía me entregó su secreto. Incluso cuando actúa en nombre de sus principios, el hombre debe ocultar sus motivos para protegerse. Por eso Nie Zheng se desfiguró el rostro. La sabiduría expuesta en la plaza pública atrae la muerte tan pronto como se reconoce su valor. Comprenderéis ahora la razón por la que me mantengo apartado.

Las ideas se debatían en mi interior y tuve que darles vía libre sin pararme a considerar las de mi anfitrión.

—He leído en la obra del maestro Confucio que el hombre a quien el Cielo le ha dado capacidades tiene el deber de emplearlas para mejorar la vida de sus contemporáneos, esto es justo y bueno —le dije, tratando de suavizar el tono—. Sin embargo, no siempre es posible, porque depende de las circunstancias que lo rodean, como pensaba el maestro Zhuangzi, esto también es cierto e inevitable. No podemos en nuestros días vivir aislados. El que ignora a sus semejantes es un vanidoso, y el que no sabe más que aprovecharse de las circunstancias no es un sabio. En otro tiempo, todo se reducía a seguir la voluntad del Cielo, pero ahora eso ha cambiado. Discuto todo esto en el ensayo sobre Zhuangzi que os traigo.

Justo en aquel momento llegó Lü An, a quien yo conocía bien. Sin perder tiempo en saludos corteses, se dirigió a Xi Kang con expresión calurosa:

—Un día sin verte me parece igual a tres otoños. Iba a visitar a mi hermano Xun

—Un día sin verte me parece igual a tres otoños. Iba a visitar a mi hermano Xun, por el camino pensé en ti y cambié de dirección.

Xi Kang se echó a reír.

—Yo también he experimentado ese poder del pensamiento que te lleva a donde quieres ir —dijo.

El placer de ver a Lü An se añadió al placer de la conversación. Saqué mi manuscrito y se lo enseñé a ambos. Lü An se mostró sorprendido:

—¿Necesitaba el Zhuangzi otro comentario? ¿Qué sentido tiene añadir palabras a otras palabras para explicar lo que no se puede decir?

Xi Kang me miró con un asombro lleno de compasión, como si yo acabase de anunciar que padecía una enfermedad rara e incurable.

—¡Pobre amigo mío! ¿Así que sois una de esas personas que se pasan la vida royendo la cáscara y terminan por olvidar el fruto?

Lü An se dirigió a Xi Kang mientras me miraba de arriba abajo, amable y burlón como de costumbre:

—Estos partidarios de la Escuela de los Nombres no paran de dar la lata con su amor por el estudio. Ahuecan las palabras para darles sentido y, cuanto más roen, más grande es su hambre, ¡estos son los verdaderos Amigos del Vacío!

Xi Kang recuperó su seriedad y expresó su opinión:

—El Tao está vacío y carece de forma, el mundo creado es uno de sus aspectos. Es lo que permanece constante detrás de las apariencias, mientras el mundo, múltiple y cambiante, es la forma en que el Tao se nos presenta a cada instante. Tan pronto como intentamos fijarlo con denominaciones, perdemos de vista lo esencial. La música, que sugiere sin decir, está más cerca del Tao que el habla, ¿no os parece?

Tuve que defenderme contra estos dos Amigos del Misterio que pensaban que el estudio era perjudicial para el conocimiento del mundo y de sus orígenes.

—Olvidad las limitaciones del lenguaje —les supliqué— y dignaos escuchar a un pobre hombre que ha viajado varios kilómetros a través de la montaña para

llegar hasta aquí y exponer sus ideas.

Y sin darles tiempo siquiera para responder, seguí adelante:

—En el origen el Cielo y la Tierra aún no se habían formado, el Tao era inmenso, uno y sin formas aparentes, convengo en ello. Todo rebosaba por el deseo de nacer y florecer, pero nada destacaba todavía. Entonces el Yang y el Yin se formaron por separación, lo que era ligero y claro se disipó para constituir el Cielo, lo que era pesado y fangoso se aglomeró para constituir la Tierra. El Tao manifestó su poder en la diversificación, desde entonces las diferencias multiplicaron las formas: los soplos confusos se convirtieron en animales y los soplos esenciales, en hombres.

—Sabemos todo eso, maestro Xiang, nosotros también hemos leído a Zhuangzi. ¿Qué aportáis de nuevo? —preguntó Xi Kang pacientemente.

Tuve que contenerme para no empezar a brincar como un saltamontes o a zumbar como un abejorro.

—Continuemos, si no os importa. Se dice que las criaturas singulares, que tienen una apariencia y un nombre, sacan su cohesión y su variedad de ese Tao primitivo que no se puede ver ni nombrar. Pues bien, yo creo poder afirmar que ese caos amorfo, al que no se reconoce voluntad ni comienzo ni dirección, no puede ser el origen de los seres, porque ¿cómo explicar que lo indiferenciado opte por tomar tal o cual aspecto? El origen misterioso es inseparable de los seres como la raíz es inseparable del árbol. Y de todo ello concluyo que la existencia de las cosas deriva de ellas mismas, que no tienen amo ni principio ni fin más allá de sí mismas.

Lü An me miraba con ojos desorbitados, boquiabierto como un pez a punto de tragarse el anzuelo.

—¿No concibes nada encima, nada debajo, nada antes o nada después? —exclamó.

—Solo es lo que es y lo que es no depende de nada para nacer —respondí con entusiasmo creciente—. La vida engendra vida, las cosas coinciden naturalmente consigo mismas. Sin raíz ni razón, se transforman por siempre.

Seguro de mí mismo, nada podía detener mi sed de razonamiento.

—Hubo hombres que quisieron obedecer la voluntad del Cielo, otros pasaron su vida preguntándose cuál era la voluntad del Cielo y yo quise saber qué es el Cielo. Hoy estoy en condiciones de responder que el Cielo es el nombre dado a todo lo creado, que el Cielo no quiere nada y que las cosas nacen espontáneamente, no sabemos por qué ni cómo. No hay que buscar el Tao en el origen: está aquí, en cada uno de nosotros, en este mismo instante en que hablo. Obedecerlo es actuar a nuestro antojo.

Lü An me abrazó:

—¡Zhuangzi ha revivido!

Xi Kang se había vuelto hacia mí y me contemplaba con placer evidente.

—Quizá podamos llevarnos bien, habéis aclarado lo oscuro sin quitarle su misterio. A partir de ahora formáis parte de los Amigos de Zhuangzi.

Xi Kang y Lü An estaban ambos dotados de cualidades poco comunes. Xi Kang tenía grandes principios y aspiraciones que lo mantenían alejado de los hombres. Su cuerpo vivía entre nosotros, pero su mente soñaba con alcanzar los parajes lejanos habitados solo por los Inmortales. Lü An era rudo e incontrolado en su comportamiento. Se mostraba generoso y su bondad no tenía límites. Su pensamiento tenía la profundidad de un erudito perspicaz, pero actuaba con la ligereza de un caballo que desciende una colina sin silla ni freno. Estas virtudes contradictorias lo habían convertido en el mejor amigo de Xi Kang. Ni uno ni otro tomaban atajos, los dos seguían su camino sin desviarse.

Desde el primer encuentro, Xi Kang me invitó a participar en las reuniones que tenían lugar cerca de su casa en el Bosque de Bambú, junto con nuestro amigo Shan Tao, Liu Ling y otros tres compañeros que conocí en esa época. Shan Tao tenía una vitalidad inagotable, abrazaba con fervor las ideas de la Escuela de los Nombres sin dejar de reconocer el valor de la escuela rival. No dejó de servir al clan Sima, pero prefería divertirse con sus oponentes. Era como el jade sin pulir o el oro en bruto, cuyo valor apreciaban todos, aunque nadie supiera exactamente qué clase de utilidad tenía.

Liu Ling, por su parte, parecía un hombre perturbado por el abuso del vino, pero por dentro era perfectamente puro. Vivía sin oponerse a nada y por eso no defendía nada. En este mundo en estado de embriaguez, él mismo se embriagaba siguiendo el consejo del pescador a Qu Yuan, y en el fondo del lodo podía

encontrar el oro escondido. Confucio decía que hay tres clases de sabios: los que, obedeciendo a su naturaleza, actúan correctamente sin saberlo; los que necesitan el consejo de un maestro y los que rechazan el bien aun conociéndolo. Liu Ling era un sabio que pertenecía a la primera clase, yo no pude igualarlo ni siquiera después de muchos años de estudio.

Xi Kang era un ser especial, amaba la perfección y nunca perdió la esperanza de que su mente y su cuerpo pudiesen alcanzarla algún día. En cada sabio hay una parte de locura y en cada palabra absurda yo encontraba una razón que no podría haber sido más justamente expresada. Si cada hombre posee una parte del Tao original, la diversidad de caracteres fue nuestra manera de encarnar esa virtud celestial que solo se conoce cuando adquiere una forma manifiesta. Podemos decir que los siete amigos, desde el más extravagante hasta el más sagaz, éramos pájaros de un mismo bosque. Durante aquellas reuniones, pasábamos el tiempo hablando de los Misterios del Tao y bebiendo vino caliente, esa era nuestra forma de vivir y disfrutar de un presente en constante cambio. El mundo, de hecho, estaba cambiando bajo nuestros pies más de lo que podíamos imaginar.

El oficial Sima Yi terminó sus días apaciblemente un año después de haber causado la muerte violenta del primer ministro Cao Shuang. Un ciclo parecía estar llegando a su fin. Eso debió de pensar el joven rey Cao Fang, que con veinte años de edad creyó poder enfrentarse al nuevo jefe del clan, Sima Shi. Con ayuda de algunos ministros leales, quiso retomar el poder, pero estaba lejos de tener la audacia de su antepasado Cao Cao. El complot fue descubierto, Sima Shi ordenó matar a los ministros culpables y el rey Cao Fang fue encerrado en una dependencia de palacio hasta su muerte. Para sustituirlo, Sima Shi escogió al joven de catorce años Cao Mao, nieto de Cao Pi, quien reinaría sin gobernar, como lo había hecho su desafortunado predecesor. Los seguidores confucianos de la Escuela de los Nombres impusieron en adelante sus criterios. Ya no era posible retirarse de la vida pública sin exponerse a las sanciones más severas. Tener capacidades y no ponerlas al servicio del gobierno era un crimen mayor que desertar en medio de una batalla. Para los oponentes del clan Sima, la simulación fue la única manera de preservar la vida.

La actitud de Ruan Ji, diez años mayor que yo, era más ambigua. Su verdadero mérito consistía en huir sin volver la espalda, engañando tanto a sus perseguidores como a sus superiores acerca de sus verdaderas intenciones. Aquel hombre excepcional ocupaba un cargo tras otro, pero rechazaba los honores para no someter su espíritu. Se podría decir de él que iba y venía sin dejar de mantenerse en su sitio. Lo conocí en la primera reunión en el Bosque de Bambú

mantenerse en su sitio. Lo conocí en la primera reunión en el Bosque de Bambú, poco después del nombramiento de Cao Mao. Acababa de renunciar a su puesto de tercer grado al servicio del gran oficial Sima Zhao, nuevo jefe del clan tras la muerte de su hermano Sima Shi. Ruan Ji estaba inclinado por naturaleza al estudio de los textos antiguos y pasaba las noches redactando sus comentarios. Quien lo viera optar a los cargos más humildes que su rango le permitía podía pensar que carecía de ambición, sin saber que aspiraba a la pureza de las altas cumbres que se ocultan tras las nubes. Sus inclinaciones y su propia seguridad libraban batalla en sus poemas. El que no viera esto no podía comprenderlo y lo tomaba por loco. Parecía un corcel orgulloso que avanza con la cabeza erguida por un camino escarpado al borde del abismo, burlándose de las mulas que lo empujan para adelantarlo.

# III

# RUAN JI Y LOS LAZOS DE LA AMISTAD

Habité mucho tiempo en la grande y próspera Luoyang de altos muros y de cien canales. Ante la puerta noreste que da a las montañas Beimang, el canal de los Nueve Recodos fluye hacia la puerta sur antes de desembocar en el río Luo. Mi casa estaba cerca de la esquina sureste, en el lugar llamado Recodo de los Ruan desde que yo, Ruan Ji, vine a instalarme allí en compañía de mi sobrino Xian. La espléndida capital del reino de Wei mostraba a ojos de todos su poderío, que pasaba por ser el de sus gobernantes. En su centro estaba atravesada por una amplia avenida flanqueada por camellos de bronce que parecían montar guardia. Allí se alzaba el palacio del gran oficial Sima Yi, que más tarde se convirtió en residencia de sus hijos, los ministros Sima Shi y Sima Zhao. La entrada principal tenía forma de arco imponente del que colgaba una enorme espada. La primera vez que lo crucé, no pude evitar mirar hacia arriba y admirar la fuerza que dicha arma quería hacer manifiesta. Veinte años después, mientras servía a Sima Zhao, aceleraba el paso bajo la amenaza de aquel emblema todopoderoso y mortífero. En esa época, con cincuenta años cumplidos y mi energía ya disminuida, asistía a los acontecimientos que se sucedían lleno de amargura. El sol de la dinastía Cao Wei estaba en pleno ocaso y yo veía a mis amigos hundirse con él en la negra noche.

Había servido a los Sima porque ellos mismos decían servir a la dinastía Cao. Al principio lo hicieron de una manera tan modesta que se les tuvo que suplicar para obtener su ayuda y así fue como atrajeron a una parte de los letrados. No se les vio actuar y de repente se encontraban a la cabeza de los asuntos públicos, adaptándose a todas las situaciones sin abandonar su propósito, que les llevó, siguiendo el método de los Legistas, a gobernar en Wei como señores absolutos. Por mi parte, yo no pretendía sino reducir mis aspiraciones, rechazando los honores, la gloria y la riqueza. El gran oficial Sima Zhao deseaba dominar a los hombres y el país. Él quería ascender, yo quería rebajarme. Íbamos, pues, en direcciones opuestas.

Desde la ventana de la sala donde trabajaba podía ver el monte Shouyang, la

cumbre más alta de la cordillera Beimang tocada por los primeros rayos del sol. En su ladera se encontraba la tumba de Cao Pi, el primer rey de la dinastía Cao Wei, y a poca distancia estaba el templo dedicado a los hermanos Boyi y Shuqi, que una vez se habían refugiado allí, negándose a servir al rey Wu por lealtad a su soberano caído. Ese lugar sagrado y respetable era una lección moral para mí y me recordaba a diario que estaba al servicio del usurpador Sima Zhao, en tanto mi padre había trabajado al lado de Cao Cao y de Cao Pi.

Muy fina era la capa de hielo sobre la que caminábamos y amenazaba con romperse en cualquier momento bajo nuestros pies. Para llegar a la otra orilla sin sucumbir antes de tiempo era necesario conocer bien a los hombres. No descuidar los asuntos mundanos y elegir al aliado adecuado eran las cualidades principales de Shan Tao y del joven Wang Rong, las que yo mismo podría haber puesto en práctica si mi naturaleza y mi destino se hubiesen puesto de acuerdo. Pero mi vida transcurrió eludiendo mi deber con ostentación y haciendo lo que mis superiores esperaban de mí sin proponérmelo.

Siempre hay una manera de escabullirse de la hipocresía de quienes nos rodean cuando la desgracia nos golpea. A la muerte de mi madre todo estaba dispuesto desde hacía milenios para llorarla decentemente. Los rituales del duelo habían sido establecidos por Confucio con una precisión que podría asustar a los corazones sensibles. El hijo piadoso tenía que ayunar durante tres días, refugiarse en el silencio, llorar abundantemente delante de los invitados y mantenerse alejado de las mujeres, de la risa y de la música durante tres meses. Para ser reconocida por todos, la piedad filial exigía el cumplimiento de las reglas al pie de la letra. Delante del ataúd, se esperaba de mí que pronunciara las palabras de despedida a la mujer que me había dado a luz, después de lo cual tenía que dar tres vueltas alrededor de la tumba. Para coger fuerzas, engullí un pastel de carne con un poco de alcohol. «¡Ay de ti!», grité delante del ataúd y me fui directo a la taberna. Cuando volví a casa tuve que hacer frente a todos los que vinieron a ofrecerme sus condolencias. La regla quería que ante mis lágrimas ellos mismos se pusieran a gemir y a llorar para acompañarme en el dolor. Cuando Xi Xi, el hermano mayor de Xi Kang, se presentó, me encontró sentado en el suelo, borracho, con el peinado tan descompuesto como la cara, cantando a voz en grito. La tristeza convenida que mostraba su rostro se convirtió en estupor. Le eché una de esas miradas mías que le hizo huir como si hubiera visto un fantasma.

A la mañana siguiente recibí la visita de Xi Kang. Caminó hacia mí a paso lento, alto y esbelto como un ciprés, me saludó sin énfasis y me ofreció un pellejo de

alto y esbelto como un ciprés, me saludó sin énfasis y me ofreció un pellejo de vino. A su espalda llevaba una cítara.

—Mi hermano Xi me ha relatado su visita, estaba furioso —me dijo—. Eso me gustó. Pensé que podríamos entendernos.

Le sonreí, aún no había bebido nada ese día. Empujé cuidadosamente la pila de tablillas que tenía ante de mí y puse el vino entre los manuscritos dispersos.

—Creo que asusté a más de uno —respondí—. Qué queréis, cuando uno sufre hasta lo más profundo de su ser, no tiene ningún deseo de hablar con esos sirvientes del dolor de cara gesticulante y ojos debidamente húmedos.

Un destello de curiosidad animó su hermosa mirada.

—¿Podéis mirarme con esos ojos en blanco que asustaron tanto a mi hermano? Creo que seré capaz de soportarlo.

Reí a carcajadas. Esa práctica, que podría llamarse de iniciado, me servía en la intimidad para meditar, pero también para asustar a los vulgares intrusos. Consistía en esconder las pupilas y ofrecer al exterior unos ojos que no dejasen entrar ni traslucir nada.

—Cuando estoy cansado de mentiras, me refugio en lo que llamo la visión interior —expliqué.

Xi Kang me contemplaba con afectuosa admiración. Le dediqué una de esas miradas muertas que abolían el exterior tanto como cualquier idea de mí mismo.

—¿Entendéis lo que quiero decir?

—Perfectamente. Es una mirada ciega ante el exterior pero capaz de penetrar el misterio que yace en el interior del ser. Sois un verdadero sabio.

—Me hago llamar el Loco, ¡eso sí que es sabio!

Ambos nos reímos como antiguos compañeros, le ofrecí el vino que tenía guardado y, a partir de ese momento, nos llamamos hermanos.

—Este asunto, sin embargo, podría haberte costado la vida —me dijo Xi Kang recobrando la seriedad—. Hoy en día la gente no se burla en vano de los ritos.

—Lo que hice otros más ilustres que yo también lo hicieron —contesté—. Cuando Zigong, el discípulo de Confucio, fue a ofrecer sus condolencias a los amigos de Sanghu, que acababa de morir, los encontró tocando y cantando delante del cadáver: «¡Sanghu, feliz Sanghu, has encontrado tu verdadero ser! Nosotros, ¡ay!, solo somos hombres». Zigong expresó su indignación al Maestro. Para él, aquellos bribones que se reían de los rituales no merecían el nombre de amigos.

—Hoy Zigong sería discípulo de la Escuela de los Nombres, eso es seguro —me dijo Xi Kang.

Le respondí sin pausa:

—Confucio, sin embargo, no lo aprobaría. Entendió que los amigos de Sanghu se situaban fuera de este mundo y que él mismo, a pesar de todos sus esfuerzos, no había conseguido abandonarlo.

Xi Kang me sonrió con una seguridad que aún no había visto en él:

—¿Por qué tendrías que plegarte a las reglas como el más vulgar de los hombres?, ¿no has alcanzado lo que muy pocos pueden imaginar? ¡Se ha vuelto tan difícil seguir el camino propio y permanecer indemne!

Otra vez me reí sin poder contenerme:

—Haz lo peor abiertamente y verás cómo la gente te respeta. Aquí donde me ves, disfruto de la protección del gran oficial Sima Zhao, podría ser ascendido a jefe del ejército o a gobernador de comandancia si lo quisiera.

—¿Lo quieres? —me preguntó Xi Kang.

Algo así como la respiración de otro ser comenzó a agitarse dentro de mí. El deseo, la ira, el desprecio me invadieron, luego la risa, una risa de fiera, una risa de loco, espantosa, tal vez alegre, victoriosa, indiferente en el fondo, me sacudió. De hecho, al menos una vez lo quise. Cinco años antes había pedido que me enviaran a Dong Ping, cosa que me fue concedida. Pretendí gobernar siguiendo los preceptos de los maestros Confucio y Laozi. Una vez instalado en el palacio de gobernador, hice derribar sus muros para eliminar la diferencia entre el interior y el exterior, todo tenía que ser claro y transparente a ojos de la gente. Los edictos que emitía, el campesino más humilde podría haberlos entendido.

Abolí los saludos, la jerarquía y las formalidades. Pero la gente de Dong Ping prefería vivir como una piara de cerdos conducidos al mercado. Mis propuestas fueron tratadas de locura. ¿Qué lugar habitar en esta tierra?, eso es lo que no he dejado de preguntarme desde entonces. ¿Dónde están los sabios gobernantes a los que uno se complace en servir? ¡Es muy difícil cumplir con tu deber cuando nada te lo permite y nadie es digno de ello! Para llegar a Dong Ping tuve que atravesar el desfiladero de Gaixia, donde antaño Xiang Yu y Liu Bang se enfrentaron por última vez. Desde lo alto de una colina contemplé el campo de batalla. En nuestros días ya no se encuentran héroes de esa clase, por eso se honra a los más estúpidos y sus nombres pasan a la posteridad. Diez días después de aquellas desafortunadas reformas, dejé Dong Ping y regresé a lomos de mi burra, cargado de vino y cantando las alabanzas de los Inmortales. Me hubiera gustado vagabundear a mi aire entre dos pueblos sin llegar a ninguna parte.

—¿Cómo era la vida en Dong Ping? —preguntó Xi Kang con voz suave.

Incapaz de contener mi mal humor, exclamé:

—Como puede serlo en medio de animales que se apartan de la razón, se entregan al libertinaje y solo están interesados en aquello de lo que pueden sacar provecho.

—A fin de cuentas, no son tan diferentes de la gente de Luoyang —me dijo.

Adivinaba las preguntas que se escondían detrás de sus ojos serenos. ¿Por qué obstinarse en trabajar por el bien de las personas cuando nadie lo requiere? La posición de Xi Kang frente al mundo siempre ha sido clara, la mía nunca lo fue, durante toda mi vida mi inteligencia y mi corazón no han dejado de darse guerra.

—En palacio tienen buena opinión de mí, es cierto —le dije—. ¿Sabes de esos monos cautivos a los que se viste para que se parezcan más al hombre? Se les enseña a comer y a dormir a hora fija, a reír o a lamentarse y a inclinarse ante su amo. Si quieres pasar por un buen confuciano, debes convertirte en mono, aplicarte a repetir los mismos gestos y las fórmulas que has aprendido para cada ocasión. Puedo hacer lo que hacen los monos, pero ni ellos ni yo olvidamos nuestra selva natal. Ahora que estoy cansado de obedecer a un señor corrompido por la ambición, solo tengo que levantar la cabeza en medio de mi labor hacia el monte Shouyang para recordar a Boyi y Shuqi.

Xi Kang [illegible]

Xi Kang me miro, fingiendo sorpresa:

—Te escondes a plena luz, huyes de la vida en vida, ¡qué sagacidad hay en este loco! Disfrutar del favor de los grandes y no enorgullecerte de ello, solo un mono puede hacerlo, estoy de acuerdo. Tienes muchos talentos, esa es tu desgracia. Lo mejor es tener un rostro repulsivo y ser un inepto, así es como uno puede vivir a su antojo.

Vivir cada cual a su antojo era nuestra aspiración, conocer lo blanco y abrazar lo negro sin preocuparnos de lo justo y de lo injusto, de lo verdadero o de lo falso. Empujado por la alegría y por el vino, me puse a improvisar este poema:

En lo oscuro me baño y también me lavo al sol,

no le temo al calor, tampoco temo al frío.

En la bruma que cruzo se disipa mi mente,

mi mente y el vacío son un mismo elemento.

Errante en el Misterio, aunque jamás perdido,

¿quién podrá reprocharme el ir contra la norma?,

¿quién espera de mí que me convierta en sabio?

El Misterio era el lugar donde nos gustaba refugiarnos, el Gran Tao que precedió al Cielo y a la Tierra, el Tiempo anterior al tiempo, ese Vacío que ya contiene todo lo que está por nacer, aunque Xiang Xiu se hubiera apresurado a negarlo. Los seguidores de las nuevas ideas, que habían bebido y cantado como nosotros, entregándose sin reservas a explorar los Misterios en compañía del despreocupado Cao Shuang, perecieron con él a manos de los Sima. Habían prosperado alegremente al abrigo del poder como pájaros que revolotean en grupo sin ver al cazador que tensa su arco en silencio a la sombra de la maleza. No se necesitaba ser un gran sabio para darse cuenta de que el sol se había puesto y de que la sombra había invadido el jardín de los Cao Wei. Cuanto más conocemos el Tao, más seguros nos sentimos; cuanto más poder tenemos, más

peligro corremos, decían los Antiguos. Pero en aquellos días, rodeados como estábamos de ignorantes y de crápulas, eso ya no era cierto. Pensar libremente ponía en peligro el cuerpo, ser lúcido suponía abandonar la pureza o arriesgar la vida. ¿Debíamos entregarnos por completo al servicio de los demás o reservar nuestros conocimientos para nosotros mismos? Esta era la pregunta que ocupaba entonces la mente de todos. La poderosa Escuela de los Nombres afirmaba que el hombre dotado de capacidades debe servir al Estado. El maestro Confucio no habría aprobado esta fórmula sin antes considerar la moralidad de los gobernantes, pero poco les importaba a aquellos que se llamaban a sí mismos sus leales discípulos. La enseñanza del Maestro se había convertido en dogma para el clan Sima, los nuevos señores de Wei. Xi Kang, por sus inclinaciones y por su indiferencia hacia todo lo que tenía que ver con el poder, no encajaba con los principios de la mayoría de los letrados partidarios del gobierno.

Aquel día hablamos de todos estos asuntos. Cuando se acabó mi reserva de alcohol, nos bebimos el vino de arroz que Xi Kang había traído.

—¿Conoces al autor del tratado de Los cuatro fundamentos, que defiende las tesis de la Escuela de los Nombres? —me preguntó—. El autor dejó el manuscrito en mi puerta y salió huyendo.

Sentí que se tensaban los músculos de mi cuerpo que el vino había relajado. Tuve que hacer un esfuerzo para responder:

—Lo conozco, se llama Zhong Hui, un erudito de tu edad. Te admira y teme tus argumentos. Su único defecto es que no soporta las críticas. Te culpa a ti por tener talento y se culpa a sí mismo por ser un cobarde.

Xi Kang continuó en tono distante:

—Lástima que no haya querido que nos conociéramos. Su tratado tiene muchas cualidades, aunque no estoy de acuerdo con él, podríamos haber debatido a corazón abierto.

—Ese hombre no tiene corazón y aún menos abierto. Su mirada es incisiva, es arrogante y rara vez sonríe. Observa a los demás de lejos, seguro de sí mismo, se sabe fuerte, pero esconde sus intenciones. En la plaza del mercado pasaría por un ladrón.

Xi Kang me lazó una mirada turbia que atribuí al calor del vino:

—Tú que pareces adivinar la prosperidad y la decadencia en cada momento de la vida, dime: ¿la existencia del hombre no tiene salida?

—Según tú, ¿dónde está la salida? —le repliqué con un tono brutal.

Xi Kang me sonrió:

—Juntarse con amigos en el monte de los Inmortales, tocar la cítara, cantar canciones puras. Los que saben vivir de esta manera merecen nuestra alabanza más que los Antiguos que se tomaban por sabios.

—¡Eso está bien dicho! —exclamé—. Lamento no haberte conocido antes. ¡Cuánto tiempo perdido! Vamos a recuperarlo bebiendo el doble de lo que convendría en un primer encuentro. Veremos cuál es tu capacidad, la mía es prácticamente infinita. Dicen que te gusta la lectura, yo digo que el vino es el acceso más rápido al conocimiento.

Por dar razón a las palabras de Xi Kang cogí mi cítara y empecé a tocar, vaciando mi corazón de toda ambición. Los sonidos puros se elevaban sin esfuerzo sostenidos en la calma como las nubes sostenidas por la aurora. En la claridad de las cumbres, donde a las grullas les complace posarse antes de la partida, los horizontes lejanos alcanzaban el infinito. Mis sentimientos se desvanecían y tomaban la forma de un cuerpo radiante y sin límites, cambiante y fascinante como las olas del mar. El ser entero, libre de cualquier apego terrenal, llenaba con su ligereza el espacio donde no hay nada visible. Luego, vibrando aún cuando todo había callado, el espíritu sereno descansaba en el silencio luminoso de una alegría sin fin.

Xi Kang tenía la mirada perdida en algún lugar frente a él.

—Escuchándote —me dijo—, los sentimientos se elevan por encima de las olas y de las sombras lejanas, ¡uno tiene la impresión de haber alcanzado los montes Kunlun, donde los pensamientos fluyen hasta los confines del universo!

Le sonreí, conmovido hasta las lágrimas.

—Tocar a solas en adelante será como tocar con una cuerda menos —dije suspirando.

Toqué para él como lo hacían los Antiguos, para honrar a mi huésped, y mi huésped sentía el mayor respeto por lo que escuchaba. Xi Kang poseía el sentido

huésped sentía el mayor respeto por lo que escuchaba. Xi Kang poseía el sentido de la música. Cuando tocaba, se concentraba en la parte más silenciosa de sí mismo, y cuando escuchaba, su mente no conocía limites. Él y yo teníamos el corazón puro, yo podía expresarle mi amistad o callar, él la percibía tanto en el silencio como en la música. Aquel día cantamos y bebimos hasta el anochecer como viejos amigos.

El sol se iba ocultando, el monte Shouyang era una masa sombría que se recortaba en el cielo. Allá arriba, el inmenso mausoleo de Boyi y de Shuqi recordaba un pasado glorioso que todos parecían venerar. Pero todo aquello me parecía de pronto irrisorio. Esos héroes tan queridos por Confucio, ¿qué tenían de admirable? Sacrificando su vida por honrar la memoria de su rey, ¿no habían actuado para su propio prestigio?

—Maestro Ruan —me dijo Xi Kang entre risas—, ¿no estarás renegando de tus principios?

—Al pie de la montaña todos se dicen confucianos, ¡que el viento se los lleve! —grité apurando mi copa de un trago—. ¿Saben estos respetables macacos que su realidad no vale tanto como la nuestra? Luchan por conseguir los mejores puestos e ignoran que los honores no aportan gloria ni evitan la muerte. Me piden que sea prudente, aspira a lo más alto y agacha la cabeza, me dicen. Pues bien, yo les respondo: abrazad el universo y convertidlo en vuestro humilde hogar, ¡entonces sí podréis decir que sois ricos y honorables!

Llevado por la ira y el rencor, continué:

—Me condenan por haber violado los ritos funerarios, ¡como si el dolor tuviera que obedecer a las leyes! No me parezco a ningún otro hombre. ¿Me enfrentaré a ellos? Romper amarras y partir solo, con mi voluntad extensa girando en torbellino a merced de los ocho vientos, ¡eso es lo que quiero!

Xi Kang se rio, con las mejillas enrojecidas. El hombre a quien había visto majestuoso como un ciprés, una vez ebrio se inclinaba como una montaña de jade a punto de derrumbarse.

—Esos biempensantes veneran los rituales y desprecian al hombre —dijo—. Hubieran encerrado a Zhuangzi en un doble ataúd, como quisieron hacer sus discípulos, y lo habrían enterrado muy hondo, mientras él quería descansar para siempre bajo el cielo estrellado.

Luego, imitando la voz de consternación de los biempensantes:

—«¡Maestro, no lo permitiremos! Cuervos y búhos vendrían a comer vuestra carne!». —E imitando el tono alegre de Zhuangzi, continuó—: «Seamos justos, arriba serviré de pasto para cuervos y búhos, abajo para hormigas y gusanos. ¿Por qué quitarles la comida a unos y dársela a los otros?».

Yo también me reí. Igual que las notas musicales se responden y concuerdan, nuestras dos naturalezas parecían florecer en presencia la una de la otra. Nos sentíamos unidos por la pasión del vino y de la música, felices de ser tan poca cosa.

—No creas que descuido mis obligaciones como servidor del Estado —le dije—. He pedido a Sima Zhao un puesto en un cuartel que goza de buena fama por la calidad de su vino.

Xi Kang fingió sorpresa.

—¿Tiene mi hermano la intención de reformar las leyes y las costumbres militares como lo hizo en Dong Ping? Te aconsejo que empieces esta vez por tus superiores.

—Esa no es mi intención —le dije—. El vino, como has visto, me vuelve locuaz, pero los poderosos me quitan las ganas de hablar.

Xi Kang me sonrió con afecto.

—Te pareces a mi amigo Liu Ling, un hombre de conducta disoluta y de aspecto bruto, pero con un gran corazón. Solo tiene una virtud y la esconde cuidadosamente en el vino.

—Esa es también es una de mis habilidades —dije, limpiándome la boca con el envés de la manga.

—¿Vendrás a verme a Shanyang? —preguntó Xi Kang—. Beberemos entre amigos en medio del bosque.

—Iré, le contesté, y te presentaré a mi sobrino Ji, que es un músico excelente. Tiene veintiún años y ya se parece a mí. Los dos vamos de cara y nada nos asusta. Le diría a mi joven protegido Wang Rong que nos acompañase, pero no sé si será de tu agrado, es un granuja empedernido.

se si será de tu agrado, es un granuja empedernido.

Xi Kang asintió con media sonrisa:

—¿Acaso eliges a tus amigos por sus perfecciones? Si investigamos a cada uno de ellos, acabaremos por encontrar algún pequeño defecto. Te tomaste la molestia de escucharlo la primera vez que lo viste y supo seducirte. ¿Qué sentido tiene buscar más lejos? Tráelo y lo escucharemos.

Sobrio o borracho, Xi Kang se mantenía franco y complaciente, y así se mostró todo el tiempo que lo conocí. Nuestra amistad reciente ya era fuerte como la piedra o el metal. Cuando uno hablaba, el otro sonreía. Si uno bebía, el otro hacía lo mismo. Como humanos, podríamos haber usado el mismo vestido. Como pájaros, habríamos unido nuestras alas para volar en las alturas. Sobre el cielo de aquel día, escribimos en rojo y verde nuestra brillante promesa: uno nunca olvidará al otro en toda la eternidad.

En lo sucesivo, cuando nos reuníamos para conversar, cada uno de nosotros aportaba las ideas que creía justas. Compartíamos la alegría y los cantos, pero como el caballo que corre hacia adelante sin mirar al compañero que va junto a él, tanto el uno como el otro llevaba a cabo la tarea que se le había asignado, pues dicen que solo la espontaneidad del solitario puede hacerle avanzar.

Al caer la noche, siguiendo la costumbre de los Antiguos, volví a acompañar a Xi Kang un trecho del camino, andando lo más despacio posible. Cuando llegamos a mitad del recorrido, se dio la vuelta para acompañarme. Melancólico, le dije a modo de despedida:

—¡Qué frágil es la vida del hombre! Barrida por el viento como el polvo, disipada en un abrir y cerrar de ojos como el arco iris por el sol. Pero mientras tenga vida no cederé, pondré buena cara, iré a donde tenga que ir y daré marcha atrás si fuera preciso. Y tú, ¿qué piensas hacer?

Xi Kang soltó mi brazo, que hasta allí había mantenido sujeto.

—Seguiré buscando en mí la intuición de la verdad.

# IV

# EL BOSQUE DE BAMBÚ

Al pie de la colina de Shanyang había un bosquecillo solitario que los habitantes de la región llamaban el Bosque de Bambú. Xi Kang había abandonado la capital para instalarse cerca de ese lugar que le servía de refugio. A menudo se le encontraba allí tocando la cítara a solas, sentado bajo un árbol, practicando ejercicios de respiración o durmiendo después de una larga meditación. Al Bosque de Bambú iban sus amigos cuando sentían deseos de verlo, y durante más de un año los siete se encontraron allí para hablar y beber hasta bien entrada la noche.

Aquel día un viento frío agitaba las hojas cubiertas de escarcha, todo el bosque parecía temblar ante la cercanía del invierno que se anunciaba rudo. Bajo los pasos de Xi Kang el suelo crujía, en algún lugar una urraca, cuyo nombre incluye el signo de la muerte, hacía oír su queja. En el cielo, de un gris plomizo, no se distinguían nubes. En la ciudad el silencio de los hombres, más pesado aún, revelaba el miedo, el sufrimiento o la resignación de los que no esperaban nada.

Después de seis años de reinado, el joven soberano Cao Mao, con diecinueve años de edad, harto de verse sometido, quiso mostrar su fuerza y recuperar el prestigio de su abuelo Cao Cao, así como el lugar que le correspondía. Se había rodeado de servidores leales, pero una espada salida de las filas del ejército del clan Sima le había atravesado el costado. El gran oficial Sima Zhao acababa de nombrar a Cao Huan, de catorce años, nieto de Cao Cao, para ocupar el trono y obedecerle.

Xi Kang avanzaba con paso regular, feliz pese a todo ante la idea de reunirse con sus amigos, a los que había convocado para celebrar el regreso de Ruan Ji. Había hecho preparar un caldo de semillas de loto y arroz aromatizado, acompañado con té. El vino traído por Liu Ling no faltaría, cada uno sabía aportar lo mejor de sí mismo. Fiel a su costumbre, Liu Ling había llegado antes que los demás, se parecía en eso a los Inmortales, a los que nunca se les ve llegar o marcharse.

Xiang Xiu y Shan Tao vinieron juntos y se sentaron en las esteras que formaban círculo alrededor de una larga tabla de madera sostenida por piedras. Ruan Ji, su sobrino Ruan Xian y Wang Rong los seguían de lejos. Cuando se acercaron, una urraca alzó el vuelo y fue a esconderse entre los arbustos.

—¡Cómo la envidio! —dijo Ruan Ji en voz baja—. Vive en la montaña, puede ir donde quiera sin verse obligada y, ante el menor peligro, se refugia en la maleza. ¿No es así como se comporta cualquier persona sabia?

—¿Y qué crees que estamos haciendo en este bosque, cuando todo Luoyang está en alerta por el asesinato del rey? —contestó Ruan Xian.

—Nosotros no huimos —replicó Wang Rong—, venimos a divertirnos, a debatir sobre los Misterios y a comer los frutos de la estación.

Cuando la urraca se alejó volando de nuevo, la tristeza de Ruan Ji se volvió soñadora:

—La vida del hombre no es más que engaño y amargura. ¡Ojalá tuviera alas para revolotear en un cielo límpido!

—¿Quién puede pasarse la vida vagando a su antojo? —se rio Wang Rong.

—¡Los pobres más que los poderosos, te lo aseguro!

Los invitados se instalaron, Ruan Ji presentó a su sobrino y al joven Wang Rong, a los que había arrastrado consigo.

—En cuanto conocí a Ruan Ji supe que era un ser excepcional —dijo Wang Rong—. Nos entendimos enseguida porque me di cuenta de que él había encontrado lo que yo buscaba.

—¿Y qué es lo que encontré?

—Lo que la mayoría de la gente ignora: cómo servir al soberano sin dejar de hacer lo que a uno le parece.

Xiang Xiu le miró burlonamente:

—¡Así que este jovencito quiere conocer la Senda de los Antiguos!

—Si esta obedeciese a un principio único y durable —dijo Ruan Ji—, a estas alturas yo sería ministro, y si se pudiera enseñar, no dudo que tú podrías serlo algún día.

Liu Ling, con el gorro torcido, asintió moviendo la cabeza:

—El deber y los deseos no siempre coinciden, ese es el problema. La abnegación era la humilde cabaña de los Sabios Soberanos de antaño, puedes pasar en ella una noche, pero no más. Yo la admiro de lejos y sigo mi camino. ¿Qué opinas, maestro Ruan?

—Servir tanto al Estado como al Tao no está al alcance de todos, estoy de acuerdo. La mejor manera de identificarse con lo que no tiene forma es no apegarse a nada y no comprometerse. Eso se puede conseguir sin hacer nada o cambiando constantemente de conducta.

—La mejor manera de ser útil a uno mismo y al Estado es, por lo tanto, aceptar todas las cosas —dijo Wang Rong—, aunque no sean de valor, y cumplir uno con su deber, aunque no tenga ningún atractivo.

Ruan Ji lo señaló con un gesto de cabeza dirigiéndose a Xi Kang:

—¿Qué piensas de mi joven amigo?

—¡Este hijo de buena familia no se deja estorbar por los principios! —le respondió Xi Kang riendo—. Quien considere la vida como sus ojos, la muerte como sus posaderas y el beneficio y la desposesión como un solo cuerpo, ese es amigo de Zhuangzi tanto como nuestro.

—El que cumple con su deber pero carece de principios no es mejor que el que tiene cualidades innatas pero se niega a hacerlas útiles —dijo Shan Tao de mal humor.

Ruan Ji bebió un sorbo de vino. Cuando levantó la vista, toda alegría había desaparecido de su rostro:

—Esta mañana, al pasar junto a palacio, contemplé los árboles negros y desnudos. ¿Quién recuerda las flores que perfumaban el jardín del rey? Cao Mao era un joven erudito y delicado que amaba a los letrados y los textos antiguos. Más de una vez lo vi deambular por las orillas del río Luo. ¡No se puede decir que su brillo haya durado mucho tiempo ni que su vida fuera larga!

que su brillo haya durado mucho tiempo ni que su vida fuera larga.

Para ahuyentar la tristeza de su amigo, Wang Rong le dijo:

—Te encanta el vino y el gran oficial Sima Zhao te estima, si te mantienes unido a él podrás beber el mejor vino del país. Yo no dejaría pasar esa oportunidad.

—Pues no, ya ves, de ese vino no pienso beber, el vino mediocre de los empleos humildes me basta, e incluso en tal caso me cuido mucho de saber con quién bebo. Convertirme en servidor de Sima Zhao me obligaría a transigir. Una vez corrompido, perdería mis principios, que son lo que más valoro. Entonces no tendría gusto por nada, el licor más puro servido en copa de oro me sabría a orina de caballo. Por eso prefiero embriagarme alegremente en las tabernas.

Ruan Xian exclamó:

—¡Mi tío se emborracha para huir de los cargos importantes y Wang Rong los codicia para poder emborracharse a su antojo!

Shan Tao dirigió a Ruan Ji una sonrisa indulgente:

—Querer servir ocupando un puesto por debajo de tus capacidades no arreglará tu situación ni la del país. Aunque el orgullo de ser puro te acompañe toda tu vida, siempre estarás insatisfecho con tu destino.

—No me quejo de mi puesto, me quejo de aquellos que ocupan un alto cargo y no lo merecen. Pero incluso eso con el vino consigo olvidarlo.

Ruan Ji se quedó callado un momento y miró a sus compañeros. Tosió para aclararse la garganta y continuó:

—Si uno toma un camino equivocado otros pueden corregirlo, pero si la mayoría anda errada ninguno de ellos alcanzará la meta. No me gusta lo que veo en palacio ni en el resto del país. En un mundo que se aleja del Tao y se empeña en no rectificar, yo, que busco el buen camino, ¿cómo podría oponerme a él? Eso sería añadir un error detrás de otro.

—Entonces, dime, ¿cómo podemos transformar a los hombres sin gobernar? —preguntó Wang Rong.

Ruan Ji no respondió. Cogió su cítara y empezó a tocar. Las notas, surgiendo del

silencio, comenzaron a vibrar una tras otra de forma ordenada, sin traba ni precipitación, antes de apagarse apaciblemente como un largo suspiro cuyo final no se percibe. El corazón de los que escuchaban se emparejaba con esa cadencia límpida que templaba las emociones y volvía todas las cosas iguales, sencillas y placenteras.

Cuando el instrumento guardó silencio, Ruan Ji fue el primero en tomar la palabra:

—Es una melodía muy antigua. Durante las primeras dinastías acompañaba los rituales en las asambleas de los feudatarios. A quien la escuchaba, cumplir con su deber le parecía de pronto algo natural, fácil y deseable. El poderoso no oprimía a los que le servían, el oficial no pretendía ocupar el lugar del soberano, todos estaban unidos en el respeto y en el sentido del deber.

—En tiempos de Confucio, la música hacía a los hombres mejores, pero ahora los letrados tocan para sí mismos, con la mirada vuelta hacia el interior e ignorando a los demás —dijo Xiang Xiu.

—¿Podemos hacer otra cosa? —contestó Xi Kang—. El imperio Han se ha dividido en tres reinos que luchan entre sí y Wei está partido en dos bandos opuestos. El deber ya no es servir al país, sino cuidar de uno mismo.

Shan Tao adoptó un aire grave y, extendiendo el brazo, exclamó:

—Mira a tu alrededor, el cielo y la tierra, las montañas y los mares ocupan el lugar que les ha sido asignado. De arriba abajo, cada uno cumple su función. Que las nubes retengan la lluvia o que los ríos se desborden representa una desgracia para todos nosotros. Ocupar el lugar que te corresponde y servir a los demás según tus capacidades, ¿no es vivir en armonía con la naturaleza y con los hombres? Yo no huyo del mundo, me pliego a sus exigencias tratando de hacerlo honestamente, unas veces orgulloso como un brote nuevo, otras trémulo como una hoja muerta, tomando unas veces impulso y otras decayendo como cualquier otra cosa en esta tierra sujeta al ritmo de las estaciones.

—Tengo un solo propósito en la vida y es la vida —respondió Xi Kang—. No puedo distraerme viviendo para otros. Cuidar de uno mismo y no cuidar del país es mantenerse lo más cerca posible del Tao. Si queremos estar a la misma distancia de todas las alternativas debemos mantenernos en el centro, y el centro es uno mismo.

—Pero ¿es necesario para ello elegir entre el Tao y los hombres? —replicó Xiang Xiu metiendo las manos en sus mangas—. Nuestras capacidades pueden ser perfeccionadas, pero nuestra suerte depende del tiempo en el que nos ha tocado vivir. Lo mejor que podemos hacer es poner el interior en armonía con el exterior, de esta manera aceptaremos de buen grado nuestro destino.

Shan Tao se levantó con orgullo, resoplando como un buey:

—Este hombre tiene razón. Las cualidades naturales no son utensilios que se mellan con el uso, son como un espejo que necesita ser pulido muchas veces. Una virtud que no se practica, una enseñanza que no se comparte son un beneficio perdido para todos.

—Vivir solo para uno mismo, a eso lo llamáis dar la espalda a la existencia, yo lo llamo contemplar de frente la verdadera vida —dijo Xi Kang.

Luego, dejando su copa vacía, se volvió hacia Shan Tao.

—Me aconsejas mirar a mi alrededor, mira pues tú mismo —dijo, extendiendo los brazos en dirección a Luoyang—. El rey Cao Mao asesinado, los letrados de los que se rodeaba encarcelados o bajo tierra. El poder está en manos de los Legistas y sus armas deciden nuestro destino, los sabios vagan por las montañas u ocultan su valía para salvar su vida. La Senda de los Soberanos de antaño está sembrada de zarzas, ¿cómo seguirla y sentirse seguro?

—¿El mundo va mal? Todos lo sabemos —respondió Shan Tao con vehemencia —, no es razón para apartarse de él, según decía Confucio. Al rechazar un cargo al que tus méritos te dan derecho, actúas en contra de las reglas, dañas el interés general por satisfacer tu orgullo. Viéndote actuar así, los que se comporten de manera diferente se sentirán culpables. Sigamos el ejemplo de Zilu. Un día salvó a un campesino de ahogarse y recibió un buey de parte de su familia en agradecimiento. El Maestro lo aprobó diciendo: «Zilu ha cumplido con su deber. En el país de Lu, de hoy en adelante, todos se sentirán inclinados a ayudar a un hombre en apuros». Tú te comportas como el mal discípulo Zigong, que pagó el rescate de un cautivo pero no aceptó que el gobernador de la provincia se lo reembolsara. Y el Maestro dijo con un suspiró: «Ya nadie se atreverá a redimir a un cautivo. Zilu fomenta la virtud, Zigong desalienta la bondad».

Wang Rong, con su inteligencia maliciosa, preguntó a Xi Kang:

—¿Se puede todavía afirmar que el simple ejemplo del sabio basta para reformar las costumbres?

—Los confucianos de la Escuela de los Nombres, como ves, nos aconsejan actuar como se debe y que nuestro nombre pase a la posteridad, pero para los adeptos de los Misterios la virtud del sabio es vivir sin esfuerzo y morir sin gloria. La reputación o la persona, ¿qué es más valioso? Para mí, la elección está clara, los méritos y los honores no me harán renunciar a mi espontaneidad, no tengo ningún deseo de ver mi nombre inmortalizado en las crónicas de un historiador.

—Los sabios de la antigüedad no rechazaron su deber —dijo Xiang Xiu—. Los reyes de las primeras dinastías no se preguntaban si sus acciones eran legítimas o no, actuaban espontáneamente y el mundo estaba en orden. El poder y la riqueza no son malos en sí mismos, solo el mal uso de ellos es condenable. Un alto cargo, cuando es merecido, no es inmoral. No puedes negarlo. Un poderoso sin orgullo ni avaricia se comportará de manera justa y sabrá mantener su lugar sin adueñarse del bien de otro.

—¿Cómo puede alguien que posee el poder estar desprovisto de orgullo? El hombre está dispuesto a hacer cualquier cosa para llegar a la cima y, una vez allí, no retrocederá ante nada para mantener su lugar. En el pasado la sabiduría daba derecho al poder, pero en el presente todos desean honores y riquezas porque la humildad y la pobreza son objeto de desprecio.

Ruan Ji lanzó una mirada de desprecio a la lejanía:

—¿Cómo trabajar con esos viles mercenarios? Vestir ropajes bordados y sederías, llevar armas afiladas, habitar en un palacio más grande que los otros, todo esto se llama rapiña y ambición, no tiene nada que ver con el Tao.

—Ambos rechazáis los cargos de importancia porque constatáis los abusos —refunfuñó Xiang Xiu—, os comportáis como el que rechaza toda comida porque ha visto que se puede ahogar comiendo. Un hombre sabio es más útil para el bienestar de los demás si ocupa una alta posición que si se recluye en una gruta de la montaña. La pobreza no es una señal de virtud y, si fuerais hombres ordinarios, os recordaría el viejo proverbio que dice que resulta más fácil para los ricos ser generosos que para los pobres ser honestos.

Xi Kang de repente recuperó su buen humor.

—Hoy parece que la honestidad te lleva más fácilmente a la pobreza que el poder a la honestidad.

—En las circunstancias actuales hay que ser prudente —dijo Shan Tao—. Formas parte de la familia real, pero eso no te mantiene fuera de peligro. No importa lo sabio que seas, si no eres poderoso estarás a merced de los ambiciosos que pululan alrededor de Sima Zhao. De todos estos, Zhong Hui es quizá el más peligroso.

—Para mí —dijo Xi Kang—, es solo un letrado de la Escuela de los Nombres que ha accedido al poder. Puedo leer sus tratados, debatir con él si no estoy de acuerdo, pero poner mis talentos a su servicio para gobernar a otros, eso nunca lo haré.

—No te confíes, sus espías se han infiltrado por todas partes. Sabe que te has retirado en tu casa, que has instalado una fragua en el patio, que Lü An te visita y te ayuda a cultivar hortalizas. Para él eso equivale a una rebelión, no puede imaginar a un hombre brillante que prefiera golpear el hierro y plantar nabos antes que colaborar con él.

—Pues ahora sabe a qué atenerse. Vino a verme y tuve oportunidad de ilustrarle acerca de este asunto.

Shan Tao frunció el ceño:

—¿Zhong Hui vino a verte?

Xiang Xiu se sobresaltó. Liu Ling vació de un trago la copa que acababa de llenar sin apartar la mirada de Xi Kang.

—El favorito de Sima Zhao no se desplaza en vano. ¿Qué quería?

Ruan Ji le contestó inmediatamente:

—Lleva mucho tiempo oyendo hablar de Xi Kang, probablemente quería ver qué aspecto tiene ese letrado admirado por todos sus oponentes.

—¿Y qué vio? —preguntó Xiang Xiu tratando de parecer tranquilo.

—A un hombre con el torso desnudo y cubierto de sudor golpeando sin pausa con el martillo sobre un trozo de hierro —dijo Xi Kang con una mirada

con el martillo sobre un trozo de hierro —dijo Xi Kang con una mirada divertida.

—¿Y luego qué?

—Y luego nada. Yo no podía interrumpir mi trabajo. Un solo descuido y la pieza se hubiera echado a perder.

—¿Y dejaste al ministro en la puerta sin saludarle, sin mirarlo, sin decir una palabra? ¿Quién es sabio y quién está loco aquí? —gritó Wang Rong.

—Esperó pacientemente al pie de su caballo y cuando estimó que no había nada más que hacer, dio media vuelta y se fue. Sin apartar los ojos del hierro que empezaba a tomar forma, le pregunté: ¿Qué os han dicho para traeros hasta aquí y qué habéis visto que os incita a marcharos?

Xiang Xiu no pudo reprimir una sonrisa:

—Para ese pensador legista que solo cree en la razón, esa es una buena pregunta. ¿Y qué contestó?

—«La duda me ha hecho venir, la certeza hace que me vaya», dijo antes de montar sobre su caballo. Después de eso, no lo volví a ver.

Un pesado silencio siguió a las palabras de Xi Kang. Pasado un momento, se escuchó la voz de Shan Tao:

—Sin duda no vino a encargarte una espada bien afilada.

—Espadas hay más de las necesarias para acabar con la buena gente. El hierro que forjo en mi casa no es para los Sima ni para sus partidarios.

—Mantenerte fiel a tus principios es algo admirable, pero es un lujo que hoy en día se paga muy caro —dijo Xiang Xiu—. Aceptar un lugar entre los hombres no es sumisión, espero que algún día no tengas que lamentar tu actitud.

—Vivir como me plazca es el único lujo que me permito. Por lo demás, tú lo sabes bien, vivo sin pedir nada a nadie.

—No hay mayor peligro que subestimar a tu enemigo —dijo Shan Tao—. Eres como el grillo que levanta sus pequeñas patas en el barro del surco para detener el carro del jefe del ejército.

el carro del jefe del ejército.

—¿Crees que servir al poder preserva la vida? —exclamó Xi Kang—. ¿Cuántas muertes necesitas para convencerte de lo contrario? Los sabios mismos, cuando no son ejecutados, arruinan su salud queriendo corregir las costumbres, fatigan la lengua con largos discursos como Confucio, agotan su cuerpo con ayunos y sacrifican su vida para obtener la gloria eterna. Comparemos a estos salvadores de la humanidad con el que se cierra al mundo exterior para dedicarse a sí mismo, preserva su fuerza y defiende su autenticidad. Libre de toda obligación, cultiva su naturaleza en silencio y alimenta su vida en la inacción. Estos dos tipos de sabios son tan diferentes para mí como es la amapola del ciprés. La vergüenza me impide hacer alarde de mis virtudes para ganarme la admiración de los hombres y exhibir mis conocimientos para obtener un cargo. Pero que cada uno de vosotros haga lo que mejor le parezca, no puedo reprocharos tener ambición, yo también la tengo, a mi manera.

Luego, levantándose para servir de beber a Shan Tao, que le miraba desconcertado, Xi Kang prosiguió:

—Vamos, no pongas esa cara, toma un trago a mi salud, yo brindaré por tu éxito. Nuestros principios difieren, pero nuestras costumbres son las mismas.

El anfitrión y sus invitados vaciaron sus copas olvidando las diferencias.

Xi Kang, después de limpiarse las manos, sacó la cítara y se aseguró de que el instrumento permanecía afinado a pesar del frío. Entonces comenzó a tocar sin apresurarse, su mano derecha pulsaba las cuerdas con precisión, despertando el espíritu de la melodía, mientras los dedos de su mano izquierda se deslizaban sobre las cuerdas para alcanzar su tono más refinado. Las notas claras llevadas por el viento colmaban los espíritus, nadie pensaba más allá del instante henchido de gozo. Los que escuchaban creían haber dejado atrás la tierra, el que tocaba creía haber abandonado su cuerpo. Todos habían olvidado lo que amaban, quiénes eran, deseos o pesares no tenían sentido, la armonía de los sonidos y de los corazones llenaba el presente.

Tras una larga introducción, Xi Kang comenzó a cantar uno de sus poemas:

Yendo a merced del viento, mi barca de ciprés

a veces sigue el cauce, otras vaga indolente.

Sereno y puro el corazón, silbo en la brisa,

dejo el remo y me entrego al Gran Vacío,

olvidando la orilla, dichoso todo el año.

Cuando los últimos sonidos se desvanecieron, el silencio ya no era el mismo.

Shan Tao, ebrio de vino y de entusiasmo, tomó un cuchillo y se fue hacia la cítara. Xi Kang lo agarró por la manga:

—¿Qué vas a hacer? Esta amiga no tolera la brutalidad. Tiene un cuerpo armonioso y un alma celestial, con que solo una de sus partes sea maltratada, su voz quedará alterada.

—Quiero saber qué tiene en el vientre para dar un sonido tan puro.

—Tu deseo de destripar mi cítara me honra, pero te ruego que te controles. Si la matas, yo muero, ¿entiendes eso?

Ruan Xian condujo a Shan Tao con ternura, lo sentó bajo un árbol y comenzó a tocar, a cierta distancia de él, La mujer de la morera, una melodía tradicional del Libro de las Odas. Era excelente tocando el laúd llamado pipa, un antiguo instrumento popular que él había transformado para darle una variedad de sonidos expresivos. Bajo su mano, las notas vivas evocaban el lamento de una joven campesina que vio a su marido ir a la guerra tres días después de la noche de bodas. Cuando regresó a casa al cabo de seis años, intentó seducir a una mujer que estaba recogiendo hojas de morera a la entrada de la aldea, sin reconocer en ella a su propia esposa, que acabó quitándose la vida a causa del dolor.

Wang Rong asintió al final de la canción:

—La música henchida de tristeza es sin duda la más bella, pero no desdeño las melodías alegres que te hacen olvidar las preocupaciones. Lo que tocan mis amigos es siempre estimulante, no me canso de oírlos, mientras que la música antigua que tanto amaba Confucio me resulta aburrida.

El joven Ruan Xian, mostrando su pipa, contestó:

—Este amigo puede expresar diferentes emociones, pero ten esto por seguro, la música en su origen no tiene sentimiento. A los que, como tú, se atienen a la impresión efímera les gustan las canciones, pero no aman la verdadera música, buscan una emoción que viene de fuera sin tener que trabajar, quieren el beneficio sin esfuerzo, y en cuanto a aquellos que quieren cautivar los oídos tocando muchas notas y llegar al corazón con palabras alegres o lascivas, son músicos bien mediocres. Ignoran que la buena música es simple y sin sabor, pero tan pura como el hielo y la nieve. Apacigua tanto al músico como al que escucha, es por tanto semejante al Tao, parece pobre pero es rica, parece antigua pero es eterna.

Wang Rong sacudió la cabeza con aire incrédulo sin apartar los ojos de la cítara de Xi Kang. Este último se apresuró a guardarla en su estuche y le dijo:

—Cuando el instrumento calla la música no desaparece. Antes de hacerse oír no tiene principio ni fin, es una y no tiene nombre, es música pura, la música silenciosa. Cuando se manifiesta, toma la forma de un aire particular y puede pasar por todas las variaciones que las cinco notas permiten sin que su naturaleza cambie, sin apartarse siquiera de su origen. El silencio nunca ha dejado de acompañarla, como el cielo nocturno para las estrellas, es el vacío del que surgen las notas, sobre el que se dibujan y hacia el que tienden.

—El sonido es la virtud de la música, el silencio es su naturaleza profunda —añadió Ruan Ji. Extensa como el cielo, múltiple como los hombres, la música pura conserva su naturaleza sin apegarse a una sola forma y se expande sin perder nada. Es como el Tao, por eso Confucio la estimaba tanto.

Wang Rong, con el ceño fruncido, se volvió alternativamente hacia Ruan Ji y Xi Kang.

—Todo esto puede ser cierto, pero decidme, ¿cómo distinguir la buena música de una melodía ordinaria?

—Las melodías vulgares producen la misma impresión en todos los que las aprecian, pero la verdadera música te devuelve a tu propia naturaleza —contestó Xi Kang—. Transmite más de lo que muestra, en tanto que las piezas ordinarias son fáciles de recordar, pero el efecto que producen se desvanece con ellas.

Se escuchó la risa infantil de Ruan Xian:

—¡Lo mismo puede decirse de los hombres!

—¿El silencio y la música necesitan discursos tan largos para hacerse comprender? —exclamó de pronto Liu Ling, tirando del cuello de su túnica—. Tocad, embriagaos y disfrutad del momento presente, el goce espontáneo es el único conocimiento a nuestro alcance, todo lo demás son viles especulaciones.

—¡He aquí a nuestro sabio loco que viene a darnos una lección! —dijo Xiang Xiu, sacudido por una carcajada.

—No me gustan los que dan lecciones, si puedo elegir, prefiero la condición de loco a la de docto, me parece más decente y más cercana al Cielo. El Cielo me hizo bebedor, ¿sabes?, y no traicionaré mi naturaleza celeste.

—¿Qué tienes que decir sobre el Tao, maestro bebedor? —preguntó Ruan Ji.

—El presente es eterno y efímero, necesita cambiar para seguir siendo el mismo. El hombre del Tao no guarda nada para sí, todo irá bien si los ricos dilapidan sus tesoros, los pobres lo celebran alegremente y los sabios no se acogen a la esperanza. El aliento que entra debe salir, no somos tan diferentes de las flautas, después de todo.

Xi Kang lo miró con admiración.

— Ya os lo decía, este hombre no razona, ¡resuena!

# V

# LA MÚSICA DEL TAO

Aquel tercer día de primavera, era más de mediodía cuando Wang Rong llegó, extendió su estera y se sentó sin levantar la vista ni saludar a nadie. Xi Kang se apresuró a servirle de beber. Todos callaron y esperaron. Shan Tao lo observaba de reojo, Ruan Ji, desde el lado opuesto, hacía lo mismo. Liu Ling, con la mirada fija en el fondo de su copa, al cabo de un momento finalmente alzó la cabeza. Ruan Xian tomó su laúd y luego, cambiando de opinión, lo volvió a dejar. Xiang Xiu empujó los rollos escritos que tenía delante y miró a Wang Rong como si lo estuviera viendo por primera vez. El ligero viento que agitaba suavemente las hojas cesó pronto, todo el bosque parecía retener la respiración.

—¿Podemos vivir sin saber? —preguntó de repente Wang Rong, conteniendo apenas su irritación—. Los discípulos de Laozi afirman que el caos informe y silencioso está en el origen del mundo y dirige su evolución. Xiang Xiu, por otro lado, argumenta que las cosas y los seres deben su existencia solo a sí mismos. ¿El Aliento que surge del caos es creador o debemos buscar el origen de la vida en la vida misma?

—Lo importante es vivir, no saber —respondió Xi Kang con voz suave—, todo lo demás es cuestión de opinión. La primera propuesta destaca el centro vacío donde todo empieza, la segunda privilegia la espontaneidad. Ninguna de las dos abarca el Tao en su totalidad. Ese afán de saber y resolverlo todo es propio del hombre, no de la naturaleza, así que no elegir entre esto o aquello es la única manera de no alejarse demasiado de ella.

Wang Rong, sentado sobre sus talones, prosiguió en tono encendido:

—Pero, lo que el hombre no puede conocer, ¿existe o no existe?

Xiang Xiu, también agachado, no pudo contenerse y respondió:

—Entiendo el significado de tu pregunta, pero me faltan las palabras para responderte de manera adecuada. Ves, por tanto, que hay algo que se transmite a

responderte de manera adecuada. Ves, por tanto, que hay algo que se transmite a través del discurso y algo que las palabras no alcanzan a expresar. Aquello de lo que podemos hablar es el aspecto tosco de las cosas, aquello que solo podemos aprehender sin ser capaces de expresarlo es su aspecto sutil. Lo que llamamos Tao escapa tanto al habla como al pensamiento. Saber que hay cosas que quedan fuera del alcance del conocimiento es un primer paso hacia el conocimiento supremo.

—La fuente inmensa del mundo no tiene forma ni límite —repuso Xi Kang—, cada cosa que brota de ella es una manera de ser, una apariencia. Consideremos el viento, nadie lo ve, pero en cuanto empieza a soplar no hay nada capaz de moverse que no sea empujado por él, nada capaz de vibrar que él no haga resonar. Atendiendo a su poder, es único. Atendiendo a sus acciones, es múltiple.

Xiang Xiu, exaltado, continuó:

—La hoja tiembla con el viento porque su naturaleza es ser ligera, el tronco hueco atravesado por su soplo resuena espontáneamente. Responder de acuerdo con tu naturaleza según las circunstancias es seguir el Tao. No tomar una decisión es abarcarlo por entero. Sientes que vibra en ti, levanta tu ropa, hincha tu pecho, eleva tu mente, estás inspirado, respiras, suspiras. No hay nada que entender, todo eso ocurre espontáneamente.

—Creo que lo entiendo —dijo Wang Rong.

—No tan rápido —intervino Xi Kang con aire inquieto—. El viento no es el Tao, el Tao es solo una palabra que utilizamos para significar lo que no tiene forma en sí pero las reúne todas. Es la unidad activa del mundo, el Cielo para los Antiguos, la Senda para Confucio, el Camino de los taoístas y la manera que cada uno tiene de seguirlo. Considera esto: todos venimos del mismo origen y todos somos diferentes.

—¿No sería mejor llamarlo entonces No-Ser o Totalidad? ¿E incluso no darle ningún nombre? Y si todo esto es solo una cuestión de opinión, ¿qué vale la palabra de los sabios?

—Os lo advertí, este joven tiene una sed de saber que va a agotar nuestra paciencia —añadió Ruan Ji tras un suspiro.

Wang Rong, desmoronado, bajó la cabeza para evitar las miradas clavadas en él:

—Me temo que moriré de agotamiento antes de encontrar una respuesta que me satisfaga.

Luego, recuperando gradualmente su confianza, continuó:

—Al Caos primero, ¿qué lo precedió? Y más allá de todos los comienzos, ¿qué encontramos? El fin de la creación no acabará nunca de acabar también? Si miro hacia atrás, veo la raíz del Cielo hundiéndose en la deslumbrante claridad sin forma, y si lanzo mi pensamiento hacia delante, el desenlace huye más allá de todos los límites en una noche helada. ¿Hay algo que gobierne todo esto o no hay nada? Todo podría ser verdad a la vez, todo es en vano, decís, porque lo esencial es inaccesible a la palabra, pero ¿qué cosa mejor que la palabra podría explicar esta imposibilidad? Tanta luz, tanta tiniebla, debo confesar, me da vértigo.

—¿Quién lo quiere como discípulo? —soltó Shan Tao.

Liu Ling estiró las piernas y se ajustó el vestido con un gesto meticuloso mientras hablaba:

—Me recuerda a aquel hábil arquero que podía disparar sus flechas tan rápidamente que la punta de una de ellas se clavaba en la cola de la que tenía delante. Su maestro lo condujo al borde de un abismo, caminó hacia atrás hasta que sus talones estuvieron sobre el vacío. Luego invitó al joven arquero a unirse a él y a disparar. El desdichado, vencido por el vértigo, se desplomó en el suelo sollozando. «El hombre que se recrea en el Tao —dijo el maestro— puede lanzar su mirada hacia las nubes, sumergirla en el abismo o flotar en el espacio infinito sin alterarse. Mírate ahora preso del pánico y sin poder dar un paso. ¡Tu habilidad es muy precaria!».

—Estamos todos aquí hablando del Tao y cuanto más hablamos, menos sabemos.

—Lo más simple es a menudo lo más difícil de explicar —dijo Xiang Xiu sacudiendo la cabeza—. Eso que buscas lo llevas dentro de ti desde que naciste. Vuelve a tu casa y mírate, fuera solo encontrarás malos maestros.

Ruan Ji, apoyado en un árbol, se irguió bruscamente como empujado por un resorte:

—¡Lo difícil, al parecer, es no hablar de ello! El Tao no es un saber, es alzar el vuelo. ¿Quieres estar en el Tao? Deja tu mente en tierra, olvida tu cuerpo. Cuando ya no sientas el suelo bajo tus pies y el espacio sobre tu cabeza no tenga límites, cuando en el centro de todo ya no percibas la distinción entre lo verdadero y lo falso, entre el principio y el fin, entre lo uno y lo múltiple, habrás alcanzado tu objetivo sin haber disparado una sola flecha.

Xi Kang asintió con la cabeza:

—Sentirse llevado por el viento como una brizna de paja o una flor cortada de su tallo es lo que llamamos volar sin alas, para eso hay que poner el cuerpo en armonía con el universo. Entenderéis por qué me cuido de él. ¿Cómo podría abrazar el aliento vital si mi cuerpo se acalora, tiembla de ira o va en contra del espíritu?

—No soy de los que andan por ahí dando consejos —dijo Ruan Ji en tono brusco —. Para vivir mucho tiempo, no hay nada mejor que dejarse llevar como un vagabundo que no sabe dónde asentarse, una cosa suspendida en el aire o un objeto que no tiene utilidad.

Liu Ling, apoyado en un codo, se volvió hacia Wang Rong:

—¿Y nuestro arquero qué es lo que piensa?

—Si lo que dice el maestro Ruan es cierto, voy por el buen camino. He oído decir que lo que no opone resistencia no se desgasta. Yo no soy testarudo, respondo al mundo haciendo lo que se espera de mí. Ante un superior me inclino, mis palabras siempre son comedidas y mi conducta no se aparta de la norma. ¿No es la mejor manera de asegurarse una larga vida?

—Este bruto terminará siendo ministro —dijo Ruan Xian, mirándolo con curiosidad fingida.

—¿Conocéis la historia de los piojos que vivían en los calzones de un rey? —dijo Ruan Ji en tono alegre—. Ellos son felices y, como Wang Rong, creen que están a salvo. Tienen cuidado de no salirse del dobladillo, su discreción es ejemplar y su conducta irreprochable. Pero si los calzones reales son arrojados al fuego, todos ellos se queman. ¿Cuál es la diferencia entre un buen hombre que piensa que está a salvo en la corte y los piojos que viven en los calzones?

—Un buen hombre sabe beber para apagar el fuego —contestó Shan Tao.

Xi Kang se levantó, titubeando, para ir a buscar vino:

—¡Olvidemos el origen, el fin y todo lo que dificulta el goce, abramos nuestros corazones a la primavera! En esta hora todo lo que vive prospera, todo lo que puede moverse sale de las sombras. Que la armonía celeste se una al canto, que brote la belleza, ¡perdámonos en la alegría suprema!

Wang Rong siguió a Xi Kang, con el rostro risueño y los brazos tendidos hacia delante, como si quisiera abrazar el aire fragante y cálido:

—¡Igual que el sol, mi corazón rebosa de alegría!

—Tu alegría rebosa porque es excesiva —le espetó Ruan Ji riendo—. Tu corazón debe parecer un campo quemado por el sol.

—Yo te he visto reír a carcajadas, ¿no era eso también excesivo?

—No era alegría, era el soplo vital.

—Tu alegría te asfixia, la de Ruan Ji le alivia, ¿puedes entender eso? —gruñó Liu Ling.

Ruan Ji sacó su cítara y la posó ante él sobre la tabla de madera sostenida por las piedras. Se limpió las manos en el vestido y luego pulsó las cuerdas con sus uñas finamente pulidas. Los pájaros callan al oír los sonidos puros y los pensamientos se apaciguan. Olvidando su forma, el cuerpo ingrávido se deja llevar con la ligereza de las brumas que llenan el espacio. Con la mirada puesta en las cuerdas vibrantes, Ruan Ji comenzó a cantar:

Abandono este mundo en un carro de nubes,

el Yang como estandarte y el Yin como bandera.

Allá abajo los hombres discuten la verdad,

lejano y sin obstáculo, ya no soy uno de ellos.

Del todo indiferente, recorro el universo

Del todo indiferente, recorro el universo,

la ignorancia me lleva a alcanzar el gran Tao.

Mi morada es el cielo sencillo y solitario,

sin forma ni deseo ¿podrían conocerme?

En el silencio que sigue al canto, la mente retorna a la tierra con la dulzura de una pluma que se posa mientras el ave ya está lejos.

—Así pues —dijo Shan Tao—, cuando el gobernador Ruan Ji desaparece durante semanas y nadie es capaz de encontrarlo, ¿es porque se encuentra en las nubes? ¿Qué traes, dime, de estas excursiones lejanas?

—Una flor cortada que no arraiga en esta tierra —susurró Ruan Ji.

—Esas visiones propias de un Inmortal embellecen los cantos, pero no tienen nada que ver con el mundo en el que nos despertamos cada mañana.

Liu Ling se acarició la barba echando sobre Shan Tao una mirada maliciosa.

—Pues yo he encontrado el elixir que me permite deambular por el Tao sin salir de esta tierra. Actuar a placer es mi única regla, mi recreo es alzar la copa y mi principal tarea, vaciarla. El vino es mi doctrina, no sé nada más. Si dos eminentes eruditos vienen a sermonearme, hablándome de sabiduría y de moral, sin prestarles atención me quedo sentado en el suelo con las piernas abiertas, con una mano lleno mi copa, con otra la vacío, y sumido en la dicha alcanzo la embriaguez suprema. Por más que esté despierto, no sería capaz de oír el trueno ni vería el monte Taishan aunque lo tuviera delante. Desnudo, distante, no experimento vergüenza ni alegría; aunque pobre, no me siento desvalido. Floto sin traba en el espacio infinito, sordo al runrún de los dos moscardones que, allá abajo, siguen discutiendo sobre la virtud.

—Aunque el éxtasis del maestro Liu no alcance la grandeza, al menos evita la mediocridad —dijo Xiang Xiu, lanzándole una mirada divertida.

—¡Este hombre es tan simple como una montaña pelada! —dijo Xi Kang riendo —. No necesita maestro alguno.

Ruan Xian asintió inclinando la cabeza y añadió en tono sentencioso:

—Lo que dices es una gran verdad. Un día, mi tío y yo fuimos a visitarlo sin previo aviso y lo encontramos redactando en un poema su versión del Tao, desnudo como la montaña de la que hablas.

—¿Qué hay de malo en ello? —gritó Liu Ling—. Soy un hombre del Tao, el universo es mi hogar y mi habitación son mis calzones. ¿Qué hacíais vosotros en mis calzones?

—¡Ahora nos llama piojos!

Todos se rieron. La alegría se contagiaba de uno a otro, uniendo los corazones.

La cara de Ruan Ji recuperó poco a poco su seriedad. Empezó a hablar contemplando el pequeño sendero que se perdía entre los árboles frente a él, como si pudiera seguirlo hacia la lejanía:

—Existen hombres como Ling que no necesitan vino para alejarse del mundo. No muy lejos de aquí, unos leñadores vieron el invierno pasado un ser extremadamente delgado que vagaba desnudo por la montaña Gong. Su conducta excéntrica les hizo creer que estaban en presencia de un Inmortal. Dieron noticia de ello al gobernador de la provincia, quien se lo mencionó al gran oficial Sima Zhao. Me encargaron ir en su busca y hacer un informe.

—¿Un informe sobre un Inmortal?

El tono de Wang Rong obligó a Ruan Ji a mirar a sus compañeros.

—No sé si es un Inmortal o un sabio que practica las artes de la larga vida, lo que sé es que ha alcanzado la edad en que los años ya no cuentan. Ha tomado el nombre de la montaña, vive en una cueva, vestido de paja en verano, desnudo en invierno. Su cuerpo no parece necesitar nada, ni siquiera comida. Cuando lo vi estaba agachado, con los brazos sobre las rodillas, al borde de un precipicio.

—Es extraño cómo le gustan los precipicios a la gente sabia —dijo Shan Tao con media sonrisa.

—Me senté a su lado —continuó Ruan Ji—. Le hablé de los Sabios Soberanos y de la virtud de los primeros reyes, pero él permanecía en silencio. Le pregunté después sobre la respiración embrionaria y sobre los ejercicios del cuerpo que

después sobre la respiración embrionaria y sobre los ejercicios del cuerpo que prolongan la vida, pero durante todo ese tiempo no salió una palabra de su boca.

—Tus ideas confucianas sobre la virtud deben de haber resonado en sus oídos como el zumbido de los moscardones del maestro Ling —dijo Xi Kang.

—Gong me miró directamente a los ojos sin pestañear, como si esperara algo de mí. Sin dudarlo, aspiré profundamente y lancé un prolongado silbido. Sonrió y me dijo: «¿Puedes hacerlo otra vez?». Silbé de nuevo con todas mis fuerzas hasta quedarme sin aire, como si de mi aliento salieran las fuerzas que dieron forma al mundo. Después de eso me fui sin añadir palabra.

El joven Ruan Xian, arrodillado en el suelo, miró a Ruan Ji con admiración:

—Mi tío conoce la virtud del aliento, es un gran maestro. Cuando aspira el aire de la montaña y lo devuelve al valle, su pecho se ensancha como el fuelle de una forja.

—En el camino de regreso por la ladera —continuó Ruan Ji—, oí de pronto un silbido comparable a un rugido que sacudió la montaña y sumergió el valle en el silencio.

Luego, volviéndose hacia Xi Kang, que no lo había perdido de vista, añadió:

—El viejo Gong, que había adoptado una actitud discreta frente a mí, esperó a que volviese la espalda para mostrarme su alma de tigre.

—La palabra que emite la lengua siempre será oscura —le dijo Xi Kang sin ocultar su emoción—, pero la claridad que el aliento propaga al margen del espíritu une al hombre con la naturaleza. Quien es capaz de dominarlo puede alargar su vida tanto como quiera.

—Un día el viejo ermitaño tomó su cítara y tocó delante de mí. El instrumento, fabricado por él mismo, solo tiene una cuerda, pero puede hacerte sonreír o llorar según tu estado de ánimo.

—Es un hombre del Tao, conoce la armonía del Centro —dijo Ruan Xian, cada vez más excitado—. Cuando se toca una nota en una cítara, la misma nota vibrará en otro instrumento por resonancia mutua. Los Maestros iniciados de antaño, sin embargo, afirmaban que el sonido que, sin ser ninguna de las cinco notas, es capaz de hacer vibrar todas las cuerdas a la vez, es el soberano de los

sonidos, el del Tao indiferenciado, el sonido silencioso que abraza la totalidad.

Ruan Ji levantó la vista y buscó el cielo a través de las ramas, como para escapar de sus propias palabras:

—Ese hombre de las montañas, ese ser inasible, poco inclinado a hablar, no distingue entre el verano y el invierno, entre lo útil y lo inútil, no desea nada ni carece de nada, viste un hábito sin costuras. Es como el hombre puro que aún no ha hecho eclosión. Todo su ser está en armonía con la naturaleza primera, conserva su autenticidad permaneciendo apegado a su origen. El universo está a su medida, nuestro mundo ya no es el suyo.

—Me gustaría tenerlo como maestro —murmuró Xi Kang.

Xiang Xiu se levantó y empezó a caminar frente a los demás, que le miraban ir y venir como un orador enardecido:

—¿Pero de qué sirve, aquí abajo, no estar en el mundo? Desear lo que el cuerpo quiere, ceder a los placeres, a la ambición misma, es seguir sus inclinaciones. Dices que te conformas con tu naturaleza y rechazas lo que es propiamente humano. Sentir es adecuarse al Tao, sofocar tus sentimientos es estar como muerto. ¿Es más sabio un cadáver que un ser vivo?

—El espíritu —dijo Xi Kang— es como un príncipe en su reino: cuando es violento y no se controla, el cuerpo sufre y obstaculiza el soplo que nos mantiene vivos. Las pasiones que vienen de nuestra naturaleza pueden arruinarla, son como los juncos que crecen en el río, cuando proliferan en exceso acaban obstruyendo su curso.

—Para ser sabios, entonces, ¿debemos desterrar los sentimientos y refugiarnos en la indiferencia? —le preguntó Wang Rong.

—El sabio se conmueve y sufre como todo el mundo, lo que lo distingue de los demás es que deja fluir sus emociones sin retenerlas. Como si estuviera en la cresta de una ola, se deja elevar y bajar mientras permanece en su sitio.

—¿Cómo podemos disfrutar del presente, de los amigos y de la música sin entregarnos a la alegría? —preguntó Ruan Xian, buscando a su tío con la mirada.

—La diversión no está prohibida, hasta donde yo sé —dijo Ruan Ji—. La risa sale de la boca y las lágrimas salen de los ojos igual que el humo sube hacia

sale de la boca y las lagrimas salen de los ojos igual que el humo sube hacia arriba y el agua fluye hacia abajo, ¿hay alguien que los empuje? Son la expresión espontánea que viene del centro, eso es todo.

—En cada nacimiento la humanidad se desarrolla en una dirección, el recién nacido es su manifestación más pura —añadió Xi Kang—. Se ríe, llora y crece sin saber por qué ni cómo. Satisfacer espontáneamente los instintos es parte de la naturaleza humana, pero prolongar voluntariamente la excitación y dejarse arrastrar por los excesos es el resultado de la conciencia, eso es lo que nos aleja del Tao.

Shan Tao también se había levantado y se dirigió hacia Xi Kang. Su gran estatura parecía desafiar los frágiles arbustos que temblaban a su paso:

—El maestro Confucio lo sabía bien, él nos dejó tratados que regulan la conducta y consejos para moderar nuestras pasiones.

—Quisiera tener más vitalidad y menos inteligencia —dijo Xi Kang con tono cansado—. Hay personas que siguen las reglas y sin embargo su vida termina antes de tiempo. La espontaneidad nunca se equivoca, sabe sin haber aprendido y hace lo necesario sin esfuerzo; así, sin actuar, procede el Tao. La inteligencia es una enfermedad, busca saber y cuando sabe quiere saber más, despótica y siempre insatisfecha. Prefiramos lo que está inmóvil y nos hace avanzar a lo que exige grandes esfuerzos y nos deja en el mismo punto.

Xiang Xiu retuvo el rollo que una ráfaga de viento estaba a punto de llevarse. Con un gesto brusco, lo atrajo hacia sí, dirigiéndose a Xi Kang en tono firme:

—¡La inteligencia es lo que nos distingue del animal! Encerrarse en uno mismo puede ser una manera de protegerse pero ciertamente no de perfeccionarse.

Xi Kang se dejó caer pesadamente sobre su estera, derramando el vino en el suelo.

—Los discípulos de Confucio hasta borrachos saben mantenerse rectos y orgullosos como él. Los amigos de Zhuangzi, por el contrario, se dejan mecer por el viento. Cuando he llegado a mi cupo de vino, no resisto más que una hoja en la rama un día de tormenta.

Ruan Ji se volvió entonces hacia su sobrino:

—Creo que todos estamos de acuerdo en un punto: regocijarse por estar vivo es la mejor manera de adecuarse al Tao. Vamos, toca uno de esos aires de banquete que tanto le gustaban a nuestro difunto rey Cao Cao.

—Podemos dudar de la virtud de cualquier doctrina, pero la virtud de esta música nos pondrá a todos de acuerdo.

Ruan Xian se puso a tocar y todos sonrieron, con la mirada perdida en el vacío. Solo Shan Tao mantenía una expresión atenta. Después de que las últimas notas se desvanecieron, exclamó:

—Cuando oigo tocar a maestros como vosotros, me siento transportado por una energía nueva, mi mente se abre a un grado de comprensión del que no me creía capaz. Entonces me siento invadido por un sentimiento de plenitud y de alegría serena. No escucho ya la melodía, lo que mi mente percibe a través del sonido es el movimiento, el aliento que ordena todas las cosas. Abarca al mismo tiempo lo efímero y lo durable, lo particular y lo universal. ¿No es algo extraordinario?

—La mente de nuestro amigo se ha abierto a la verdadera música —dijo Ruan Ji —, ¡esperemos que ya no tenga que destripar los instrumentos!

—Tal es el poder de la música —añadió Ruan Xian—, conmueve el corazón del hombre sin necesidad de palabras y lo empuja sin imponerle una dirección.

Xiang Xiu se apresuró a asentir:

—¿No se parece a la virtud del sabio que lleva a los hombres a la perfección sin pretender enseñar?

La cara de Wang Rong estaba radiante como una luna llena en un cielo despejado:

—¡Para percibir la música pura, basta por lo tanto con desprenderse de la melodía, de sus efectos y de uno mismo!

Ruan Xian lo premió con una palmadita en la espalda:

—¡La mente de este otro se ha abierto al misterio del no hacer! «El Tao no hace nada y sin embargo nada se puede hacer sin él», dijo el maestro Laozi. Esperemos que a partir de ahora mi compañero sepa sacar partido del silencio.

Todos rieron. La fatiga comenzaba a hacerse notar en cada uno de ellos, nadie volvió a decir nada. Liu Ling, que se había dormido al pie de un árbol, despertó de repente:

—¿Qué pasa?

—Nada importante, el zumbido de los moscardones se ha callado, eso es lo que te ha despertado —dijo Ruan Ji.

—¡Ah, el viejo Liu Ling, siempre a contracorriente! —exclamó Xiang Xiu—. ¿Quién negará las virtudes del silencio después de esto?

# VI

# EL DÍA DE LOS ESPÍRITUS

En el séptimo día del séptimo mes lunar, se celebraba el reencuentro con lo que durante el año había sido apartado por el olvido, alejado por la distancia u opuesto por la rivalidad. El día y la noche cesaban su lucha, el Cielo y la Tierra dejaban de estar separados, los Inmortales alzaban el vuelo y los Espíritus vagaban por el fondo de los valles. Las plantas benéficas obtenían su poder de los astros y los pájaros celebraban en el cielo la unión de las estrellas del Arriero y de la Tejedora. Los habitantes de Luoyang, siguiendo las costumbres propias de este día, sacaban la ropa de los baúles para exponerla al aliento purificador del sol.

A la sombra del Bosque de Bambú, seis amigos, reunidos desde hacía más de una hora, bebían y conversaban en voz baja para no perturbar la calma circundante. Shan Tao estiró las piernas perezosamente, suspiró y mirando el sendero desierto, preguntó:

—¿Se habrá olvidado de la cita? Cuando sale al monte a buscar plantas medicinales, a veces se olvida de pensar en el regreso y duerme allá donde la luna le sale al paso.

—Xi Kang no es de los que se alimentan de simples cereales, ¡qué trabajo se toma para prolongar su vida! —exclamó Ruan Xian.

—Hoy es el día propicio para la recolección —murmuró Ruan Ji—, la tierra rebosa de Espíritus.

Liu Ling se limpió el vino de la barba con el borde del vestido.

—Ya lo conocéis, la verdadera embriaguez de nuestro amigo no proviene del vino, sino de las montañas y de los ríos. Ese es el verdadero hogar de los sabios.

—Un día lo sorprendí en el bosque haciendo ejercicios para fortalecerse y mantener su cuerpo flexible —dijo Wang Rong—, me quedé un buen rato

mantener su cuerpo flexible —dijo Wang Rong—, me quedé un buen rato observándolo sin que me viera. Se estiraba y luego se encogía como un dragón que se desliza sobre las nubes, a veces parecía entregarse al viento de las cumbres y a veces rechazarlo con sus manos. Cuando aspiraba, el aliento penetraba en él sin estremecerlo, y cuando exhalaba, las fuerzas oscuras brotaban de su cuerpo purificado. Su firmeza impecable tenía la ligereza de las alas y su elegancia la precisión de los astros. Todo en él era armonía comedida y fuerza envolvente. Su cuerpo me parecía un instrumento y su danza era un combate para defender su propio universo.

—Los mediocres como Zhong Hui lo consideran temible, los espíritus libres como nosotros lo estiman, pero nadie conocerá jamás su verdadera naturaleza —murmuró Ruan Ji.

Una sonrisa apenas perceptible puso fin a sus palabras. El silencio se apoderó otra vez de ellos como una pereza de la que era difícil deshacerse. Xiang Xiu agitó delante de su cara la rama de bambú que le servía para espantar las moscas. Liu Ling, con la mirada borrosa, tomó la copa entre sus dos manos y con un gesto respetuoso se la acercó a los labios. Entonces, sin levantar los ojos, anunció:

—Ahí viene.

Se escuchó un sonido de pasos tan ligero como una llama que susurra en el hogar. Todos los ojos se volvieron hacia el pequeño sendero que conducía al claro. Xi Kang no tardó en aparecer con la tez morena, con un palo en la mano, una gran bolsa en el hombro y la cítara a la espalda. Colocó cuidadosamente el instrumento y la bolsa aromática a la sombra de un gran árbol y arrojó su bastón en un matorral.

—Esta madera es de un solo uso —dijo como saludo—. La cítara me acompañará toda la vida.

—¡Hermoso botín! —dijo Ruan Ji con una amplia sonrisa—. Con lo que hay en esa bolsa se podría alimentar a un Inmortal.

Shan Tao se levantó para servirle un trago:

—Extraña ocupación para un hombre de tu rango la de vagar por las montañas hasta el anochecer, bordeando precipicios, saltando torrentes y siguiendo las nubes con la nariz al aire como un mono.

—Las hierbas y los hongos que traigo alimentan la vida, hay que salir a su encuentro. No se usan para llenar la panza como el arroz y el mijo que crecen en los campos del fondo.

—Que no haya ninguna planta que procure el olvido me parece la cosa más injusta que existe —dijo Ruan Ji con un suspiro.

Wang Rong miró a Xi Kang con aire sombrío:

—¿Qué necesidad tienes de buscar tu néctar en el monte? ¿No estamos bien aquí?

—Lejos de los hombres uno está en el centro del mundo.

—Confucio anduvo por todo el imperio buscando empleo en una época dada a la confusión. ¿Alguna vez dijo que el mundo era un infierno?

—Viendo la corrupción que le rodeaba, tu maestro, sin embargo, estuvo a punto de buscar refugio al lado de las fieras del desierto. Deberías saber que tratar con gente vulgar arruina la vida.

—Vivir con tus semejantes y preferir una fruta jugosa a las plantas amargas es lo más natural, ¿no te parece?

—Muchas personas se entregan a cosas que consideran normales sin ver el daño que les hacen. Solo saben cómo curar enfermedades o constatar su empeoramiento, muy pocos se preocupan por alimentar su vida con tanto esmero como alimentan su cuerpo.

Xi Kang se pasó los dedos por el cabello en desorden, sin cuidarse de quitar las ramitas que se le habían quedado adheridas. Luego continuó con voz tranquila:

—Para ellos, alimentar el cuerpo significa llenarlo hasta el hartazgo. Para el sabio, cultivar su vida es alimentarse de armonía.

Xiang Xiu se limpió el sudor de la frente con cierta impaciencia:

—Huir sin haber cometido delito alguno, apartarse de los placeres sin estar de luto, ayunar sin estar enfermo, no veo cómo puedes llamar a eso alimentar tu vida. Si para vivir mil años hay que renunciar a toda alegría, prefiero una vida

vida. Si para vivir mil años hay que renunciar a toda alegría, prefiero una vida corta y feliz.

Xi Kang, inmóvil, lo miró con una intensidad inusual:

—No cuido mi cuerpo para mantenerlo indefinidamente, sino para hacerlo tan sutil como el espíritu, tan puro y fluido como el agua. ¿Quieres una vida feliz? Yo quiero una vida viviente, no una vida vivida. Cuando la mente vacía alcanza la plenitud, no necesita la alegría para ser feliz.

La expresión de Xi Kang se suavizó de repente. Suspiró y continuó:

—No exijo nada extraordinario, pero no me contento con una existencia cualquiera. Si permanezco al lado de los hombres, soy infinitamente pequeño, si me fundo en la vitalidad como el rocío en el mar, pasaré inadvertido, pero me volveré infinitamente grande.

—Desprecias las reglas más sagradas para refugiarte en lo más pequeño, con granos de polvo pretendes hacer una montaña y conviertes en mar una gota de rocío; en cuanto a alimentarse de armonía, es algo que me parece incongruente. Es el punto de vista de un excéntrico que no tiene nada que ver con el resto de los hombres.

—Cada uno se alimenta de lo que le parece —refunfuñó Liu Ling—. Unos se alimentan de paja, otros de buenas palabras y los más tontos, de gloria. Los prudentes, por su parte, imitan al Cielo y a la Tierra.

Xiang Xiu, ignorando a Liu Ling, siguió con mayor vehemencia:

—Puedes alimentarte de esencias puras, inhalar lo nuevo y exhalar lo viejo o vivir como un oso en el bosque, pero eso no impedirá que mueras cuando llegue tu hora. Aquello contra lo que el conocimiento no puede hacer nada se llama destino. ¿Para qué esforzarse en cambiar cosas sobre las que no tenemos ningún poder? Lo que aún no existía adopta una forma, luego esa forma regresa a su fuente, este movimiento está en conformidad con el Tao.

—Estoy de acuerdo en este punto —dijo Xi Kang—, nada es posible para quien se aparta del Tao, pero todo es posible para el que actúa en conformidad con él. No es tanto mi existencia lo que me importa como la vida, la cual, bajo una apariencia u otra, nunca ha dejado de existir. Mientras pueda formar cuerpo con ella sin imponerle mis propios límites, seré como ella inmortal.

—Si la longevidad dependiera de una conducta apropiada, el sabio sería inmortal. Confucio pasó su vida en consonancia con el Tao para llegar a la perfección y no superó la edad de setenta años. ¿Cómo podemos decir que carecía de virtud o que no sabía cultivar su naturaleza?

—Un labrador que no levanta la nariz de su tierra y solo se preocupa por beber y comer puede vivir cien años. Si toda la sabiduría de Confucio estuviera acompañada por la ingenuidad de los campesinos, él mismo podría haber vivido mil años o más.

Shan Tao había escuchado atentamente sus argumentos. Incapaz de contenerse, intervino:

—«La virtud del hombre perdura cuando él desaparece», afirmaba el Maestro, el recuerdo de una vida ejemplar, eso es lo que lo hace inmortal.

—Por corregir a los demás, Confucio descuidó su propia vida —replicó Xi Kang —. ¿Por qué tratar de enderezar lo que es recto por naturaleza, perfeccionar lo que es puro y ordenar lo natural? Pretender cambiar al hombre es el crimen del sabio. La enseñanza de Confucio huele a cadáver, su virtud de humanidad que preconiza el sacrificio de sí mismo es una podredumbre que atrae a las moscas, su respeto por los superiores y por la buena conducta es un ataque a la salud pública. Alimentarse de la palabra de los Antiguos provoca indigestión, yo les respondo con la salud eterna que bebe en la fuente del principio vital, donde la vida no desgasta el cuerpo, en ese estado de naturaleza donde el hombre está completo y no tiene que perfeccionarse, donde es posible estar en paz con uno mismo sin estudio, vivir dichoso sin trabajar y ser sabio sin saberlo.

El viejo Shan Tao no se dejó desconcertar por el tono de Xi Kang y reanudó su discurso con más vigor:

—El emperador Shi Huangdi buscaba el elixir de larga vida, pero quemó los escritos de los antiguos sabios sin pensar en la triste reputación que dejaría. En vez de transmitir lo que es imperecedero, quiso la inmortalidad para su cuerpo, que era mortal por naturaleza. Se apegó con obstinación a la vida, pero se negó a cambiar con ella. El mayor error, lo que está condenado al fracaso, es intentar retener el presente. Si rechazas la muerte, ¿cómo sabes lo que es la vida? ¿Quién conoce la fuente a la que todo vuelve?

—Quien la conozca poseerá el secreto de una larga vida —contestó Xi Kang con

voz tranquila—. El hombre ordinario va de la vida a la muerte, el que ha perfeccionado su humanidad hace el camino inverso. No necesita para ello lanzarse en busca de la isla Penglai. Los Inmortales han franqueado el paso misterioso sin salir de sí mismos para unirse a lo que no tiene forma. Lo que no tiene forma no desaparece, tales seres son a la vez Inmortales y no nacidos para este mundo. Para ellos, la alternancia y los opuestos han dejado de existir, sus cuerpos sutiles no arrojan sombra sobre el suelo y no conocen obstáculo en su vuelo.

Wang Rong se acarició la barba con un gesto lento antes de hablar:

—Si los Inmortales existieran, como pretendes, alguien los habría visto y Sima Zhao se habría apresurado a ponerlos a su servicio. Sima Qian cuenta que el emperador Shi Huangdi envió un emisario a un mago que decía estar en posesión del famoso elixir. Cuando el enviado llegó a su casa le dijeron que el maestro había muerto. El emperador, furioso, acusó al mensajero de haber llegado tarde y lo mandó matar. ¿Qué piensas de eso?

—¿Quién dice que los Inmortales no existen? —añadió Xi Kang—. Si estuvieses en presencia de uno de ellos, por su apariencia no lo distinguirías de un anciano común y corriente. La vida de la que estoy hablando no es algo que el ojo pueda ver, sino que pertenece a lo que siempre ha existido.

El joven Ruan Xian miró a Xi Kang intrigado, como si quisiera descifrar el secreto de sus palabras en su hermoso rostro curtido por el sol.

—Pero estas criaturas luminosas que tienen el poder de los Espíritus, ¿son también hombres? Y si no lo son, ¿por qué tomarlos por modelos?

—Son seres concebidos por el pensamiento —contestó Ruan Ji—, no hombres con los que puedas compartir tu vino. Enterraron su muerte el día que nacieron y continúan su viaje más allá de nosotros. Sean lo que sean, representan el más alto grado de perfección al que el hombre puede aspirar.

Xi Kang fue a sentarse junto a Ruan Xian con los ojos fijos en las dos sombras que los unían a la tierra. Cuando comenzó a hablar, su voz ligera como el susurro del viento en los árboles transmitía una profunda melancolía que se fue contagiando a quienes lo contemplaban.

—¿Espíritus, dices? Pájaros tal vez, neblina o viento, claridad o noche inmensa,

¡qué les importa ser una cosa u otra! Sanaron su cuerpo y su cuerpo dejó de ser cuerpo. ¿Reconoceríamos hoy al príncipe Wangzi Qiao, hijo del mediocre emperador Ling, a quien Confucio no pudo servir? Asqueado como nosotros por las costumbres de su tiempo, dejó el mundo para recibir las enseñanzas de un ermitaño. Después de pasar treinta años en la montaña, adquirió el misterioso poder de los pájaros. El séptimo día del séptimo mes, tal como hoy, su padre y su cortejo lo vieron desde lejos montado sobre una grulla blanca, pero nadie logró acercarse a él, el joven príncipe dijo adiós a los hombres levantando la mano antes de perderse en el cielo luminoso. Las gentes acudieron, pero solo encontraron un zapato en el lugar donde había emprendido el vuelo.

Wang Rong escuchaba fascinado. Xi Kang se volvió hacia él, con una amplia sonrisa en su rostro:

—Si Sima Zhao les pidiera que entraran a su servicio, ¿crees que esas criaturas celestiales se dignarían bajar de su refugio para aceptar ser gobernadores de provincia?

—¿De qué sirve el talento que no se puede utilizar? —dijo Ruan Ji sin abandonar su aire pensativo—. Podría haberle entregado al rey Cao Mao lo mejor de mí mismo si no lo hubiesen matado. Los pájaros del bosque se reúnen para soportar el frío, si uno de ellos quiere alzar el vuelo en solitario su sombra en la tierra lo retiene. Debemos hacernos pequeños y pasar inadvertidos como ellos para afrontar la tormenta. Mira, yo prefiero volar con las modestas golondrinas en lugar de seguir a la grulla en su majestuoso vuelo. Se eleva hacia las lejanas montañas del Oeste, pero cuando llegue a mitad del camino, ¿pensará en el retorno?

Ruan Ji volvió hacia Xi Kang su rostro de viejo gastado por las idas y venidas, y le dirigió una mirada llena de afecto y desesperación:

—No es posible escapar del mundo. ¿No estamos unidos a nuestros semejantes por un pacto eterno?

—Aceptarlo sería convertirse en un sirviente de los hombres —contestó Xi Kang —. El cuidado de tu naturaleza se logra a través de un trabajo continuo y sin falla sobre ti mismo. Vaciando nuestra mente, aligerando nuestro cuerpo hasta el punto de olvidarlo, nos elevamos al espacio infinito y nos unimos al Tao original.

—Incluso cuando has alcanzado la perfección, no puedes dejar de transformarte —replicó Ruan Ji con voz muy suave—. Una vez que llegas al punto más alto, no hay más remedio que retornar.

—¿Cómo puedes cuidar tu cuerpo y al mismo tiempo olvidarlo? —preguntó Ruan Xian, un poco turbado por el tono serio de Xi Kang—. ¿Cuál es el lugar de la espontaneidad en todo esto?

—Es hacer lo que te conviene sin pensarlo, igual que el sabio actúa de acuerdo con su naturaleza sin proponérselo. Solo la concentración en uno mismo trae la liberación de uno mismo.

Como Ruan Xian lo miraba con incredulidad, continuó:

—Cuando interpretas una música que conoces perfectamente, tus dedos pulsan las cuerdas sin prestarles atención, tu mente está libre de todo pensamiento y tu corazón de toda pasión, tu cuerpo en ese momento fluye en la melodía y sigue su camino sin obstáculos, ¿no es así? La música se expresa a través de él y tu voluntad no tiene nada que ver con ello.

Liu Ling emitió un gruñido que podría haber sido tanto de aprobación como de rechazo.

—Para escapar de la muerte es mejor no pensar en ella, olvida tu cuerpo y el cuerpo se mantendrá vivo, es lo que hace el tonto que no tiene una sola idea en la mente. Su mente está vacía pero su cuerpo está entero, y los dos pasan sin fisura de un estado a otro.

Xi Kang dejó caer todo su cuerpo sobre la estera de junco trenzado y permaneció en silencio durante un momento, con la mirada puesta en las hojas entremezcladas de los bambúes. Cuando empezó a hablar, su voz parecía provenir de un lugar lejano, tranquilo y profundamente solitario.

—Ling tiene razón, vivir es renacer a cada instante, no se puede detener la barca en mitad de la corriente. Los que saben cambiar con el cambio son los que dominan el tiempo, se les llama Inmortales, el sonido de la cítara es lo único que se les parece en este mundo. Cuando la melodía emerge del vacío del corazón, se convierte en una segunda naturaleza, entonces olvido mi cuerpo terreno para recobrar mis huesos inmortales, pero tan pronto como recupero la conciencia, estoy perdido.

Los más jóvenes lo contemplaban con admiración. Ruan Ji, incapaz de ocultar su decepción, llenó una copa de vino con gesto brusco.

—Yo actúo de la misma manera en palacio que en la montaña. Si eres capaz de vivir aislado entre tus semejantes, no necesitas refugiarte en el desierto.

Shan Tao asintió con la cabeza. Sus ojos rasgados dejaron escapar un brillo malicioso:

—El protegido de Sima Zhao no huye del poder, es cierto, pero cuando el gran oficial lo necesita, nunca está allí.

—¿Qué sentido tiene esconderse? —enlazó Ruan Ji, dirigiendo una sonrisa de agradecimiento a su viejo amigo—, ¿no se ha convertido el ermitaño de la montaña de Gong en la principal atracción de palacio?

Al oír el nombre del ermitaño, la expresión de Xi Kang se ensombreció de repente. Se incorporó y quedó sentado, con los brazos alrededor de las piernas replegadas:

—Fui a verle un día para conocerlo. Cada vez que le visitaba se mantenía discreto, pero esta mañana estuvo más elocuente que de costumbre.

—Quizá un Espíritu lo había poseído —le interrumpió Liu Ling—. ¿No es hoy el día en que se aclaran los misterios?

Miró a Xi Kang con una sonrisa amable, pero Xi Kang no se dio cuenta y, con los ojos vueltos hacia la montaña, prosiguió:

—Cuando he querido indagar su enseñanza sobre la larga vida, me ha dicho: «Buscas plantas que prolonguen la vida, la montaña está llena de huesos de hombres como tú, y al pie del horno donde se cuece el elixir yacen montones de cadáveres calcinados». Le pedí un último consejo antes de regresar a la sociedad de los hombres. «Conoces el fuego, me respondió, que produce luz, sin ella sería invisible. Para mantener la llama hace falta madera, para mantener la vida necesitas conocer a los hombres. Tienes talento, pero desprecias los asuntos humanos, con tu exigencia te será difícil evitar los peligros del mundo».

Todos lo escuchaban con una atención que el silencio que siguió hizo más envolvente.

—Aspiras a convertirte en un ser luminoso sin pasar por las diez mil formas que adopta la llama —murmuró Ruan Ji.

Xi Kang lo contempló con tristeza, luego extendió sus largas y musculosas piernas, mirando una vez más hacia el bosque:

—Después he vuelto a solas por el sendero que da al valle. Desde lejos, debía de parecerle un pequeño insecto avanzando lentamente entre los obstáculos de un terreno dificultoso. En un momento dado, al borde de un precipicio, vi un pino que había crecido entre dos rocas, inclinándose peligrosamente sobre el abismo en busca de luz. Su corteza estaba agrietada como la cara de un anciano, sus ramas eran débiles como las extremidades de un recién nacido, pero sus agujas eran de un verde brillante y una voluntad única recorría el árbol desde las raíces hasta la rama más alta. Verlo me devolvió la confianza y he regresado más fuerte. Lo que busco no lo encontraré entre los hombres. Nada me une a este mundo, solo tengo un deseo: elevarme hacia las cumbres puras y desaparecer para siempre en compañía de Wangzi Qiao.

Xiang Xiu, que había asentido con la cabeza aprobando las palabras del ermitaño, blandió su matamoscas de un lado a otro. Ya no intentaba espantar cualquier insecto inoportuno; en su mano la rama se convirtió en arma oratoria:

—Si te atienes a las circunstancias y descuidas el curso natural de las cosas, perderás de vista la unidad del mundo, pero si sigues la Senda del Cielo y olvidas la acción de los hombres no sabrás adaptarte a los tiempos que se avecinan. El viejo Gong tiene razón, lo más seguro y lo más sabio es abrazar lo uno y no soltar lo otro.

Shan Tao sirvió de beber a los invitados a modo de conciliación y añadió:

—Cuentan que había un ermitaño que vivía en una cueva, comía poco y preservaba su aliento vital del contacto humano. Llegó a una edad avanzada, pero un día que miraba al cielo, un tigre hambriento se le echó encima y lo devoró. En la capital, había un famoso letrado que se disputaban los poderosos, a los cuarenta años contrajo una fiebre que se lo llevó. Ninguno de los dos pudo esquivar la muerte.

—El ermitaño solitario no pudo evitar el peligro venido de fuera y el ambicioso letrado fue destruido por el desarreglo de su propio cuerpo —añadió Xiang Xiu —. El sabio evita las imposiciones, pero más sabio es aquel que alcanza a

sentirse libre respetando las reglas prescritas por los hombres.

Wang Rong señaló con el dedo las delgadas piernas de Ruan Xian que sobresalían de su túnica.

—Este, vestido como un mendigo, debe de ser un sabio de primer orden. Quizá haya expuesto sus calzones al puro sol de este día para amoldarse a la costumbre.

—¿Qué tiene eso de malo? —contestó Ruan Xian, en tono jocoso—. Los habitantes de Luoyang exponen su ropa buena a la puerta y yo he colgado mis únicos pantalones en un poste en medio del patio. El que me acusa de ser un rebelde contra la sociedad, ¿me culpa ahora de seguir la tradición?

—No te criticaré por eso, pero ¿está bien exponer tu miseria a la vista de los vecinos? La próxima vez te traeré algo para que te vistas decentemente. La apariencia dice mucho sobre la situación de la gente. Viéndote tan flaco y harapiento, uno adivina enseguida que eres un desdichado.

Ruan Xian le lanzó una mirada desdeñosa mientras movía los dedos de los pies a través de sus sandalias de paja agujeradas.

—No tener un vestido bordado y una sombrilla de seda sobre la cabeza, como tú, es ser pobre, lo admito. Pero traicionar tus principios, eso sí que es desdicha. Yo soy pobre, pero no soy miserable. Venir a debatir sobre el Tao vestido como un príncipe, ser caritativo con los que no piden nada y dar lecciones a los que no las necesitan, nunca me verás hacer eso.

—¡Ya están aquí estos patanes que vienen a estropear nuestros debates con su grosería! —exclamó Xiang Xiu.

—«Tengamos un poco de respeto por los jóvenes —decía el maestro Confucio —. Puede ser que estos muchachos sean mejores que nosotros cuando tengan nuestra edad» —replicó Ruan Ji.

—Esa es mi intención —dijo Wang Rong, riendo—. Yo sabré sacar partido de tus lecciones mejor que tu sobrino.

Ruan Xian dio la espalda a Wang Rong para dirigirse a su tío:

—Que se hará más rico que tú y que yo, eso es seguro, su fortuna crece día a día

Qué se hará más rico que tú y que yo, eso es seguro, su fortuna crece día a día sin que él haga nada.

—Mis palabras y mi ejemplo nunca han servido para enriquecer a nadie —refunfuñó Ruan Ji—. Mi hijo Hun es un perezoso sin remedio y está decidido a imitarme. «Tu primo ya está en el grupo, le he dicho, pero estas cosas no son para ti. Encuentra tu camino, haz lo que quieras, pero hazlo con convicción».

Liu Ling, que se había levantado para llenar su copa, se volvió hacia el círculo de compañeros, balanceándose como un bambú a merced del viento.

—Es un hecho, hay tantas sendas como hombres. Unos desprecian el mundo, otros se sienten impulsados por el orgullo a vivir como osos al borde de los precipicios. Otros predican la bondad y la justicia y quieren reformar a sus semejantes a toda costa, están dispuestos a sembrar el desorden para demostrar que son capaces de restaurarlo. Hay quienes pretenden estar por encima de los demás y gobernarlos, por lo que no dudarán en someterse y arrastrarse como gusanos ante sus superiores. Hay quienes se afanan por alcanzar una larga vida con tanta pasión que se dejan la vida en ello. Y luego está el que no se preocupa por nada, su naturaleza sigue su curso, vive haciendo poco y exige aún menos. Disfruta cada momento como el agua que fluye llenando un hoyo tras otro.

Pensando que ya había hablado bastante, Liu Ling levantó su copa al cielo y la vació con un gesto solemne.

—Beber tanto como lo haces no es la mejor manera de prolongar tu vida —dijo Shan Tao sofocando la risa.

—Aquí donde me ves, he decidido dejar el vino. Esta mañana al amanecer, preparé las libaciones y juré en presencia de los Espíritus que no volvería a tocar una copa.

—¿Lo juraste?

—Juré beber solo por sed o por piedad y no por vicio, después de lo cual me bebí el vino de la ofrenda. Desde entonces, solo bebo piadosamente.

Xiang Xiu se secó el sudor de la frente y del cuello.

—Podrías pedirle al Cielo que nos refresque, quizá él se incline ante tu nueva piedad.

Liu Ling se sirvió de nuevo, dejó caer unas gotas en el suelo y bebió el resto del vino caliente a pequeños sorbos. Todos miraban divertidos su rostro devastado por las arrugas y sus manos temblorosas.

Alrededor se escuchó entonces un leve murmullo, como si todos los grillos del bosque hubieran empezado a correr juntos. Ganado por el rumor, el bosque iba saliendo poco a poco de su somnolencia. La lluvia había comenzado a caer suavemente, mostrando que no tenía prisa alguna por mojar, cavar o llenar la tierra sedienta. Xiang Xiu, vuelto el rostro hacia el cielo, siguió con los ojos cerrados el meticuloso recorrido de las gotas sobre su piel ardiente. Xi Kang y Ruan Ji se apresuraron a llevar sus instrumentos a un lugar seguro bajo una roca.

—El Cielo no siempre es justo —protestó Shan Tao—. ¡Responde a las oraciones de un borracho como él y hace oídos sordos a todas las súplicas de tantos hombres buenos!

Wang Rong, sin poder contener su emoción, observó a Liu Ling, que seguía bebiendo impasible:

—¿Hay una demostración más convincente? Decidme.

—Que llueva después de una oración o que llueva sin que tengas que hacerla, ¿qué diferencia hay?—replicó Ruan Ji, que había recuperado toda su alegría.

# VII

# LA AMENAZA

Cuando Lü An llegó a casa de Xi Kang, encontró a su amigo labrando en el campo cercano. Se detuvo a mirarlo. Sus movimientos eran los de un campesino, pero con su gesto enérgico y plácido parecía un letrado trazando signos en el suelo como lo hacía sobre una tablilla de bambú. Lü An esperó a que llegase al límite del terreno para saludarlo.

—¡Aquí estoy, hermano! Vengo directamente de Dong Ping.

Xi Kang se irguió y le saludó con una sonrisa. Caminó hacia él sin preocuparse por los surcos que iba pisando.

—¿Cómo está tu anciana madre? ¿Has sabido algo de Xun? Desde que empezó a codearse con el ministro Zhong Hui apenas lo veo.

Al escuchar el nombre de su hermano Lü An apretó los puños, sus mandíbulas se crisparon durante un breve instante, pero su boca no dejó de sonreír. Se sentó en el suelo antes de responder:

—Tengo algunas cosas que contarte. Empecemos por la que te concierne.

—¿Has venido de tan lejos para instruirme acerca de mis propios asuntos? —dijo Xi Kang burlonamente mientras se sentaba junto a él.

—Antes de venir a verte he visitado a Shan Tao. Este hombre se eleva en el cielo como el sol de verano. Acaba de ser ascendido a gobernador, pero lo que no sabes es que te ha propuesto para cubrir el puesto que deja vacante. Esta vez no escaparás, vas a entrar al servicio de Sima Zhao.

Xi Kang miró a su amigo como si se hubiera vuelto loco.

—¡Eso es imposible, Shan Tao quiere perderme! ¿La cosa va en serio?

—Tu nombramiento está en manos de sus superiores, ante quienes ha elogiado tu talento.

Xi Kang, consternado, había tomado un puñado de tierra y la aplastaba con fuerza entre sus dedos mientras hablaba.

—Puede que conozca mis talentos, pero ha olvidado mis principios. Si lo que dices es cierto, me veo obligado a romper toda relación con él.

—¿Bromeas? —dijo Lü An, desconcertado, mirando la mano que seguía triturando la tierra.

—No tengo otra opción. Shan Tao es conciliador, no sabe lo que está permitido hacer y lo que no; yo, por el contrario, soy franco e intransigente, somos amigos simplemente a causa del azar.

Tras un breve silencio, la expresión de Xi Kang se fue suavizando.

—A lo largo de mis lecturas he encontrado hombres que han vivido al margen de este mundo. Al principio dudaba de su existencia, pero ahora estoy convencido de ella. Esos seres están constituidos de tal manera que no soportan las cosas más ordinarias. La idea tan extendida de que el sabio se adapta a toda circunstancia y puede vivir sin verse afectado por la vulgaridad que le rodea no se ajusta a la realidad.

—¡Te reconozco bien en eso! Yo, en cambio, no me dejo alterar fácilmente.

—Laozi y Zhuangzi son mis maestros tanto como los tuyos, ellos no se elevaron por encima de nadie. Confucio quería ser ministro para cambiar las costumbres de los hombres. Los Sabios Soberanos en sus palacios y los ermitaños en las montañas vivían a su antojo, todos llegaron a la misma meta por caminos diferentes. No digo que no debamos actuar si la ocasión lo exige, pero cuando has encontrado tu camino es mejor no desviarte de él y permanecer tranquilo.

Lü An se recostó, apoyándose en el codo, contemplando la tierra parda que se extendía ante él.

—En eso estamos de acuerdo.

Xi Kang se relajó a su vez, los dos hombres uno al lado del otro parecían dos bueyes uncidos frente a los surcos.

bueyes uncidos frente a los surcos.

—Siempre he sentido una gran admiración por los solitarios. Perdí a mi padre muy joven, por aquel entonces yo era rebelde y perezoso. Podía pasar dos semanas sin lavarme la cara y quedarme en la cama todo el día. Al crecer no perdí la arrogancia, mi franqueza no encajaba bien con la cortesía, pero no recibí ningún reproche por parte de mis amigos. Solamente estudiaba lo que quería y nunca corrí en busca de la fama.

—Es verdad, la celebridad vino a ti como una visita extranjera que se presentó a tu puerta y, cuando entró, no te levantaste para recibirla. Pero ya que nada puede cambiar tu naturaleza, ¿por qué no haces lo mismo que Ruan Ji? Él ocupa un puesto tras otro y, como si fuera el agua que nada puede herir, continúa siendo el mismo.

Xi Kang hundió sus talones en la tierra recién removida. Su hermoso cuerpo parecía más robusto en reposo.

—Ruan Ji es el hombre más prudente del reino, no critica las faltas de la gente y no hace daño a nadie. Yo intento en vano seguir su ejemplo. Dejando a un lado su gusto excesivo por el vino, posee una naturaleza excelente, pero esto no impide que la gente biempensante lo considere su enemigo mortal. Todavía está vivo gracias a la protección de Sima Zhao. Yo estoy lejos de estar a su altura, en presencia de la gente soy huraño e imprudente. Siempre he denunciado el engaño y la bajeza, tan comunes entre los servidores del poder, suelo criticar a Tang el Victorioso, al rey Wu y a Confucio, el maestro venerado por toda esta gente. Eso me valdrá el odio de mis superiores. Si no aprendo a callarme, ¿cuánto tiempo voy a durar?

—Muy poco.

—Tampoco sé cómo aprovechar las oportunidades que se me ofrecen, la lectura de los documentos oficiales me aburre por encima de todo y soy incapaz de llevar un asunto a buen término. La sociedad tiene sus reglas, la corte tiene su protocolo, sé que hay una serie de cosas que no toleraré y otras que nunca me perdonarán. Tendré que evitar las trampas, ¿pero será siempre posible?

Un pájaro se puso a cantar por encima de ellos. Xi Kang esperó a que terminase antes de continuar.

—Las cosas que me gusta hacer son incompatibles con la vida de un alto

dignatario. He estudiado las tradiciones de los maestros taoístas, me han enseñado cómo prolongar la vida manteniendo el espíritu sereno y alimentándome con plantas que crecen en las altas cimas. Me gusta acostarme tarde, caminar por el bosque cantando y contemplar el agua de los arroyos. En lugar de eso, tendré que levantarme a una hora precisa para resolver los asuntos de los demás, controlar en todo momento mi comportamiento y mi lenguaje, arrodillarme ante los superiores y vestirme decentemente. Sin embargo, ya ves, las reverencias me dan dolor de espalda y me gusta rascarme la cabeza cuando tengo piojos. Además, odio las ceremonias funerarias y todas esas celebraciones a las que los confucianos dan tanta importancia. Y con ellos tendré que trabajar día tras día, soportando sus estúpidas conversaciones y sus miradas despectivas. Me conozco, obligarme a hacer lo que no me place me costará una enfermedad. Renunciar a lo que me gusta para entregarme a lo que odio sería hipócrita y deshonesto, ¿entiendes ahora por qué no puedo aceptar ese puesto?

Lü An se volvió hacia Xi Kang, su tono tenía la misma dulzura que su mirada.

—Tienes razón, no se fabrica una rueda con el tronco de un árbol sin doblegarlo, torcer lo que el Cielo ha hecho recto no conduce a nada bueno. ¡Hay tantos ambiciosos dispuestos a venderse por un abrigo de piel de conejo! Shan Tao no tiene mala intención, cree que hace bien al ofrecer la prosperidad al sabio que admira.

—Bueno, pues el sabio la rechaza.

—¿Y si insiste?

—Le mostraré que para mí el rechazo es más valioso que el don mismo.

Mientras escuchaba, Lü An observaba cómo el sol, filtrándose a través de las ramas sacudidas por el viento, dibujaba una miríada de mariposas sobre el cuerpo de Xi Kang.

—Eres valiente, pero ten cuidado —dijo—. Si aspiras a no servir a nadie más que a ti mismo, ve a refugiarte en las montañas, borra tus huellas, no pretendas esconderte entre los hombres. Los estudiantes de Luoyang, los letrados del país y los poderosos tienen los ojos puestos en ti, eres un ejemplo para unos y exasperas a otros.

Xi Kang se levantó de un salto, disipando al mismo tiempo la visión que había

acaparado la atención de Lü An.

—Está decidido, escribiré una carta a Shan Tao para explicar mis argumentos y romper toda relación con él.

—¿Una carta de ruptura?

—Me ha convertido en un hombre peligroso. Si mi negativa atrae represalias, esta carta le eximirá de toda culpa.

—¡Eximir de toda culpa! Palabras admirables. Para mí no será tan fácil, hay alguien a quien nunca podré perdonar.

El tono de Lü An era tan violento que Xi Kang lo miró con curiosidad y volvió a sentarse a su lado.

—¿Contra quién te enfureces de ese modo, tú, el ser más generoso de tierra?

—La desgracia me ha llegado, como a ti, por la persona en quien tenía puesta toda mi confianza. Sé cómo protegerme de los peligros del camino, pero no creía que un crimen así pudiera cometerse en mi propia casa.

Xi Kang puso su mano en el brazo de Lü An. Este dobló las piernas contra el pecho, como para protegerse antes de continuar.

—Iba de camino hacia Luoyang cuando fui víctima del que comparte mi morada. ¿Entiendes mi angustia?

—No, no entiendo nada, deberías explicarte un poco mejor.

—Mi hermano es el criminal y tres son sus víctimas. Estaba con Shan Tao cuando recibí el mensaje de mi esposa. Me dijo que, aprovechando mi ausencia y el sueño de nuestra madre, el traidor fue a buscarla a nuestra habitación y la forzó. Sus sollozos despertaron a la anciana, que no ha dejado de lamentarse desde entonces.

Xi Kang lo miró, consternado. Se levantó de repente, atrayendo a Lü An hacia sí.

—¿Qué haces aquí escuchando mis quejas cuando el deber te reclama? Mi daño no se puede comparar con el tuyo. Vete, vuelve a tu casa cuanto antes y consuela a las que lo necesitan. ¿Qué piensas hacer con tu hermano?

—Solo tengo relación con la gente que quiero, no estoy acostumbrado a defenderme, pero después de escucharte sé a qué atenerme. Mi hermano es un ambicioso, tiene acceso al palacio y se jacta de ser amigo del poderoso Zhong Hui. Pues bien, voy a poner fin de golpe a su carrera y a su hipocresía, lo acusaré ante los jueces y todos sabrán finalmente de lo que es capaz ese villano.

La cara de Xi Kang estaba pálida y cubierta de sudor. Se sentó cerca de Lü An como si sus piernas no pudieran sostenerlo. Tomó de nuevo a su amigo por el brazo, y aunque estaban solos, empezó a hablar en voz baja.

—Pensemos juntos en lo que conviene hacer para salvar tu honor sin empeorar la salud de tu madre. Sacar a la luz este asunto no hará más que exponer ante los ojos de todos la ignominia que afecta a tu familia. ¿Te sentirás mejor cuando veas tu nombre arrastrado por el barro? Invocas la justicia, pero en realidad estás pidiendo venganza. Cuidado, el odio es una violencia que atenta contra el corazón. Y además Zhong Hui podría ponerse de parte de tu hermano, ¿qué les importaría tu honor a los jueces que quieren acabar con los letrados rebeldes como nosotros?

El brazo de Lü An se liberó bruscamente como para escapar del influjo de Xi Kang.

—¿Qué? ¿Dónde está el que se llamaba intransigente y pretendía enfrentarse a la bajeza y a la perversión cada vez que se presentasen?

—Precisamente, rechazo cualquier cargo para evitar la confrontación. La flexibilidad es lo que te mantiene vivo. Debes saber que hay una forma de actuar que no requiere acción, siempre sale victoriosa porque elimina el peligro antes de que aparezca: se llama pelear sin levantar el brazo. Esto es lo que te aconsejo que hagas, vuelve a casa y pídele a tu hermano que se disculpe contigo y con tu esposa.

—¿Eso es todo? Quieres preservarlo porque es tu amigo, ¿no?

—No, te lo digo porque tú eres mi amigo. Después de lo que ha hecho, él no merece ese nombre. Voy a escribirle una carta para poner fin a nuestra amistad.

—¿Otra carta de ruptura?

Xi Kang sonrió amargamente y desvió la cabeza.

—En efecto. Hubo un tiempo en que los hombres estaban unidos entre sí por un sentimiento natural, sin hacer nada en particular se hallaban en paz consigo mismos, con el Cielo y con sus semejantes. Cuando la espontaneidad y la armonía se perdieron, hubo que implantar la justicia, cuando los miembros de la familia se destrozaron unos a otros, fue inventada la piedad filial. El mundo entonces perdió al Tao y el Tao abandonó el mundo. Desde entonces, el sabio en medio de los hombres se halla tan solo como si viviera en una cueva de montaña, mientras el bandido se pavonea en el poder sin temer por su vida.

El calor comenzaba a hacerse sentir, el olor de la tierra recién labrada los envolvía como un aliento suave y cálido. Lü An se acostó completamente, dando un profundo suspiro que parecía el gemido de un niño. Xi Kang lo miraba con ternura. Luego dobló su pierna derecha por debajo de él como cuando tocaba la cítara.

—He recibido un poema de Ruan Ji esta mañana.

—¿Qué cuenta ese viejo loco?

Xi Kang comenzó a recitar en voz baja:

¿Quién dice que sean detestables los asuntos humanos?

Sin abandonar nuestra morada, mantener sereno el corazón,

cerca de la entrada, un árbol en flor es mi horizonte.

Observando las nubes, vago por lo informe.

Pensando en el amigo ausente y solitario,

me invade el miedo y giro la cabeza hacia el este.

Confío mis palabras al pájaro que huye

y mi pena se aleja poco a poco con él.

Lü An extendió su brazo para tocar el cuerpo de Xi Kang.

—Este hombre es un adivino, ha sentido las amenazas que se ciernen sobre ti. Todos estamos en peligro, ¿qué podemos hacer? ¿Debemos huir como un pájaro en el bosque o, con el corazón como ceniza fría, permanecer en la inacción, contemplando las nubes?

—Siempre has tenido un espíritu soñador y yo la voluntad errabunda. No soy como el común de los mortales que camina a pequeños pasos. Cuando la nube de buen augurio tarda en aparecer, el fénix alza el vuelo. Ya puede el cazador tender su red, que yo me elevaré sobre el mundo hasta hacerme imperceptible.

A lo lejos, un pájaro lanzó un grito feroz, Lü An se estremeció. Sus dedos se hundieron en la tierra como garras que quisieran aferrarse a una nube.

# VIII

# SHAN TAO RELATA EL PROCESO

Tras las primeras lluvias de otoño dejé de ver a Xi Kang y a Ruan Ji. Pasé una vez cerca del Bosque de Bambú, un viento frío soplaba sobre las hojas que días atrás habían vibrado con el sonido de las cítaras. El azar nos había reunido, las circunstancias finalmente rompieron lo que la amistad había tejido y cada uno de nosotros, impulsado por diferentes necesidades, tomó el camino que le parecía más apropiado. Solo soy un servidor del poder, a él debo obediencia, gracias a él puedo desarrollar mis cualidades y mejorar mi posición. Xi Kang, que no aprobaba las teorías legistas, prefirió recurrir al Cielo y solo confió en su naturaleza para actuar.

Puede suceder que el amigo se comporte como un verdugo, o que un hombre se transforme en su propia víctima al actuar de la manera que cree justa. Llamamos destino a lo que hace que las cosas se muevan en una u otra dirección, prosperen o decaigan. Es imposible para el sabio oponerse a él, así como es imposible para el barco rechazar el agua que lo sostiene y lo empuja. La carta de Xi Kang que ponía fin a nuestra relación resumía todo lo que podía separarnos, pero no contenía nada que no se pudiera haber dicho cara a cara durante un debate apasionado y ardiente. No fue la única carta que envió ese año. Romper con sus amigos le resultó doloroso, al parecer, pero fue el único deber social que se impuso a sí mismo y que cumplió con orgullo.

Después del triste asunto que enfrentó a los hermanos Lü, Xi Kang visitó a Xun y le hizo prometer un comportamiento ejemplar hacia su hermano menor si no quería ser llevado ante un juez. La mediación de Xi Kang hubiera podido hacer pensar en una reconciliación. Siguiendo su consejo, en efecto, Lü An guardó silencio y esperó las disculpas de Xun. Pero el culpable encontró otro medio para descargarse de su culpa. Se dirigió al palacio del poderoso ministro Zhong Hui, a quien servía fielmente, y se quejó de que su hermano lo atormentaba con acusaciones injustas. An le reprochaba preferir el servicio estatal al cuidado de su madre, pero él mismo, afirmaba Xun, no dudaba en abandonar su hogar para visitar a Xi Kang, con quien pasaba días enteros charlando, dejando que su

esposa se ocupara de la anciana, cosa que ella hacía de muy mala gana.

No sé exactamente qué se dijo entre ellos, pero supongo que el nombre de Xi Kang debió de despertar toda la atención del ministro. Lo que Lü Xun no se atrevió a decir Zhong Hui lo dijo por él. An, el mal hijo, ¿no habría ido tan lejos como para maltratar a su madre? ¿La golpeó, tal vez? ¿No la oyeron los vecinos quejarse durante días enteros? No se podía dejar sin castigo un crimen semejante. ¿No era el silencio de Lü Xun frente a estas insinuaciones la prueba de que era un buen hombre, incapaz de acusar a su hermano? Si no podía denunciarlo, Zhong Hui se encargaría de hacerlo por él.

Los acontecimientos más funestos rara vez son el resultado de una decisión personal, sino más bien de deseos convergentes y a menudo inconfesos. Lü Xun probablemente no se atrevió a mentir abiertamente. Empujado por Zhong Hui, se dejó deslizar naturalmente por la pendiente que se abría ante él y se vio arrastrado por la mentira antes de formularla, sin poder evitarla ni desmentirla. La tentación se presentó de repente como un hecho consumado que lo liberaba de su culpa y al que se adhirió de buen grado. A partir de ese momento, solo se trataba de cambiar una realidad dolorosa por otra que sirviera tanto a sus intereses como a los del ministro.

Por orden de Zhong Hui, Lü An fue inicialmente condenado al exilio. Entonces Lü Xun recibió la carta de ruptura de Xi Kang, acusándole de haber faltado a su promesa. Su hermano le había perdonado siguiendo su consejo y ahora An se veía acusado por culpa de Xi Kang, pero Xi Kang era culpable solo porque Xun había traicionado su promesa al calumniar a su hermano. Lü Xun, sin embargo, estaba demasiado atareado preparando el juicio como para preocuparse por los reproches de su viejo amigo. Entregó la carta a Zhong Hui, quien la leyó y la guardó con el mayor cuidado. Mientras tanto, Lü An se consumía en un desierto lejano en la frontera del norte, comparándose, en un mensaje que me envió, con el poeta Qu Yuan, pues se veía a merced de quienes convierten lo blanco en negro, a la víctima en criminal, y para quienes la vida de su oponente no vale más que una rama que se corta porque impide el paso. Cuando todo estuvo listo, Lü An fue llevado de vuelta a Luoyang, acusado de calumnia y de faltar a la piedad filial. Para su defensa, naturalmente, recurrió a Xi Kang.

El otoño acababa de empezar cuando Xi Kang se dirigió a Luoyang para presentar una larga declaración testificando a favor de Lü An. Lo imagino caminando lentamente hacia el palacio, con el cuerpo erguido y la expresión serena. En el fondo de sí mismo, sin embargo, debía de saber que la

serena. En el fondo de sí mismo, sin embargo, sentía de saber que la rehabilitación de su amigo no iba a ser tarea fácil. En aquella época Zhong Hui estaba a cargo de la vigilancia de la moral y de la seguridad, distribuía recompensas y castigos siguiendo las reglas de los Legistas y la justicia era un arma letal en sus manos. En Luoyang, había introducido espías en el círculo de los letrados, podía destruir a un hombre de buena reputación tan fácilmente como se aplasta una hormiga. Cuando leyó el alegato de Xi Kang, la satisfacción que debió de experimentar podría compararse con la del tigre que clava sus colmillos en la carne de su víctima.

Los argumentos que llevaron a la detención de Xi Kang fueron presentados por Zhong Hui con el mismo rigor con el que presentaba sus ideas durante los debates. Xi Kang era aliado de la familia real por su matrimonio, pero se negaba a involucrarse en el gobierno del país y no dudaba en defender a un criminal. Ciertamente gozaba de prestigio y se encontraba a la cabeza de la Escuela de los Misterios, que abogaba por el aislamiento y el retorno a la simplicidad. Estos Amigos de Zhuangzi consideraban sabio al que sigue su propia senda al margen de la sociedad, y llamaban rectitud al hecho de no dejarse seducir por la riqueza. Ser fiel a uno mismo era para ellos negarse a servir al soberano, ser leal era defender al amigo a expensas de sus superiores, y ser valiente era desafiar la ley. Estos hombres, que despreciaban los honores y no temían la pobreza ni el castigo, se negaban a someterse a las reglas y preferían refugiarse en las montañas antes que asumir un cargo. Estos indomables, que pasaban el tiempo debatiendo en vez de pelear, festejaban con sus compañeros de juerga y se burlaban de las cosas serias. Estos que decían ser ricos sin trabajar, estar satisfechos de sí mismos sin haber hecho nada, ¿de qué modo eran útiles a la sociedad? Cuando el indolente, el músico y el borracho tienen más prestigio que el soldado muerto en combate o el campesino que alimenta al país, la base misma del Estado está amenazada. Las virtudes celebradas por Xi Kang no eran valores compartidos por todos, sino los disparates de una minoría. Este caso no debía ser considerado como una querella entre dos escuelas rivales, sino como una simple cuestión de justicia. El pueblo no podía comportarse como Zhuangzi o como Laozi, la ley le servía de guía. El respeto de las normas favorecía el orden, la acción individual provocaba desorden, la ley era enemiga de toda singularidad. En consecuencia, la ley debía ser exaltada y no el sabio. Por ello la sentencia tenía que ser ejemplar, mostrar clemencia hacia Xi Kang sería recompensar a los que se comportan mal y conduciría a los espíritus rebeldes a la desobediencia.

Xi Kang no se defendió. Los hechos estaban de su lado, pero el poder estaba del

lado de Zhong Hui. Durante el proceso mantuvo una expresión plácida, como si contemplase las flores a la orilla de un arroyo. Sabía que nadie podía impedir que el arroyo siguiera su curso ni que las flores del verano muriesen con la primera helada.

# IX

# XIANG XIU VISITA LA PRISIÓN

«Ya nada me une a este mundo» fue la última frase que pronunció Xi Kang en el Bosque de Bambú antes de separarnos. Nadie sabía entonces que, dos años después, el mundo se cerraría sobre él hasta reducirlo a los estrechos límites de una celda. Xi Kang había ignorado la existencia del mal y cuando quiso reaccionar contra él, ya no encontró tierra bajo sus pies porque hacía tiempo que había abandonado todos los caminos.

Tan pronto como supe que había sido condenado por despreciar las normas y oponerse al gobierno, decidí abandonar mi reserva habitual y, presentándome como «el docto Xiang Xiu, que había reconciliado a Confucio y a Zhuangzi», pedí ver al ministro Zhong Hui para solicitar personalmente el perdón de Xi Kang. Me recibió con fría cortesía. Empezamos por intercambiar puntos de vista sobre las enseñanzas de Confucio, luego desvió la conversación hacia los incesantes ataques que estábamos sufriendo por parte del reino de Shu, contra el que estaba a punto de iniciar una campaña como jefe de los ejércitos con su sobrino Xun Xu. Cuando por fin abordé el tema que tanto me importaba, sonrió con más calor del que había puesto en toda la conversación y me acompañó hasta la puerta diciendo: «¿Debemos defendernos de las incursiones de un reino vecino y no sabríamos protegernos del enemigo que amenaza el corazón del país? Resignémonos a aplicar la ley. Perderás a un amigo, pero eres un súbdito leal, así que piensa en esto: los remedios eficaces son a menudo los más amargos».

Después de este encuentro fui enviado a una provincia lejana, pero antes de irme tuve la oportunidad de presenciar la revuelta de los estudiantes del Colegio Imperial. La noticia de la condena de Xi Kang se había extendido por toda la capital como el olor del fuego que saca a los habitantes de sus casas. Los jóvenes solicitaron por escrito al gran oficial Sima Zhao el indulto para Xi Kang y un puesto que le permitiese enseñar en el Colegio. Cuando se reunieron ante la prisión, los espías enviados por Zhong Hui empujaron a los jóvenes a cometer actos de violencia. Sima Zhao no podía tolerar los disturbios que perturbaban la

vida de la capital y a las primeras acusaciones contra Xi Kang se sumaron las de incitar al levantamiento y difundir ideas contrarias al confucianismo y perjudiciales para la juventud.

Xi Kang quería vivir en armonía con el Tao y durar tanto como él, pero ¿puede uno mantenerse con vida si se opone a las exigencias de su tiempo? Confucio afirmaba que para el hombre que posee un corazón recto el éxito está asegurado. Cada uno de nosotros había actuado correctamente, ¿por qué el destino entonces iba en contra de nuestra voluntad? ¿Cómo permanecer fieles a nuestra naturaleza y a las leyes cuando entre ellas no hay acuerdo? «Adaptar el comportamiento al curso natural de las cosas es hacerse cargo del destino propio», decía Zhuangzi. Los hombres podían tener razón o caer en el error, pero el curso natural de las cosas no era ni bueno ni malo, era lo que debía ser, ¿cómo podía Xi Kang no verlo?

Cuando fui a la prisión a despedirme de Xi Kang, mi mente febril era incapaz de responder a las muchas preguntas que me acosaban. El tono de su voz no había cambiado, al verlo y escucharlo cualquiera hubiese dicho que estaba debatiendo apaciblemente durante un atardecer en el Bosque de Bambú.

—¿Mi culpa, dices? Mantenerme fiel a mí mismo me ha atraído el odio de los hombres. Era feliz lejos de todos, pero descuidé la lección que dice que en la felicidad hay que vigilar más que en la desgracia. Para preservarme hubiese debido aislarme unos años más en las montañas, echar raíces cerca de un arroyo, con la cabeza levantada hacia las nubes.

Yo estaba convencido, por mi parte, de que cambiar su conducta era la única manera que tenía de salvarse.

—Preservarse es mejor que una muerte gloriosa, ¿no es eso lo que afirmabas? Un gran objetivo no se logra con un acto de valentía, sino por medio de gestos imperceptibles. Recuerda la lección de Laozi, el sabio prefiere retroceder un paso antes que adelantar una pulgada, esa es su manera de avanzar en la inmovilidad.

Sin darle tiempo para responder, continué con voz más suave, como si con cada palabra tuviera el poder de penetrar en lo más profundo de su mente.

—Comportarse como un justiciero con todos y frente a todos es buscar la propia ruina, ¿crees que eso es realmente razonable? Te considero un hombre del Tao,

sé que conviene ser firme en los principios y recto en las intenciones, pero para vivir entre la gente común hay que tener la flexibilidad del dragón que se levanta y se agacha para seguir adelante. A lo largo de la historia hemos visto a personas valientes en medio del peligro que, al ver que el agua les llegaba al cuello, mantuvieron su promesa de no moverse. No hay nada admirable en ellos, al aferrarse a su pequeño valor individual abandonan el Tao supremo. Si tu intención era resistir, hubieras debido oponerte sin exponerte.

Xi Kang negó con un movimiento de cabeza:

—Estaba expuesto incluso antes de oponerme. No busco la confrontación, si yo fuera el vencedor lo lamentaría. La victoria es ganar sin librar batalla.

—Sin librar batalla perderás tu vida —dije, tratando de mantener la calma—. Al final no habrás actuado de forma diferente a Boyi y Shuqi, esos héroes de los que tanto te burlabas. ¿No te arrepientes?

—¡Por supuesto que me arrepiento! —me respondió con una mirada maliciosa —. ¡He despreciado lo que todos desean, he querido respirar el aire fresco de las altas cumbres y aquí estoy, vegetando a la sombra de un calabozo! Me avergüenza pensar en el viejo Gong, que me puso en guardia contra mí mismo. «No sabes vivir entre los hombres», me dijo. Lamento no haber sido suficientemente sabio para evitar las trampas, lamento tener que abandonar este cuerpo que no he sabido proteger, lamentaré dejar mi cítara sin voz al borde del abismo. Lamento mis errores cuando contemplo mi vida pasada, pero no lamento nada si considero lo que me espera.

Se quedó callado y pensativo durante un momento. Luego prosiguió con mayor energía:

—No pude completar la educación de mi hijo. Si pienso en el ejemplo que le dejo quizá sea este mi mayor pesar. Todavía es demasiado joven para comprender los peligros a que hace frente un hombre abandonado a su suerte. Lo primero que debe saber es que quien carece de voluntad no es un verdadero hombre. Sin ella no se puede lograr nada. Los principios pueden ser buenos, pero si no se muestran en la conducta no servirán más que para fomentar el arrepentimiento. Solo la voluntad permite mantener el ideal intacto a través de las circunstancias variables. Adopta una forma u otra, pero mantente puro, cambia pero que nada te cambie, así es como uno pasa inadvertido sin dejar de ser único. Ir a contracorriente es una elección que se paga cara, eso es lo que le

voy a escribir. No debe tratar de imitarme, cada uno es dueño de su propia vida. Si un día debe servir al poder, tendrá que hacerlo con extrema prudencia, un superior que te elige como amigo es un enemigo en potencia. Shan Tao es un hombre honrado, conoce este mundo, le confiaré la custodia de mi hijo. Mientras él viva, mi hijo no será huérfano.

Le tendí mis manos, me habría echado su vida sobre los hombros si hubiera podido hacerlo.

—Ya que exiges prudencia a tu hijo, sé razonable tú mismo. Pide audiencia a Sima Zhao, dile que has reflexionado, que reconoces los méritos de Confucio y de la Escuela de los Nombres. Shan Tao y Ruan Ji tienen influencia, te apoyarán y así podrás evitar el castigo.

—Remover cielo y tierra no garantiza que yo vaya a vivir —dijo, volviéndose hacia el pálido resplandor que caía desde la ventana—. La naturaleza da la vida al pájaro, pero su existencia depende del cazador. Mi vida no me pertenece, mi carácter me empuja a ser ardiente e inflexible contra la injusticia, puedo arrepentirme de mis actos pero no de mis convicciones. Renegar de mis principios me proporcionaría una prórroga, pero esa vida sería un regalo de Sima Zhao que tengo derecho a rechazar. Hice lo que tenía que hacer hasta el final con toda libertad, no he de rendir cuentas a nadie. Está decidido, viví sin imposiciones y moriré del mismo modo.

No supe qué responder a eso. Yo dirigía mi atención hacia el porvenir, no podía tener la lucidez de quien contempla el presente en el instante en que todo termina.

—¿Es justo sacrificar tu vida por defender otra vida? —fue todo lo que pude decir.

Xi Kang bajó la cabeza. Esperaba que me respondiera que un hombre debe estar dispuesto a morir por el amigo que lo estima. Yo podría haber admitido que no era la amistad lo que defendía, sino algo más que eso, como había leído en las Memorias del historiador. Faltar a la amistad era faltar a la piedad, al honor, a la humanidad y a la justicia. Pero su respuesta me sorprendió una vez más.

—No —dijo él—. Cada uno es responsable de su propia vida. Pero ponerla en juego para defender mis principios y no hacerlo para salvar a mi amigo sería un egoísmo imperdonable, ¿no crees?

—Pero entonces, ¿en nombre de qué te obstinas? —grité.

Me miró con ternura y curiosidad como si fuera yo quien mereciese compasión, pero su expresión cambió enseguida, porque se avergonzaba sin duda de la lástima que sentía por mí en aquel momento.

—No me obstino. Mi vida y mis circunstancias son lo que son y solo se oponen si pretendo elegir. ¿Recuerdas al juez Hui de Lu Xia, a quien tu maestro Confucio solía citar? Fue depuesto tres veces de su función. Su amigo le aconsejó que abandonara un estado tan corrupto. Y el sabio le respondió: «Cuando sirves honestamente serás despedido muchas veces dondequiera que vayas, y si yo quisiera servir deshonestamente, ¿por qué debería dejar la tierra de mis antepasados?».

Admiraba a Xi Kang por conducirse así, pero si se hubiera conducido de otro modo lo habría admirado igualmente. Mientras hablaba, caminaba por su celda con las manos cruzadas detrás de la espalda, como le había visto hacer tantas veces cuando debatíamos un tema durante un paseo. Su tono ahora era amistoso, su actitud desenvuelta, los muros de su celda habían dejado de ser muros.

—Todo habría sido más fácil —dijo— si yo hubiera sido un ganso salvaje, no habría esperado el frío del invierno para emigrar. Me habría puesto en marcha en el momento justo, dichoso y sin nostalgia, como una flecha que cruza el aire sin desviarse. Pero, por desgracia, solo soy un hombre que se ha convertido en víctima de las circunstancias. No he sabido conceder lo que me exigen, mis necesidades y las de nuestro tiempo son distintas. He cumplido con mi deber, he actuado con rectitud y sin embargo he sido tratado como el último de los traidores. Pero lo peor, ya ves, lo que más me duele es que mi voluntad no haya servido para sacarme de apuros. Miraba hacia lo alto de la montaña y he tropezado con un guijarro.

Xi Kang sonreía, su sonrisa ahora se parecía a la de Lü An. Rara vez lo vi burlarse de los demás, pero esta vez se reía de sí mismo como si todo fuera una farsa, una trampa puesta por unos amigos para desenmascarar su incompetencia.

—He ingerido los hongos que hacen vivir mil años e inmediatamente después le he dado mi vida como alimento al tigre Zhong Hui. Buscaba la inmortalidad y viviré la mitad de lo que vive un hombre ordinario. ¡Fingía ser un sabio y me he comportado como el peor de los idiotas!

Xi Kang se sujetaba el vientre con ambas manos, sacudido por una risa que me contagió sin que yo hiciera nada para reprimirla. Curvados hacia delante, inclinados hacia atrás, nuestros cuerpos parecían dos cipreses agitados por la borrasca primaveral, nuestras mentes, dos jarrones sin fondo en mitad del arroyo. Bajo el efecto de aquella risa, todo parecía tan límpido, tan fácil. Para nosotros, el mundo había dejado de existir.

# X

# RUAN JI LLORA LA MUERTE

# DE SU AMIGO

«Mil personas que dicen sí valen menos que una que dice no», afirmaba Sima Qian, pero quien tiene la osadía de oponerse encuentra la muerte. Yo, Ruan Ji, tuve la osadía de no oponerme y sigo vivo. Un camino favorece la muerte, otro la vida. ¿Toma partido el Cielo? No lo sé, el propio Confucio se negó a pronunciarse sobre la naturaleza del destino. No tenemos otro maestro que nosotros mismos, eso es lo que enseña el Tao. Mi amigo más querido, mi hermano, ha recobrado su verdadera naturaleza y yo, que todavía soy simplemente un hombre, me veo solo, a la zaga, con el cuerpo pesado y el alma temblorosa. Me tomaba por un iniciado y ahora me hallo indefenso.

Xi Kang era hermoso como un fénix en el monte Taishan. Ocultando su resplandor a los ojos de los hombres, cantaba y se recreaba en las nubes, solo bajaba para descansar. «Lejos del polvo —decía— me mantendré intacto para siempre». Pero este mundo está lleno de peligros insospechados, el cazador vino a tender sus redes hacia los cuatro puntos cardinales y fue imposible para el ave extender sus alas. El fénix que vivía libre y puro fue capturado por un hombre vil.

Ingerir finas esencias para aligerar su cuerpo, llegar al Vacío anterior a todas las cosas para alcanzar la plenitud, eso era lo que él llamaba alimentar su vida, ciertamente no lo que llamamos ser súbdito leal a Sima Zhao. Xi Kang podía convertirse en amigo, pero no en cómplice; Zhong Hui había conseguido matarlo, pero no deshonrarlo. Ante su juez y enemigo personal, Xi Kang permaneció impasible. Era como Ni Yue, aquel sabio de la antigüedad que tenía un talento especial para deshacer los nudos más difíciles. Un día un aldeano experto en el arte de hacer nudos le presentó varios que Ni Yue consiguió deshacer fácilmente, pero al contemplar el último, lo rechazó sin intentarlo siquiera. El otro se inclinó y reconoció su superioridad: Ni Yue sabía que este nudo era imposible de desatar. Como él, Xi Kang se abstuvo de actuar, pero su

nudo era imposible de desatar. Como él, Xi Kang se abstuvo de actuar, pero su superioridad le costó la vida.

Cuando regresé a Luoyang hace un año, Shan Tao y Wang Rong me relataron los últimos momentos de Xi Kang.

—Al amanecer, Xi Kang y Lü An fueron llevados en carreta a la plaza del mercado de caballos —contó Shan Tao—. La mirada de Lü An era dura y decidida como la de un guerrero que parte hacia el combate, su boca conservaba ese rictus que todo el mundo podría haber tomado por una sonrisa y muy pocos por una expresión de dolor. Fue el primero en ser decapitado. Xi Kang se mantuvo erguido e impasible. Alguien a mi lado me susurró: «¡Qué altivo!», pero yo sabía que el orgullo no entraba en sus costumbres. Se había despedido de una parte de sí mismo, la más frágil, quizá todavía se aferraba a una idea. Con mi cuerpo invadido por el dolor y los brazos rígidos como metal frío, yo lo contemplaba sintiendo en mi espíritu un inmenso vacío. Ese condenado con las manos desnudas era el vencedor, armado solo con su vida, que ofrecía al verdugo porque ya no le servía. En el cielo blanco lucía un silencio helado. El viento de pronto levantó el faldón de su vestido, como lo había hecho otras veces en la montaña, cuando Xi Kang soñaba con alzarse con él hacia las cumbres puras, pero esta vez la brisa tenía la dulzura de una caricia, de un adiós. Luego giró la cabeza y contempló su sombra sobre el suelo.

—Viendo que su cuerpo aún proyectaba sombra, Xi Kang debió de abandonar la última idea que le quedaba —interrumpió Wang Rong—. No había logrado escapar de la tierra, no era un Inmortal. Pretendía alcanzar una larga vida, pero todos sus esfuerzos no tuvieron tiempo de dar fruto. Xiang Xiu tenía razón, si la inmortalidad del cuerpo siempre encuentra un obstáculo que la impide, seguirá siendo inaccesible para el hombre, pero ¿significa eso que no exista?

—Para alcanzar la inmortalidad quizá sea suficiente con desaparecer en vida, como hizo Laozi —dije yo—. Al viejo Gong, a quien conocí en la montaña, nadie lo ha vuelto a ver. Ni vivo ni muerto, estará vagando a solas por el Gran Uno, con una suprema indiferencia hacia este mundo.

Shan Tao continuó su historia con voz lenta, con la mirada fija, como si Xi Kang estuviera todavía allí, frente a él, como si quisiera que todo aquello no tuviera fin.

—Su familia vino a decirle adiós. Estrechó las manos de su esposa, se arrodilló

ante su hijo y le susurró unas palabras al oído. Pregunto por su cítara a su hermano y Xi se la dio. Tocó por última vez la melodía de la Quietud Suprema de manera serena y muy pura. Yo miraba el cielo, un pájaro planeaba muy alto sobre la plaza, tenía la gracia de las nubes y la indiferencia de las altas cumbres. Xi Kang tocaba como si estuviera en ese lugar lejano, solo y sin inquietud. La melodía era parecida a un pozo insondable, a las cimas cubiertas por las nubes, al murmullo del viento apenas audible para el hombre común. Era la voz lejana de quien se ha despojado de todo, ligero y casi fuera de alcance. Me pareció ver al Inmortal Wangzi Qiao montado en una grulla, levantando la mano en señal de despedida. Con la pulsación enérgica de la cuerda mayor, la grulla alzó el vuelo, elevándose cada vez más hasta alcanzar el vasto silencio del que no se vuelve. Entonces me convencí de que ese silencio encarnaba la música verdadera, original y definitiva, la que, exenta de forma, expresa el alma del mundo. No era un silencio sordo ni mudo, sino el sonido pleno del vacío. Al concluir, la melodía retornaba a su fuente, la madre de toda música. Cuando hubo terminado, Xi Kang se levantó y rompió su instrumento contra la piedra donde él mismo iba a ser ejecutado. «La melodía de la Quietud Suprema muere conmigo», dijo.

—El cuerpo roto de Xi Kang ya no resonará entre los hombres —susurró Wang Rong con una tristeza que me hizo daño.

¿No somos todos seres hechos de música?, pensé. Un mismo soplo de vida nos anima y cada destino es una melodía única. En el momento en que la cítara de Xi Kang enmudeció para siempre, Shan Tao había comprendido que los sonidos que se pueden oír no son la música suprema, pero eran los que habían abierto su mente al entendimiento.

—Vivir es buscar la armonía con los hombres —continuó Wang Rong— y morir es volver a la naturaleza, pero Xi Kang quería morir para los demás y vivir con la naturaleza para siempre.

—Xi Kang vivía a contracorriente. Lo que representa un pecado para algunos es la única manera de regresar a la fuente de la vida —dije.

Shan Tao aprobó con la cabeza mis palabras. Ese día no pudo añadir nada más. Se despidió de nosotros con lágrimas en los ojos. Me quedé solo con Wang Rong, que no podía resignarse a partir.

—¿Cuál fue la culpa de Xi Kang? —acabó por decir—. Siempre lo vi comportarse de manera impecable. Toda su vida fue prudente, se mantuvo al

margen de los asuntos políticos y esto lo condujo al mismo lugar que a los ladrones y a los criminales. ¿En qué momento falló?

Pensé que antes de hablar necesitaba una respuesta a mis propias dudas.

—Aunque el sabio no dispone de la fuerza, tiene la clarividencia para sí. Xi Kang defendió ideas que creía justas sabiendo que iban en contra del sentido común. ¿En qué nos diferenciamos de una idea? Surge un pensamiento, la idea toma forma, se desarrolla, luego le falta el aire y se desvanece, pero ¿podemos negar que fue verdadera mientras existió?

Wang Rong me lanzó una mirada sombría. Acababa de cumplir treinta años, ya no era el joven estudiante que iba a las reuniones para ejercitar su mente.

—La inteligencia es como el ojo que mira lejos pero es incapaz de ver sus propias pestañas. Recuerda a Chang Hong, el astrólogo de los Zhou. Podía predecir la caída de reyes e imperios, pero no pudo prever su propia muerte.

—En eso tienes razón, la inteligencia que percibe tan claramente la estupidez no puede abrazar el Tao, para ello es necesario saber desprenderse de uno mismo —insistí.

El dolor de Wang Rong adoptaba la forma de una rabia obstinada. Después de un silencio, dejó de apretar los dientes para gruñir:

—Es una pena que la sabiduría solo sirva para morir con dignidad.

—Eso no es lo esencial, cualquier patán puede morir como un héroe —dije yo.

Wang Rong se quedó pensativo, tratando de comprender. Sus compañeros, los que un día fueron sus hermanos porque el destino así lo quiso, tomaban forma de ideas dispersas, hoy abatidas, respaldadas o ignoradas por este mismo mundo. ¿Qué es este mundo?, podemos preguntarnos. Solo conocemos de él las diversas circunstancias en las que aparece. Cuando lo miramos de frente, parece cambiar constantemente, la felicidad y la desgracia no se adquieren para siempre. Si aspira a sobrevivir, el hombre debe adaptarse a los ritmos de las estaciones, de las leyes y de las costumbres. Sus variaciones, no obstante, provienen de una fuente que fluye desde siempre de manera regular, constante y sin desvío. Es a la vez el origen y sus transformaciones, el vacío y la exuberancia, lo anónimo y el nombre de toda cosa. El mundo es lo único que percibimos del Tao, siempre cambiante y sin embargo imagen de rectitud y constancia.

cambiante y sin embargo imagen de rectitud y constancia.

Tales debían de ser los pensamientos que lo mantenían en silencio en aquel momento, con el ceño fruncido y el cuerpo tenso en su esfuerzo por no hundirse en la desesperación.

—Pero entonces, ¿la virtud exige sacrificio? ¿Está lo verdadero condenado a cambiar sin cesar?

Nunca había sentido tanto afecto por él como en ese instante.

—¿No tienes hambre? —le dije—, no has comido nada en todo el día.

Pasamos todavía buena parte de la noche bebiendo y conversando, y luego Wang Rong se marchó para ocupar su puesto. Había conseguido un cargo significativo en el gobierno de Sima Zhao. Más tarde alcanzaría el rango de gobernador. Su carrera no parecía tener límite.

Entonces me quedé a solas con mi cítara, frente a la puerta de Luoyang que Xi Kang y Lü An habían cruzado antes de su ejecución. Pensaba y bebía. Bebía y dejaba que mi mente divagase en la oscuridad.

¿Adónde va a parar la dicha de otro tiempo? Cae la noche, llega enseguida la aurora que dará paso a la tarde y nunca más volveremos a ver al amigo, el único con el que podríamos compartir nuestros pensamientos. ¿Cuándo volveré a ver a un hombre semejante? Como un caballo que ha perdido a su compañero, prosigo mi viaje sin alegría. Mis mejillas se han hundido con el tiempo, mi aliento se debilita y se desvanece lentamente. En lo profundo de mí arde un fuego poderoso, pero la inconstancia de los asuntos humanos se ha encargado de abatirme. Lo que es fresco y hermoso al amanecer, por la tarde parece viejo y feo, haces proyectos por la mañana y te traiciona el crepúsculo. Los poderosos no escapan a su suerte, he visto cómo una nube ligera puede ocultar el sol, ni la riqueza ni el poder pueden ser retenidos para siempre. ¿Cómo pensar en cosas duraderas?

Mis pensamientos pasaban de una época a otra como un animal perdido que gira la cabeza en todas direcciones sin ver nada que pueda darle regocijo.

Cao Shuang condenado a muerte, el emperador Cao Fang hecho prisionero, su sucesor Cao Mao asesinado, y ahora el soberano Cao Huan reducido a la impotencia, confinado en un ala de palacio. Los tallos floridos se han convertido

en paja, ¡qué cerca está el fin de esta dinastía! Ha llegado el tiempo de su destrucción. Como la ayuda mutua no puede salvar a nadie, pensé para mí mismo, es mejor ignorarnos unos a otros y que cada uno conserve el mundo en su interior. Atormentarse por los demás impide que la mente se pose en cosa alguna, pero la soledad, por otro lado, llena el corazón de tristeza. ¿Con quién compartir estos pensamientos, todas estas palabras enterradas para siempre? Nadie más conocerá el fuego que me consume. Pensaba en el que había sido mi amigo y mi hermano, hablar con él me hubiera consolado. Me volví hacia el monte Shouyang, miré al cielo que conservaba aquella promesa grabada: no olvidarnos el uno al otro por toda la eternidad.

De pronto un pájaro a lo lejos se puso a cantar. Fue como la llamada del horizonte. ¡Partir, partir lejos de todo! Abandonar mi pequeño hogar, olvidar Luoyang y el monte Gong, ¡he derrochado aquí todo el bien que tenía! Alzaré el vuelo, en el espacio infinito cabalgaré sobre el viento, con la mente vacía de pensamientos, sin una mota de polvo sobre mi cuerpo.

La niebla del amanecer se disipaba poco a poco ante mí como la belleza de una Inmortal de rostro lívido. Su cuerpo tenía la misma levedad de las nubes, los colores de sus velos se combinaban armoniosamente. Se dio la vuelta, me dirigió una larga mirada de adiós y de repente desapareció sin dejar rastro. Los primeros resplandores del día iluminaban el camino desierto, reconocí mi vieja morada. ¡Qué pena ser capaces de debatir sobre los Inmortales sin verlos nunca! Cuando era joven me gustaba leer el Libro de las Odas, bajo mi tosco vestido escondía pensamientos nobles, mi corazón estaba abierto a los Cuatro Orientes, mi mente volaba hasta los confines del universo en busca de los Inmortales. En lo alto de una colina veía las tumbas de los héroes que una vez fueron ilustres, generaciones enteras se encontraban allí reunidas. ¿Qué queda de su gloria ahora? Ya adulto, creí poder escapar de la polvareda mientras trabajase por el bien de los hombres, pero cada día traía un nuevo pesar y en mi interior se abría paso un dolor nuevo.

Un viento frío se había levantado y agitaba las mangas de mi vestido. Me enjugué una lágrima con el dorso de la mano. Uno no puede cruzar la última puerta del cielo y flotar indefinidamente en el mar sin orilla, la luz que despunta solo dura un momento.

Pulsé la cuerda larga de mi cítara, que sonó con un tono lúgubre. Un hombre se me acercó.

—¡La urraca llora por su compañero!

Era la voz alegre de Liu Ling. Por su aspecto vi que no había dormido. Puso su mano sobre mi hombro, pensé que iba a hablar, pero después de mirarme, levantó la cabeza hacia el monte Shouyang y permaneció callado.

—¿Adónde vas? —le dije después de un momento.

—Hacia allá. Últimamente prefiero la compañía de las fieras a la de los hombres. ¿Cómo está tu sobrino, el noble Ruan Xian, ha conseguido prosperar?

—A ese no le gusta el poder, solo la música —le dije—, ¡más de uno quisiera verlo enterrado bajo el papeleo y los asuntos públicos, pero nunca se ha podido silenciar a la parte pobre de la familia Ruan! Cuando no podemos hablar, tocamos, y los sonidos llegan donde las palabras no alcanzan.

—Y su gusto por el vino, ¿han conseguido que se corrija?

—No —le dije riendo—, permanece puro e intacto. Supongo que sobrio podría tocar también, pero nunca he llegado a comprobarlo.

Dejando de lado el horizonte, sus ojos se posaron en mi cítara:

—Con ella nunca estarás solo.

Acaricié el instrumento silencioso. Cuando Xi Kang vivía, nos turnábamos tocando el uno para el otro. Ahora mi cítara no tenía a nadie que la apreciase. Me hubiera gustado ser un pájaro y gritar en las nubes mi dolor. Este dolor y esta pena, sin embargo, pasarían, pensé entonces, solo una gran hazaña hubiera podido quebrar mi frágil cuerpo.

La gran hazaña aconteció, en efecto, algo más tarde, sin que yo fuera plenamente consciente de ello. ¿Quién fue su autor? No puedo asegurarlo. Poco después de la muerte de Xi Kang y de Lü An, regresaron victoriosos de su campaña contra el reino de Shu el ministro Zhong Hui y su sobrino Xun Xu. El éxito del ministro le valió al gran oficial Sima Zhao un título y honores hereditarios que lo designaban como sucesor del emperador Cao Huan, quien entonces tenía catorce años. Todo estaba planeado para que el descendiente de Cao Cao renunciara en favor de la nueva dinastía. Según las normas confucianas, Sima Zhao tenía que rechazar el cargo para ser digno de él. Así que lo rechazó por vez primera. Sus allegados insistieron, pero Sima Zhao sostenía que se sentía incapaz de asumirlo

allegados insistieron, pero Sima Zhao sostenía que se sentía incapaz de asumirlo. Más tarde me contaron que esos mismos oficiales enviaron a un emisario en mi busca. Yo me encontraba entonces en casa de un amigo, borracho desde hacía dos días. Me pidieron que redactara un texto para convencer a Sima Zhao de que aceptase el título de emperador, pero yo no podía levantarme para recibirlos ni articular una sola palabra. Me pusieron entonces un pincel y una tablilla de madera en las manos. Escribí como lo suelo hacer, movido por una aspiración sublime: imaginé a un hombre maduro capaz de salvar al país, le exhorté, en nombre del deber, a que aceptara el honor supremo, solo él podía restaurar la unidad perdida del imperio. ¿Quién era ese hombre que yo presentaba como superior a todos los héroes de la antigüedad? ¿Existía acaso? No me planteé la pregunta, sino que puse lo mejor de mí mismo en aquel escrito que me arrancaron de las manos una vez terminado. Sima Zhao lo leyó e inmediatamente accedió a ocupar el lugar del joven rey. Yo que nunca había dejado de respetar la dinastía Cao Wei, a la que mi padre había servido, acababa de ponerle fin con un trazo de pincel. Esta hazaña, celebrada por todos, tal como yo había previsto, destruyó mi salud.

En el presente, sin amigos y sin alma, compruebo que mi vida está llegando a su fin. En el parque de los Sabios Soberanos de antaño siempre había una salida para que los animales pudieran escapar de los cazadores. Cuando la viga superior del techo se desmorona, nada nos separa del cielo, siempre ha sido así. Al hermano que se ha ido ya no puedo encontrarlo, ya no puedo esperar el advenimiento de otros señores leales a los que pudiera servir. Tomo el camino de regreso, voy a buscar refugio en el Tao, la morada abierta y resplandeciente en la cumbre de las cumbres, y esta vez nadie encontrará mis huellas.

# HAN SHAN, LA MONTAÑA FRÍA

# I

En medio del mar del Este, la isla Penglai, la morada blanca de los Inmortales, aparece a lo lejos como una nube posada sobre el horizonte. Los ojos acostumbrados a las grandes distancias perciben enseguida la montaña flotante envuelta en bruma, expuesta al furioso asalto de las olas. Pero eso que de lejos parecía real se desvanece tan pronto como el marino intenta aproximarse. El agua que golpeaba la roca con fuerza se abre ahora, se eleva, extiende sus crestas cubiertas de espuma como reflejo vivo de la montaña que creíamos haber percibido y que, de pronto, parece haberse hundido. Así desaparece una vez más, ante los ojos de los navegantes a punto de alcanzarla, la tierra de los Inmortales, que solo los pintores han sido capaces de mantener eternamente pura sobre el lienzo.

El hombre atraído por los Misterios puede, en cambio, dirigirse hacia el sur hasta la antigua orilla de Zhejiang, donde los Espíritus de la montaña y del mar se encuentran para ofrecerle un paisaje real y tan asombroso como el arrecife salvaje del norte que nunca se alcanza. Quien tenga ojos para ver, afirma el pintor Gu Kaizhi, percibirá en la costa cómo las cimas suspendidas sobre el vacío imitan la avalancha de las olas, y allá donde dirija la mirada, crestas que se hunden, huecos que se llenan de verdes erupciones arboladas, masas palpitantes reflejadas en la gran agitación del mar. Cerca de la orilla, el macizo del Tiantai parece flotar y estremecerse bajo la luz de la luna, tan visible como irreal, haciendo que creamos en el movimiento perpetuo de la roca.

El mundo que la mirada percibe es tan ilusorio como la imagen pintada, pero a través de esta ilusión es posible conocer la realidad pura que se nos escapa. La montaña hecha de materia áspera y densa parece impenetrable a primera vista, pero es su parte oculta la que habla a nuestro espíritu. Bajo la masa de curvas y de picos, el corazón siente la fuerza efusiva de su naturaleza eterna. Las montañas pintadas por los Antiguos eran puras y misteriosas, nunca inertes. Para Wang Wei, el ojo es útil si se pone al servicio de la mente. Solo la mente vacía de pensamiento puede aprehender la realidad que se oculta detrás de las formas y solo la pintura es capaz de representarla. Cada vez que Wang Wei pintaba, se

abría a la naturaleza. Cuando veía precipitarse el agua de un torrente desde lo alto del acantilado, su mano se lanzaba sobre el lienzo como un pájaro de presa y con una pincelada transmitía el impulso de su corazón a través de la forma evanescente.

Zong Bing, viejo y enfermo, contemplaba los paisajes que había pintado y desde su lecho se paseaba por el Tao. El espíritu de la montaña que había percibido con el corazón durante sus excursiones lo veía después en sus pinturas. Sobre el lienzo la montaña parecía muy pequeña, pero su cima, oculta por las nubes, tocaba el cielo, y en su centro el espíritu del valle tomaba el nombre de Hembra Misteriosa, Raíz del Cielo y de la Tierra. La realidad parece escapar al hombre, huir y distanciarse sin fin, pero una vez que alcanza el infinito retorna hacia el hombre. Zong Bing había sido capaz de pintar la verdadera naturaleza de la montaña porque llevaba dentro sus impulsos y sus brumas, su aliento así como sus vértigos. Las cosas revelan su ser en la distancia, en la lejanía es donde se ordenan y en el espíritu donde se animan. De igual manera, los principios del Tao y la Senda de Confucio, tan lejanos en el tiempo, Zong Bing los vio aclarados novecientos años después en la Ley de Buda.

El verdadero cuerpo de Buda, el hombre que había experimentado la iluminación en las tierras del Oeste, permaneció visible mucho después de su muerte. Se cuenta que, después de convertir al rey de Nagarahara, Buda se disponía a abandonar el país, cuando su nuevo adepto le reclamó una señal duradera de su paso. Entonces Buda se hundió en la roca dejando la huella de su cuerpo en la pared de piedra. En tiempos de Zong Bing, un peregrino que regresaba de la India le contó al monje Huiyuan que había visto la sombra de Buda sentado, con las piernas cruzadas y coronado de luz, reflejada en la pared de aquella gruta. Esta imagen, visible desde lejos, desaparecía tan pronto como uno se acercaba a la piedra oscura y rugosa. Huiyuan, que había acogido a Zong Bing en su monasterio, encargó a otro pintor que reprodujese sobre una tela de seda la sombra de Buda, según la descripción del peregrino, y mandó construir un santuario en el monte Lu para preservar la imagen. El dibujo, todo en claroscuro, era tan perfecto que la silueta, con su halo de luz, parecía haber sido pintada en el vacío, semejante a una nube lejana cargada de aurora. Los peregrinos que se recogían en la gruta habían podido contemplar, bajo la forma oscura, el espíritu radiante, la misteriosa apariencia de lo inefable proyectada en la piedra. En el monasterio del monte Lu, sobre la tela fina el milagro se reproducía y esta vez la ilusión creada por el hombre servía para mostrar la realidad que solo el espíritu puede concebir.

El Tiantai, que alza sobre el mar su masa oscura y salvaje, es entre todas las montañas del sur la más extensa y la más misteriosa. Sus cumbres perdidas en las nubes son el reino de los pájaros. Rara vez se menciona su nombre en los libros de historia y solo se hace para destacar hechos extraños propios de los Inmortales. Desdeñada por los hombres influyentes, inmensa y lejana, jamás tierra alguna ha sido tan poco frecuentada. Protegidos por abruptos acantilados, los picos cubiertos de niebla parecen inaccesibles y fuera de este mundo. Solo algunos espíritus clarividentes pudieron captar la verdadera naturaleza de esta montaña y pintarla en cada tela bajo aspectos tan diferentes.

Gu Kaizhi había viajado al Tiantai y contemplado con el corazón encogido las crestas que tocan el cielo. Vio la cascada que hace temblar el suelo bajo los pies, el Puente de Piedra de menos de medio metro de ancho, también llamado Puente del Destino, hecho de una sola roca resbaladiza colocada a través del abismo y, debajo de él, el torrente de agua tumultuosa. Allá donde se pose la mirada, el vértigo se apodera de uno. Antes de cruzar el Puente de Piedra, el pintor tuvo que apoyarse en la pared temblorosa, agarrarse a la hiedra y apartar de su mente todo pensamiento.

Arriba, las cumbres brumosas; abajo, el agua tan clara que parece el vacío. A media altura, un hombre solitario, de pie en el camino, contempla el mundo de lejos y él mismo se vuelve lejano para quien lo mira.

# II

La luna como antaño se eleva sobre el Tiantai, nadie sabe desde cuándo brilla. La gente ignora qué fue de los antiguos sabios, pero quien llega hasta allí puede estar seguro de encontrar a un hombre de corazón puro. En las cuevas, el hombre del Tao se alimenta de esencias vegetales, y al pie del Pico Florido, en el templo de Guoqing, los monjes veneran al Buda que se liberó del mundo. Aman la tierra igual que el campesino, pero no pretenden sacar provecho de ella, prefieren contemplarla, saben que los profundos bosques y las vastas montañas son beneficiosos para el espíritu, que es incapaz de concebir por sí mismo tanta grandeza. ¿Qué necesidad hay de viajar en un carro de nubes para unirse con el universo inmenso? Entrar en la montaña significa volver a descubrir inalterada la parte de realidad que cada uno lleva dentro de sí.

Al final de la dinastía Sui, cuando los reinos del Norte y del Sur se hallaron por fin reunidos, un hombre dejó su aldea y tomó el camino del Tiantai. Durante días escaló cumbres, recorrió innumerables valles, hubiera podido quedarse en cualquier sitio. Cuando llegó a Han Shan, la Montaña Fría, se detuvo. En medio de las rocas su espíritu no encontró ningún obstáculo, él solamente obedecía a su corazón puro e inalterable. Hubiera podido llamarse Huang o Lao, no se le conocen padre ni madre, ni patria ni ocupación, no tiene otra realidad que el lugar donde se encuentra ni otro nombre que el que le dio la montaña.

Hace tiempo yo vivía en una cabaña de juncos en lo profundo de un bosque sombrío. Cultivaba la tierra con mi esposa e iba a recoger fruta con mi hijo pequeño. En los alrededores había muy poca gente, sobre mi lecho, muchos libros. Durante aquellos años no recibí sino desprecio por parte de mis semejantes, mi esposa se alejó de mí, los propios perros me miraban con recelo. Entonces decidí dejar el mundo. Un pez que se asfixia en el surco abierto por la rueda del carro no puede esperar que el río Amarillo vaya a su encuentro.

¿Es más feliz un letrado de tercera categoría? Toda su vida depende de los demás, a la edad de treinta años ha fracasado en cuatro o cinco exámenes, vaga por la ciudad sin una moneda, con una bolsa de libros a la espalda, sin atreverse a entrar en el albergue. Me gustaba escribir poemas olvidando el hambre y el frío, ponía en ello todo mi empeño, pero la gente vulgar no presta atención a las palabras de un pobre diablo. Así acontece a todos los de tu especie, podrías escribir tus versos sobre tortas de arroz y un perro hambriento se negaría a comerlas.

Cuando no me quedaba grano, lo pedía prestado al vecino. Él me decía que hablase con su esposa. La esposa me mandaba a hablar con el marido. Su granero estaba repleto, pero ellos preferían alimentar a las ratas. El sabio se contenta con lo que tiene y el tonto quiere lo que le falta, su campo invade el de su vecino, cava, construye, agota a sus esclavos y a sus caballos antes de terminar bajo un montículo de tierra apenas más grande que él. A mi alrededor veía crecer la riqueza al mismo tiempo que la estupidez. Al este de mi cabaña vivía una anciana que había sido más pobre que yo antes de hacer fortuna. Ella se reía de mí por haberme dejado atrás, yo me reía de ella por haber llegado tan lejos. Al este y al oeste, ambos reíamos sin parar.

He conocido a ladrones ricos y afamados, en cambio Confucio sufrió hambre y persecución. Podría decirse que el Cielo prefería a los granujas y se ensañaba con los grandes. El hombre que engaña a los demás me recuerda al que lleva un cesto de mimbre lleno de agua: por mucho que corra, cuando llega a casa ¿qué le queda? El hombre engañado, por el contrario, es como un puerro del huerto, puedes cortarle las hojas todos los días que no dejará de crecer. Si nuestra virtud proviene del Cielo, ¿por qué hay más gente corrupta que sabia? La naturaleza innata es como el agua de lluvia, cae igualmente para todos, pero es raro verla formar cuadrados o círculos perfectos en el suelo.

Estudié las palabras de los antiguos maestros, luché en el campo de batalla. Serví en la paz y serví en la guerra sin recibir jamás salario ni recompensa. El estudio no protege contra la muerte, la erudición no evita la pobreza, solo hacen que la pobreza sea menos amarga. Tales quejas me atrajeron el reproche de las

personas ilustradas y bien alimentadas: «Los sabios de la antigüedad, lejos de avergonzarse de su miseria como haces tú, sentían cierto orgullo de ella». Permitid que me ría de vuestras hermosas palabras. Si estuvierais en mi lugar, diríais que la riqueza en nada perjudica y que la pobreza no es prueba de virtud.

¡Qué feliz era el mundo antes de tomar forma! Su cuerpo era un vacío indistinto que no necesitaba comer ni orinar. Hubo que perforar nueve agujeros para que el hombre apareciese. La gran serenidad cedió el paso a la obligación de comer y de vestirse día tras día. Desde entonces, miles de personas hambrientas se pelean por una moneda, gritando todas a la vez hasta perder el aliento.

Inagotables son los ciclos de vida y muerte, las desgracias de hoy son fruto de los pecados cometidos en otro tiempo. En esta vida nunca he dejado de ser pobre porque en otra debí de haber sido rico y poderoso. Ahora no importa, soy tan viejo que los días que me quedan por vivir me resultan indiferentes.

# III

Cuando uno está en la soledad de la montaña, la voz se eleva por sí sola, los versos fluyen con naturalidad. Sobre el tronco de un árbol, sobre la abrupta roca, Han Shan escribía poemas que las gentes han copiado más tarde. Igual que el musgo cubre la piedra, igual que el agua del arroyo corre sobre los guijarros, lo más suave se unía a lo más duro. De sus poemas improvisados al filo del agua o escritos en el cielo con el dedo no ha quedado nada.

Una vez en Han Shan,

sin una ocupación ni un pensamiento

que ponga obstáculo a mi mente,

doy vía libre a mi naturaleza:

una barca vacía, sin amarre,

que lleva la corriente.

Sobre los muros del acantilado

dejo al pasar este poema.

Hay estudiosos que se burlan de mis poemas poco elaborados y llenos de faltas. «Un verso es del tamaño de una avispa, el siguiente tiene la rodilla de una grulla, les falta sonoridad, altura y no dicen nada sensato. Tus palabras son residuos abandonados del lenguaje corriente, no son alas vivientes que vayan a tocar el cielo».

Lejos de enfadarme, río de buena gana. ¿Cómo pueden saber de lo que hablo y

Lejos de enfadarme, río de buena gana. ¿Cómo pueden saber de lo que hablo y lo que las palabras no dicen? Sin abandonar la tierra, encuentro en el ocio mi naturaleza entera y sin fisura, mi cuerpo de Buda, y en el vacío de la mente, la raíz de todas las cosas que no se puede expresar. Pretender hablar de ello sería como querer atrapar la luz con una red. Esos doctos de nariz levantada al cielo son ciegos que entonan odas al sol. Como sienten su calor, le dan forma de antorcha. Si se les dice que tiene el color suave de la miel, piensan que es dulce. Toman por realidad las apariencias y por insensatez la verdadera naturaleza de las cosas que los sentidos son incapaces de captar en su totalidad. El hecho de que ellos no la vean solo prueba que están ciegos a la auténtica realidad. ¡Yo, cubierto de flores celestiales, calzado con sandalias de pelo de tortuga, destruiré su ignorancia con mi arco de cuerno de liebre! Estas palabras, que no merecen crédito alguno, al menos no engañan a nadie, no pretenden expresar lo que está fuera de su alcance.

Mi vida transcurre lejos de los hombres, el Tiantai es mi verdadero hogar. Cualquier otra existencia fuera de aquí sería pura ilusión. No más deseos, no más asuntos, nada me atrae y nada me retiene. Con un bastón en la mano, un trapo viejo en torno a los riñones, deambulo a lo largo del arroyo. Al pie del acantilado hice de un agujero mi cabaña, como un pájaro que encuentra un nido y allí se posa. Cada año la hierba obstruía la entrada, ya he dejado de cortarla. A ambos lados las lianas caen y se enredan dócilmente sobre la vieja roca que se eleva hacia el cielo. Los frutos de la montaña dan de comer a los monos. Los peces del arroyo alimentan a las garzas blancas. Bajo un árbol el anciano lee en voz baja los versos de un Inmortal.

La vivienda de Han Shan parece la de un patán o la guarida de un viejo idiota. La entrada no está ni abierta ni cerrada, no se sabe si el ave está en el nido o si ha salido, cuándo regresará o qué la retiene aquí. El hombre de la montaña sigue los pasos de Tao Yuanming, aquel letrado que, hace mucho tiempo, prefirió la pobreza a los honores cortesanos. Cogió su bastón y el Tao le siguió por los caminos solitarios. «Mantenerme fiel a mis principios hasta llegar a la pobreza — decía—, eso es lo que quiero. Me toca pasar hambre, sufrámosla, en otro tiempo sabios mejores que yo la conocieron». Su naturaleza libre siempre había amado la montaña y se negaba a doblegarse para ser encerrada.

Profundas cuevas de piedra y bruma ligera trenzada con la hiedra, así es mi corazón salvaje, una libertad sin límite, una roca por la que todo pasa sin alterarla. ¿No soy más feliz en este bosque que el loro de espléndido plumaje capturado en las tierras del Oeste para entretener a las bellezas de palacio? Encerrado en una jaula de oro, el color de sus plumas acaba por apagarse. ¿Cómo compararlo con las grullas salvajes que vuelan con el viento, extendiendo sus anchas alas sobre las nubes? Mi voluntad no es una estera que se enrolla después de haberse sentado encima de ella. Vine aquí por decisión propia, para dormir a solas en lo alto del acantilado.

Han Shan es el frío. El hielo se adhiere a la roca, arriba las oscuras cumbres se ocultan detrás de las nubes. Por todas partes, blanca, la nieve centellea. Cuando sale el sol, todo se vuelve claro, un calor suave invade el espíritu, tal es la alegría de la montaña que alimenta al viejo ermitaño.

En él se ha fundido todo aquello que lo hacía sombrío y pesado. Han Shan es claridad, es niebla, montaña y agua, el frío que se vuelve tibieza, pero todo esto él lo ignora. Se siente a la vez desbordante y vacío, inmóvil hasta la raíz y solo consciente de lo que es a cada instante. Puede durar un segundo, todo un invierno o el tiempo sin medida. Han Shan permanece sentado como Buda, sonriente bajo la nieve que al caer sobre él se convierte en flores. Buda recorrió paso a paso el camino del Despertar. Primero abandonó su pueblo, luego la cueva donde se había refugiado, y poco a poco se fue desprendiendo de la montaña y también de las nubes. Liberado de todo pensamiento, llegó a olvidar el tiempo, el infinito y hasta el olvido de sí mismo.

Asciendo por el camino de Han Shan, un camino que no tiene fin. A mi alrededor, profundos barrancos de peñas amontonadas, torrentes sinuosos que se juntan a lo lejos, innumerables gargantas que se suceden y se entrecortan. El paisaje parece una red de pesca arrojada al suelo con las mallas mezcladas en desorden. El pie no sabe dónde posarse. Y entonces mi cuerpo pregunta a su sombra: «¿Qué persigues?». Al llegar a la cima la niebla ha empapado mi ropa. Con el corazón apaciguado, me dejo penetrar por el aire puro. A esta distancia la

Con el corazón apaciguado, me dejo penetrar por el aire puro. A esta distancia la mirada abarca toda una ladera, no se perciben los detalles, se diría que la red allá abajo ha sido levantada y todo ha vuelto a cobrar sentido. Solo puede verlo quien ha sabido despejar las visiones de este mundo.

En el tronco de un canelero, escribo este poema:

La montaña es mi hogar,

nadie aquí me conoce.

Sentado en nubes blancas,

yo en silencio, en silencio.

Oscuro es el camino de Han Shan, desierta la fría orilla del arroyo. A veces se oye el grito de un pájaro, pero ninguna voz humana. El viento me fustiga la cara, la nieve se acumula sobre mí. La mañana pasa sin haber visto el sol, los años pasan sin que llegue la primavera. Ayer decidí ir al acantilado del Este. Durante todo el día subí por el estrecho sendero, agarrándome a las enredaderas. A media altura, primero el viento y luego la niebla me impedían avanzar, mi ropa se enganchaba al ramaje, mis sandalias resbalaban sobre el musgo húmedo. Tuve que continuar por donde no había camino. Privado de guía, mi espíritu descansaba como si hubiera alcanzado su meta. Infinitas briznas de hierba mojadas por el mismo rocío, multitud de pinos que cantaban al viento, pero yo escuchaba una sola voz. Pensando en eso, junto a un canelero rojo me quedé dormido con la cabeza apoyada en una nube.

No se ha de decir que este camino siga una dirección, ni que podamos tomarlo o dejarlo, pues lo penetra todo y de todo hace superficie y profundidad. Cuanto más lo buscas, más se desvanece. Ya esté uno de pie, sentado o acostado, ahí tiene el camino, sin relieve, sin apoyo, a la vez por dentro y por fuera, suma de todo lo posible, tal es el Camino del Medio. Decir que existe o que no existe, en eso reside la ilusión.

eso reside la ilusión.

La montaña resplandece en plena noche cubierta de nieve, blanco y negro son los únicos colores que conoce la luna. Los árboles y las rocas, como pintados con tinta, se perfilan con una precisión irreal. Las formas se revisten de sombra y la realidad pura, de claridad inasible. Conocer lo blanco y tocar lo negro, esa era la Senda de los Antiguos.

Gu Kaizhi pintaba una montaña como a hachazos, ligando espíritu y materia, fiel a la visión que tenía de ella. Las cumbres de Zhang Sengyou se dibujaban en series de puntos o en trazos espaciados, dando forma al vacío. Wu Daozi levantaba sus montañas con un solo impulso espontáneo, la roca revoloteaba con la ligereza de las nubes. Cada uno tenía su manera de penetrar la montaña. Falseando lo real pintaban una realidad que no se deja ver ni habitar por los hombres. Igual que la sombra de Buda mostraba el cuerpo radiante emanado del cuerpo carnal, sus pinturas utilizaban las formas para representar el espíritu. Afirmar que una imagen así es verdadera o falsa es faltar a la verdad.

El lugar donde vivo encaramado es solitario y está lleno de maravillas. Las plantas que alargan la vida crecen espontáneamente de un valle a otro, en el flanco de la montaña los viejos pinos se asientan sobre las rocas deshechas. El arroyo tiene el sonido de la lluvia, es el agua que toca la cítara. La voz de la montaña describe mi corazón, no ves la fuente pero la escuchas, cuando la ves olvidas su color. Después de tantos años, por muchas cosas que refleje, permanece clara. Salgo con un cesto a recoger fruta silvestre, me encuentro con un pájaro, juntos cantamos una canción ingenua. Los días y los meses corren como un río, el tiempo que pasa es una chispa entre dos piedras. Que otros se ocupen de cambiar el mundo, yo, libre de todo pensamiento, mastico las hierbas que salvan de la muerte leyendo los poemas de los Antiguos.

Lejos de aquí, los hombres movidos por la ignorancia se agitan como briznas de hierba arrastradas por la corriente. En toda una vida unos cuantos días felices, uno o dos amigos desaparecidos antes de tiempo. ¿Cómo pueden soportarlo?

Caminan en círculo como ciegos que corren detrás del oro o se aferran a una piedra que los arrastra hacia el fondo. Otros, que dicen ser adeptos de la Senda, no pueden permanecer tranquilos. Leen los tratados, escuchan a los maestros, nunca tienen suficiente. Cuanto más creen progresar, más se alejan de su objetivo. Harían mejor en mirar dentro de sí mismos, descubrirían a Buda y la inanidad de este mundo. Más vale ser pobre bajo un árbol y no codiciar nada. He bailado tantas veces que mi viejo vestido se ha llenado de agujeros, ¿qué sentido tiene lamentarlo? Acepto lo que la tierra me ofrece, no soy de los que se visten de despojos y se alimentan de cadáveres. Destripar y despellejar un conejo es hacer del comer y del vestir algo muy feo.

Se reprocha a los tontos su estupidez, pero el estudio resulta inútil. Los hombres salen de un error para caer en otro. ¡Que miren al que no hace nada!, su mente es una nube solitaria que vaga sin ataduras, libre de cualquier preocupación, de todo pensamiento, parece un idiota. «¿Qué se puede encontrar en la montaña?», preguntaba hace mucho el emperador a Hongjing, el taoísta desgreñado que se negaba a servirle. «Sobre las cumbres flotan las nubes blancas —le respondía el ermitaño—, yo me limito a disfrutar de ellas, pero no sabría cómo dároslas». ¿Son Hongjing y Han Shan mejores que los demás? La naturaleza de Buda es la misma en todos, solo que en algunos ha despertado y en otros todavía está dormida.

Amo el bosque profundo y en calma. Sentado en la orilla, miro el arroyo fluir sin pensar en nada, es tan claro que distingo el fondo. Abajo, la cascada salta y ruge, pero no puede perturbar la paz del corazón. La mente impasible no puede ser afectada por las borrascas que levantan olas. Si comprendemos esto, el desasosiego y la quietud son indiferentes.

He visto a los monjes del templo de Guoqing satisfechos consigo mismos, han oído decir que era de sabios no hacer nada y renuncian a toda ocupación. Evitan las situaciones que les perturban porque han leído que las emociones son dañinas para el equilibrio del corazón, no comen carne, siguen todas las reglas y enumeran los méritos de Buda de la mañana a la noche. ¡Qué miseria, cuánto esfuerzo para nada! Se las arreglan como nadie para torcer lo que es recto. Esforzarse o abstenerse siempre será un error. ¿Cómo vas a liberar la mente si la

Esforzarse o abstenerse siempre será un error. ¿Cómo vas a liberar la mente si la encadenas con obligaciones? El verdadero método es no seguir ninguno. Esa gente evita las situaciones en vez de aislar su mente, mientras que el verdadero sabio aparta su espíritu sin evitar las situaciones. Las palabras no son lo que se enseña por medio de ellas, los monjes se llenan la boca de sabiduría, pero uno no se alimenta hablando de comida. Lo que se percibe puede ser descrito, pero lo que se puede nombrar no es lo real. Los monjes de Tiantai se burlan de Han Shan, no entiende mis palabras y dicen que estoy loco. Toda mi vida fui un campesino franco y sincero, no me gustan las palabras halagadoras, dejo el oro por la perla que otros ignoran. ¿Cómo voy a dejarme zarandear por la corriente?

Estoy sentado a solas en el acantilado, con mi corazón en paz. Después de la lluvia, el aire es puro y el cielo parece más profundo. La luna ilumina la tierra sin distinción ni pasión, su luz fría y uniforme impregna el espíritu. Real e inaccesible, atraviesa el instante con toda su inercia. Ocurra lo que ocurra aquí abajo, ella sigue siendo la misma, el ojo impasible en el centro del corazón. Los que no saben dicen que encontrar a Buda es difícil, yo señalo con el dedo la luna suspendida en el vacío. Volved al corazón, ahí está Buda. Canto en voz baja:

Un alto acantilado, solo, un hombre sentado.

La luna llena iluminando el cielo

y los diez mil seres.

Luz sin deseo de brillar,

sereno, el espíritu claro por naturaleza

abraza el Vacío, sondea los Misterios,

apunto con el dedo a la luna,

la luna que está en el centro del corazón.

La luna imperturbable ilumina la Montaña Fría. Todo el bosque echa raíz en el

silencio de la tierra, el agua del arroyo, más abajo, se bifurca, pero no se dispersa. Cuando percibe esto, el viejo ermitaño no siente la necesidad de moverse, su cuerpo es todo ligereza, su mente, pura clarividencia. El que se entrega a lo efímero es como un hombre que se hunde en el mar sin ver la orilla, el que permanece rígido en toda ocasión es una orilla que ignora el mar. Han Shan conoce las virtudes de la montaña y las virtudes del agua. En la orilla se deja arrastrar por la corriente y se convierte en orilla en medio del arroyo.

En otro tiempo Tao Yuanming, el clarividente, sintió que su corazón se estremecía a la vista de la montaña encendida por el crepúsculo. Conoció repentinamente lo eterno mientras cogía crisantemos una tarde de otoño. A punto de expresar el sentido profundo de aquel momento, las palabras se evaporaron en sus labios. La montaña silenciosa le reveló su esencia igual que Buda, el Maestro sin palabras, había transmitido su enseñanza a su discípulo mostrándole una flor. Al sabio le basta una sola mirada para penetrar las apariencias. Para saber, confía en sus sentidos, pero la percepción de lo que no cambia se gesta en el espíritu y no puede ser expresada. Describirla es añadir ignorancia a la ignorancia. El deseo es un obstáculo, la voluntad es inútil y el discurso de los maestros, palabrería. En el conocimiento verdadero, el hombre toca el fondo del vacío, la coincidencia silenciosa que despierta la sonrisa distante, sagaz, la sonrisa misteriosa de los labios entregados al olvido.

Terminaré mis días en la montaña desierta. Pero andar a solas por el camino no quiere decir que este camino sea el mejor. Si renuncio a la palabra, ¿qué habrán de transmitir las generaciones futuras? ¿Cómo puede el sol de la sabiduría brillar con este anciano ajado por el viento y la helada, que debilitan su cuerpo y precipitan su fin? Nunca podremos cosechar el fruto del Tao arando la montaña con un buey de arcilla.

Han Shan, vieja montaña fría desde siempre. Las cumbres nevadas se suceden hasta donde alcanza la vista, los bosques sombríos exhalan una espesa bruma. Las primeras flores aparecen en mitad de la estación, las hojas caen antes de que llegue el otoño. El viejo ermitaño, aquí, a veces se pierde buscando un cielo que no se deja ver. Grandes sabios, me habéis abandonado; ignorantes, yo os

abandono. ¿Para qué sirve mantener la boca cerrada y las manos juntas a la manera de un monje que reza, hirsuto y desaliñado como un taoísta vagabundo? Yo, que no soy sabio ni estoy loco, sabré cómo vivir sin todos vosotros. Al caer la noche canto con la luna clara, y al despuntar el día bailo con las nubes blancas.

Remad, remad todo lo que podáis, espolead vuestro caballo, deprisa, más deprisa, que nunca me atraparéis. Muy lejos, solo, subo por los senderos llenos de zarzas, soporto las tormentas al filo de los barrancos, me seco en el fondo de una gruta sombría. No tengo el deseo de Confucio, no contéis conmigo para salvaros. Sin cometido, libre, voy por esta montaña dando grandes zancadas. No siempre es fácil, para bajar hay que ayudarse con un bastón y para subir hay que agarrarse a las enredaderas. Los pájaros me acompañan, el resto de mis amigos está muy lejos. Han Shan, inaccesible para la mayoría, sigue siendo un misterio profundo del que no es fácil hablar. La nube que venía siguiéndome desaparece para siempre, nadie pone orden en todo esto. El silencio que acecha bajo la roca, el arroyo que murmura para nadie no tienen juicio ni sentido. Buda debió de preguntarse por la insistencia que ponen las cosas en parecernos reales, percibió el espejismo y se dirigió al creador de tal edificio: «¡Vidas y muertes, seres y cuerpos ya nunca más me engañarán! La viga ha caído, el techo yace en el suelo y deja ver el cielo sereno y vacío».

A aquellos que quieran conocer el camino de Han Shan les diría que no hay ninguno. En verano aquí el hielo no se derrite y cuando sale el sol desaparece enseguida bajo la niebla. La Senda de las Nubes, os lo digo, no deja huella alguna. ¿Hemos de creer en las nubes? No hay nada que no puedan imitar, siempre creando, siempre deshaciendo. ¿Distinguen acaso las nubes el ser del parecer? ¿Podemos seguirlas, retenerlas o ahuyentarlas? La Senda de las Nubes es el vacío. El espíritu que las contempla se somete a ellas, los pensamientos surgen y desaparecen sin dejar más huella de la que ellas dejan en el cielo.

¿Cómo llegué a Han Shan?, me preguntáis. Por mis propios medios. Si vuestra mente estuviera tan desnuda como la mía ya estarías allí. Pero la gente común prefiere apoyarse en lo concreto y los monjes, en el espíritu. Lo mejor es no tener apoyo. No se atrapan los pájaros siguiendo su rastro. Podemos prescindir

tener apoyo. No se atrapan los pájaros siguiendo su rastro. Podemos prescindir de la riqueza con bastante facilidad, pero ¿cómo podemos prescindir de nuestra mente? Todos tienen miedo de caer en el vacío sin tener nada a lo que aferrarse, no saben que el vacío es lo que sostiene la tierra, las estrellas y todas las cosas creadas. El vacío es lo real desprovisto de lo que es visible y temporal.

El pintor Gu Kaizhi conocía bien los poderes de la montaña que frecuentaba el maestro Zhang Daoling. Se propuso representar la última prueba que este taoísta impuso a sus discípulos tal como la transmitían los textos. Antes de pintar la escena, Gu Kaizhi compuso un poema que describía la Terraza de las Nubes como él mismo la imaginaba, aterradora y atrayente. Las cumbres se suceden en varias alturas, con algunas rocas esparcidas de color púrpura, aisladas como nubes de piedra. Entre las cimas más altas, los bancos de niebla dibujan un precario camino de blancura lunar. En el lado oeste, una enorme escarpadura roja con rocas dentadas como lenguas de fuego se eleva sobre un vertiginoso precipicio. Sentado en el borde, con las piernas colgando en el vacío, el maestro Zhang Daoling señala hacia abajo un melocotonero inclinado sobre el abismo. El estrecho barranco, del que no se ve el fondo, parece una montaña invertida que se precipita hacia las profundidades. A quien sea capaz de ir a coger los melocotones milenarios, el maestro le transmitirá el secreto de la inmortalidad. Vencidos por el vértigo, los discípulos retroceden y expresan su temor. Sin embargo, uno de ellos, llamado Wang Chang, trata de convencerlos. «Solo fuerzas divinas podrían haber dado forma a este extraño lugar, nuestro maestro las conoce, de lo contrario no nos pediría que saltáramos. Debe de haber una forma de hacerlo, pero no se puede enseñar. Basta con abrir los ojos sin miedo y contemplar el instante que se abre bajo los pies». Tras pronunciar estas palabras, el joven discípulo se arroja al árbol y recoge los melocotones. Luego el maestro le ayuda a subir antes de saltar él mismo al vacío. Por más que los jóvenes, tan pequeños en ese paisaje grandioso, se esmeran en escrutar el abismo y el cielo, el maestro no se encuentra en ninguna parte. Seguro de sí mismo, Wang Chang se lanza de nuevo al precipicio y el dibujo lo representa sonriente, tranquilamente tumbado junto al maestro a la entrada de una cueva. Dicen que unos días después, gracias a su conocimiento de los poderes del cuerpo, ambos se elevaron en el cielo a plena luz del día, en presencia de los discípulos de nuevo reunidos, y se alejaron como nubes que uno sigue con los ojos antes de perderlas de vista.

Nadie volvió a ver a estos Inmortales. «No es porque la gente común los busca

Nadie volvió a ver a estos inmortales. ¿No es porque la gente común los busca donde ya no están o en una forma que no es la suya?

# IV

Anoche volví a ver a mi esposa en un sueño. Estaba tejiendo como solía hacer cuando vivíamos juntos. Por un momento sus manos descansaron sobre sus rodillas, perdida en sus pensamientos, parecía haberse quedado sin fuerzas. La llamé y volvió la cabeza. Me miró sin mostrar ninguna emoción, no me reconocía. Nos separamos hace mucho tiempo, mi cabello se ha vuelto blanco, mi rostro erosionado por las arrugas ya no es el mismo.

Vine a Han Shan hace treinta años para sentarme y meditar lejos de todo. Un día quise ver a los parientes, a los amigos: casi todos habían desaparecido. El cuerpo se desgasta poco a poco y vacila como una lamparilla a punto de apagarse, el caudal que pasa no va a detenerse por nosotros. Lenta e inexorablemente irá a perderse en el mar. Cuando pienso en ello, las lágrimas bañan mi rostro. Ayer, mientras estaba en el acantilado del Este, vi más abajo un árbol medio seco que extendía sus dos últimas ramas por encima del abismo. Su escaso follaje se había marchitado por la helada, sus raíces se estaban pudriendo lentamente al borde de la cascada. Mi corazón se encogió pensando que este era el destino de todo lo que vive. Las flores del melocotonero también quisieran durar todo el verano, pero el viento y la canícula precipitan su fin. No cabe reprochárselo al Cielo o a la Tierra. De los Siete Sabios que debatían sobre los Misterios, de los ermitaños que alguna vez habitaron estas montañas, ya no queda nadie. Así son las cosas, día tras día el hombre pasa su vida en el polvo, de modo parecido a una cucaracha que dentro de un tazón da vueltas en redondo sin encontrar una salida. Como no sabe convertirse en Inmortal, pierde su tiempo en lamentaciones y un día se da cuenta de que se ha hecho viejo.

El huésped de la montaña se siente apesadumbrado cuando piensa en los años que corren en vano. Imitando a los Antiguos he estudiado las viejas crónicas, he recogido plantas que supuestamente prolongan la vida y consultando el oráculo del Libro de las Mutaciones he dado con las figuras Obstáculo y Peligro. Amasa polvo de cuerno de rinoceronte y polvo de ojo de tigre, saborea los melocotones

de la inmortalidad o los hongos fabulosos y morirás más sano de lo que estabas.

La grulla vuela hacia el monte de Penglai con una rama de melocotonero en el pico. Durante su largo viaje se posa una sola vez, tiene un melocotón por único alimento. Lejos aún de su destino sus plumas comienzan a caer, de vuelta al nido nadie la reconocería. ¡Qué triste está en su soledad! Aquí el bosque blanco de escarcha centellea bajo la luna, el silencio luce en el cielo como en la tela de los pintores, lo que me retiene en mitad del camino es el secreto de los caneleros que se mantienen siempre verdes. En lo más profundo de la noche, de pronto, el grito desgarrador de un pájaro abandonado por los suyos, su queja llena mi corazón de una oscura melancolía que no me deja dormir.

Algunos dicen que es difícil librarse de la tristeza, otros dicen lo contrario. Ayer, en efecto, logré ahuyentarla, esta mañana regresó para abrumarme. Los años pasan, pero ella nunca se cansa. ¿Quién podría dudar de que bajo su gorro de tela o de piel todo hombre está triste y siempre lo estará? Tú que tienes el corazón apesadumbrado, piensa en esto: cuando el peso de la balanza toca el fondo del mar, su caída se detiene.

Gu Kaizhi, tan hábil en el esbozo de nubes parecidas a las cumbres cubiertas de nieve, se preguntaba cómo pintar la tristeza que se apodera del corazón. Cuando quiso representar a Xi Kang tocando la cítara, admitió que le resultaba más fácil pintar sus manos sobre las cuerdas que su mirada siguiendo el lejano vuelo de las grullas en el cielo. Por la misma época, un soldado que defendía las murallas de la frontera norte lamentaba en un canto su nostalgia frente al crepúsculo y el desaliento que sentía con las primeras luces de la aurora: «Guerrero valiente, guardián del imperio, ¿puedo dejarme vencer por el dolor que viene a llevarse toda mi fuerza? Pensaré en la muerte y, sosteniendo mi espada, esconderé mi dolor».

El hombre, cualquiera que sea su condición, nunca ha podido escapar a la pena. Un discípulo de Buda no actúa de manera distinta a un ignorante si se ve amenazado por la adversidad, después de haber hecho cuanto podía por evitarla.

Cuando Sima Qian fue víctima de la injusticia, se lamentó de su suerte. Si se hubiera mordido los labios para no quejarse, habría forzado su mente a tomar un camino insólito. Realizar hazañas es forzar la naturaleza humana a ser lo que no es. La naturaleza de Buda es serena y dichosa.

Una lluvia fina empezó a caer esta mañana y sobre las flores del ciruelo la escarcha se convirtió en agua. Para entender la vida y la muerte hay que compararlas con el agua y con el hielo. Adaptarse a la naturaleza y confiar la vida al destino es la única manera de no equivocarse. El agua que se congela se convierte en hielo y el hielo que se derrite se convierte en agua de nuevo. Ninguno de los dos se perjudica.

No deseaste nacer y no podrás evitar morir, así pues, ¿qué hacer entretanto? No poner trabas a lo que fluye espontáneamente. El presente siempre cambiante nace y desaparece en el mismo instante, ¿es el único infinito que te será dado conocer? Si hoy te sientes alegre, regocíjate. ¿Tienes hambre? Come el fruto que te ofrece la estación. No pierdas el tiempo en suposiciones vanas, esa clase de fruta envenena el espíritu cuando pretendes amontonarla. Nadie ha vuelto nunca de la muerte, la viejecita que te hacía reír, el campesino que nos caía bien, una vez que se fueron, no hay más noticias.

¿Dónde está tu barca ahora, Tao Yuanming? Llevada por la corriente te arrastraba, imposible detenerla. Ignorabas entonces cuántos días te quedaban por vivir. Los Antiguos veneraban cada instante, decías, y eso te hacía estremecer. Cuando cogías crisantemos no te volvías hacia el pasado ni te asomabas al porvenir, tu corazón recto y firme se abría al presente sin guardar nada para sí. Sentir tal cosa es como no haber nacido e ignorar la muerte. Wangzi Qiao, el Inmortal llevado por una grulla, el maestro Zhang Daoling y su discípulo que se elevaron por los aires, tú los venerabas, pero no los conviertas en héroes, pues actuaron solo por vanidad.

Yo estoy aquí, es un hecho. Apoyado en el tronco de un árbol, como sentado en la barca, mi pensamiento imita la marea de nubes que se desvanecen sin dejar

la barca, mi pensamiento imita la marea de nubes que se desvanecen sin dejar rastro. Al acercarse el crepúsculo el cielo se pinta de rojo, se diría que la mano del hombre ha disuelto polvo de coral en un cuenco dorado. Serenidad, belleza, soledad, tal es la morada que he elegido. Zhuangzi quería que en su funeral el Cielo y la Tierra le sirviesen de ataúd. Yo no quiero tanto, para llorarme no necesito una grulla blanca. Si quieres cabalgar sobre las nubes, haz que te crezcan alas. Basta con quererlo.

He oído decir que en un bosque del Oeste había un árbol más alto que los demás, aquel pino no temía el invierno ni el verano ni las inundaciones ni el abismo. Podría haber servido como viga cumbrera en un palacio, pero la gente lo abatió y lo arrojó a una zanja. Su corteza se estaba carcomiendo, pero su corazón se mantuvo robusto a pesar de los años y los que conocían la madera lo tomaron para sostener el techo de su casa.

El invierno pasado planté mi bastón de caminante cerca de la cabaña. Este año se ha llenado de brotes. Cuando lo vi brotaron de mi corazón estos versos silenciosos:

El anciano se nutre de rocío,

en su hogar no hallas a nadie.

En su mente el invierno es igual que el verano

y el murmullo del agua, como el viento,

profundo y misterioso, informe y claro.

Sentado noche y día, se desvanece la tristeza.

Las flores de los melocotoneros no han sobrevivido al segundo mes, los crisantemos murieron en mitad del invierno. Ni estas flores ni el árbol que cae han elegido su destino, crecen y se desploman sin conocer la perfección, la

alegría o el sufrimiento. Han Shan no recibe sus enseñanzas escuchando, sino con la piel vuelta hacia la luz, con el oído hundido bajo tierra, así de simple y misteriosa es su contemplación de la vida. La naturaleza sigue ciegamente el camino que el sabio busca con desesperación. Si esto es cierto, abatir un árbol es tan condenable como un asesinato. El hombre puede adoptar la actitud de un criminal, pero el árbol nunca se sentirá como su víctima, permaneció entero en la vida, permanecerá entero en su destrucción.

El noble Vimalakirti, seguidor de Buda, afirmó que el hombre que se aferra a su cuerpo no puede permanecer intacto ni en la vida ni en la muerte, piensa que su cuerpo le pertenece, cuando no es más que un brote surgido de una semilla podrida, doloroso, efímero y carente de voluntad. Este cuerpo es inconsistente por naturaleza, como el tronco de un banano que se mantiene erguido gracias a los residuos de sus hojas muertas. Solamente sabe cómo reaccionar ante los espejismos que atemorizan o deleitan al que sueña. Escapando de todo control no reconoce amo, pero sufre todos los males del esclavo. Creyendo que mantiene los pies sobre el suelo, el cuerpo no es más que un terrón de barro inerte durante su vida y la huella de un pájaro en el cielo cuando muere. ¿Cómo creer en la realidad del cuerpo? Esto es lo que dijo el sabio Vimalakirti, que fingió estar enfermo para enseñar a los hombres que tenían un cuerpo de Buda incorruptible. Su enfermedad durará mientras dure la ignorancia de los hombres.

El sufrimiento es doloroso solo porque el espíritu lo juzga así, pero si optase por no tener opinión al respecto el dolor se deslizaría sobre él como una nube que roza la montaña sin afectarla. El mal que viene del espíritu se cura por el espíritu. Los hombres que siguen la Senda del Tao o la Ley de Buda acabarán naturalmente por sucumbir, pero no se les verá morir con el anzuelo en la boca.

He visto a algunos que se alimentan de brumas y beben en la raíz de los Misterios esperando de este modo alcanzar el no-ser; algunos ofrecen en vida su cuerpo terrenal al fuego para purificarlo y acelerar su fin; otros, sin deseos, más audaces, no hacen nada, acompañan al tiempo, sentados, con la espalda apoyada en la pared del acantilado.

Las nieves de las cumbres se asemejan a las nubes y las flores del ciruelo, a la nieve recién caída. El sendero sinuoso se pierde en el bosque; cerca, el canto de los pájaros que no vemos. El viejo solitario, sin obligaciones, deja que su cabello se vuelva blanco. Sigue asombrándose de que el no pensar se parezca tanto al agua del arroyo que corre hacia un lugar lejano. Cuando dejas de verla, alcanza lo ilimitado.

Esta mañana, al amanecer, ningún canto de pájaro me despertó. Una espesa niebla se había levantado durante la noche. El valle y su arroyo, la montaña y su espeso bosque eran una sola extensión opaca que no dejaba ver nada. El cielo había ocupado el lugar de la tierra, yo me encontraba de pie sobre una nube. Todo lo que tenía forma y color a mi alrededor había desaparecido, lo lejano, lo alto y lo bajo habían dejado de ser. Al contemplar ese vacío yo mismo me sentía hueco, mudo, con el corazón como madera muerta. La mente, sin pensamiento en el que sostenerse, carecía de morada y de límites. Afuera, nada. Adentro, nadie.

Llevadas por ese silencio descarnado, las oleadas de niebla se desplazaban, podía verlas de reojo expirar cuando llegaban a mi altura. Abrí la boca para aspirar esa marejada que se formaba y se deshacía espontáneamente. Mi ropa mojada era testigo de este mundo sin consistencia, el vacío se me entregaba y, sin embargo, yo no perdía pie, no tenía pie porque tampoco había suelo. No había suelo, ni techo ni cielo. Cuando desaparece lo que es, aparece lo que siempre ha sido. Vestido de niebla, arraigado en las nubes, ¡ay, viejo árbol hueco! Tenía ganas de saltar desde lo alto del acantilado, pero me limité a sonreír. Escribí este poema sobre la niebla que no tardó en disiparse:

Mi hogar, una gruta vacía,

no alcanzo a ver su fondo,

luz fulgurante sobre el mundo.

Unas pocas legumbres para este viejo cuerpo,

tela agujereada vistiendo lo ilusorio.

Aunque un millar de sabios de pronto apareciese,

mi naturaleza de Buda, lo único real.

El hombre de la montaña tiene la luna por guía, el viento fresco le sirve de abanico. Silencioso en su retiro luminoso, hace tiempo que se ha desligado de las apariencias. Su única prenda, hecha de claridad, no tiene costuras, va vestido con ella todo el año. Y así, año tras año.

Aquí no hay nadie más que yo para aprovechar la enseñanza de la montaña. El misterio de Han Shan es lo verdadero; lo irreal es el mundo. Sueños, fantasmas, flores surgidas de la niebla, ¿por qué tratar de atraparlos? Cuando piensas en eso, la muerte y la vida, la felicidad y la desgracia se desvanecen por sí solos. Tao Yuanming tenía una cítara sin cuerdas, los cuerpos del hombre y del instrumento reposaban en el mismo silencio, ¿para qué necesitaban cuerdas?

Han Shan, a solas con las nubes, el cuerpo sin polvo, la mente sin traba. Lleva desde siempre un tesoro en el corazón, incomparable, invisible para quien lo busca, del tamaño de un grano de arena, no tiene límite.

¿Qué le diría Vimalakirti a un anciano enfermo con miedo a morir? Que hay un cuerpo permanente que no necesita alimento, un cuerpo de diamante y de alegría que no conoce el temor, ilimitado y sin forma, inmóvil e inalterable, para siempre inconcebible. Una vez que el pellejo desaparece, solo queda lo real.

Y tú, anciano que ves acercarse el fin, ¿qué les dirías a los que te señalan con el dedo? Que hay un árbol anterior al bosque cuyas raíces han visto levantarse las colinas y hundirse los valles, sus hojas han soportado todos los vientos y todas

colinas y hundirse los valles, sus hojas han soportado todos los vientos y todas las heladas. Torcido, surcado de arrugas, todos se ríen de su aspecto, nadie ve la madera robusta que esconde su corazón. Al caer la corteza podrida, en el centro aparece el verdadero ser.

Todos quieren existir, pero muy pocos quieren ser. Luna eterna, corazón vacío, fuente clara. ¿Tengo o no tengo cuerpo? ¿Debo creer en mí mismo o soy pura nada? Me pregunto, delibero sentado en la cornisa, el tiempo pasa indiferente a todo. La hierba crece entre mis pies, lista para extenderse por mi ropa, mi cabeza se cubre de polvo. Los hombres podrían venir a depositar ofrendas funerarias de vino y fruta sobre este cuerpo desierto.

# V

Toda la noche con los ojos abiertos. En la maleza ruge un tigre, solo tienes tu pensamiento para defenderte. Si yo no estuviera aquí para escucharlo, ¿tendría el miedo una razón de ser? Pero estoy aquí, es un hecho. Tener siquiera un poco de miedo vale más que refugiarse en la mentira. La mente me dice que la muerte existe porque el cuerpo es vulnerable y que el miedo surge porque el oído es capaz de oír. Estrangular a las fieras con las manos no es lo que exigía Confucio, el viejo maestro no pretendía forjar héroes. Buda estaba más allá del valor y de la audacia, no fuera del mundo. No tengas miedo de tu miedo y verás que ya está reducido a cenizas.

Estoy vivo por este cuerpo vulnerable, quien dice que es impuro es un ignorante. Vimalakirti disfrutaba del vino y frecuentaba las tabernas sin cubrirse de impurezas. Los sentidos te abren al exterior, no obstruyas el camino, convertirías tu cuerpo en un cadáver. La auténtica realidad se manifiesta en esta vida, para todo hombre nacido de padre y madre siempre ha sido así, tu ojo ve sus formas, tu corazón la abraza por completo, no se alcanza en la tumba ni por nadie más que tú.

El que se aferra al vacío es como un pájaro que pretendiera posarse en el cielo. Lo real es como el oro que cubre una estatua, en su origen el metal precioso no tiene forma, pero cuando lo ves es inseparable de su soporte. Había un sabio en el Bosque de Bambú que encontró la paz tocando la cítara y buscó su salvación en los Misterios. En todas las artes superaba a los demás, pero ignoraba el tesoro que encierra nuestro mundo. «Pasea por el infinito pero mantente en armonía con nuestra realidad —le decía Xiang Xiu—. Si amas el Tao, lo amas en todas sus formas».

El Inmortal Wang Qiaozi subió al cielo dejando un zapato en el suelo. Volar sin alas no es más extraordinario que caminar sobre tierra firme. Estudia los

alas no es más extraordinario que caminar sobre tierra firme. Estudia los Misterios, te darás cuenta de que las cosas más ordinarias no son las más simples.

Empuñar la lanza en la batalla es agotador, manejar el arado tiene poco interés. Nada de esto pudo satisfacerme. Buscaba un lugar para descansar, cuando llegas a Han Shan la montaña parece distante, indiferente desde siempre. El sonido del viento en los pinos solo se oye si le prestas atención, basta con permanecer cerca de él en silencio, con el corazón libre de cualquier rumor. Sentado al pie de un árbol, sin ocupación, el viento me parece más hermoso. Desde que me retiré a Han Shan, canto todos los días, canto todas las noches.

Al atardecer salgo aprovechando un claro. Los últimos rayos de sol alumbran un rincón del bosque. Las pálidas flores que emergen de la sombra parecen iluminadas desde dentro, como esas nubes que el pintor realza añadiendo un color más vivo en el reverso de la tela. Separada de los tallos, la blancura translúcida y ondulada de los pétalos flota en una luz irreal, las flores lanzan destellos sin necesidad de lluvia, una brisa dorada acaricia la hierba temblorosa. Detenido en medio del camino, me dejo conquistar por la ilusión lenta y profunda que se extiende a todo lo que veo. Para quien percibe de golpe la verdadera naturaleza de las cosas, la realidad ordinaria tiene el plácido esplendor de una pintura, inmutable y viva, que emerge lentamente desde su interior. El tiempo deja de transcurrir para dar paso al aliento que recorre el universo, desde lo más efímero hasta lo más duradero. En ese instante reina desde siempre un presente hecho de materia y de espíritu, de perennidad y de silencio. No hay muerte posible para quien se sitúa fuera del tiempo. Sin pensamientos, con la mirada muerta, libre de toda gravedad, el cuerpo límpido se deja llevar por la inmensa quietud que subyace en el mundo.

Llevo tanto tiempo en Han Shan que no recuerdo cómo llegué hasta aquí. Las hojas muertas han borrado todos los caminos, todo el pasado. ¿No he estado aquí desde siempre, infinitamente sosegado, sentado sobre la nada? En las alturas nada dispersa el viento, ningún camino lleva a parte alguna. No hay lugar al que ir, solo existe la morada pura, así es Han Shan, una y sin falla. Ni al norte ni al sur ni al este ni al oeste, en el centro es donde la encuentras, a igual distancia

entre el ser y el no-ser, ha sido así en todo tiempo.

Sobre la roca milenaria, el vestigio de los Antiguos. En la cumbre del acantilado, frente al abismo, un punto en el vacío, un punto cualquiera en la inmensidad. Un hombre sin deseo, sin juicio, contempla la realidad ordinaria a la luz de la luna. Vacío de sí mismo, es capaz de contener el universo entero. ¿Qué le importa estar aquí o en otra parte? Sobre el acantilado la luna serena brilla sin necesidad de ser pulida, esa luz lejana y pura que ilumina el vacío es mi corazón.

En el barro y la oscuridad del cuerpo se esconde un tesoro tan viejo como la montaña. He encontrado mi alegría en la vida cotidiana. No puedo renegar del mundo que me rodea, descanso en mi naturaleza inmaculada e insondable. Sentado en una piedra rugosa, a orillas de un arroyo de agua fría, no necesito pensar, la belleza se da en cada destello, en cada murmullo. Frente a mí el acantilado envuelto en bruma es de una blancura inconsistente. Al ponerse el sol, la sombra de los caneleros se proyecta sobre el camino. Hay un lugar donde la verdad no se enseña por medio de palabras, sino por medio del perfume que emana de los árboles. Tranquilo y luminoso es el lugar donde reposo, lo que contemplo es la tierra del corazón. A mi lado una flor de loto, nacida en el barro, se abre a la luz.

Lo que los hombres desdeñan lo tomo para mí. Lo que atrae a los otros lo dejo de lado. No soy como la gente común, pero la gente común no se da cuenta. No tengo cuerpo ni pensamiento propios y sin embargo tengo hambre y a veces hablo. Llevo en mis manos dos libros, el inefable Tao y sus Poderes, un solo principio en el corazón. En mi casa no encontrarás caldera ni horno, cuando salga no me verás cargar ninguna bolsa, no tengo vestido, bajo la piel llevo mi coraza.

Han Shan es un insecto desnudo, su cuerpo es negro, su cabeza, blanca. Uno tiene una apariencia común, la otra no se parece a nada, pero no se pueden separar sin matar el todo. Cuando lo miras, crees ver a un hombre sentado, pero pensar en él es como pensar en la nieve que cae sin tocar el suelo.

pensar en él es como pensar en la nieve que cae sin tocar el suelo.

Maestro Han Shan,

solo desde siempre,

ni vivo ni muerto.

Quizá haya llegado el día en que el maestro no tenga nada que enseñar ni quede nadie a quien instruir.

# Índice de personajes

AI, vigésimo quinto príncipe de Lu, reinó del 494 al 468 a. C. Sucedió a su padre, el príncipe Ding, sin poseer realmente el poder, que detentaba entonces su ministro Ji Kangzi. Finalmente huyó al estado de Yue en el año 468 a. C. y murió dos años después en el exilio.

BOYI y su hermano Shuqi fueron vasallos del último rey de la dinastía Yin, hacia el siglo XI a. C. Cuando su señor fue derrotado por Wu, se negaron a servir al que iba a convertirse en el primer rey de la dinastía Zhou y se retiraron, según se dice, al monte Shouyang, donde se dejaron morir de hambre. Por ello se convirtieron en ejemplo de fidelidad a un soberano.

CAO CAO, nacido en el año 155, fue un famoso jefe del ejército, hombre de poder y poeta en horas libres. Su padre había sido adoptado por un eunuco y, a edad muy temprana, Cao Cao ocupó puestos oficiales. Con veintinueve años logró su primer éxito militar al reprimir la revuelta de los Turbantes Amarillos. Cuando el emperador Ling murió, en el año 189, estallaron disturbios en la corte de Luoyang, donde la lucha entre los partidarios de los hijos del difunto emperador degeneró en guerra civil. Cao Cao, gracias a su talento militar y a su astucia, acabó por imponerse y tomó al joven emperador Xian bajo su protección. A partir de ese momento, su influencia no dejó de crecer. En el 208 fue nombrado primer ministro y en el 213 el emperador le dio el territorio de Wei como feudo, antes de nombrarlo en el año 216 rey de Wei. Su prestigio llegó a ser tan grande que se convirtió en el hombre más poderoso del imperio, aunque su derrota en la batalla del Acantilado Rojo, en el año 208, le impidió unificar el imperio, que quedó dividido en tres reinos rivales: el reino de Wei en el norte, con Luoyang como capital; el reino de Shu en el sur y el reino de Wu en el suroeste. Cao Pi, hijo y sucesor de Cao Cao a la cabeza del reino de Wei, conseguiría proclamarse primer emperador de la efímera dinastía Wei, que iba a durar desde el 220 al 265, sin conseguir apoderarse de los otros dos reinos. Este periodo, conocido como los Tres Reinos, que se extiende del año 220 al 280,

inspiró la famosa novela del mismo nombre, que pone en escena a Cao Cao y a los grandes héroes de la época.

CAO FANG, tercer emperador de la dinastía Cao Wei, fue hijo adoptivo de Cao Rui, a quien sucedió en el 239, cuando tan solo tenía ocho años. Primero bajo la tutela de Cao Shuang, quedó sometido luego al dominio del ministro Sima Yi y después al de su hijo Sima Shi, sin haber ejercido nunca un poder real. En el año 254 sus partidarios le propusieron que se uniera a ellos para derrocar a Sima Shi, pero Cao Fang, entonces con veintidós años de edad, se echó atrás en el último momento. Sima Shi, aprovechando este fracaso, lo obligó a abdicar y lo mantuvo cautivo en su palacio hasta su muerte en el año 274.

CAO HUAN, nacido en el 246, nieto de Cao Cao, fue elegido por Sima Zhao para suceder a Cao Mao a la edad de catorce años. Cuatro años más tarde, en el 264, se vio obligado a abdicar y ceder el poder a Sima Yan, que se convirtió en el primer emperador de la dinastía Jin. Murió en el año 302.

CAO HUI, esposa de Xi Kang, con quien se unió antes del año 248, era descendiente de Cao Cao. Dio a luz a una hija y, en el 253, a un hijo llamado Xi Zhao.

CAO MAO, nieto de Cao Pi, fue el cuarto soberano de la dinastía Cao Wei. En el año 255, a la edad de catorce años, fue elegido por Sima Shi, que entonces era el verdadero señor de Wei, para suceder a su hermano Cao Fang. Dotado de gran inteligencia, Cao Mao se entregó muy pronto al estudio de los textos antiguos, frecuentó los círculos literarios y participó en los debates de los más eminentes confucianos. Cinco años después de su nombramiento quiso recuperar el poder, entonces en manos de Sima Zhao, y buscó en su entorno ministros leales para rebelarse contra él. Dos de estos ministros, sin embargo, lo denunciaron ante Sima Zhao. Cuando se dirigía al palacio, Cao Mao fue asesinado por un oficial de Sima Zhao, en el año 260, a la edad de diecinueve años.

CAO PI, hijo y sucesor de Cao Cao a la cabeza de Wei, el más grande de los Tres Reinos, fue el primer soberano de la dinastía Cao Wei. Reinó desde el año 220 hasta su muerte en el 226, sin haber podido anexionarse los reinos de Wu y de Shu. Gobernó en solitario, negándose a conceder a sus hermanos puestos importantes por miedo a una traición.

CAO RUI, hijo de Cao Pi y segundo soberano de la dinastía Cao Wei. Su reinado duró desde el año 226 hasta su muerte en el 239, a la edad de treinta y seis años. Igual de desconfiado que su padre respecto de su propia familia, cedió los puestos importantes a hombres ajenos al clan Cao, como el jefe del ejército Sima Yi. Viéndose sin heredero, adoptó a un niño al que llamó Cao Fang y antes de morir designó a Sima Yi y a Cao Shuang para que le ayudasen a gobernar.

CAO SHUANG, hijo de Cao Zhen, que a su vez era hijo adoptivo de Cao Cao, fue elegido en el año 239 por Cao Rui para ejercer, junto con Sima Yi, la regencia del reino de Wei. La colaboración se vio socavada desde el principio por las diferencias políticas y de carácter entre ambos. Cao Shuang pretendía seguir una política influenciada por la moral taoísta de la Escuela de los Misterios, frenar el lujo e imponer una serie de medidas que chocaban frontalmente con la moral confuciana y le atrajeron la hostilidad de los grandes terratenientes, de los que Sima Yi era el representante más ambicioso. A partir del año 246, la oposición entre los dos se hizo insostenible y el viejo jefe del ejército Sima Yi se retiró con el pretexto de una enfermedad, dejando el campo libre a su rival. Durante dos años, Cao Shuang, que ya no se sentía vigilado, bajó la guardia mientras los oficiales militares y los funcionarios civiles veían atacados los valores en los que se basaba la sociedad confuciana. En el 249, el ejército, bajo las órdenes de Sima Yi, se levantó contra Cao Shuang, quien renunció al poder y se retiró a su palacio convertido en prisión. Cuatro meses después, Sima Yi ordenó la muerte de Cao Shuang y de los numerosos letrados que lo apoyaban.

CHANG HONG, gran astrólogo, fue también maestro de música y mago al servicio de los tres emperadores Ling, Jing y su sucesor también llamado Jing

servicio de los tres emperadores Ling, Jing y su sucesor también llamado Jing, últimos soberanos de la dinastía Zhou durante el periodo conocido como Primaveras y Otoños, según el título de las famosas crónicas del estado de Lu. Estas crónicas cuentan que Chang Hong fue condenado a muerte en el año 493 a. C. por orden del emperador Jing.

CHEN SHE, hombre de origen humilde nacido en Chu, dirigió la rebelión contra el segundo emperador de Qin en el año 208 a. C. y murió durante la represión que siguió. Aparece en los capítulos 5 y 48 de las Memorias del historiador de Sima Qian.

CHENG, hijo del rey Wu y segundo soberano de la dinastía Zhou en el siglo XI a. C. Llegó al poder siendo muy joven y fue educado por su tío Zhou Gong, que se hizo cargo del reino en su lugar. Siete años después estaba en edad de reinar. Cuando Zhou Gong murió, una gran tormenta huracanada arrancó los árboles y destruyó las cosechas. El rey Cheng hizo abrir los cofres de los archivos para averiguar si se había cometido alguna falta y descubrió el texto del sacrificio ofrecido al Cielo por Zhou Gong durante la enfermedad de su padre. En agradecimiento por su lealtad, Cheng permitió a los príncipes de Lu, descendientes de Zhou Gong, ofrendar sacrificios al señor Wen, su abuelo, de la misma manera que lo hacía el rey. La biografía de Cheng aparece en el capítulo 33, titulado «Zhou Gong», de las Memorias del historiador de Sima Qian.

CONFUCIO, letrado de Lu, su apellido era Kong y su nombre, Qiu. Según la tradición, nació en el año 551 a. C. en Qufu, capital del estado de Lu, y murió en la misma ciudad en el 479 a. C. Era considerado maestro de la Escuela de los Letrados. El historiador Sima Qian fue el primero en escribir su biografía —que aparece en el capítulo 47 de sus Memorias—, basándose, por un lado, en las palabras de Confucio recogidas en las Analectas por sus discípulos después de su muerte y, por otro, en documentos históricos tales como los anales del estado de Lu, llamados Primaveras y Otoños, y en relatos tradicionales de algunos episodios de la vida del sabio. Muchos de ellos eran claramente legendarios, como la entrevista con Laozi, cuya historia fue luego difundida por los taoístas para ridiculizar al maestro de los confucianos, que durante mucho tiempo fueron sus rivales. Sin creer del todo en dichos relatos, Sima Qian, fiel a su función de

historiador y testigo de su tiempo, se vio obligado a transmitirlos porque gozaban de gran fama. El mérito de Sima Qian fue principalmente situar las palabras de Confucio, a menudo enigmáticas, en un contexto que les daba sentido. Sus interpretaciones no siempre obtienen el consenso de los sinólogos actuales. Los descendientes de Confucio, escrupulosamente censados, recibieron el homenaje de los gobernantes a lo largo de la historia. El linaje de Confucio es el más extenso de todos los conocidos hasta nuestros días. Su tumba se conserva en las cercanías de Qufu, en la provincia de Shandong, así como el templo que le está dedicado.

DING, hermano menor del príncipe Zhao de Lu, reinó del 509 al 494 a. C., aunque el poder efectivo estuvo en manos de su primer ministro Ji Huanzi.

GONG, ermitaño de la época de los Siete Sabios del Bosque de Bambú.

GONGSUN YANG, conocido también como Shang Yang, nació en el año 390 a. C., en la época de los Reinos Combatientes, en el estado de Wei. Al no encontrar salida para su ambición en su país, se dirigió al reino vecino de Qin en el año 361 a. C. y se convirtió en ministro del rey Xiao. Sus medidas, inspiradas en las teorías de los Legistas, permitieron que el reino de Qin se fortaleciera frente a los otros estados. A la cabeza de los ejércitos de Qin, Gongsun Yang logró una gran victoria sobre el reino de Wei en el año 352 a. C., y de nuevo en el 340 a. C. Durante esta última batalla, hizo prisionero a un miembro de la familia real de Wei y recibió el título de señor de Shang. Tras la muerte del rey Xiao, su sucesor lo acusó de rebelión y ordenó su detención. Shang Yang logró huir a Wei, su país natal, pero sus gentes, que no le habían perdonado la victoria sobre sus ejércitos catorce años antes, lo entregaron al rey de Qin, quien lo mató en el año 338 a. C. Su biografía se encuentra en el capítulo 68 de las Memorias del historiador de Sima Qian.

GU KAIZHI, célebre pintor, aunque no profesional, que vivió en el sur de China del año 345 al 406, durante la dinastía Jin del Este. Solía pintar en un pabellón de varios pisos porque le gustaba contemplar los amplios espacios abiertos. Fue

de varios pisos porque le gustaba contemplar los amplios espacios abiertos. Fue uno de los primeros teóricos del paisaje de montaña, como lo demuestran sus Notas sobre la pintura del monte de la Terraza de las Nubes. En este largo poema, describe la manera en que se podría pintar el decorado fabuloso de aspecto sobrenatural que sirvió de escenario para la última prueba impuesta por el Inmortal Zhang Daoling a sus discípulos, personajes legendarios del taoísmo. En el paisaje montañoso, Gu Kaizhi percibía las fuerzas ocultas que dan forma a la roca y penetran en el corazón humano, igual que la neblina impalpable moja la ropa. Su pintura meticulosa se caracterizaba por trazos densos y firmes y por líneas coloreadas en los flancos de la montaña, que resaltaban su masa con pliegues enérgicos. Aunque educado en la tradición taoísta, Gu Kaizhi pintó principalmente retratos y escenas budistas.

GUO XIE, forajido y justiciero, contemporáneo de Sima Qian, murió alrededor del año 127 a. C. Su vida se cuenta en las Memorias del historiador, en el capítulo 124, titulado «Los justicieros errantes».

HAN SHAN fue un ermitaño y poeta que se retiró a Han Shan, la Montaña Fría, y del que desconocemos prácticamente todo. Parece que hubo dos poetas que tomaron el mismo nombre. Según el estudio estilístico de sus versos, el primer Han Shan, en la encrucijada entre el taoísmo y el budismo, vivió entre los años 618 y 680 aproximadamente. El segundo, que expone tesis claramente budistas cercanas al templo de Guoqing, situado en la cordillera de Tiantai, puede que viviera en torno al siglo VIII. Los episodios de la vida del primer Han Shan descritos en este libro están tomados de algunos de sus poemas considerados como autobiográficos.

HONGJING, pintor y calígrafo taoísta nacido en el año 452, fue también experto en alquimia y prácticas médicas. En el 492, se retiró a la montaña Mao, al sureste de Nanjing, y se negó a servir al emperador Wu, de la dinastía Liang del Sur, quien pese a todo nunca dejó de consultarle cuando tenía que tomar una decisión importante. Por esta razón, fue llamado «el ministro de la montaña». Murió en el 536.

HOU, alquimista de la corte del emperador Shi Huangdi, decía ser capaz de elaborar un elixir de la larga vida compuesto de minerales y ciertos hongos. Sin embargo, al no poder satisfacer las exigencias del emperador, se unió al alquimista Lu para huir en el año 212 a. C. Ambos aparecen mencionados en el trigésimo quinto año de Shi Huangdi, en el capítulo 6 de las Memorias de Sima Qian.

HU SUI, astrólogo al servicio del emperador Wu, o Wudi, participó con Sima Qian en la instauración de un nuevo calendario en el año 104 a. C.

HUAI, rey de Chu desde el año 328 hasta el 296 a. C., durante la época de los Reinos Combatientes. Su territorio se extendía entre los reinos de Qi y de Qin. Después de una larga guerra entre Chu y Qi, se firmó una paz favorable a Chu en el 323 a. C. Estos dos estados, junto con los pequeños reinos del centro, formaron una coalición contra el reino de Qin para protegerse de las ambiciones de este poderoso estado. El rey de Qin, sin embargo, prometió ceder tierras al rey Huai si rompía su alianza con el reino de Qi. Huai aceptó y envió un mensajero a la corte de Qi con el encargo de ofender a su soberano, pero las tierras prometidas nunca le fueron entregadas. Sintiéndose traicionado, el rey Huai atacó Qin, pero fue derrotado en el año 312 a. C. Cuando posteriormente volvió a lanzar sus ejércitos contra el reino de Qin, el estado de Wei, que había sido su aliado, invadió parte de su territorio. Durante varios años, Chu y Qin se enfrentaron, hasta que en el 299 a. C. el nuevo rey de Qin, que acababa de suceder a su padre, invitó a Huai a visitar su territorio para poner fin a las disputas. A pesar de la advertencia de su consejero Qu Yuan, que presentía una trampa, el rey se dirigió a Qin, donde fue retenido como prisionero. Negándose a ceder parte de sus tierras para ser liberado, el rey Huai murió en Qin en el año 299 a. C. Su historia es relatada por Sima Qian en el capítulo 84 de las Memorias del historiador dedicado a Qu Yuan.

HUIYUAN, nacido en el 334, fue sin duda el monje budista más influyente de su tiempo. En el año 381 fundó el templo Donglin, al pie del famoso monte Lushan, que inspiró numerosos poemas y pinturas. Por su maestro Dao’an supo de la existencia de una cueva en Nagarahara, en el actual Afganistán, donde se podía

contemplar la sombra que Buda había dejado en la roca y que había sido visitada en varias ocasiones por peregrinos chinos. Huiyuan encargó luego a un pintor que reprodujese esa representación de Buda, a partir de la descripción detallada de un monje que había regresado de Cachemira, e hizo construir un santuario, inaugurado en mayo del año 412, para albergar la imagen sagrada. Se conoce un largo poema que ensalza esa pintura de Buda tradicionalmente atribuida a Huiyuan, pero cuyo autor podría ser Zong Bing. Murió en el año 416 en el templo Donglin, donde había vivido durante casi treinta años.

JI HUANZI, hijo de Ji Pingzi, fue el ministro todopoderoso de Lu desde el año 501 a. C. hasta su muerte en el 492 a. C. Su historia y la de la familia Ji se encuentra en el capítulo 33 de las Memorias del historiador de Sima Qian.

JI KANGZI, hijo de Ji Huanzi y ministro como él, gobernó al frente del principado de Lu desde el año 492 a. C. hasta su muerte en el 468 a. C. Aparece, como toda la historia del clan Ji, en el capítulo 33 de las Memorias de Sima Qian.

JI PINGZI, nieto de Ji Wuzi y ministro de Lu. Según el relato de Sima Qian en el capítulo 33 de sus Memorias, en el año 517 a. C. Ji Pingzi y un dignatario de Lu organizaron una pelea de gallos y se acusaron mutuamente de violar las reglas. Esta disputa se agravó y ambos se quejaron al príncipe Zhao, quien, poniéndose del lado del dignatario, se dirigió con sus tropas a la residencia de Ji Pingzi para arrestarlo y el dignatario exigió su muerte. Los parientes de Ji Pingzi, miembros de las familias Sun y Meng, se unieron para defenderlo, y el príncipe Zhao, derrotado, tuvo que huir al estado de Qi. Desde ese momento, el poder de Ji Pingzi en Lu no dejó de crecer hasta su muerte en el año 505 a. C.

JI WENZI, ministro de Lu e hijo de Ji You, sirvió desde el año 644 al 568 a. C. a los príncipes Xi, Wen y Xuan sucesivamente. Este último, hijo de una concubina, llegó al poder después de permitir el asesinato de los dos hijos de la primera esposa del príncipe Wen. Tras este doble crimen, el poder de los príncipes de Lu declinó en provecho de la familia Ji. Su historia aparece en el

capítulo 33 de las Memorias del historiador de Sima Qian.

JI WUZI, hijo y sucesor de Ji Wenzi, fue primer ministro del principado de Lu desde el 561 a. C. hasta su muerte en el año 535 a. C.

JI YOU, hijo del príncipe Huan de Lu, que reinó del 711 al 694 a. C., y de una concubina, se convirtió en jefe del clan Ji, por encima de sus hermanos que por su parte formaron las familias Sun y Meng. Su hermanastro, hijo de la esposa legítima de Huan, era Zhuang, príncipe de Lu entre los años 693 y 660 a. C. You fue consejero de su sobrino, el príncipe Xi, desde el año 659 a. C. hasta que murió en el 644 a. C. Su historia aparece en el capítulo 33 de las Memorias de Sima Qian, dedicado a los príncipes de Lu.

JING, príncipe de Qi, reinó del 547 al 490 a. C. Acogió al príncipe Zhao de Lu, quien fue obligado a exiliarse después de ser derrotado por su ministro Ji Pingzi en el 511 a. C., pero acabó por retirarle su ayuda. En el año 500 a. C., Qi firmó la paz con Lu y el príncipe Jing, con intención de secuestrar al príncipe de Lu, lo invitó a una reunión supuestamente amistosa. La intervención de Confucio, sin embargo, frustró la trampa y salvó a su soberano. El príncipe Jing aparece varias veces en la biografía de Confucio, en el capítulo 47 de las Memorias de Sima Qian.

JING, vigésimo quinto emperador de la dinastía Zhou, durante la época Primaveras y Otoños, reinó del 519 al 476 a. C. Sin tener ningún poder efectivo sobre los príncipes, solo conservó los privilegios honoríficos debidos a su rango.

KONG ANGUO, descendiente de Confucio, fue uno de los estudiosos que enseñó a Sima Qian historia antigua. Hacia el año 91 a. C., fue condenado a muerte por haberse hecho cargo de la defensa del príncipe Li, heredero legítimo del emperador Wu de la dinastía Han.

KONG FU, letrado del reino de Lu, octavo descendiente de Confucio, combatió junto al rebelde Cheng She y murió haciendo frente a los ejércitos del segundo emperador de la dinastía Qin, en el año 208 a. C.

LAOZI, sabio legendario que vivió alrededor del año 600 a. C. Su nombre en chino significa «viejo maestro». Según la tradición, habitó en el reino de Chu y sería el autor del Tao Te King (en transcripción pinyin Dao de jing). Originalmente, este libro estaba dividido en dos partes distintas, Tao y Virtudes, entendiendo «virtudes» como «poderes manifiestos» del Tao. El encuentro entre Laozi y Confucio se relata en el capítulo 47 de las Memorias del historiador y en la biografía de Laozi, en el capítulo 63, donde Sima Qian se cuida de precisar que todo lo concerniente a la vida y a los hechos del Viejo Maestro es muy incierto.

LI, primogénito y heredero del emperador Wu de la dinastía Han. Al final de su reinado, este emperador, ya enfermo, se dejó convencer de que se iba a atentar contra su vida por medio de hechizos. En el año 91 a. C. un funcionario de la corte obtuvo autorización para buscar pruebas en la habitación del príncipe. Una estatuilla sospechosa encontrada allí bastó para condenar a Li, quien tuvo que huir para salvar su vida. Poco después, fue arrestado y ejecutado junto con todos los que lo habían apoyado.

LI GUANG, comandante del ejército durante el reinado de los emperadores Jing y Wu de la dinastía Han, fue famoso por su valentía en la guerra contra los bárbaros xiongnu. Murió en el año 119 a. C. Su biografía se encuentra en el capítulo 109 de las Memorias del historiador de Sima Qian.

LI LING, jefe militar, nieto de Li Guang, sirvió al emperador Wu de la dinastía Han. En el año 99 a. C., durante una batalla contra los xiongnu, después de defenderse heroicamente Li Ling se rindió a los bárbaros. El emperador, que no toleraba la derrota de sus ejércitos, ordenó la ejecución de toda su familia. Li

Ling permaneció entre los xiongnu hasta su muerte y rechazó volver a unirse al imperio chino. Su historia, su relación con Sima Qian y las graves consecuencias que se siguieron se relatan en la conclusión de las Memorias, donde el historiador cuenta su propia vida.

LI SHAOJUN, alquimista al servicio del emperador Wu de la dinastía Han, ante quien fue presentado en el año 133 a. C. Adquirió gran fama entre los nobles y una inmensa fortuna intentando obtener la inmortalidad por mediación de los Espíritus. Decía ser capaz de fabricar una vajilla con el oro obtenido a partir del cinabrio y que todos los alimentos que entraran en contacto con ella volverían inmortal al hombre que los consumiera. Su influencia sobre el emperador Wu fue tal que, cuando murió, el soberano se negó a creer en su desaparición, pensando que se había transfigurado. Sus artimañas son descritas por Sima Qian en el capítulo 28 de sus Memorias.

LING, príncipe del estado de Wei, reinó del 534 al 493 a. C. Como era homosexual, toleró que su concubina Nanzi mantuviese una relación incestuosa con su hermano. Recibió a Confucio dos veces, en el año 496 a. C. y de nuevo en el 493 a. C. Es mencionado en la biografía de Confucio, en el capítulo 47 de las Memorias del historiador de Sima Qian.

LIU BANG, guerrero de Chu proveniente de una humilde familia campesina. Durante las rebeliones contra el segundo emperador de la dinastía Qin, se unió a las tropas encabezadas por Xiang Yu, quien más tarde le concedió las tierras de Han en un reparto tras la victoria. Liu Bang, convertido en rey de Han, acabó por volverse contra su aliado Xiang Yu y fue designado primer emperador de la dinastía Han con el nombre de Gaozu, en el año 202 a. C. Murió en el 195 a. C. Su ascenso de simple soldado a emperador de los Han se relata en el capítulo 7 de las Memorias del historiador de Sima Qian.

LIU LING, nacido hacia el año 221 y muerto en torno al 300, fue el más libre de los Siete Sabios del Bosque de Bambú por su forma de vida y su pensamiento, que se consideran cercanos a los de Zhuangzi. De él se cuentan algunas

que se consideran cercanos a los de Zhuangzi. De él se cuentan algunas anécdotas relativas a su afición al vino, probablemente forjadas después de su muerte, cuando el grupo de los Siete Sabios se convirtió en leyenda. Se le atribuye un poema titulado Elogio de la virtud del vino.

LU, adivino y alquimista al servicio de Shi Huangdi. En el año 212 a. C., Lu y el alquimista Hou, testigos del poder tiránico del emperador, decidieron huir para escapar a las amenazas que se cernían sobre ellos. Su desaparición provocó la ira de Shi Huangdi, quien comenzó a albergar sospechas de fraude por parte de los demás alquimistas que le servían y decidió someter a investigación a todos los sabios de la capital que tenían conocimientos esotéricos. La persecución se saldó con cuatrocientos sesenta sabios condenados a muerte. Lu y Hou aparecen en el capítulo 6 de las Memorias de Sima Qian, dedicado al reinado del emperador Shi Huangdi.

LÜ AN, erudito taoísta originario de Dongping, rechazó todo cargo político para dedicarse al estudio con total libertad. Fue autor de un ensayo poético, El cráneo, inspirado en Zhuangzi, y de un estudio sobre la Senda confuciana. Era amigo personal de Xi Kang y de Xiang Xiu. Víctima de las calumnias de su hermano Lü Xun, fue acusado de maltratar a su madre. Condenado al exilio en una región fronteriza del norte y luego encarcelado, murió decapitado en el año 262, al mismo tiempo que Xi Kang.

LÜ SHANG, también conocido como Jiang Taigong, fue el sabio consejero del señor Wen, de su hijo el rey Wu —primer soberano de la dinastía Zhou— y de su nieto el rey Cheng. Su historia se encuentra en el capítulo 4 de las Memorias del historiador, dedicado a los soberanos de la dinastía Zhou.

LÜ XUN, hermano de Lü An y amigo de Xi Kang, de quien se distanció después de entrar al servicio del ministro Zhong Hui. Su ambición y su odio hacia Lü An provocaron la pérdida de Xi Kang y de su propio hermano, de cuya defensa se hizo cargo Xi Kang.

MENG WUBO, miembro de la familia Meng, perteneciente al clan Ji que asistía al príncipe de Lu en el gobierno.

MU, príncipe de Qin, gobernó del 659 al 621 a. C., durante el periodo llamado Primaveras y Otoños. Fue el vasallo más poderoso del emperador Xiang, decimoctavo soberano de los Zhou. A su muerte, ciento setenta y siete personas fueron sacrificadas en su tumba. Su historia se relata en el capítulo 5 de las Memorias del historiador de Sima Qian.

NANZI, favorita del príncipe Ling del estado de Wei. Su escandalosa relación con su hermano, conocida por todos, le valió un reproche unánime.

NIE ZHENG, personaje que aparece junto a su hermana en el capítulo 86 de las Memorias del historiador de Sima Qian, titulado «Los asesinos». Nie Zheng, de origen humilde, mató al ministro de Han, Xia Lei, a petición de Yan Sui en el año 397 a. C. Como el castigo de un asesino se extendía a toda su familia, se desfiguró antes de morir para no ser reconocido por su hermana. Nie Zheng representa el modelo confuciano del hombre íntegro que cumple con su deber aunque le cueste la vida.

QIN SHI HUANGDI, Primer Emperador Soberano Qin, título que tomó Zheng, rey de Qin, cuando fundó la dinastía del mismo nombre en el año 221 a. C. Su capital era Xianyang. El poder del reino de Qin, desde su victoria sobre Wei en el año 350 a. C., no había dejado de crecer. En el 246 a. C., cuando Zheng accedió al poder, su reino se había convertido en el más poderoso de todos. Aprovechando su fuerza militar, Zheng emprendió la conquista gradual de los otros reinos. Entre el 246 y el 226 a. C. fueron anexionados los pequeños estados del centro, de los que Lu formaba parte. En el 225 a. C. le llegó el turno a Wei, luego a Chu en el 223 a. C. y finalmente a Qi en el 221 a. C. Tras haber reunido todos los territorios bajo su autoridad, Zheng se proclamó emperador. A partir de ese momento gobernó con mano de hierro y gran crueldad, controló a los

hombres a través de un sistema de castigos y recompensas, según la enseñanza de los Legistas, y asumió el poder absoluto. Desde el primer año de su reinado, la unificación de leyes, reglas, pesos y medidas convirtió oficialmente los antiguos reinos en un solo imperio. En el año 219 a. C. Shi Huangdi ofreció un sacrificio al Taishan y a las principales montañas para celebrar su dominación. En el 213 a. C., por consejo de su ministro Li Si, ordenó a los letrados, bajo amenaza de pena de muerte, quemar los anales de todos los reinos y los libros de sabiduría antigua, como el Libro de las Odas, el Laozi, el Zhuangzi y los escritos de las demás escuelas. Solamente los libros de medicina, de agricultura y de adivinación fueron preservados. Obsesionado con la idea de la muerte, envió emisarios varias veces en busca de la isla Penglai, tierra de los Inmortales, y se rodeó de adivinos que le prometían la droga de la inmortalidad. Esto no impidió que en el 210 a. C., undécimo año de su reinado, enfermara y muriese poco tiempo después, lejos de la capital. Su ministro Li Si, queriendo ocultar su muerte por miedo a que los príncipes de los estados sumisos se rebelaran, solo comunicó el fallecimiento del emperador cuando su cuerpo llegó de regreso a Xianyang. El emperador fue enterrado en el suntuoso mausoleo que había hecho construir en vida, para el que había empleado, según se dice, a más de setecientos mil obreros. Contenía objetos raros y utensilios sofisticados, así como una representación en miniatura del territorio chino. Utilizando mercurio, se había simulado el curso de los dos grandes ríos, sus afluentes y el mar. Las aguas en movimiento eran impulsadas por máquinas y reflejaban la luz de las estrellas incrustadas en la bóveda de la roca. Las antorchas de grasa de foca debían iluminar la sala mortuoria durante mucho tiempo. Para acompañar al emperador, un gran número de mujeres y sirvientes fueron sacrificados en el curso de la ceremonia funeraria. Los obreros que conocían el valor de los objetos del mausoleo fueron enterrados con el difunto emperador. Esta es la descripción contenida en el capítulo 6 de las Memorias del historiador de Sima Qian, que reconstruye los principales acontecimientos del reinado de Shi Huangdi. A cierta distancia de la tumba misma, fue descubierto en 1974 un ejército de soldados de terracota, repartidos en tres fosas, que supuestamente debían proteger al emperador.

QING XIANG, hijo primogénito del rey Huai de Chu, reinó del 298 al 236 a. C. Hostil al poeta Qu Yuan, que intentó aconsejarle, lo desterró tras la muerte de su padre Huai.

QU YUAN, poeta y ministro del rey Huai de Chu, vivió del 340 al 278 a. C. Es conocido por haber escrito, entre otras cosas, una colección de poemas autobiográficos bajo el título de Lisao, que puso fin a la poesía de tradición anónima. Qu Yuan se convirtió en ministro del rey Huai a la edad de veinte años y trató de aconsejarle para evitar los ataques del poderoso estado de Qin. Sin embargo, sus opiniones siempre lúcidas se encontraron con la ceguera del rey y con la hostilidad de su hijo y luego primer ministro Zilan. En el 312 a. C. Qu Yuan fue enviado a Qi para renovar su alianza con Chu frente al reino de Qin, pero el rey Huai lanzó sus tropas contra Qin sin esperar su regreso. La derrota de Chu debilitó el país, que entonces fue objeto de ataques por parte de sus antiguos aliados. Cuando el heredero del rey de Qin, que acababa de acceder al poder, propuso a Huai que visitara su reino, Qu Yuan intentó convencer a su soberano para que no acudiese a la cita. La muerte del rey Huai en Qin, en el 299 a. C., fue percibida por Qu Yuan como un fracaso personal. Trató de probar su lealtad a Qing Xiang, hijo mayor de Huai y nuevo rey de Chu, pero calumniado por Zilan fue exiliado al sur, a orillas del río Yangzi. Durante su estancia allí compuso un largo poema en el que expresaba su dolor y su amargura, y luego se arrojó al río Miluo. La biografía de Qu Yuan y algunos de sus poemas se encuentran en el capítulo 84 de las Memorias del historiador de Sima Qian. Según la tradición, los habitantes de la región recorrieron con sus barcas el río Miluo para recuperar el cuerpo de Qu Yuan y, al no poder encontrarlo, arrojaron ofrendas de arroz envueltas en hojas de bambú a los peces del río para evitar que se comieran su cuerpo. Las ceremonias populares que siguieron a su muerte están en el origen de la actual fiesta del quinto día del quinto mes lunar, que perpetúa la memoria de Qu Yuan hasta nuestros días.

RAN QIU, también conocido como Ziyou, fue discípulo de Confucio, originario del principado de Lu. Era amable, conciliador y poseía cierto talento para la administración. En Lu sirvió al ministro Ji Kangzi. En el año 484 a. C. luchó para defender el principado contra los ataques del reino de Qi. Gracias a su intervención, Confucio pudo regresar a su país natal poco antes de morir. Aparece en el capítulo 46 de las Memorias del historiador de Sima Qian.

RUAN JI, nacido en el año 210, fue uno de los poetas más importantes de la

época llamada de los Tres Reinos por la sinceridad y la calidad de sus versos. Practicó la esgrima y tocaba la cítara desde muy joven. Heredó el talento literario y musical de su padre Ruan Yu, que había servido a Cao Cao y a Cao Pi. Su educación confuciana y su gusto por los textos antiguos, así como su moral, le llevaron a acercarse a la Escuela de los Nombres, pero no pudo adoptar con entusiasmo el partido de los Sima cuando estos llegaron al poder ni aprobar la corrupción de las ideas y de las costumbres de las que era testigo. La elegancia de su escritura atrajo la atención de Sima Yi y luego de Cao Shuang, quienes le propusieron cargos en el gobierno que Ruan Ji rechazó. Toda su vida se las arregló para ocupar cargos de menor importancia, con objeto de preservar su libertad de pensamiento. En el año 255, Sima Zhao, que acababa de llegar al poder, lo tomó bajo su protección y le permitió vivir al margen de las convenciones sociales. Conoció tardíamente a Xi Kang y participó en las reuniones del Bosque de Bambú, junto con su sobrino Ruan Xian y el joven Wang Rong, cuyas cualidades apreciaba. El personaje de Ruan Ji, de gran complejidad, encarna las ambigüedades de una época en la que los letrados se vieron obligados a elegir entre partidos y escuelas en conflicto. Ante los abusos de poder y la corrupción, eran propensos a refugiarse en el mundo abstracto de los Misterios. Los poemas de Ruan Ji reflejan ese gusto, compartido con los taoístas, por las Grandes Excursiones o viajes extáticos a través del universo ilimitado del Tao y por la esfera luminosa de los Inmortales que escapan de la contaminación del mundo. En el año 263, bajo la presión de los seguidores de Sima Zhao, escribió en estado de embriaguez una carta invitándole a aceptar los honores que le abrían el camino a la soberanía. Este escrito decisivo, erudito y refinado, destinado a convertirse en ejemplo para las generaciones futuras, hizo que Sima Zhao accediese a convertirse en soberano. Ruan Ji murió menos de un mes después. Muchos de sus poemas describen en forma metafórica la decadencia de la dinastía Cao Wei, pero también sus sentimientos más personales, casi siempre nostálgicos. Es autor de un Debate sobre la música que adopta las ideas de Confucio sobre el papel de la música en el comportamiento humano y en la sociedad, así como de un Ensayo sobre el Yijing (Libro de las Mutaciones) y un tratado sobre Zhuangzi. Su largo poema Biografía del Maestro Gran Hombre, retrato de un Inmortal con poderes supremos que ridiculiza la pretensión de los letrados confucianos de servir al prójimo e instruir a los hombres, representa el modelo al que él mismo aspiró durante toda su vida.

RUAN XIAN, sobrino de Ruan Ji, fue uno de los sabios más jóvenes del Bosque de Bambú. Como su tío, sentía inclinación por el vino y despreciaba la riqueza

de Bambú. Como su tío, sentía inclinación por el vino y despreciaba la riqueza. Era un gran conocedor de la teoría musical y un excelente intérprete de pipa, una suerte de laúd de cuatro cuerdas que él dio a conocer, hasta el punto de que el instrumento acabó tomando su nombre. Varios años después de la disolución de las reuniones en el Bosque de Bambú, criticó la nueva afinación establecida por el poderoso letrado Xun Xu, sobrino del ministro Zhong Hui, y propuso una distinta, lo que le valió ser expulsado de la capital. Más tarde se demostró que las teorías musicales de Ruan Xian eran correctas.

SHAN TAO, nacido en el año 205 cerca de Shanyang, el más viejo de los Siete Sabios del Bosque de Bambú procedía de una familia modesta, aunque estaba emparentado con la esposa del ministro Sima Yi. Conoció a Xi Kang alrededor del 242. Adepto de la Escuela de los Nombres, ocupó cargos menores al servicio del clan Sima. En el año 261, fue ascendido a un rango superior y propuso que su antiguo puesto fuera ocupado por Xi Kang, provocando involuntariamente la ruptura de su amistad. Sin embargo, Xi Kang lo nombró tutor de su hijo antes de morir. La verdadera carrera política de Shan Tao comenzó a los sesenta y cinco años de edad con la dinastía Qin, de la que llegó a ser una figura importante. Murió en el 283.

SHAO JING, también conocido como Ren An, fue un oficial que, durante el reinado del emperador Wu, estuvo implicado en el caso del príncipe Li, en el año 91 a. C. Este último, acusado de intentar hechizar a su padre el emperador, se refugió en un cuartel en el norte de China bajo el mando de Shao Jing. Sin querer tomar partido, el oficial permaneció en una neutralidad que le pareció sospechosa al emperador. Shao Jing fue arrestado y encarcelado. Se conoce la respuesta de Sima Qian a una carta suya en la que le pedía que intercediese en su favor.

SHU LIANGHE, padre de Confucio, originario del principado de Song. La tradición cuenta que era descendiente del último rey de la dinastía Yin, que había sido derrotado por Wu, primer emperador de la dinastía Zhou. Este concedió a los herederos del emperador fallecido el territorio de Song, al sur del principado de Lu. Shu Lianghe murió poco después del nacimiento de Confucio. Se le menciona en la biografía de Confucio redactada por Sima Qian, en el capítulo 47

de sus Memorias.

SHUN, último de los Cinco Soberanos míticos anteriores a la primera dinastía. Sucedió al emperador Yao, quien lo eligió por las cualidades que vio en él. En tiempos de aquellos primero soberanos el poder no era hereditario porque, según la tradición, un padre virtuoso a menudo engendraba a un hijo indigno. La historia de Shun y de los Cinco Emperadores se encuentra en el primer capítulo de las Memorias de Sima Qian y en los Anales de las Tres Dinastías (Shujing).

SIMA QIAN, letrado confuciano nacido en el 145 a. C., padre de la historiografía china. Según los datos que encontramos en su autobiografía, provenía de una antigua familia encargada, en tiempos de los primeros emperadores, de los «asuntos del cielo y de la tierra» y luego de los archivos de los emperadores Zhou. El prestigio del linaje había disminuido a lo largo de los siglos, desde que la redacción de los anales fue arrebatada a los astrólogos. Era hijo de Sima Tan, gran secretario y astrólogo a cargo del calendario durante el reinado del emperador Wu de la dinastía Han. A la edad de diez años podía recitar los textos antiguos y, para completar su educación, a los veinte años emprendió un largo viaje por el imperio que le llevó a visitar los lugares históricos y a conocer las tradiciones confucianas conservadas en los territorios de Lu y de Qi. A su regreso ocupó el puesto de subsecretario y en el año 111 a. C. fue encargado de inspeccionar la administración de los territorios que acababan de ser anexionados al sur del río Yangzi. Un año después, cuando regresaba a Luoyang para presentar su informe, halló a su padre enfermo. Este le hizo prometer que completaría la gran historia que él había comenzado para reanudar la antigua tradición familiar que convirtió a sus antepasados en autores de los anales del imperio. Tres años después de la muerte de su padre, en el 107 a. C., le sucedió en el puesto de secretario y astrólogo. En el año 104 a. C., el emperador le encargó que calculase el curso de los astros y reformase el calendario con ayuda del astrólogo Hu Sui. Tiempo después, en el 99 a. C., defendió ante el emperador al general Li Ling, que acababa de perder una batalla contra los guerreros xiongnu. La alabanza del vencido irritó al emperador y Sima Qian fue juzgado y condenado a la castración. A pesar de la deshonra que suponía este castigo, que la mayor parte de quienes lo sufrían evitaba con el suicidio, Sima Qian decidió seguir con vida para poder terminar su historia, continuó sirviendo al emperador y en torno al año 96 a. C. fue encargado de

supervisar los decretos y las actas imperiales. Fuera de sus ocupaciones en palacio, continuó por su cuenta la redacción de la gran historia de China. Según Chavannes, que tradujo parte de esta obra bajo el título de Memorias históricas, pudo haberla completado alrededor del año 91 a. C. La obra consta de 12 Anales Principales, 9 Tablas Cronológicas, 8 Tratados, 30 Casas Hereditarias y 69 Monografías, la última de las cuales, Escrito sobre sí mismo, evoca sus orígenes y la historia de su vida, así como la naturaleza de su obra. En este último escrito se menciona la conversación que mantuvo con el astrólogo Hu Sui. También se conoce su Carta a Ren An (otro nombre de Shao Jing) y un poema en el que lamenta su triste suerte. La fecha de su muerte no es segura y podría haber acontecido, según Chavannes, entre los años 86 y 74 a. C. Sabemos que Sima Qian tenía una hija y un nieto, llamado Yang Yun, que no heredó el cargo de gran secretario y murió sin descendencia, condenado a la pena capital por criticar las medidas del gobierno. A Yang Yun le debemos haber dado a conocer la obra de Sima Qian, que no fue difundida en vida del autor.

SIMA SHI, nacido en el año 208, hijo mayor de Sima Yi. En el 248, teniendo el control de la élite del ejército, ayudó a su padre a eliminar al ministro Cao Shuang, que regentaba el reino de Wei junto con Sima Yi. A la muerte de su padre, en el 251, fue nombrado jefe del ejército por el joven emperador Cao Fang. Sima Shi prometió fidelidad a la dinastía Cao Wei que decía defender, mientras en secreto mandaba vigilar al círculo del emperador, llegando incluso a matar a un ministro próximo al soberano porque se negó a revelar el contenido de sus conversaciones. Todos los letrados y dignatarios que Cao Fang frecuentaba fueron vigilados o detenidos. Cuando Sima Shi supo, en el año 254, que se estaba preparando un complot organizado contra él por los seguidores del emperador, hizo arrestar a Cao Fang y nombró a su hermano menor, Cao Mao, para que lo sustituyera. Un año después, varios generales se rebelaron. Sima Shi, que acababa de ser operado de un tumor en un ojo, insistió en ponerse a la cabeza de las tropas. La insurrección fue reprimida, pero él murió una semana más tarde a la edad de cuarenta y siete años.

SIMA TAN, padre de Sima Qian, gran secretario y astrólogo encargado del calendario bajo el reinado del emperador Wu de la dinastía Han, un cargo modesto que mantuvo desde el año 140 a. C. hasta su muerte en el 110 a. C. Fue autor de una historia de China que dejó inconclusa, terminada más tarde por

Sima Qian, y de un tratado sobre las Seis Escuelas que Sima Qian resume en el último capítulo de sus Memorias, donde se dice que Sima Tan estudió astrología y adivinación, que conocía el Yijing (Libro de las Mutaciones) y el pensamiento de la escuela taoísta. Murió en Luoyang, mientras acompañaba como astrólogo al emperador Wu, que iba a celebrar los sacrificios Feng Shan en el monte Taishan.

SIMA YI, nacido en el año 179 de una familia aristocrática de tradición confuciana, fue jefe militar y hombre de poder al servicio de Cao Cao y luego de su hijo Cao Pi, primer emperador de la dinastía Cao Wei. En el 239, fue encargado por el emperador moribundo, que dejaba un heredero, de gobernar el reino junto a Cao Shuang. La concepción feudal del poder y la moral de Sima Yi, heredadas de Confucio y representadas por la Escuela de los Nombres, se oponían a las ideas de la familia imperial de los Cao, que pretendía concentrar el poder en manos de un solo soberano. La hostilidad entre Sima Yi y Cao Shuang se manifestó desde el principio y se mantuvo hasta que en el 247 Sima Yi decidió retirarse. Sin salir de su casa, fue testigo de los sucesivos fracasos de Cao Shuang y recibió a los representantes de las grandes familias y a los jefes militares que se veían perjudicados por sus reformas. Tras eliminar a su rival y a toda su familia en el año 249, mandó matar a los letrados taoístas de quienes Cao Shuang se rodeaba. La influencia de Sima Yi siguió en aumento junto a los emperadores Cao Rui y luego Cao Fang. Su ambición y su astucia le permitieron gobernar en la sombra y abrir camino a su hijo Sima Shi y a sus herederos, quienes acabarían por derrocar a la dinastía Cao Wei. Murió en el 251 a la edad de setenta y dos años.

SIMA ZHAO, nacido en el año 211, fue uno de los hijos de Sima Yi. A la muerte de su hermano mayor, Sima Shi, en el 255, se convirtió en señor de Wei. Cinco años después, el emperador Cao Mao reunió a unos cuantos ministros leales para apartarlo y recuperar el poder, pero a causa de una traición el complot fue descubierto y poco después Cao Mao fue asesinado por un oficial de Sima Zhao. Para silenciar las acusaciones que se levantaban por todas partes, el oficial fue condenado a muerte y Sima Zhao se apresuró a nombrar a Cao Huan como nuevo emperador. Los partidarios de Sima Zhao, sin embargo, le instaron a aceptar los títulos honoríficos que le permitirían acceder a la soberanía. Menos por modestia que por obediencia al protocolo confuciano, que exigía que un

por modestia que por obediencia al protocolo confuciano, que exigía que un soberano accediese al trono solo después de haberse negado a hacerlo tres veces, Sima Zhao rechazó la oferta de sus partidarios. Estos propusieron entonces al poeta Ruan Ji que lo persuadiera por medio de un escrito. En el 265, Ruan Ji, en pleno estado de embriaguez, escribió un poema invitando a Sima Zhao a aceptar el título de emperador y a unir los tres reinos en un solo imperio. Sima Zhao, entusiasmado por la calidad del escrito, aceptó, aunque murió ese mismo año. Su hijo y heredero, Sima Yan, fundaría la dinastía Jin y concedería a su padre el título póstumo de primer emperador de dicha dinastía.

TANG, señor de Shang, vasallo del último rey de los Xia, primera dinastía de China. Vivió alrededor del siglo XVI a. C. Ante la crueldad que mostraba el soberano hacia su pueblo, se propuso castigarlo con ayuda del Cielo y de los príncipes que se habían unido a él atraídos por su virtud. Después de derrotar al ejército del rey, se dio el título de Victorioso y se convirtió en el primer soberano de la dinastía Yin. Tang accedió al poder porque poseía la virtud originaria propia de los fundadores de las primeras dinastías, capaz de reemplazar los valores decadentes y corruptos de un soberano que había perdido el apoyo del Cielo. Sima Qian menciona la ascensión de Tang en el capítulo 3 de sus Memorias, dedicado a la dinastía Yin, segunda de las Tres Dinastías.

TAO YUANMING, poeta taoísta que vivió entre los años 365 y 427. Su poesía sencilla y espontánea expresaba, a través de la experiencia personal, la armonía con la naturaleza y la admiración por los Antiguos. En un poema se define a sí mismo como «un hombre tranquilo que no estima la gloria ni la riqueza, que ama la lectura y tiene una inclinación natural por el vino. Las cuatro paredes ruinosas de su casa no protegen ni del viento ni del sol. Su vestido de tela tosca está agujereado, sus reservas de arroz y de agua están vacías, pero está contento con su destino». Su pobreza le obligó a aceptar varias veces un cargo para mantener a su familia, pero durante toda su vida trató de escapar de las convenciones y de la vida política.

VIMALAKIRTI, sabio budista laico y rico, pertenece a la tradición hindú cuyo propósito era la salvación de los hombres. Para convencerlos con la práctica, utilizó todos los medios a su alcance sin que sus principios se vieran alterados.

Frecuentaba las casas de las prostitutas para mostrar las trampas de la lujuria, bebía con los borrachos en las tabernas para devolverlos al buen camino, y para salvar a las gentes del temor y tener ocasión de enseñarles la Ley de Buda fingía estar enfermo. Había alcanzado tal grado de perfección que podía exponerse a los vicios sin que su pureza disminuyera. El Sutra que lleva su nombre fue traducido por primera vez al chino en el siglo V y conoció una gran difusión en todos los ambientes cultos.

WANG RONG, nacido en el año 234 en el seno de una familia rica, fue uno de los Siete Sabios del Bosque de Bambú a edad muy temprana gracias a Ruan Ji, quien trabó amistad con él y lo presentó a sus compañeros. Espíritu brillante y ambicioso, se convirtió en una figura influyente durante el reinado de Sima Yan de la dinastía Jin. Murió en el 305.

WANG WEI, nacido en el 415 y muerto en el 443, era descendiente de Wang Rong, uno de los Siete Sabios del Bosque de Bambú. Letrado, pintor y excelente calígrafo, dominaba también las artes de la música, la medicina, la adivinación y las matemáticas. En su ensayo titulado De la pintura, afirmaba que el paisaje manifiesta un poder espiritual, que al contemplarlo su mente sensible era capaz de percibir el pulso que lo animaba y que la pintura, más cercana a la escritura que a la cartografía, devolvía a las formas la vida latente que el ojo no podía ver. Wang Wei no debe ser confundido con el famoso poeta y pintor del siglo VIII, cuyo nombre, para nosotros homófono, es diferente en chino.

WANGZI QIAO, taoísta y legendario Inmortal, hijo heredero del emperador Ling de la dinastía Zhou, que gobernó del 571 al 545 a. C. En la muy antigua Biografía de los Inmortales se cuenta que Wangzi Qiao fue iniciado en el misterio de las grullas, aves de los Inmortales por excelencia. Hizo saber a su familia que debían esperarlo el séptimo día del séptimo mes en la cima de la Montaña Sagrada del Centro. El día indicado, apareció montado en una grulla blanca que se posó en la cima de la montaña. Sus parientes podían verlo de lejos, pero no acercarse, él les hizo un gesto de despedida con la mano y desapareció unos días después. Cuando llegaron al lugar desde el que había alzado el vuelo, encontraron uno de sus zapatos. El séptimo día del séptimo mes —o de la

séptima luna— era una fiesta popular marcada por el encuentro entre el Arriero y la Tejedora, dos estrellas separadas por la Vía Láctea durante el resto del año. La tradición dice que ese día las urracas forman un puente para que los amantes puedan encontrarse. En tal fecha, las relaciones entre el Cielo y la Tierra se veían favorecidas, los Inmortales ascendían al cielo y los Espíritus celestiales bajaban a la tierra. También era el día propicio para recoger hierbas medicinales y exponer la ropa a la influencia benéfica del sol.

WEN, señor de Zhou, también llamado señor del Oeste, fue vasallo del último rey de la dinastía Yin, en el siglo XI a. C. La tradición cuenta que gobernó sus tierras con justicia, honrando a los ancianos, protegiendo a los niños y respetando a los sabios. Sus virtudes eran tales que los hombres de valía se unían a él despertando los celos del rey, quien lo hizo encarcelar. Sus partidarios obtuvieron su liberación ofreciendo al rey ricos presentes. Wen, sin embargo, mantuvo la lealtad a su soberano, cuya crueldad trató de compensar con bondad, llegando incluso a cederle parte de sus tierras para que cesase las torturas que infligía a sus súbditos. Después de su muerte, su hijo Wu logró expulsar al malvado rey de los Yin e instaurar la dinastía Zhou. Más tarde, Wen fue considerado como primer antepasado de la dinastía Zhou y recibió el título póstumo de rey, aunque nunca había reinado. Su historia es relatada por Sima Qian en las Memorias del historiador, en el capítulo 4, dedicado a la dinastía Zhou.

WEN, príncipe de Lu que sucedió al príncipe Xi en el año 629 a. C. Cuando murió en el 609 a. C., sus herederos legítimos fueron asesinados para favorecer a su otro hijo nacido de una concubina, que gobernaría Lu con el nombre de príncipe Xuan. Sima Qian describe su reinado, junto con el de los demás príncipes de Lu, en el capítulo 33 de sus Memorias.

WU, señor de Zhou, hijo heredero de Wen y vasallo del último soberano de la dinastía Yin, vivió a mediados del siglo XI a. C. Gobernó su territorio siguiendo los mismos principios que su padre y se ganó la lealtad de los otros vasallos. Once años después de hacerse cargo del gobierno del territorio de Zhou, se decidió a castigar al cruel tirano de la dinastía Yin. Su ejército, al que se unieron su hermano Zhou Gong y los demás príncipes, atacó al ejército del rey y obtuvo

su hermano Zhou Gong y los demás príncipes, atacó al ejército del rey y obtuvo la victoria. Viéndose derrotado y abandonado por todos, el último rey de los Yin se quitó la vida. Los príncipes reconocieron entonces a Wu como su soberano. Convertido en primer rey de la dinastía de Zhou, Wu distribuyó los feudos a sus partidarios y dio el territorio de Lu a su hermano Zhou Gong. A su muerte dejó un heredero demasiado joven para gobernar y Zhou Gong se hizo cargo de la regencia. Al igual que Yu, primer rey de la dinastía Xia, y que Tang, primero de la dinastía Yin, el pacífico Wen y su hijo Wu, el rey guerrero, fueron venerados por los confucianos como soberanos ejemplares de las Tres Dinastías. La victoria de Wu y los principales acontecimientos de su reinado se describen en el capítulo 4 de las Memorias del historiador de Sima Qian.

WU, séptimo emperador de la dinastía Han, gobernó del 140 a. C. hasta su muerte en el año 87 a. C. desde Chang'an, entonces capital del imperio. Durante su reinado, la guerra contra los bárbaros xiongnu, guerreros nómadas del noroeste, se intensificó para liberar las rutas que daban acceso a las tierras lejanas de Occidente que el emperador quería explorar. En el año 119 a. C., el ejército chino obtuvo una gran victoria sobre estos bárbaros, pero sin poder dominarlos por completo, por lo que el emperador Wu tuvo que enviar a los jefes de su ejército para hacerles frente en varias ocasiones. Tras ser derrotados, algunos de los oficiales chinos se aliaron con el enemigo para evitar la condena a muerte a su regreso. Este fue el caso de Li Ling, a quien Sima Qian quiso defender en el año 99 a. C. El emperador Wu, hombre supersticioso, mantenía a numerosos adivinos que alimentaban su deseo de alcanzar la inmortalidad. En el 133 a. C. envió a un grupo de ellos en busca de la isla Penglai, expedición que se renovaría en 109 a. C. Hacia esa misma época, el emperador en persona celebró los sacrificios Feng Shan. Al pie del Taishan se celebraba el sacrificio Feng a la Tierra y en su cima el sacrificio Shan en honor del Cielo. Durante estos ritos, considerados por Sima Qian como los más antiguos, el Hijo del Cielo recibía la confirmación del carácter divino de su poder por parte de los Espíritus. Wu repitió los sacrificios en el Taishan en los años 102 y 98 a. C. Sima Qian acompañó al emperador en estas ceremonias, tal como precisa en el «Tratado sobre los sacrificios Feng Shan», incluido en sus Memorias del historiador.

WU DAOZI, pintor nacido en el 680 y muerto en el 760. Su forma libre y espontánea de pintar proporcionaba a sus paisajes un aspecto dinámico que no buscaba el parecido. Pintaba con trazos discontinuos y puntos espaciados, de un

buscaba el parecido. Pintaba con trazos discontinuos y puntos espaciados, de un solo impulso y sin retoques para no romper el ritmo.

XI, hijo del príncipe Huan de Lu en la época de Primaveras y Otoños, reinó del 659 al 627 a. C. El Libro de las Odas lo convirtió en uno de los soberanos ejemplares venerados por Confucio, cuya buena conducta bastaba para garantizar la prosperidad de la tierra y el orden entre los hombres. Su reinado se describe en el capítulo 33 de las Memorias de Sima Qian, dedicado a los treinta y cuatro príncipes de Lu, desde Zhou Gong hasta la desaparición del principado en el año 249 a. C.

XI KANG, nacido en el año 223, letrado, poeta y músico, fue uno de los Siete Sabios del Bosque de Bambú, famoso por sus escritos teóricos y por su trágica muerte. Procedía de una rica familia de letrados y quedó huérfano de padre siendo muy joven. Fue educado por su hermano mayor, quien le inició en las obras clásicas inspiradas por Confucio. Su temperamento curioso pero rebelde lo empujó, sin embargo, a rechazar todo cargo público y a vivir en un retiro voluntario, en el que recibía solo a los amigos de su elección, aunque formase parte de la familia real por su matrimonio con Cao Hui, una descendiente de Cao Cao con la que tuvo dos hijos. Su carácter y su interés por el estudio de Laozi y de Zhuangzi lo inclinaron de manera natural a tomar partido por la Escuela de los Misterios, orientada a los aspectos más esotéricos del Tao. Es autor de varias obras sobre música y sobre el control de las emociones, así como de cartas a amigos donde se reproducen los grandes debates que enfrentaban a los letrados, como el que planteaba la necesidad de apartarse de los asuntos públicos para proteger el principio vital. Xi Kang se esforzó siempre por elevar el cuerpo a la altura del Tao mediante la ascesis y la búsqueda de la inmortalidad. En el ensayo titulado Cómo nutrir la vida, que examina las diferentes formas de prolongar la existencia y promueve la solidaridad del cuerpo con la mente, escribe: «Aquel que persigue solo recetas y soluciones externas sin transformarse a sí mismo nada conseguirá». Los argumentos de este ensayo, criticado punto por punto por Xiang Xiu, serán retomados y ampliados en la Réplica a Xiang Xiu. Xi Kang se inscribe también en la tradición taoísta por los numerosos poemas que ilustran los viajes extáticos o Grandes Excursiones por el espacio sin forma ni límites, semejante al Vacío anterior a la aparición del mundo creado. Aunque en algunos aspectos sus ideas se aproximaban al budismo, que había irrumpido en China casi un siglo antes, ni Xi Kang ni algún otro de los Siete Sabios hacen referencia

casi un siglo antes, ni Xi Kang ni algún otro de los Siete Sabios hacen referencia a él. Con apenas cuarenta años, Xi Kang se vio envuelto involuntariamente en una disputa familiar entre dos de sus amigos, Lü An y su hermano Lü Xun, y acusado de rebeldía por el ministro Zhong Hui, defensor de la moral confuciana. Su último poema es una especie de legado filosófico para su hijo, escrito en prisión antes de ser decapitado junto con Lü An en el año 262.

XI XI, hermano de Xi Kang que, a diferencia de este, trabajó para la familia Sima y más tarde desarrollaría una brillante carrera bajo la dinastía Jin.

XIA LEI, tío del rey de Han y ministro de este estado, murió en el año 397 a. C. Fue asesinado por Nie Zheng a petición de Yan Sui, quien había insultado al ministro y temía su castigo.

XIAN, último emperador de la dinastía Han del Este, sucedió a su padre en el 189, a la edad de ocho años. Después de los disturbios que siguieron a la muerte del viejo emperador en Luoyang, capital del imperio, el ministro Cao Cao, que acababa de derrotar a sus rivales, tomó al joven Xian bajo su tutela en el año 196 y gobernó en su nombre. Cuando Cao Pi, hijo de Cao Cao, se proclamó en Luoyang primer emperador de la dinastía Cao Wei, Xian fue apartado del poder, pero pudo vivir en completa libertad hasta su muerte en el año 234.

XIANG, príncipe de Lu en la época en que nació Confucio. Reinó del 571 al 540 a. C., según la cronología de los anales Primaveras y Otoños.

XIANG XIU, nacido en el año 220 en la misma localidad que Shan Tao, no lejos de Shanyang, fue un erudito confuciano amigo de Lü An y formó parte de los Siete Sabios del Bosque de Bambú. Carente de ambición política, ocupó una posición militar modesta que le permitía dedicarse al estudio. Fue partidario de la Escuela de los Nombres, de tradición confuciana, pero al igual que Ruan Ji se sintió traicionado por la élite gobernante y tentado de apartarse del mundo, aunque sin distanciarse de los hombres. Xiang Xiu combinó el sentido común

aunque sin distanciarse de los hombres. Xiang Xiu combinó el sentido común confuciano con una mística humanista inspirada en el taoísmo. Fue autor de un tratado sobre Zhuangzi, hoy perdido, pero se pueden seguir sus huellas en Guo Xiang, de quien se dice que lo plagió. Cuando Xi Kang escribió un ensayo sobre la longevidad titulado Cómo nutrir la vida, Xiang Xiu criticó el desapego de su amigo con otro ensayo, Refutación del ensayo sobre cómo nutrir la vida. También es conocido por un texto titulado Ensayo sobre un amigo, que evoca con nostalgia a Xi Kang después de su decapitación. Vivió como un sencillo empleado de la administración hasta su muerte en el año 300 bajo la dinastía Qin.

XIANG YU, oficial del ejército de Chu, nació en el año 232 a. C., al final del periodo de los Reinos Combatientes. Procedía de una familia de militares y en su juventud estudió las leyes de la guerra. A la edad de veinticuatro años participó en la revuelta contra el segundo emperador de la dinastía Qin, hijo de Shi Huangdi. Tras la muerte del rebelde Chen She, originario como él de Chu, escuchó a un adivino decir: «Aunque Chu tuviera solo dos familias, de una de ellas vendrá el que destruirá la dinastía Qin». Más adelante, por sus victorias sobre los soldados del emperador, el rey de Chu le nombró jefe del ejército y a partir de entonces su prestigio fue en aumento. En el 207 a. C. tomó y saqueó la capital de la dinastía Qin, se proclamó rey de Chu del Oeste y distribuyó tierras a sus seguidores. Su compañero Liu Bang recibió el territorio de Han. En el 206 a. C. Xiang Yu ordenó la muerte del último emperador de la dinastía Qin y emprendió la conquista de los territorios que todavía oponían resistencia, mientras que Liu Bang, rey de Han, ganaba por su lado terreno y numerosos partidarios. Durante tres años sus ejércitos se enfrentaron hasta que Xiang Yu propuso a su rival firmar un tratado de paz y dividir el imperio en dos territorios. El rey de Han aceptó, pero en lugar de disolver su ejército, persiguió con sus aliados a las debilitadas tropas de Chu. En el año 202 a. C., la trampa se cerró sobre Xiang Yu, que se vio cercado en Gaixia. Sin embargo, logró escapar con unos pocos hombres, perseguidos por varios miles de soldados. Ningún jefe a la cabeza de los ejércitos de Han pudo reducirlo y, viéndose al final como único superviviente, se cortó la garganta frente a los soldados de Han. Su biografía ocupa todo el capítulo 7 de las Memorias de Sima Qian, que lleva su nombre.

XIAO, rey de Qin desde el año 361 a. C. hasta su muerte en el 338 a. C. Era descendiente del príncipe Mu, que en el siglo VII a. C. fue el más poderoso de

descendiente del príncipe Mu, que en el siglo VII a. C. fue el más poderoso de los vasallos del reino. En la época del rey Xiao, sin embargo, el reino de Qin era considerado un estado cercano a los bárbaros. Deseoso de recuperar el prestigio y las tierras de su glorioso antepasado, Xiao acogió en el primer año de su reinado a Gongsun Yan, originario del vecino reino de Wei, que se ofreció a ayudarlo. En el año 359 a. C., el nuevo consejero enmendó las leyes, reformó el código penal de acuerdo con las ideas de los Legistas y fortaleció el poder del rey. Después de que Gongsun Yan hubo derrotado a los ejércitos de Wei en dos ocasiones y convertido el reino de Qin en un estado próspero, el emperador Xian de la dinastía Zhou reconoció la hegemonía de Qin sobre los otros reinos en el 343 a. C. Xiao murió cinco años después. Sima Qian relata los acontecimientos significativos de su reinado en el capítulo 5 de sus Memorias, inspirado en los anales de Qin.

XU FU, alquimista al servicio del emperador Shi Huangdi, fue encargado en el año 213 a. C. de salir en busca de la isla Penglai, en el mar del Este, para entrar en contacto con los Inmortales. Las tierras que habría alcanzado y en las que se estableció han sido identificadas como una de las islas de Japón. El relato de la búsqueda de las plantas de la inmortalidad y de las islas de los Inmortales por parte de Shi Huangdi se encuentra en el «Tratado sobre los sacrificios Feng Shan», en el capítulo 28 de las Memorias de Sima Qian y la expedición de Xu Fu en el capítulo 118 del mismo libro.

XUN XU, nacido en torno al año 220, sobrino de Zhong Hui, fue un letrado y musicólogo que ocupó varios cargos durante la dinastía Cao Wei. Había sido secretario de Cao Shuang y, cuando este murió, escapó de la purga posterior de los letrados y ocupó un puesto en la administración de la provincia de Anyang. En el 260 se convirtió en secretario de Sima Zhao y en el 263 acompañó a su tío Zhong Hui en la campaña contra el reino de Shu. Después de la traición de Zhong Hui, permaneció en el entorno de Sima Zhao. Hacia el año 273, fue encargado de revisar la afinación de los instrumentos tras la reforma de la antigua métrica de los himnos rituales. El sistema musical en el que se basó fue criticado por Ruan Xian, sobrino de Ruan Ji, cuya teoría iba a ser confirmada mucho tiempo después.

YAN HUI, originario de Lu, fue uno de los discípulos más jóvenes de Confucio, quien reconoció en varias ocasiones su sabiduría y su bondad. Tenía un carácter tímido y era de constitución débil. Despreciaba la riqueza y durante toda su vida fue muy pobre, comía poco y se vestía con harapos. Acompañó a Confucio en sus viajes y nunca ocupó un cargo. Su muerte en el 481 a. C., a la edad de veintinueve años, es relatada en las Analectas (XI, 8), conjunto de textos que recoge las palabras de Confucio y de sus discípulos. El Maestro guardó luto por su muerte como si fuese su propio hijo. Yan Hui aparece en la biografía de Confucio, en el capítulo 47 de las Memorias de Sima Qian.

YAN SUI, ministro del estado de Han en la época de los Reinos Combatientes. Después de ofender a Xia Lei, primer ministro y tío del rey de Han, Yan Sui huyó y, para escapar de las represalias, buscó a alguien que pudiera matar a Xia Lei. Cuando llegó al reino de Qi en el año 397 a. C., convenció a Nie Zheng para que cometiese el asesinato. Su historia se encuentra en el capítulo 86 de las Memorias de Sima Qian.

YAO, cuarto emperador de los Cinco Soberanos míticos que habrían reinado en China entre los siglos XXIV y XXIII a. C. Sima Qian recoge las leyendas relativas a Yao en el primer capítulo de sus Memorias, titulado «Los Cinco Emperadores». Los registros de los primeros soberanos y de las tres primeras dinastías también se encuentran en el Shujing, uno de los escritos más antiguos que escapó a la quema de los anales ordenada por Shi Huangdi.

ZHANG DAOLING era un maestro taoísta que dirigió la secta de las Cinco Medidas de Arroz y que vivió, según la tradición, entre los años 35 y 157. Su historia forma parte de las leyendas de los Inmortales que circulaban en torno al siglo II. El pintor Gu Kaizhi describió en un poema la escena y el paisaje de la última prueba que Zhang Daoling impuso a sus discípulos, consistente en recoger un melocotón en la pared de un precipicio. Cuenta la leyenda que, después de comer el fruto que proporciona la inmortalidad, Zhang Daoling y su mejor discípulo Wang Chang se elevaron al cielo tal como solían hacer los Inmortales y desaparecieron ante los ojos de los demás miembros de la secta.

ZHANG SENGYOU, pintor que vivió en tiempos del emperador Wudi de la dinastía Liang del Sur, que reinó entre los años 502 y 549, durante la época conocida como Dinastías del Norte y del Sur. Su pintura se caracteriza por tener la misma espontaneidad que la caligrafía, unas pocas pinceladas de puntos o trazos entrecortados bastaban a Zhang Sengyou para representar un motivo. Cuentan que pintó en la puerta del templo budista Yicheng, en Nanjing, unas flores que, vistas de lejos, daban la impresión de estar en relieve y parecían tan reales que la gente se acercaba a ellas para oler su perfume.

ZHANGYI, nativo de Wei, fue ministro del reino de Qin entre los años 328 y 312 a. C. Contribuyó a fortalecer el poder de Qin, al igual que Gongsun Yang, también originario de Wei, había hecho casi treinta años antes. Zhangyi trató con los reinos Han, Wei, Qi y Chu, unidos con los pequeños estados centrales, para destruir su alianza y poder atacarlos por separado. Murió en el 309 a. C.

ZHAO, vigésimo tercer príncipe de Lu que reinó a partir del año 540 a. C. Después de un enfrentamiento con su ministro Ji Pingzi, el príncipe Zhao lo atacó y, derrotado, tuvo que exiliarse en el principado de Qi en el 517 a. C. El príncipe de Qi le apoyó al principio, llegando incluso a arrebatar a Lu un territorio para entregarlo al príncipe Zhao, pero finalmente le retiró su ayuda. Zhao buscó refugio entonces junto al príncipe de Jin, quien le acogió y le cedió un dominio. Murió en Jin en el año 510 a. C. Su historia se encuentra en el capítulo 33 de las Memorias de Sima Qian.

ZHAO JIANZI, gran oficial del reino de Jin que pretendió tomar el poder en lugar de su señor. En el año 497 a. C. se convirtió en primer ministro. Llamó a su lado, según dicen, a los más hábiles consejeros, pero después de escucharlos los mandó matar antes de llamar a Confucio. Murió en el 475 a. C.

ZHENG, nacido en el año 259 a. C., en la época de los Reinos Combatientes, se convirtió en rey de Qin a la edad de trece años. En el año vigésimo sexto de su

reinado, el 221 a. C., después de haberse anexionado todos los reinos uno tras otro, el rey Zheng tomó el título de Qin Shi Huangdi y gobernó como déspota sobre toda China hasta su muerte en el año 210 a. C. Su biografía aparece en el capítulo 6 de las Memorias del historiador de Sima Qian. (Véase también Qin Shi Huangdi).

ZHI EL BANDIDO, personaje que se enfrentó a Confucio y cuya historia se cuenta en el capítulo 29 del Zhuangzi. En la biografía de Zhuangzi contenida en sus Memorias, capítulo 63, Sima Qian señala que el sabio taoísta es autor de una historia llamada Zhi el Bandido.

ZHONG HUI, nacido en torno al año 225, fue un político y letrado de gran talento, autor de un tratado titulado Discusión sobre los cuatro fundamentos, que supo ganarse la confianza de los hombres influyentes de Wei. Fue viceministro de Cao Shuang, pero se distanció muy pronto de sus reformas y así pudo escapar a la purga que más tarde eliminó a los letrados partidarios de su señor. Adivinó las debilidades de los descendientes de Cao Cao y tomó partido por el clan de los Sima, que terminó por apartar a los últimos emperadores de la dinastía Cao Wei. Se convirtió en ministro de Sima Shi y, a partir del año 255, en hombre de confianza de su hermano Sima Zhao. Fue responsable de la acusación en el proceso que acabaría con la condena de Xi Kang. Sus cualidades militares lo llevaron a dirigir los ejércitos de Wei durante el ataque contra el reino de Shu en el 263. Después de su victoria, la ambición desmesurada de Zhong Hui lo empujó a traicionar a Sima Zhao y a aliarse con el general de Shu contra el que había luchado para obtener mayores ventajas. Murió en el 264 asesinado por los soldados de Wei que comandaba.

ZHOU GONG, hijo de Wen, era el hermano menor del rey Wu, fundador de la dinastía Zhou en torno al siglo XI a. C. En el reparto de tierras que siguió a la victoria de Wu sobre el último rey de la dinastía Xia, Zhou Gong recibió el territorio de Lu y se convirtió en el primer señor de este principado. Antes de que el país fuera pacificado, el rey Wu cayó enfermo. Zhou Gong se ofreció entonces al Cielo como víctima para reemplazarlo y el rey sanó. Cuando más tarde el rey Wu murió dejando a un hijo de corta edad, Zhou Gong asumió la

regencia y la educación de su sobrino, el rey Cheng. Criticado por sus propios hermanos, que llegaron a levantarse contra él, Zhou Gong no dudó en ordenar su ejecución para salvar a la joven dinastía. En el séptimo año, cuando el rey Cheng estuvo en edad de gobernar, Zhou Gong se apartó y volvió a asumir el papel de consejero. Su devoción por el rey era tal que pidió ser enterrado cerca de él. Sima Qian relata que a su muerte se declaró una gran tormenta que puso en peligro las cosechas. El rey Cheng y los grandes oficiales, atemorizados, abrieron los cofres que contenían los archivos del reino y encontraron las palabras pronunciadas por Zhou Gong durante el sacrificio que salvó la vida del rey Wu y que se habían mantenido en secreto. El rey Cheng, agradecido, celebró un sacrificio en su honor. El Cielo envió entonces un viento que enderezó los cereales y la cosecha fue abundante. Cheng concedió a los príncipes de Lu, descendientes de Zhou Gong, el privilegio de celebrar este mismo sacrificio y ofrecer libaciones al espíritu del señor Wen, antepasado de la dinastía Zhou. Desde entonces, gracias a las virtudes de Zhou Gong, los príncipes de Lu pudieron celebrar los mismos rituales que su soberano e interpretar la música de Wen. Zhou Gong fue considerado por Confucio como un personaje ejemplar por su devoción a la dinastía y un sabio por excelencia, capaz tanto de gobernar como de apartarse cuando la ocasión lo exigía. Su biografía abre el capítulo 33 de las Memorias de Sima Qian, que lleva su nombre y cuenta la historia de todos los príncipes de Lu hasta la desaparición del principado como tal, en el 249 a. C., durante la reunificación de China por Shi Huangdi.

ZHUANGZI, o maestro Zhuang, sabio y letrado taoísta del estado de Song que vivió quizá en el siglo IV a. C. Su vida solo se conoce por unos cuantos fragmentos y anécdotas transmitidos posteriormente. El libro que se le atribuye, llamado Zhuangzi, tal como lo conocemos hoy está compuesto, de hecho, por textos que van desde el siglo IV hasta el siglo I a. C. La particularidad del lenguaje de esta obra, libre, exuberante y no exenta de contradicciones, muestra tanto la espontaneidad ensalzada por el taoísmo como la incapacidad de la mente para acceder al Tao. En el capítulo 63 de sus Memorias, Sima Qian presenta una breve biografía de Zhuangzi y de Laozi comparando sus ideas y sus estilos respectivos.

ZIGONG, joven discípulo de Confucio nacido en el principado de Wei. Orador brillante dotado para la política y el comercio, hizo fortuna y ocupó el cargo de

ministro en Lu y en Wei. Adecuadas a su tiempo, sus aptitudes podían a veces entrar en contradicción con las virtudes tradicionales de honor y valentía militar que fueron propias de la dinastía Zhou en sus comienzos. Tras la muerte de Confucio, Zigong pasó seis años junto a su tumba antes de regresar a su hogar, tal como está escrito en la biografía de Confucio, en el capítulo 47 de las Memorias de Sima Qian.

ZILAN, hijo menor del rey Huai de Chu, siempre se mostró hostil al poeta Qu Yuan. En el 298 a. C. se convirtió en primer ministro del rey Qing Xiang, su hermano mayor, que acababa de suceder a su padre. Zilan aparece en el capítulo 84 de las Memorias de Sima Qian, dedicado a Qu Yuan.

ZILU, originario del principado de Wei, fue uno de los discípulos más famosos de Confucio y uno de sus favoritos por su coraje, su ardor, su rectitud y su sinceridad, cualidades que construyeron la grandeza de los primeros reyes de la dinastía Zhou. Había sido soldado, pero después de su encuentro con Confucio dejó las armas y lo siguió. Murió a causa de una herida de lanza en el estado de Wei, en defensa del señor al que servía. Aparece en el capítulo 47 de las Memorias de Sima Qian, dedicado a Confucio. Su muerte en el año 480 a. C. está relatada en los anales de Lu, llamados Primaveras y Otoños.

ZIXIA, joven discípulo de Confucio, destacó en el estudio de los textos antiguos y de los ritos, que acordaban especial importancia a la piedad filial y a la lealtad. Confucio lo apreciaba por su inteligencia, pero consideraba que no había alcanzado el más alto grado de sabiduría. Zixia ocupó un puesto en el principado de Wei y después de la muerte de Confucio fundó su propia escuela para perpetuar la enseñanza del Maestro.

ZONG BING, nacido en el 375 y muerto en el 443, fue uno de los más grandes pintores y calígrafos de su tiempo. Procedía de una familia de letrados, pero él mismo, a pesar de vivir en la pobreza, se negó repetidamente a servir al Estado. Gaozu, de la dinastía Song del Sur, que gobernó del año 420 al 423, le ofreció un cargo, pero después de haber pasado casi treinta años recorriendo las montañas,

según dijo, ya no podía vivir encerrado. Cuando la enfermedad le impidió hacer sus largas excursiones, empezó a pintar los lugares que había visitado: «Toco la cítara de manera que las montañas me respondan con el eco». Hacia el final de su vida se convirtió en un ferviente budista y declaró, en un ensayo escrito en el año 433, que la Ley de Buda era conocida por Laozi, por Zhuangzi y por Confucio, y que este no la mencionaba porque se había centrado en cuestiones políticas más que en cuestiones espirituales. La destrucción masiva de los libros de sabiduría por parte de Shi Huangdi habría borrado la evidencia de este influjo cuyo rastro, sin embargo, se podía encontrar, según precisa Zong Bing, en la descripción que hace Sima Qian de los Sabios Soberanos: su humildad, su clarividencia y su sabiduría eficiente, capaz de transformar el mundo, eran comparables a las virtudes de un adepto de Buda. El budista iluminado conoce todas las leyes del universo, los sabios estudian sus misterios y entre ellos, dice Zong Bing, se encontraban Zhuangzi y Xi Kang. Alrededor del año 416, Zong Bing, que visitó varias veces al monje Huiyuan en el templo de Donglin, escribió un poema sobre la sombra de Buda que había visto representada en un lienzo encargado por dicho monje. Fue autor de un ensayo titulado Introducción a la pintura del paisaje, en el que la contemplación de la naturaleza se compara con la iluminación y la pintura, con la práctica del Tao.